



Luis Hernáez

Donde ladrón no llega

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Luis Hernáez

Donde ladrón no llega

La ficción como reflejo de lo real

Debo confesar que mientras leía el libro de Luis Hernáez estaba tentado a interrumpir de pronto la lectura y hurgar en mi archivo de fotografías de las Reducciones Jesuíticas de Trinidad para buscar, en aquellas imágenes, la clave de la trama. No lo hice un poco por respeto al autor, otro poco por no romper el sutil suspenso que crea a través de sus páginas y que es mantenido hasta el último momento. Además, de haberlo hecho, no habría logrado descifrar, de manera adelantada, aquella sorpresa que nos guarda y devela en las últimas líneas. Hay que reconocerlo, Hernáez es uno de los pocos escritores de nuestro medio que maneja con habilidad tal elemento.

Pero, antes de hablar de ello, hay otras cosas más importantes en torno a este relato cuya acción está ubicada en los últimos tramos de esa lenta agonía que concluyó en 1767 con la expulsión de los jesuitas de todos los territorios del Imperio Español.

En primer término, no es una novela histórica aunque haga referencia a hechos históricos y a personajes que de alguna manera dejaron una huella bien marcada como el caso de Prímoli (el arquitecto de tantos templos), Doménico Zipoli (compositor de las célebres Vísperas Solemnes), Antón Sepp (también músico) y tantos otros. Pero todos son mencionados como de pasada, tal como habrá sido en una sociedad basada en la igualdad con las naturales excepciones de las jerarquías administrativas.

El autor no tiene ninguna intención de ofrecer una visión del proceso histórico por el cual pasó aquella experiencia tan notable y que aún hoy día sigue despertando la curiosidad y el interés de tantos investigadores. Ni siquiera aventura -a pesar de que la tentación es grande- de ofrecer una interpretación de aquellos «reales motivos» por los cuales Carlos III tomó tan drástica decisión.

Más que buscar una relación pormenorizada de los hechos, Hernáez ha buscado ir más lejos. Ha indagado en la vida cotidiana y en los sentimientos más profundos e íntimos de sus personajes, buscando desentrañar el valor humano de aquella aventura que terminó de manera tan sorprendente y absurda. O mejor: se extinguió sin guardar proporción con la verdadera escala de su significado.

Hernáez tampoco participa de la polémica, tan antigua como la historia misma, sobre la relación que tuvieron los jesuitas con los indígenas, el choque cultural, la organización económica y política de aquellos pueblos, etcétera. No es que el autor esté ajeno a la discusión, sino simplemente la aparta porque es evidente que ella no figura en sus planes. Se enfrenta a hechos consumados a los que busca, a través de la ficción, darle su justa

dimensión humana. ¿Qué otra cosa puede hacer la literatura? Y, además, ¿no es acaso esta también una manera de escribir historia? Si uno de los objetivos de la Historia es, precisamente, ayudarnos a comprender mejor el destino que corrieron los pueblos, es evidente que el intento de captar la cotidianidad de la vida, con sus grandes y pequeños dramas, es un camino tan válido y efectivo como la relación pormenorizada de cifras, datos, fechas de las grandes batallas que llenan las páginas de tantos libros.

En otras palabras, el objetivo del autor ha sido captar, lisa y llanamente, la aventura humana. Dicho de esta manera parece un tanto obvio, o una perogrullada. Pero, en realidad, eso que puede ser considerado tan simple, tan elemental y tan próximo, es, sin embargo, lo que se olvida con suma frecuencia. De las Reducciones tenemos decenas de datos sobre su organización política, su organización económica, la presencia de la religión en todos los actos de la vida, la educación, la práctica de las artes, etcétera. Pero nada sabemos de cómo vivían día a día, cómo se levantaba el sol por encima del caserío, cómo se relacionaban entre sí los pobladores de una misión. Tenemos un conocimiento muy científico de aquella experiencia y casi ninguno a nivel humano. Tanto es así que olvidamos con frecuencia -si es que alguna vez lo averiguamos- que las Reducciones tuvieron unos ciento setenta años de vida. Vale decir, es el mismo tiempo que ha transcurrido en nuestro país desde la Independencia Nacional hasta nuestros días.

Por encima de todas estas consideraciones extraliterarias se encuentra el libro como tal, como obra tautológica, que debe explicarse por sí misma y a través de sí misma, apoyándose única y exclusivamente en sus valores esenciales. Y es aquí donde encontramos la mano del autor, aquella misma que descubrimos en su primera novela: «El destino, el barro y la coneja».

Para este caso reinventa un lenguaje, una estructura y un discurso diferentes. En su primera novela el lenguaje contenía un flujo de violencia porque del mismo modo eran sus personajes y las situaciones que enfrentaban. En el presente caso su lenguaje se vuelve fluido, claro, sencillo, acorde con un estado de vida que transcurre en un quimérico equilibrio. Sus personajes están sumidos en un grado de pureza e inocencia a pesar de los sentimientos que experimentan y de las pasiones por las cuales se dejan llevar. Hecho que los hace aún más humanos y también más inocentes.

En cuanto a la estructura, Hernáez apoya su relato en dos extremos temporales: el presente en 1767, meses antes del real decreto de Carlos III, rey de España, y mucho tiempo atrás, en las mismas Reducciones de Trinidad. El hilo conductor será un indígena, Bernardino, quien se encuentra en Asunción, trabajando al servicio de un encomendero, dedicado a explotar el negocio del tabaco.

El presente y el pasado irán alternando en un juego muy preciso y delicado, ya que de manera casi imperceptible se irán acercando hacia un final por un lado previsible: la expulsión de los jesuitas de todos los territorios españoles de acuerdo a los documentos que todos conocemos, mientras que por el otro los personajes nos llevarán a un desenlace sorpresivo. Es gracias a esto que el interés y el suspenso se mantienen hasta la última página.

Por último, deseo hacer algunas consideraciones extraliterarias para aquellos lectores que tengan en sus manos este libro y no hayan estado nunca en las ruinas de Trinidad, ubicadas a unos 420 kilómetros al sureste de Asunción (Paraguay).

Luis Hernáez, en su relato, no agota -felizmente- las sugerencias de un lugar que posee el misterio, la energía y la fascinación que poseen muy pocos lugares en el mundo. Lo que el autor ha querido hacer es recuperar el sentido de lo cotidiano a través de una anécdota, pequeña si consideramos la magnitud de aquella empresa. Y no es trabajo fácil después de haber estado en ese sitio, ya que es allí donde se percibe el tamaño del desafío; la imaginación retrocede y todo intento de recreación de aquella época se inmoviliza.

Quienes acompañamos, a través de muchos años, las lentas excavaciones que pusieron al descubierto el Templo Mayor y las numerosas Casas de Indios, como el Campanile, el templo pequeño y el cementerio, podemos certificar que, al traspasar los límites de la Reducción, nos encontramos pisando una tierra que fue apisonada por los pies descalzos de miles de indígenas que participaron en una experiencia única dentro de la historia de la humanidad, y que estamos mirando los mismos muros que un día miraron los ojos de Prímoli. Nada de esto puede resultar gratuito.

En otros términos, el autor debe vencer un doble obstáculo. Por un lado, se enfrenta con todos los inconvenientes de la creación literaria en cuanto a la construcción de una historia, de una estructura narrativa, de un lenguaje apropiado para narrar las acciones que componen el drama y encontrar las correspondencias literarias de la realidad (la real y la inventada) para verterla en los moldes de la obra. Por el otro, se enfrenta a la presencia física, real, tangible, imponente de aquellos vestigios que se han proyectado hasta nuestros días y que pugnan no sólo por mantenerse en pie, sino también para lograr su propio espacio incluso dentro de la obra literaria. Y eso no es trabajo fácil. Pienso que Hernáez no habrá escapado de tales dificultades. Pero felizmente ha logrado lo que se proponía. Y ello puede comprobarlo cualquier lector en las páginas que siguen.

Jesús Ruiz Nestosa

As. diciembre de 1995

- 1 -

El sol comenzaba a teñir de rojo la inflada panza del nubarrón que flotaba sobre la planicie extendida hacia el este, más allá de la bahía, y encima del agua todavía permanecían jirones de bruma grisácea cuando Bernardino bajó por la barranca trastabillando en la penumbra.

Pisó la arena mojada y un escalofrío recorrió su cuerpo casi desnudo, un chapuzón le libraría del sudor pegajoso de la noche (ahora que ya había salido de su cuerpo el calor que

el tabaco le metió adentro en la inmensa barraca) pero agitar el agua le obligaría a caminar buscando otro remanso con peces somnolientos y el hambre comenzaba a apretarle (prefería no ir con su mujer a la cuadra-comedor donde comían el resto de los encomendados).

Se paró un momento en el borde del agua y miró maravillado, como si fuera la primera vez, la extensa amplitud de la bahía que temblaba suavemente como el cuarto trasero de la res recién faenada cuando se la pone a orear, y vio cómo ese plomo gris ceniciento se iba tiñendo de rojo hacia el oriente y cómo comenzaban a resaltar aquí y allá algunas chispitas brillantes reflejando el sol naciente.

Arriba de la barranca el caserío de Asunción lucía adormecido, despertando perezosamente de la noche cálida, abombada por esos misterios cercanos que introducían los siseos del bosque que estaba allí nomás, casi metido entre los muros mohosos, entre los negruzcos techos de paja, perfilando las calles, irrumpiendo golosamente en los patios, y hacia la derecha, emergiendo solitaria y perfilada sobre el fondo del cielo más oscurecido por la cercanía de la luz, la torre del campanario de la Catedral comenzaba a filetearse de sol.

Bernardino extendió el mazo de cañas en la arena y eligió la más afilada, nadie las tenía mejores. Cortaba las tacuaras el primer día de la luna nueva y las dejaba colgando para desangrarlas durante todo el cuarto creciente. Después las calentaba (sin quemarlas, todos lo saben pero pocos pueden hacerlo porque no es fácil), calentarlas, pensó mirándolas con orgullo, hasta que alcancen la dureza para comenzar a afilarlas, recién entonces y no antes, porque afilarlas antes haría que su filo no fuera duradero, o que el peso no estuviera equilibrado.

Bernardino sabía que sus cañas eran perfectas, y que en ellas podía confiar más que en las agujas dobladas que usaban los blancos, cómo no se morían de vergüenza sentados horas y horas como viejas haraganas esperando a que el señor pacú se decidiera a entregarse, ¿cómo no tenían vergüenza?

Subió sobre un tronco que se adentraba en el agua y miró en la superficie calma el reflejo de su cuerpo oscuro, tan diferente a esa carne blanca que parece a punto de derretirse en cualquier momento.

La claridad del día naciente daba una extraña luminosidad a la arena del fondo, el agua de la bahía estaba tranquila y hacia un costado, muy alto en el cielo, vio venir una bandada de loros brillantes de sol en la altura, alborotando el espeso silencio del amanecer con sus gritos destemplados.

Con el rabillo del ojo presintió más que vio un destello plateado que se perdía debajo del tronco y sus nervios se tensaron, con el brazo levantado sujetó la tacuara afiladísima y sintió toda su piel enardecida; ni siquiera respiró durante unos segundos (sus ojos penetrando el agua) va a salir otra vez, va a salir otra vez... Como un rayo bajó su brazo y la tacuara perforó el agua limpiamente y fue a clavarse en el lomo del pacú que comenzó a

agitarse desesperado al sentirse herido y que lo estiraban sacándolo del agua, inexorablemente.

Así como por las tardes, asomado en el alto ventanuco de la barraca disfrutaba con gusto la ilusión de libertad, Bernardino saboreó ahora golosamente una alegría tremenda, alegría que estaba por encima del hambre que podría satisfacer, por encima de la tranquilidad de saber qué dar de comer a Salustiana, por encima del orgullo con que la abrazaría después mientras se bañaban juntos en la bahía en tanto, clavado en la tacuara, el pacú gotearía lentamente por su vientre abierto sobre la arena, por encima de muchas otras cosas... En realidad su pecho se agrandó con esa alegría profunda porque se creyó casi dueño del mundo al comprobar, una vez más, que era fuerte, que era poderoso, pero eso, lo sabía muy bien, duraba sólo un momento.

La enorme barraca donde se almacenaba el tabaco estaba asentada casi en el borde de la pendiente de tierra roja tallada por los raudales, a tres manzanas de la Casa Fuerte hacia el este, y desde allí, a través de un ventanuco elevado (hasta donde llegaba todas las tardes trepando por la montaña de fardos amontonados), Bernardino podía ver la boca de la bahía y, más allá, la serpiente plateada del río que dando un recodo se perdía hacia el norte, hasta confundirse con la bruma del horizonte.

La parte sur del río no la podía ver porque la tapaban las casas de la costanera y la iglesia, con sus paredes blancas coronadas por el mohoso techo de tejas y un poco más atrás el Colegio de los Padres, con su patio interior encerrado por murallas altas y que parecía rebosar de naranjos. Las casas de la costanera tendían sus sombreadas galerías para protegerse del despiadado sol del oeste.

Cada atardecer antes de ir a su casa Bernardino trepaba hasta su ventana y desde allí creía respirar con más libertad, alejado de todas las ataduras de abajo. La respiración caliente del vientre de la barraca llegaba hasta él chupado por la ventana y lentamente comenzaba a retirar de su cuerpo el calor del tabaco.

-El tabaco te mete el calor en el cuerpo y no te das cuenta pero las hojas tienen una fiebre que se te contagia -le había dicho Casiano el primer atardecer-. No se siente, y sales al aire fresco y es malo: el calor se queda adentro por mucho tiempo y hay que hacerlo salir despacio, despacio... Nunca te mojes cuando estás caliente de tabaco... Te da pasmo.

-También te hincha las venas -Feliciano, el viejo indio que cada día se veía más viejo y agotado, espantó con un manotazo el enjambre de mosquitos que le rondaba la cara brillante de sudor reflejando la última claridad del sol sobre la bahía- y al poco tiempo te hace temblar.

Bernardino permanecía en su mirador hasta mucho después de haber entrado el sol, cuando comenzaban a borrarse del cielo las últimas manchas rojizas tratando, día a día, de prolongar lo más posible su ilusión de libertad. Este era el único lugar que sentía totalmente suyo, hasta que le descubrieran, pensó más de una vez, hasta tanto.

Y luego bajaba apresurado, asiéndose de los fardos para no caer en la oscuridad y se escurría por el costado, mimetizado entre las sombras, hasta su choza, resistiéndose a la tentación de acercarse a la ventana iluminada del Almacén, al lado de la Tienda del napolitano.

Pocos encomendados quedaban en Asunción y la mayoría de los indios eran ya trabajadores independientes. El sistema había ocasionado muchas injusticias, muchos excesos, pero más de una vez los independientes añoraron los tiempos pasados, enfrentados a su nueva realidad, aunque más libre igualmente dura.

Bernardino no se acercaba más al Almacén porque era el lugar adonde todos iban, decía, para soltar las porquerías que tenían adentro, como el calor del tabaco, sobre el vaso de caña.

Ya una vez había tenido problemas allí, con el negro Jeremías que estaba borracho, el pobre Jeremías, pensó después, que estaba todavía un escalón más abajo que él en el gallinero de Asunción. Las gallinas de arriba se cagan en las de abajo, le había dicho Casiano esa noche cuando a él todavía le latía la cabeza de rabia, el español se caga en la cabeza del criollo y el criollo nos caga a nosotros, entonces por suerte nosotros tenemos a los negros y así podemos cagarle en la cabeza a alguien.

-Lástima que sean tan pocos.

Casiano había expelido el aire en una risa silenciosa y le dijo: no estés tan enojado.

Después de poco más de un mes de estar en lo de don Venancio comenzó a costarse con Salustiana y les dieron una chocita en el borde del barranco.

Salustiana también estaba en la casa en encomienda y clasificaba el tabaco. Mientras trabajaban varias veces Bernardino la tocó haciendo ver que era sin querer y ella solamente sonreía bajando la mirada hasta que una vez, al tocarle los dedos, escuchó las risitas de las otras muchachas y se dio cuenta de que había algo y se animó y le habló.

La noche que la abrazó sintió que se introducía en el mismo ambiente calcinado de la barraca, el olor de la mujer onduló enardecido entre los calores del tabaco y lo enloqueció sorbiéndolo hasta vaciarlo encerrado en la afelpada carne tibia y palpitante.

En la nueva choza lo primero que hizo fue colgar, al lado mismo de la puerta, el rebenquito, «su padre», el único recuerdo que le quedaba de su otra vida, porque el peine de hueso de Rosa ya se había diluido en pequeñas escamas.

-Yo allá solía cantar; José í me acompañaba con el arpa y Rogelio con la guitarra.

-¿Allá?

-En la Reducción, digo.

Con la misma tacuara afilada abrió el vientre del pescado y lo vació, Salustiana se acercó y se bañaron en las aguas calmas, allá arriba la gente comenzaba a moverse y el sol era una pelota anaranjada que comenzaba a subir.

Hacia las cuatro de la tarde del día anterior Bernardino había visto cómo Feliciano vomitaba sangre. Después habían sacado al viejo de la barraca casi a rastras y el caporal separó las hojas manchadas de la sangre y las tiró en un rincón con más pena, había pensado Bernardino, que la que sintió cuando ordenó que llevaran a Feliciano afuera.

Al atardecer no subió hasta su ventana porque no podría sentirse feliz. Cuando llegó a la choza de Feliciano el viejo ya había muerto y la india que vivía con él estaba como adormilada, ausente, como si se hubiera cansado de llorar, como si ya le hubiera alcanzado verdaderamente la garra del dolor y miraba sin ver, dándose cuenta de lo que en realidad le estaba pasando.

-Yo pienso que don Venancio no nos quiere -le dijo a Salustiana esa noche-. Ni siquiera vino a ver qué le pasó a Feliciano.

-El Paí dice que nos quiere. Dice que es como nuestro papá que nos quiere y nos enseña.

Bernardino pensó que no era así pero no tuvo ganas de responder. Sus ojos se fijaron en «su padre» colgado al lado de la puerta, era una mancha alargada, más oscura que la mancha de la pared en penumbras y pensó: con razón aquella vez mamá lo volvió a molestar a «mi padre», por lo visto sabía muy bien lo que encontraría afuera de la Reducción.

-Mamá, hoy estuve hablando con Sinforiano... -le había dicho al volver de los corrales- ¿Sabes lo que dicen de mí por ahí?

Rosa lo había mirado con sus ojos enrojecidos, siempre enrojecidos e irritados, y no había contestado enseguida, ¡ah!, cuánto amaba a ese hijo amado, a ese muchachito hermoso, fuerte y orgulloso que era su hijo, y cuánto le dolía lo que sabía que le iba a decir, claro que sí, una y otra vez ella misma lo había escuchado, Bernardino era el hijo del pecado, así mismo lo decían, hijo del pecado, hijo del pecado, hijo del pecado.

-Yo sé, mi hijo, lo que dicen...

Bernardino se enfureció cuando la vio llorar y ahora lo recordaba, con el corazón retumbándole en el pecho volviéndolo a vivir, y con las entrañas encogidas de rabia.

-¡Me voy a ir de aquí, mamá...! -había gritado enceguedo por el odio- ¡Nadie podrá atajarme aquí!

Y ella había azotado la espalda de su hijo querido con el rebenque de cuero.

Bernardino nunca más volvió a decirle a Rosa que saldría de la Reducción... y no saldría, desde luego, mientras ella viviera, porque jamás la abandonaría: el castigo del

Padre Roque era quedarse en Jesús o la exclusión, y Rosa no quería la exclusión, quería quedarse entre los Padres aunque tuviera que pasarse la vida en Jesús tiñendo, aunque su hijo no pudiera pisar jamás Trinidad.

Salustiana había subido un rato antes y el sol comenzaba a remontar en el cielo cuando Bernardino, con la piel inundada de gotitas de agua, subía la barranca hacia las chozas y escuchó el redoble del tambor en la Plaza de Armas, convocando a los vecinos.

Al pasar por la choza de Feliciano miró con curiosidad, un rato antes habían venido para llevar el cuerpo del muerto y ahora el silencio se enseñoreaba de la choza solitaria.

Caminó apresurado por la callejuela del costado de la iglesia, mezclado entre los que iban a la plaza, el tambor seguía sonando con insistencia enervante en tanto el llamado se repetía una y otra vez, una y otra vez.

Don Venancio también se sumó, apurado y abrochándose los últimos botones de la pechera, malditas sean las malditas ocurrencias del señor Gobernador, pensaba, que tan intempestivamente le habían arrancado de su amodorrada rutina matinal.

El pregonero subió a una tarima arrimada al muro de la iglesia y leyó la convocatoria del Gobernador. Bernardino se perdió muchas palabras pero algo pudo entender: pedían voluntarios para ir a una incursión armada hacia el sur.

-¿Hacia el sur...? -preguntó sintiendo que se le humedecía la piel.

Casiano se abrió paso hasta él.

-¿Oíste, Bernardino?

-¿Al sur, dijo?

-Al sur.

-¿Para qué?

-Yo qué sé. Nadie quiere decir nada pero parece que es algo jodido. Anoche en el Almacén el Alférez González estaba borracho y habló mucho, puede ser peligroso, carajo, dijo.

-¿Al sur?

-Vamos a hacerlos correr a esos hijos de puta, dijo.

Pobre Feliciano, pensó ese atardecer Bernardino en su ventana, pobre amigo Feliciano, si el año hizo la cruz sobre mí ¿por qué te moriste tú?, ni siquiera te pusieron las velas, y recordó la cara de cera de su madre, hecha de ceniza recortada contra la penumbra roja de la Capilla de los Muertos en ese otro mundo lejano.

Debía volver a las Misiones y no podía desaprovechar esta oportunidad: no estaba bien que las cosas quedaran como estaban, debía llegar a Trinidad y corregirlas, de una vez y para siempre.

- 2 -

Sabía muy bien el Padre Damián cuánto se arriesgaría volviendo a plantear la situación a su viejo Superior, nunca le resultó fácil el trato con él y más difícil sería ahora, habiendo asumido ya el anciano una postura firme pero se compadeció de los jóvenes.

-No lo hagas, Damián -le había dicho el padre José-, y no me digas: pienso que debo hacerlo, porque ya lo sé, todos los Padres, uno por uno, lo pensamos pero... El padre Roque es decidido, es tenaz... y cree firmemente en lo que hace.

-Siempre es posible razonar un poco más.

-Desde luego, querido amigo - no pareció muy convencido-, es posible razonar y razonar, sobre todo cuando no es uno el que debe tomar la decisión. El padre Roque no está apartando un ápice de las normas que...

-Yo también soy de los que piensan que el sábado se hizo para el hombre y no el hombre para el sábado.

-¿Tú también?, ah, Damián, tú también, tu decir humilde me sorprende... -los ojos le brillaron divertidos pero en sus manazas se notó el nerviosismo-. Puedo darme cuenta de que es inútil que insista.

-Lo es, padre.

-Desde un principio lo supe, ¡cuánto te conozco, hijo...!

-Discúlpeme si le incomodo, padre Roque -dijo después-; tal vez no debería hacerlo pero me siento obligado... Creo que es mi obligación interceder por ellos -no puedo decidir si esos ojos de agua ríen, lloran o están muertos, pensó y sintió que el sudor brotaba en su frente-, padre, Jacinto siempre ha sido un buen muchacho, y Rosa...

-Todos estos amados hijos nuestros son buenos, padre Damián, hasta que dejan de serlo.

Percibió la amonestación en la ironía y la tuvo en cuenta, era la caída de la tarde y el sol doraba el pasto de la gran plaza central de Trinidad, toda salpicada de liriecitos blancos.

En la galería sus pasos sonaban asordados, caminar sobre estas piedras es agradable, recordó que una vez había comentado con entusiasmo el padre Jaime, parece que te comunicaran... (había dudado un momento tratando de dar con la palabra apropiada) una

textura, eso mismo, dura o blanda, no importa, diferente. Oh, padre Jaime, pensó apesadumbrado, cómo añoro tu amable presencia, qué diferentes son todas las cosas cuando se las mira con ojos dulcificados por la caridad.

El padre Roque se detuvo un momento antes de abrir la pesada puerta que daba al patio de la casa de los padres, ubicada en una cabecera de la plaza, y se volvió para pasear sus ojos una vez más por la gigantesca mole de la iglesia en construcción, piedra roja enrojecida por el sol del ocaso, que se erguía como un rubí patético ante el fondo verdísimo del monte y el azul del cielo que poco a poco se iba oscureciendo y su rostro, lo pudo notar Damián, se distendió en un gesto de altivez que no alcanzó a dominar.

-Jacinto es un buen tallador, ciertamente -murmuró después, sentado en el sillón de madera frente a su mesa de trabajo mientras Damián se trajinaba con la lámpara de aceite en la habitación que, por no tener ninguna abertura hacia el oeste, estaba ya sumida en espesas sombras-. El mejor que tenemos, sin duda alguna, pero no puedo disculpar una falta tan grande; estas son cosas que debemos cortar de raíz... Él es un hombre casado.

-Lo sé, padre, tiene familia... -no se animó a mirarlo-, pero para ellos todas estas cosas son diferentes...

Roque permaneció un momento silencioso. En Asunción, hacía ya mucho tiempo, tantos años que en él ya no quedaba nada de aquel jovencito huraño que había sido, una vez había recriminado agriamente a su amigo Baltazar Guerrero que no pusiera empeño en cuidar de la salud moral de sus encomendados.

-Los visto bien y los alimento, Roque -caminaban por el fresco patio del Colegio que la Compañía tenía en Asunción y en el aire se percibía el olor del agua de la bahía cercana-. Conmigo están mejor que con muchos de mis vecinos...

Llegaron hasta la verja que rodeaba el patio y asomándose vieron a las lavanderas que golpeaban las ropas en tablones casi sobre el agua y a un grupo de indios jóvenes que sin pudor, a escasos metros de las mujeres, se bañaban desnudos riendo a carcajadas.

-Lo sé, amigo mío -se sentía cansado-. Pero también es cierto que viven en una promiscuidad pecaminosa que no trae ningún bien para sus almas...

-¿Almas? -le había interrumpido Baltazar risueño- ¿La tienen?

Demasiado bien conocía Roque a su amigo para pensar que hablaba en serio pero era una forma de hacerle saber su pensamiento: seres como nosotros... sí, por cierto, pero...

-Quiero pensar, padre Damián, que en verdad no cree eso que están dejando entrever sus palabras... Es como si usted pensara que nuestra labor aquí se reduce a construir templos...

Ahora sí Damián percibió claramente el enojo del anciano y deseó borrar su indiscreción.

-Jacinto es un hombre bueno, padre... La tentación fue más fuerte que él y no pudo vencerla.

La Tentación, pensó Roque entrecerrando los ojos, la negra sombra de la Bestia con sus chirriantes pequeñas patitas de cerdo... la piel se le erizó en la nuca pero alejó las agigantadas sombras de su pensamiento con viveza, su mente estaba con Dios, el que hizo el Cielo y la Tierra, el que debilita los enemigos y los dispersa.

Y después nada, nada más, nada más, se desesperó Damián, como si yo, ni Jacinto, ni nadie existiera...

-No me escuchó, Jacinto... Todo parece indicar que tendréis que salir de aquí...

-Pero ella va a tener un hijo de mí, Paí... ¿cómo va a hacerla ir de aquí ahora que va a tener un hijo? Que me eche a mí, si es tan necesario; yo no voy a permitir que a ella la maltraten.

Damián le miró con pena.

-Recé mucho anoche -estaba debilitado por la larga noche de insomnio y ardiendo de remordimientos que no alcanzaba a explicar con claridad-. Recé también por tu esposa y por tus hijos...

-No entiendo lo que él nos quiere hacer, Paí.

-El hijo que Rosa va a tener es hijo del pecado.

Jacinto dejó el pequeño mazo sobre la piedra rosada que estaba tallando y Damián sintió que se le atenazaba el corazón de tristeza cuando vio rodar por su mejilla curtida una lágrima gorda que bajó arrastrando polvareda rojiza.

-Estas cosas así no andan, Paí... No hay razón para que se nos haga esto... Si yo tengo un hijo con Rosa no es porque no le quiero más a mi esposa, Paí, todos saben eso demasiado bien... A Rosa aquí no le va a faltar nada, si se queda entre nosotros, digo, y a mi hijo tampoco, ¿por qué, entonces, se tiene que ir?

Esa noche en su cuarto Damián se consumía en la desazón, su pecho encendido de rebeldía por momentos, aunque se empeñaba en evitarlo, se hundía en la desesperanza, ¡qué lejos quedaba en la perspectiva de su vida la ingenua seguridad de sus años mozos...! Nunca había dudado de su elección de abrazar la vida misionera pero ahora, ahora... oh Dios, ¿qué es lo que estamos haciendo?, se dijo cerrando fuertemente los ojos y expeliendo el aire ardiente de su pecho.

La impotencia le dolió. Fue un encuentro con la realidad que, en tanto no pensara en ella, creía inexistente. Le dolió tanto o más que el desarraigo: los largos años vividos en este mundo al otro lado del mundo no eran suficientes para alejar las añoranzas: su madre, sus amigos, las angostas calles tortuosas de su pueblecito encaramado en la abrupta ladera

de la sierra y el frío, oh, el frío, cuánto añoraba ese aire helado y cristalino, el frío, el frío... Ni siquiera los sufrimientos del viaje, que a tantos otros compañeros habían signado con una marca imborrable, podían igualarse con la profunda tristeza de su desarraigo.

No había sabido qué contestarle a Jacinto esa mañana aunque con claridad recordaba lo que era pertinente decir, la Compañía luchaba por la reivindicación de los indios, seres humanos no inferiores ni diferentes... Su frente se inundó de sudor y el aire se le hizo irrespirable, ¡qué fácil es enviar...!, el sollozo fue casi un bramido en su pecho, id y enseñad, destruid lo que encontréis y diluid los pedazos aventándolos a los cuatro vientos...

Salió a la galería con arcada y se enfrentó a la noche profundísima y cálida, millones de estrellas temblaban en el cielo transparente y el corazón se le hizo un puño en la garganta.

Las casas de los indios, en el otro lado de la gran plaza, eran un abigarrado amontonamiento de sombras perforado solamente por las luces de los faroles de aceite que había en las cabeceras de las largas galerías soportadas por pilares y hermosos arcos tallados.

Los movedizos discos de luz hacían resaltar los arcos de piedra cercanos que, a medida que se iban alejando, se desdibujaban fundiéndose en un abombado plano de sombra.

Las habitaciones de los indios estaban en perfecta quietud, duermen confiados, pensó Damián, duermen entregados a la misericordia de nuestras manos. Una sensación de culpa le atenazó el corazón: no estaba siendo fiel a los compromisos que había asumido, estaba permitiendo que el pensamiento maligno dominara su voluntad, estaba dejándose ganar por la soberbia, por el estúpido orgullo de creerse el único poseedor de la verdad. Cerró los ojos fuertemente sintiendo sus párpados calientes de fiebre y apoyó la frente en la rugosa superficie de piedra de la arcada, necesito creer firmemente que todo lo hacemos por Dios, pensó, porque de otra forma no tendríamos perdón...

-La vida, mi querido Damián, es una serie de otras cosas además de las que vosotros, los pensadores, pensáis... Hay un lado práctico que se os escapa y que nosotros, los viejos vyros, aprendimos con los años de vivirla... -la risa surgió callada del pecho poderoso de José cuando reinició su tarea de pulir la curvada pieza de madera.

-Nunca pensé que fuera un vyro.

-Desde luego, no lo soy. Pero a veces tengo la impresión de que lo piensas...

Damián no quiso contestar porque el buen humor de su amigo casi le resultó afrentoso, lo quisiera o no, el padre José a veces llegaba a escamarlo con su seguridad, con la firmeza de su carácter, con su tremenda fuerza vital, no pierdas el tiempo en cavilaciones inútiles, solía decirle, ¡es tanto lo que tenemos por hacer...!

Salió del taller de carpintería y pensaba dirigirse hacia el templo en obras, donde muchos indios trabajaban levantando los gruesos muros de piedra rosada, pero no se animó. La mampostería de la nave y los pilares estaba apenas insinuada, pero la cabecera había

llegado a la altura de la bóveda y los pedreros desbastaban ya la piedra para definir la ornamentación. Entre ellos estaría Jacinto, lo sabía bien, y no tuvo valor para encontrarse con él. Los pedreros trabajaban las piedras que se montaron con la grosura que permitiera desbastarlas para definir las formas primorosas dibujadas por Juan Antonio, su gran amigo, que sucedió al padre Forcada en la conducción de la obra proyectada, muchos años antes, por el Hermano Juan Bautista.

Desde la plaza pudo escuchar la ininterrumpida sucesión de martillazos, algunos livianos y ligeros (de los pulidores), otros pesados y que sonaban lejanos, acompañados por los truenos profundos y retardados que producían los trozos desprendidos al caer en la tierra apisonada, muchos metros más abajo.

Decidió ir directamente a su estudio pero sintió que lo tomaban por el brazo.

-No busques ocupaciones todavía -José tenía aún ceñido el delantal de trabajo sobre la sotana y con el bordillo se secaba el sudor de la frente, a tan temprana hora de la mañana ya sudaba así, copiosamente-. Hablemos ahora un poco más.

-No alcanzo a acallar mis dudas, padre -le dijo después Damián.

-¿Quién te dijo que puedes dudar?

Damián no hizo caso al tono de broma con que su amigo intentó conciliar la conversación.

-Los interrogantes se presentan a toda hora y los relego, los relego una y otra vez hacia el fondo de mis pensamientos: no encuentro nunca el valor para enfrentarlos... Me temo que no quiero saber la respuesta que puedo llegar a dar a mis preguntas...

José dejó en el borde de la pileta de piedra tallada el porongo que había usado para beber. Un hilillo de agua se deslizó marcando un trazo fino de color rosa oscuro sobre las uvas apetitosas entrelazadas por pámpanos sinuosos con granadas y hojas de palmera.

Al irse pacificando la superficie del agua abombó y achicó sus rostros reflejados sobre el fondo del cielo increíblemente azul. José introdujo la punta del dedo y al retirarlo las ondas del agua destrozaron las imágenes superponiéndolas con el cielo, para luego volverlas a presentar mezclándolas, multiplicadas por mil.

-Esto hacemos -indicó la pila con un gesto-. Mira esta imagen que es una, y al mismo tiempo muchas. Es la misma y no lo es. Esta imagen deshecha es la misma pero trabajada, multiplicada por mil, enriquecida... -José sonrió y se encogió de hombros- Y eso es todo.

Damián permaneció silencioso; su malhumor le impidió lucir la galanura que su amigo esperaba.

José suspiró.

-Venimos a modificar sin cambiar, este es un juego de palabras muy hermoso y me agradecería que lo recuerdes. Venimos, te decía, a multiplicar por mil las ansias yacentes en estas almas dándoles de beber las aguas que no se acaban, y eso es lo único que importa. Parece una simpleza pero no lo es. Son cosas que sabemos y vivimos pero que a veces, inesperadamente, se nos escapan, y esto tómallo como una recriminación -tomó al joven por el brazo y lo condujo (¿cómo a un niño?) hacia su estudio, que estaba al lado de la casa de los padres-. Y además de toda esta provechosa enseñanza vas a escuchar un consejo de este viejo que, aunque bromea con eso, lo sabes, no es ningún vyro: no permitas que las dudas lleguen a agobiarte hasta el ahogo. Es un lujo que no podemos permitirnos nosotros, los obreros de Dios.

- 3 -

Descargó con demasiada fuerza el mazo y estuvo a punto de destruir la túnica de un angelito. El susto le clavó mil espinitas en la piel. En el andamio, a muchos metros sobre el suelo, los otros pedreros muy pronto se dieron cuenta de que Jacinto no estaba bien pero no le molestaron hablándole.

Al caer la tarde (el sol hacía que el polvillo que levantaban los pedreros fuera de oro) el padre Roque se acercó resollando, agotado por el esfuerzo de subir hasta el andamio.

-Te quedarás aquí, con nosotros.

El indio sintió una oleada de alegría que pronto se desvaneció cuando miró los ojos del anciano: no había cariño, no estaba manso el viejo Paí, y eso no traía nada bueno.

-¿Y ella, Paí?

El anciano se alejó un poco rozando con su sotana las espaldas de los pedreros que sentados en el tablón tallaban el friso de los Angelitos Músicos, desbastando las piedras que todavía quedaban sin trabajar entre las dos molduras que con admirable precisión habían perfilado los equipos anteriores. Llegó a la esquina del crucero, donde más tarde se apoyaría el cimborio de la majestuosa cúpula y su voz tuvo, seguramente por la difusión en el espacio que se abría en las dos direcciones, resonancias profundas.

-Tiene que irse. Ni ella ni su hijo tienen cabida entre nosotros.

Las últimas campanadas del Ángelus todavía rondaban, ya casi imperceptibles, devueltas por la pared del monte, cuando Damián salió apresuradamente de su despacho tratando de alcanzar a Jacinto, ni siquiera habían rezado, el murmullo de los avemarías de toda la Reducción los había rodeado aislándolos más en el silencio compartido.

Y después Jacinto se había retirado. Damián no se atrevió a llamarlo.

-No puedo soportarlo, padre... Lo que hace el padre Roque con esta gente es injusto.

José suspiró.

-No debes hablar así.

-Es un ensañamiento caprichoso que engendra demasiado dolor y no puedo tolerarlo.

-No me parece apropiado que la ancianidad y la sabiduría del padre Roque sean puestas en tela de juicio tan a la ligera.

Damián no se dejó convencer por el tono tranquilo de su amigo porque percibió en sus palabras una velada advertencia y la tuvo en cuenta.

-Trato de comprender, padre, pero está llevando esta situación hasta exageraciones perjudiciales... es inhumano su empeñamiento en contra de estos pobres inocentes...

José se detuvo al lado de un cantero, en el inicio de la huerta, y de un estirón arrancó un rabanito. Sacó con los dedos gordos los restos de barro adherido y limpió luego el bulbito rojo con su delantal. Con un chasquido mordió la jugosa raíz y miró impasible a Damián.

-Estos inocentes fueron sorprendidos en adulterio.

-Adulterio, padre José, adulterio... Me reservo mi opinión sobre eso.

-¿Te reservas tu autorizada opinión, padre?

Damián suspiró desalentado.

-No se moleste conmigo. Pero adulterio es una palabra que me enerva, en este caso me suena a argumento artificioso... Lo queramos o no, la realidad que aquí vivimos es otra; no me parece lícito aplicar con tanto rigor esos parámetros... Nuestros hijos son diferentes, padre José, son...

-Lo que estás diciendo, Damián, está muy cerca de la herejía...

Damián se detuvo en seco, mordido por la sorpresa, y no tuvo fuerzas para seguir argumentando.

-Hoy lo he visto llorar, padre; he visto llorar a un hombre y el alma se me encogió de tristeza. Qué triste fue, ¿verdad, Paí?, me dijo, ¿no viste cómo lloramos cuando la subieron a Rosa en la ruanita?, todos lloramos, parecía una criatura asustada, nos miraba preguntándonos, Paí, por qué hacíamos lo que estábamos haciendo... Hasta los gýrahú chopí se pusieron de acuerdo y gritaron como locos allá arriba de los muros, hasta María estaba triste, ¿le viste a mi esposa?, me dijo, estaba triste.

-Es algo muy doloroso, en verdad.

-Pero eso no fue todo, padre: no solamente el padre Roque la excluyó a Rosa.

-No la excluyó.

-Por cierto, no la excluyó; la confinó en Jesús, y además...

-Lo sé, Damián, ¿por qué me lo repites? Además sacó a Jacinto de la talla del friso.

-El friso de sus amados angelitos músicos.

-Para mí fue una situación muy molesta -Juan Antonio se había mostrado calmo a duras penas, tratando de no encender aun más a su amigo- sé muy bien que no puedo oponerme a lo que dispone el Superior pero me habría agradado que el padre Roque respetara mi lugar en la obra.

-¿Qué es eso del Purgatorio?

-Lo dispuso, y así se hará. Al lado de la entrada, en el muro lateral derecho, el padre Roque dispuso que se talle un Purgatorio.

-Hizo quedar a Jacinto para eso.

-No lo sé, Damián, quizás solamente quiera ese cuadro en lugar del Escudo... No lo sé, ni creo que debamos averiguarlo.

-No te vayas, Jacinto -le había dicho en su despacho (por el amor de Dios, te ruego que no te vayas, había pensado sin animarse a decirlo) en tanto se escuchaban las tres primeras campanadas del Ángelus-. Piensa en tu esposa, en tus hijos... ¿vas a condenarlos al destino incierto de la selva?

Jacinto había asentido en silencio, atrincherado detrás de su silencio, mirándolo sin verle.

Consiguió que se quedara, pero después una y otra vez se preguntó si sabiendo todo lo que después supo se habría atrevido a tratar de persuadirlo.

Espíritu Santo, rogó abrumado por la desolación, no fui capaz de consolarle porque mi ánimo se desmoronó anonadado...

Cuando supo que el padre Roque había retirado al indio del festivo ornamento para encomendarle esa orgía de dolor y sufrimiento se escandalizó y un ramalazo de vergüenza le turbó, pero fue después que se sintió desfallecer: Jacinto no solamente debía tallar el Purgatorio sino que en él, en medio de las llamas, sufriendo, debía colocar a Rosa, mi Dios, mi Dios, eso es ya demasiado...

- 4 -

La humareda que olía a cacao se desenrollaba perezosamente inundando la explanada del bajo y desdibujando los árboles que marcaban el inicio del monte. El pequeño horno de prueba humeaba y no habían apuntado todavía los deditos de fuego por los respiraderos de la parte superior, Federico se consumía de impaciencia por saber si esta vez las tejas habían resistido sin romperse.

-No metas más racimos secos -le dijo al fogonero-, es suficiente.

-Esto ya parece el infierno, Paí.

-Vamos a mantener el fuego solamente con cedro -se olvidó de sonreír-, ya aceleramos bastante con el coco.

Se lavó las manos en la barrica que había al lado del malacate que usaban para amasar la arcilla rompiendo las vetas formadas por la sedimentación durante siglos. Tenía salpicaduras de barro en las cejas y pegoteadas en la barba casi colorada, ni siquiera mi querido padre Antón habría conseguido las tejas livianas que necesito para el templo, pensó, esta maldita arcilla es endemoniada, perdón, Señor Jesús.

Dejó escurrir el agua de sus manos porque secarse con el delantal que cubría su sotana habría sido peor, estaba casi tan sucio como sus zapatos, que ya no se veían bajo el barro, barro por todas partes, gomoso, pegajoso, gris, gris, gris... el mismo deprimente barro gris que tras el milagro del fuego adquiriría ese hermoso color anaranjado, esa textura afelpada y sedienta, ese límpido sonido cristalino...

Hacia el mediodía el humo dejó de salir y unas llamas nerviosas aparecieron sobre el horno, en medio de reverberaciones, ahora solamente nos queda esperar, se dijo Federico.

-Volvieron a romperse, padre -le dijo al Superior después, cuando el horno se enfrió lo suficiente y pudo comprobar el desastre.

-Es una mala noticia.

-Ahora estoy probando una nueva mezcla de arcillas que...

-No podemos esperar más, y usted lo sabe. Las bóvedas de la iglesia se están terminando y pronto deberemos cubrirlas; es una imprudencia dejarlas al descubierto... No hay más tiempo para seguir experimentando, ¿por qué se empecina en cambiar las cosas?, ¿por qué no fabrica las mismas tejas que se usaron siempre?

-Porque son muy pesadas, padre -repitió una vez más-. Cuando las luces que se cubren no son muy grandes, el peso del material no incide de manera preponderante, pero la iglesia es diferente... Estas tejas son muy pesadas. No he logrado hasta ahora la mezcla de arcilla que necesito: si hago las tejas gruesas resultan pesadísimas y si adelgazo las piezas se

rompen en el horno... Estoy buscando la mezcla que me permita adelgazarlas y que no se rompan.

-No podemos esperar más.

-Padre, por favor... No es prudente subir tejas tan pesadas... Usted sabe que el material que nos vimos obligados a utilizar en los muros no es el más recomendable; la piedra sedimentaria que utilizamos en la obra no es resistente.

-Eso es cuestión del padre Forcada.

-Lo sé; pero es imprudente cargar con excesivo peso unos muros que tal vez no sean capaces de soportarlo... esas piedras, al mojarse, soportan menos que el peor de mis ladrillos...

-Razón de más para cubrir las bóvedas lo antes posible. ¿Le parece prudente dejar las bóvedas a la intemperie en plena temporada de lluvias?, ¿sabe usted cuánto llueve en este rincón del mundo en temporada de lluvias?

-Padre -Federico estaba cansado y no consideró la mordaz ironía del anciano-, padre, sólo le pido un poco más de tiempo... Pude saber que en Piribebuy, muy cerca de la Estancia de Paraguarí, encontraron una mina de caolín buenísimo que...

-¿Piribebuy?, ¿se da cuenta de lo que está diciendo, padre?, ¿cuánto tardarían las carretas para traernos su caolín desde Piribebuy? -resaltó la palabra su-, ¿veinte días?, ¿veintidós?

Federico abochornado enrojeció como un niño.

-También pude saber que aquí cerca, en los alrededores de San Cosme descubrieron una mina de calidad aceptable que...

-Pero no la probó.

-Hasta ahora, no.

-Lastimosamente ya no podrá probarla... -se rascó el lunar de la barbilla con la uña del índice-. Es ineludible que inicie hoy mismo, ahora, la fabricación de las tejas, más gordas o más delgadas, pero no podemos demorar más probando, probando, una y otra vez, sin resultado aceptable.

-No es un capricho mío, padre... -Federico no pudo reprimir su violencia y los labios del padre Roque se movieron imperceptiblemente-. Las tejas que hacemos son muy pesadas para el inmenso techo del templo... es imprescindible alivianarlas, el riesgo que correríamos con ellas es incalculable. Las piedras de los muros se pueden resentir...

-Está dando por sentado que los muros no van a soportar el peso de la cubierta... ¿Duda de la capacidad del padre Forcada?

-Yo no dudo de los cálculos del padre Forcada, padre; yo solamente dudo de las piedras... -dijo con más tristeza que ironía porque su corazón estaba sangrando.

El sol caía vertical y era un peso sobre los hombros de los dos, que estaban parados al lado del mastodóntico secadero con techo de paja, los cocoteros chisporroteaban en el ambiente abrasador y los ojos nerviosos de Federico recorrieron desesperados, buscando algún inexistente asidero, la profunda hondonada cuyo verde reverberaba subiendo en temblores hasta perderse en la bruma grisácea con olor a cacao.

El padre Roque juntó las manos sobre su vientre, y Federico empalideció, me está mostrando quién tiene la última palabra, pensó.

-Su trabajo es hacer tejas, padre Federico -su voz tuvo la suavidad del filo equilibrado de una navaja-. Hágalas. Y hágalas ahora. Deje que los constructores se preocupen por los demás problemas... problemas que a usted involuntariamente, creo yo, le impiden cumplir su compromiso.

Mientras el Superior se alejaba Federico sintió desdibujarse sus ojos por las lágrimas de rabia que inundaron sus cuencas y los latidos del corazón fueron explosiones sordas en sus sienes.

Ciertamente lo suyo era solamente un presentimiento, no tenía argumentos para demostrar que los muros del padre Forcada no soportarían el peso, ni siquiera sabía con certeza si Forcada previó o no semejante carga en la cubierta, pero el hecho de que no le escucharan, igualmente sin argumentos, era doloroso.

Se sintió humillado y con empecinamiento caprichoso movió diligentemente la producción de tejas, el enorme secadero se convirtió en una marmita bullente y una a una fueron saliendo las hornadas y la montaña de tejas fue creciendo en la explanada del bajo, frente a la olería, es como si estuviéramos todos contaminados y corriéramos ciegamente hacia el abismo, se decía Federico.

-Pero sigo probando, Hermano -le comentó a Grimau una tarde, cerca del horno de prueba, en tanto más allá se veía la incesante actividad de los demás-, una y otra vez pruebo las mezclas...

-Deberías dejarlo, Federico.

-No lo haré. Quizás llegaré tarde, pero...

-Pero llegarás, ¿no es cierto? Eso es presunción.

Quizás lo haya sido, pensaba ahora mirando cómo sobre la curvatura de la bóveda de cañón de la iglesia trajinaban los indios como hormigas de un inmenso hormiguero enardecido.

La hilera seguía el borde de la nave, se curvaba rodeando el bajo tambor de la cúpula y terminaba en el sector medio del ábside, donde el gusano se iba paulatinamente acortando, después deformar montoncitos con las tejas que en largo pasamano subían desde plaza central.

La cola del largo gusano blanquecino se removía incesante en la plaza y luego trepaba dificultosamente la fachada de la iglesia por el enrejado de andamios que parecía un encaje, subiendo tejas, subiendo tejas, tratando de satisfacer el hambre de la cabeza que allá arriba, formando montoncitos, retrocedía lentamente. Desde abajo podía observarse a los hombres como pequeñísimas crestas animadas de movimiento febril, sincronizado, suavizado por la distancia. A medida que el gusano se acortaba, los hombres se desplazaban preparando nuevos frentes en el crucero. Federico se sintió maravillado. Las cabezas inmóviles de derecha e izquierda, la cabeza central, el gusano entero cantaba:

«Summens...
Summens illud ave
Gabiellis ore
Gabrielis ore...»

Recostado contra el parante del secadero, sumergido en la profunda y húmeda sombra, se sentía en un remanso irreal, un mundo imaginado, mirando el incansable gusano brillante de sol, agobiado por un calor casi corpóreo pero disciplinado, matemáticamente ordenado, y cantando.

«Funda nos in pace
funda nos in pace
mutans eve nomen...»

El Ave Marys Stella sonaba con un ritmo ingenuamente acentuado, era como si esas voces revivieran antiguos cantos no olvidados y ululaba a través de la hilera interminable.

tum - tum
tum tu - tum tu
tum - tum
tu tu tu tu tum - tum
tu tu tu tu tum - tum...

Federico marcaba el ritmo mentalmente y sus ojos seguían el movimiento cadencioso: tomar la teja, mover el torso, entregarla y volverse, tomar la teja... una y otra vez, una y otra vez...

Tres días atrás el gusano había comenzado a moverse.

Desde la olería culebreó por la cuesta bordeando la huerta, torciendo luego para alinearse con la iglesia y siguiendo a lo largo para remansarse, por fin, en la plaza central, frente a la fachada principal. Allí, a medida que la montaña era transportada, comenzaron a formarse las ramificaciones para circular fluidamente después, cuando se iniciara el paso a las alturas.

Hubiera sido mucho más corto subir las tejas por la parte de atrás de la iglesia, pensó Federico, pero comprendió que el andamiaje tenía más puntos de sujeción en la fachada principal y además, se dijo, en este Paraíso en la tierra el trabajo no cuenta... ¿qué más hay para hacer que trabajar y vivir en paz? Mayor o menor cantidad de trabajo no tenían ninguna importancia, era lo que se debía hacer, y se hacía.

Los restos ennegrecidos de los hornos eran un mudo testimonio de todo el trabajo que allí habían realizado: horas y horas, días y días en una carrera contra el tiempo que llegó a desesperarle. El redondel de pasto aplastado y seco donde estuviera la montaña reverberaba bajo el sol abrasador y el caminillo de hierba agostada por donde había pasado el gusano, que trepaba la cuesta y se perdía al costado de la huerta para volver a aparecer allá, muy lejos, en la lomada al costado de la iglesia hasta la plaza, era el recuerdo de la febril actividad que durante semanas había agitado la olería.

En tanto la olería trabajaba con toda su capacidad, empecinadamente él había seguido probando, probando, y por fin lo había conseguido. Pero llegué tarde y suben las tejas pesadas, se dijo y en un arranque de ira que no pudo reprimir estrelló contra el suelo la teja liviana y de suave textura que había retirado de su pequeño horno de prueba muy temprano esa mañana.

Descubrí muy tarde la mezcla apropiada, se dijo con amargura, la mezcla con el caolín de la mina de San Cosme ya no nos sirve, que el Señor se apiade de nosotros...

- 5 -

Bernardino salió de Jesús antes de que la claridad de la madrugada perfilara las formas. El lucero del alba brillaba suspendido a media altura y al verlo tan radiante, tan cercano, sintió un escalofrío.

Al pasar frente a la Capilla de los Muertos donde velaban a su madre, se arrimó a la ventana, cuidando de no ser visto, para mirar por última vez el rostro de cera y ceniza, rígido, que no vería nunca más.

Debía caminar hacia el sur, eludiendo Trinidad, hasta Itapúa (quizás se animaría a cortar camino yendo directamente hacia San Cosme, ya vería) y luego hacia el oeste, hasta Santiago, para por fin después enfilar hacia el norte, sabía muy bien que era arriesgado y largo seguir el camino de los pueblos pero no conocía más que ese trazado, que había recorrido tantas veces tropeando ganado, así que lo seguiría a escondidas, para no ser descubierto.

Al atravesar la última valla, un poco antes del inicio del monte, se volvió para mirar una vez más el caserío dormido. Las lámparas de aceite que ardían en las esquinas eran estrellitas amarillas y la ventana de la Capilla de los Muertos una inmensa boca roja, enorme, rodeada de tanta oscuridad, aterradora...

Hacia un costado, casi en la mitad de la cuesta, las barracas de teñido estaban en absoluta quietud pero de entre ellas se levantaba una columnita de humo que se retorció, se desenrollaba y expandía, el humo que nunca dejaba de salir de las hornallas de teñido, siempre encendidas, siempre guardando entre sus cenizas cálidas el rescoldo anaranjado que permitirá avivar fácilmente el fuego al día siguiente, eterno humo, el humo que día a día durante sus dieciséis años había visto rodear a su madre, desdibujarla, fundirla entre sus telones más claros o más espesos, su madre tiñendo tejidos día a día, tiñendo y tiñendo, un día y otro y otro y otro, hasta que su piel misma llegó a tener el color ceniza y plata del humo, o los rojos del tanino, tan diferentes con un poco más o un poco menos de typychá morotí, o los amarillos y marrones que conseguía con cepa caballo y cedrón, o los azules, aquellos hermosos azules que Rosa conseguía con las moras cuando cuidadosamente les extraía los cabitos y la médula, ay, mamá, el humo es lo que queda de ti y esa cara de ceniza y cera, esa cara blanca entre las velas en la Capilla que parece un horno.

Le llevaría algunos días salir caminando de las Reducciones Misioneras y no podía arriesgarse a que lo descubrieran: el padre Roque tenía los brazos muy largos y podía alcanzarle hasta donde quisiera: había ordenado que Rosa y su hijo se quedaran en Jesús y allí se habrían de quedar. Mamá pudo salir por fin, pensó, y yo saldré, ahora que ella no está y que «mi padre» ya no me puede atajar.

Recién mucho después, cuando ya había vivido un buen tiempo en Asunción como encomendado de don Venancio, al volver a las Reducciones con la tropa de voluntarios pudo saber por su hermano, de noche, que cuando se escapó de Jesús ya el anciano padre Roque se había retirado y pasaba los días de su vejez en San Ignacio Guazú, pero ahora no lo sabía y el temor a ese anciano, capaz de hacerle a la gente tantas cosas malas, era suficiente para hacerle viajar escondido.

Cerca del mediodía (las piernas comenzaban a pesarle y el calor dificultaba su respiración) llegó a los límites de la Reducción de Itapúa. Trinidad había quedado atrás hacía unas horas.

No se había animado a acercarse al poblado, hubiera podido probar, pensó, esperar la noche para entrar al pueblo protegido por la oscuridad, pero no lo hizo. Su miedo fue más fuerte que el deseo de conocer a su padre, quizás nunca más lo vería, no llegaría a conocerlo, nunca.

Tampoco vería nunca más a su hermano, qué cosa más triste, le quería mucho, se querían, había sido un descubrimiento muy hermoso saber que tenía un hermano.

-Rosa la teñidora es tu madre.

-Es.

Bernardino le había mirado con desconfianza, ¿qué estaría buscando este mitaí extraño?, la tropa de ganado había quedado a resguardo en los corrales y los troperos de Trinidad bajaban con ellos para refrescarse en el arroyo. Disimuló su turbación anudando el tiento.

-Yo soy tu hermano.

Negó con la cabeza.

-Yo no tengo.

A Juancito le brillaron los ojos divertidos.

-No sabes, nomás. Jacinto es nuestro papá.

Más tarde, durante la cena y después, durante muchas horas, hablaron, descubrir paso a paso a su hermano y hacerse conocer por él fue una de las cosas más hermosas que recordó siempre después Bernardino, nunca más volvió a sentirse tan solo como se sentía aún teniendo a Rosa (ni siquiera ahora que lo estaba dejando todo para irse).

Pudo saber muchas cosas de su padre y de sus otros hermanos, y muchas cosas también de la vida en Trinidad.

Supo lo del cuadro del Purgatorio que pusieron en la iglesia y primero la sangre se le encendió de odio pero después su orgullo satisfecho le regocijó, está hermosa, hermano, le había dicho Juancito, rodeada por las llamas tu mamá parece una flor hermosa, o una reina, algunos dicen que hasta casi se parece a nuestra madre María Santísima con su larga cabellera... Deberías ir algún día hasta Trinidad para verla.

El día que vaya hasta Trinidad será para otra cosa, pensó.

-No... -Había contestado indeciso, sin valor para decirle lo que estaba pensando- no creo que me anime porque lo tengo prohibido. No quiero que mamá se entere de nada de eso, Juancito, no quiero que sepa lo del Purgatorio, ni de lo que pasa allá, nada. La gente de aquí parece que no lo sabe, por eso no hablan... ¿Cómo pudo ser tan malo el Paí para meterla en el Purgatorio?

-Nosotros no entendemos esas cosas... Así mismo me dijo el Paí Damián: estas cosas vosotros no entendéis, me dijo, y yo digo que así ha de ser, seguramente. Pero papá se vengó bien del Paí Roque y el Paí Roque ya no se animó a hacerle cambiarlo que había hecho: la hizo a Rosa tan hermosa entre las llamas con su larga cabellera, tan linda, que todos pensaron enseguida, es decir, que todos los que le ven piensan: ella no está allí, ella no puede estar allí...

Sentado en el suelo y recostado contra la rugosa corteza de un formidable urunday que arrojaba una sombra placentera en medio del inquietante mar de hierba agitado por las

reverberaciones, Bernardino miraba a sus pies, en la distancia allá, muy abajo, las hermosas construcciones de la Reducción de Itapúa.

Asentada sobre un casi imperceptible recodo del río-mar del sur, que con su engañosa superficie calma disimulaba peligrosamente su violencia, Itapúa era un hervidero de movimiento en las horas cercanas al mediodía.

La gente se movía de un lado a otro y de vez en cuando, resaltando en el conjunto ocre difuminado, la silueta oscura de algún sacerdote le recordaba a Bernardino que allí estaban, siempre presentes, que allí también conocían las órdenes del padre Roque, que todos las conocían, en todas partes, siempre.

Faltaba poco para el almuerzo y luego vendrían las horas de la siesta, horas paralizadas, silenciosas, en las que toda actividad se adormecía y durante las cuales, quizás por la seguridad que brindaba la luz del día, hasta la vigilancia se descuidaba un tanto. Ese es el momento que tengo que aprovechar para pasar, pensó Bernardino mordisqueando el último pedazo de mandioca hervida que le quedaba en la bolsa, reseca ya y endurecida. Controló lo poco que eran sus provisiones: uno o dos Puñados de maíz tostado y maní.

Recordó con amargura su paso por el melonar esa mañana, en las afueras de la Reducción. Uno de esos melones dorados y perfumados habría sido como alcanzar el cielo con las manos, pero no podía robar. Con el corazón saltando en su pecho permaneció escondido entre los matorrales mirando a los trabajadores recoger las frutas maduras para llevarlas a las casas, les hubiera pedido una, se recriminó, seguro que me la daban, pero tuvo miedo de descubrirse.

Entre las construcciones de abajo resaltaba el Taller de Instrumentos Musicales, amada joya de la Reducción de Itapúa, más pequeña, ciertamente, que la fábrica de Yapeyú pero donde se hacían instrumentos con un tono y afinamiento exquisitos. Llevaron uno de mis violines a Europa, Bernardino recordó que le había dicho el viejo Ignacio, el artesano, aquel atardecer un poco antes de la cena, en el costado de la casa de los indios, la vez que vino tropeando ganado.

-¿Europa?

-Un lugar hermoso, dicen, grande, al otro lado del mar.

El mar, se había dicho Bernardino mirando al indio viejo y se decía ahora, el mar...

-Es como nuestro gran río pero más grande, más, más, mil veces más -Ignacio había dejado vagar sus ojos por la gran extensión empastada de la ladera, con el pecho encendido de satisfacción, el calor poco a poco iba aflojando y el polvillo dorado era como una fina cortina con el sol del ocaso-. Mi violín está en Europa y se toca en una iglesia... ah, Bernardino, qué emocionante fue cuando el joven padrecito Domingo me dijo que quería mandar mi violín... El pasó por aquí antes de ir a quedarse en Córdoba, cuando eso no era todavía Paí, así nos dijeron, pero qué manera de saber hacer música... Recuerdo que le dijimos: no te vayas a ir de nosotros, Paí, quédate aquí, porque nosotros ya le decíamos Paí

aunque no era. Pero se fue, y se murió allá. -había permanecido callado un momento y después sonrió-. Recuerdo que cuando estaba recorriendo los Talleres le hicieron escuchar mis violines y dijo: oh, qué bien suenan, así mismo dijo: oh, qué bien suenan, cómo quiero que un violín de estos se toque en mi iglesia, dijo, y después nos explicó: la iglesia de mi pueblo es grande, toda blanca y verde, así dijo, toda forrada de mármol; aquí no usamos el mármol, Bernardino, y por eso nuestras iglesias son rosadas, pero la iglesia del pueblo del padrecito Domingo, Domenico le decían algunos, allá en Europa, te decía, es toda blanca y verde.

Blanca y verde, pensó ahora Bernardino sentado bajo la sombra del urunday, debe haber sido un sueño del viejo Ignacio, pobre viejo Ignacio, quién sabe cuánto tiempo hace ya que se murió.

Cuando observó la quietud de la siesta en la población de abajo, reinició su camino. Aún tenía por delante algunas poblaciones conocidas pero alejarse de Itapúa, cuyas cercanías tantas veces recorrió cabalgando entre nubes de polvo guiando tropas de ganado, fue dejar atrás algo muy querido, lugares conocidos, su mundo, lugares amados que no quería dejar, donde había sufrido mucho, es cierto, pero donde se quería quedar.

Todavía puedo volverme atrás, pensó repentinamente ilusionado, puedo volver para pedir perdón y me van a recibir, ni siquiera falté demasiado tiempo, pero recordó el perfil de Rosa recortado contra la roja luz de las velas en la Capilla de los Muertos, requiescat in pace, amén, y después et lux perpetua luceat eis, los monaguillos con sus caritas oscuras suspendidas sobre el blanco sobrepelliz, monitos vestidos de rojo y blanco, tratando de apartar sus ojos de la cara de la muerta mientras el padre Julio giraba alrededor del túmulo salpicando los restos con agua bendita, pater noster qui est in coelis, dejando el hisopo con un gesto impaciente por la inexplicable distracción del indiecito que no prestaba atención a lo que estaba haciendo, mirando de costado como un sonso, sanctificetur nomen tuum, y tomando de las manos del turiferario el brasero colgante, adveniat regnum tuum, las viejas llorando y aspirando con fruición el perfumado humo del incienso, Rosa rodeada de humo, muerta entre el humo así como vivió, entre el humo, días y días, meses, años, humo blanco de la Capilla de los Muertos roja de velas y rumorosa, rumor de horno encendido a punto de absorber los leños para convertirlos en ceniza, rumor de fogata que no se apagaba nunca, caldeando los tintes, cocinando la piel de las manos y los brazos, la piel de las mejillas, de las piernas y los pechos detrás de la tela de algodón que el calor hacía una lámina de metal caliente, caliente como el metal de la campana del almuerzo bajo el sol de febrero, ya no podría «su padre» mantener allí por más tiempo al hijo del pecado, Rosa se había ido por fin, se había alejado perdiéndose entre temblorosas cortinas de humo pero sin color, sin energía, sin nada.

La ilusión se diluyó y le quedó el miedo, pero no sería suficiente para atajarlo el temor a lo desconocido, se dijo, nada puede ser peor que este lugar donde nos hicieron sufrir tanto, por más que al pensarlo se le apretaba el corazón de pena.

-Casimiro, no le cuentes a nadie -le había dicho al caer la tarde- me voy.

-Yo sé muy bien lo que es vivir afuera, Bernardino; no te va a gustar.

-Puede ser; pero aquí no me voy a quedar. Viste lo que le hicieron a mamá, ¿verdad?, viste bien lo que nos hicieron aquí.

El viejo permaneció callado y Bernardino creyó que no le había escuchado.

-Yo volví -dijo por fin-. Porque tuve suerte pude llegar otra vez hasta aquí.

Bernardino miró con respeto el rostro cuarteado por las arrugas, en la garganta sentía una pelota que no le dejaba tragar.

-Aquí le maltrataron demasiado a mamá y aquí yo soy... yo soy...

-Ya sé lo que dicen. Pero afuera la cosa es peor. Ojalá puedas llegar bien a Yaguarón, pero ni así va a ser muy fácil... Con los Paí no has de tener problemas, son buenos también los franciscanos, pero con la gente es otra cosa... No nos quieren mucho a los jesuitas.

-No me importa.

-Y si no llegas a Yaguarón y te encuentran los vecinos va a ser peor.

-No me importa -Bernardino recuerda que tenía muchas ganas de llorar, Rosa acababa de morir y las mujeres vestían su cuerpo para ponerlo sobre la mesa, entre las velas.- No me importa nada, yo aquí no me quedo más...

- 6 -

Los ojos acuosos de Roque siguieron una vez más el vuelo del bendito sea desde el alero de la casa hasta el añoso petereby. En el muñón de la rama, rota durante la última tormenta, el pajarillo se detuvo y con movimientos nerviosos miró alrededor haciendo temblar el hilillo de paja que llevaba en el pico. Buscaba el sitio donde comenzar la construcción de un nuevo nido, aliento de vida, pensó el anciano con un dejo de envidia, el mismo empecinado aliento de esperanza que se adivina en las yemitas reventonas que bordean el muñón, verde limón casi dorado, vida obstinada dispuesta a volver a comenzar una y otra vez...

Ubicó dificultosamente debajo de sus riñones el pequeño almohadón buscando algún alivio, ni la más suave lana de San Miguel es suficiente para calmar los dolores de este viejo cuerpo, pensó, el infierno comienza donde muere la esperanza, como en las brumosas barracas de teñido, (sintió una pena profunda en el corazón), fuego, calor, misterio, humo, oh Dios, oh Dios... Había ordenado que Rosa permaneciera siempre en las barracas, meses y meses, años... ¿qué es la vida en la tierra frente a la eternidad?

Se pasó los dedos nudosos por los ojos y de sus labios escapó un profundo suspiro sintiendo que se sofocaba: percibió con claridad las largas y filosas uñas del arrepentimiento arañándole el alma.

Hacia el fondo del patio, en la esquina que daba a los corrales donde tambeaban los animales de consumo, en una sala grande y bien ventilada los operarios trabajaban las planchas para imprimir el Devocionario Práctico que había redactado con esmero y que repartirían en las Reducciones, incluso al otro lado del Paraná.

Lo vio a Juancito Yaparí, anciano y achacoso, que trajinaba entre los más jóvenes controlándolo todo, sus ojos gastados y su pulso inseguro no le dejaban ya hacer prácticamente nada, pero Jaime le permitía participar de ese ambiente casi mágico de la Imprenta, su mundo. Este indio es un verdadero artista, pensó Roque; hasta ahora recordaba con emoción las magníficas ilustraciones que Juancito había grabado primorosamente muchos años antes y que admiraron a tanta gente.

La enorme prensa estaba en un costado y desde la galería Roque podía ver solamente una de las orejas, hecha con un grueso pedazo de lapacho. Más atrás veía también las vasijas de barro cocido que contenían la tinta negrísima que una semana antes trajeran de San Cosme. Todo parecía desarrollarse con una lentitud enervante, no podemos perder tiempo, pensaba, pero ellos parecen no tener apuro.

-Mañana comenzaremos a sacarlas copias, padre -le había dicho esa mañana el padre Jaime después del desayuno-. Nos atrasamos un poco porque me quedé algo corto: no tuve en cuenta la increíble repetición de algunos tipos y me quedé corto.

-¿Repetición?

-Sobre todo con la A, padre, fíjese: alabanzas darás a la santa... ¿quién podría imaginarse que necesitaríamos tan impresionante cantidad de aes...?

-Esa es una liviandad que me resulta enervante; es casi una falta de respeto.

Jaime, gordo y rosadote, le había mirado divertido.

-Es solamente buen humor, padre Roque...

Buen humor, se repitió ahora Roque sentado en la galería y mirando cómo la sombra se alargaba sobre el pasto, cómo todavía el rosal se doraba con el sol de la tarde y el bendito sea continuaba su incansable ir y venir, buen humor... nunca me permití el lujo de distraerme con esas cosas y se me pasó la vida sin llegar a saber lo que es la alegría...

-El problema de las repeticiones que tanto le ofuscó esta mañana está solucionado, padre -dijo bromeando Jaime sentándose a su lado. Percibió el gruñido de desaprobación del anciano-. No se enoje, por Dios; comenzaremos a sacar las copias mañana.

-¿Lo harán?

-Si Dios quiere, desde luego -está de mal humor, pensó Jaime-. Hay veces que no todo resulta tan sencillo.

-Si lo que intenta es disculparse, no se preocupe, no necesita hacerlo. Si, por el contrario, lo que hace es quejarse del trabajo de nuestros hijos, permítame decirle que muchas veces es explicable su reacción desganada.

-No lo hago, padre -dijo Jaime por lo bajo y el anciano supo que sí lo hizo.

-Siempre tengo presente la difícil experiencia de San Joaquín, que conocemos tan bien... San Joaquín de Tobatines, esa tan difícil experiencia «de extramuros», así como curiosamente a alguno se le dio en llamar... Los padres tuvieron que vencer muchas dificultades, ah... ya lo creo que sí; más que nada, digo yo, por el descreimiento de los indios, que fueron tantas veces engañados, que ya no se sentían tranquilos ni dispuestos a colaborar...

Jaime le miró con una duda disimulada en el fondo de sus ojos.

-Por el descreimiento, padre, pero también por ese deseo de no hacer nada que suele vencer la voluntad de estos amados hijos nuestros...

A Roque no le agradó el tono ligero pero no opinó, es una suerte, pensó muchas veces, que haya conseguido que lo trasladaran nuevamente desde Santiago porque me agrada estar con Jaime a pesar de su enervante buen humor y la perspicacia con que descubre mis flaquezas, con aparente inocencia.

-Me niego a aceptar que sean haraganes. No lo son. Tenemos muchas experiencias que demuestran que no lo son: cuando se los orienta bien, dan muestras satisfactorias... Yo creo más bien que la ausencia de voluntad que manifiestan esporádicamente se debe principalmente al descreimiento: se los engañó demasiadas veces, hasta el cansancio... Nosotros aquí nunca tuvimos problemas de esa clase, ¿no es cierto?

Jaime se movió en su asiento nerviosamente, no le gustaba discutir con su amigo pero pensaba diferente y se dijo que faltaría a su amistad si se mostraba condescendiente por piedad.

-Tuve la oportunidad de conversar con el padre Sebastián una vez que pasó por aquí; lo recuerda al padre Sebastián, ¿no?, y por lo que él me contó puedo asegurarle, padre, que en más de una oportunidad su paciencia fue puesta a prueba... y todos sabemos que es un verdadero santo, el padre Sebastián, el santo supremo de la paciencia, es -Jaime hizo que no veía el disgusto del anciano por su tono desfachatado-. Fueron momentos en los que, casi puedo confirmarlo, estuvo a punto de echarlo todo a rodar...

-La siembra, por ejemplo, Jaime -le había dicho el padre Sebastián- y estando toda la gente ocupada, repentinamente al Cacique se le ocurre que debe dirigir, de inmediato, una

excursión de caza y yo, como es de esperar, me niego a autorizarla. Les explico a los indios claramente por qué: esta labor que estamos desempeñando, les digo, debemos hacerla ahora o será tarde y además, fíjense, tenemos todavía suficiente carne salada que nos permitirá aguantar hasta el final de la siembra... Y entonces se corta abruptamente toda comunicación: de la noche a la mañana nuestros hijos se convierten en extraños, en melancólicos e impasibles prisioneros que añoran la libertad perdida, la agradable vida nómada sin compromisos, sin obligaciones y, desentendidos de nuestra realidad, no hacen nada. Reunidos y silenciosos nos miran como si no nos conocieran, sin hacer ningún gesto que nos permita sospechar en qué están pensando... hasta que de repente, al cabo de unos cuantos días, pocos o muchos, nadie puede predecirlo, las cosas cambian y están nuevamente a nuestro lado, dispuestos a trabajar, entusiastas, alegres...

Jaime espantó los mosquitos que comenzaron a rondar su cuello animados por una furia hambrienta infestando las sombras del crepúsculo.

-Lastimosamente, me dijo el padre Sebastián, para ese día las reservas de carne salada ya se habían agotado y era imprescindible organizar una excursión de caza...

Disimuló su risa entre las sombras crecientes para no molestar aún más al anciano.

-Parece muy consubstanciado con el relato del padre Sebastián -dijo Roque agriamente, sin ánimos para seguir la humorada-. Hay veces que son caprichosos, ciertamente, pero casi siempre el principal motivo de su mal comportamiento radica en que no se los dirige con propiedad.

-Puede ser, padre -Jaime se levantó para irse, hacía ya un buen rato que la campana había marcado el final del trabajo y quería pasar por la imprenta a pegar una mirada antes de que fuera más oscuro-. Puede ser cierto lo que usted dice, pero en nuestros pueblos, con nuestros indios, que ya están adaptados a las nuevas costumbres... Ahora bien, imagínese lo que habrá sido con los indios en el estado primitivo como encontraron a los pobladores de San Joaquín. Yo creo que además del descreimiento que usted dice es muy importante el enfrentamiento con las tradiciones y costumbres de los nativos. La relación entre hombres y mujeres, por ejemplo, la vida matrimonial y todas esas cosas, trajo innumerables problemas a los padres, por lo que me dijo el padre Sebastián, digo.

Jaime percibió un gesto de alerta en la cara del anciano y se recriminó por haber tocado ese tema, sabía muy bien que el padre Roque trataba siempre de eludirlo.

-¿Qué clase de problemas, dice usted?

-Los nativos muchas veces son bautizados antes de saber con justeza lo que es ser cristianos, no sé si lo digo bien. Lo que quiero expresar es que son bautizados cuando piden a los padres el Bautismo, después de comenzar a conocer la Palabra... Ese pedido brota por la emoción, por el entusiasmo, por el afecto que sienten por nosotros... y son felices. Pero cuando ya no pueden volver a hacer las cosas que antes hacían se sorprenden, a veces se rebelan, amenazan con irse, y algunos, no muchos, por cierto, se van sin más... y es lógico:

para ellos, una ceremonia que es muy linda, en verdad, no tiene nada que ver con el deseo de poseer a esa otra mujer que les atrae, por ejemplo.

-¿Lógico?

-Lógico para ellos, desde luego, padre... No digo que yo piense así.

-Me niego a aceptar que nuestra labor sea tan ligera e irresponsable como lo está definiendo.

-Dios me guarde, padre, nada más alejado de mis deseos que desmeritar nuestra labor... Pero no deja de ser cierto que nosotros anunciamos las Buenas Noticias primero y contamos las obligaciones después.

-¡Jaime!

-No, entiéndame, no es mi deseo ser irreverente. Lo que hacemos, digo, es similar a lo que hacían nuestros primeros misioneros cuando atraían a los indios con el sonido de las campanas, esas voces nuevas, vibrantes, que los indígenas nunca antes habían escuchado y que les atraían hacia la Palabra, no sé si lo digo bien.

-Es claro que no -y Jaime pensó: Señor mío, qué reacciones tiene mi amigo-, pero creo entender la idea que motiva sus palabras, aunque el tono de chacota la desdibuje y haga su exposición irrespetuosa.

-El Devocionario Práctico que imprimiremos desde mañana puede brindar una gran ayuda -dijo Jaime cambiando abruptamente el tema tratando de despedirse-. Hizo un buen trabajo, usted. Es tanto lo que queda todavía por hacer entre estos hijos nuestros que este librito puede ser de gran utilidad...

-Dios lo quiera.

Dios lo quiera, rogó una vez más después viendo cómo el gordo padre Jaime caminaba hacia la imprenta entre las sombras de la galería que cada vez se hacían más espesas y sintiéndose molesto por no haber podido clarificar con mayor profundidad el tema con su amigo: el dilema de la fe sin obras no tiene cabida cuando la fe significa entrega total, en cuyo caso las obras son una consecuencia lógica. Encaradas así las cosas, las Buenas Nuevas no arrastran cargas escondidas, así como de manera tan impertinente expresara el padre Jaime, sino los «dulces y deseados dardos de encendido Amor...».

- 7 -

-Me gusta el clave, Jacinto, parece el que trajo el Paí de Itapúa, ¿no es cierto?, es simpático.

-Lo que es simpático es cómo se enojó el Paí Roque.

-Es medio peligroso lo que haces, subiendo aquí.

-Es; pero no me importa.

Estaban sentados en el andamio, con las piernas colgando mientras comían las chipas de la merienda, Jacinto sabía que se arriesgaba subiendo hasta allí pero le gustaba hacerlo, alejarse aunque sea por un momento del Purgatorio para subir, subir hasta el friso allá arriba, subir a los andamios y mirar el tejido de puntales que se unían y se cruzaban hasta ir a apoyarse allá abajo, tan abajo que parecía imposible respirar allí sin ahogarse.

El padre Roque le había prohibido subir; pero lo volvió a encontrar arriba cuando iniciaba el perfilado de los turiferarios y se encendió como un yagueté furioso.

-Tu trabajo está allá abajo -le recriminó resollando por el esfuerzo-, ¿qué estás haciendo aquí?

-Ya es mi hora libre, Paí -Jacinto no había podido evitar que todo su cuerpo temblara-. Vine para ayudar un poco a mis compañeros...

El anciano le había mirado con desconfianza, no le creía, no, no le podía creer, sentía que el indio le estaba engañando y no lo alcanzaba a descubrir.

Se detuvo a observar las figuras que los obreros pulían, y las nuevas que se iban perfilando, en la gracia de las formas se notaba la mano maestra de Jacinto, este ladino sube hasta aquí fuera de horario y debe tener un buen motivo para hacerlo, pensó.

Se fijó en las figuras centrales que iban emergiendo de la piedra: en el centro de las dos series de angelitos (colocados de perfil, cada uno con un instrumento musical diferente) que había en cada paño entre columnas, tallaban un angelito de frente, parado y sosteniendo un humeante incensario.

-¿Qué son estas ridículas figuras que estás haciendo aquí? -personalizó para demostrarle que no lograba engañarle y su voz alterada había retumbado entre los muros. Los obreros que iban saliendo hacia la plaza, roja por el sol del ocaso, se volvieron para mirar.

Jacinto había sentido, lo recordaba ahora con un regusto satisfecho, un miedo terrible, pero en el fondo de su pecho, acallado pero fuertemente poderoso, también un grito de rebelión.

-Estos angelitos tienen el incienso, Paí -fingió una timidez asustada-. Es una sorpresa que quiero darle al Paí Juan Antonio cuando vuelva de su viaje... Yo pongo estos angelitos porque el incienso es para darle gloria a Dios, con ese perfume hermoso que tiene... Para darle gloria a Dios igual que con la música, Paí que está en todas partes, como el perfume, pero que no se puede tocar.

El humo del incienso, se había repetido esa noche Roque, cansado al final del largo día pero obligándose a permanecer un rato más frente a su mesa de trabajo, el humo del incienso... en esto debe estar la clave de su proceder retorcido y malintencionado, se decía (pero recién mucho después llegaría a vislumbrar el motivo, ya viejo y achacoso, acosado por terribles sombras, arrepentido).

-Nunca más vuelvas a subir aquí -le había dicho por fin, parado frente a la escalerilla para iniciar el descenso-. Te lo prohíbo bajo pena de exclusión.

Pero aún así ahora, sentado en el andamio con las piernas colgando en el vacío mientras comían las chipas de la merienda, Jacinto se sentía feliz.

Sabía que el padre Roque no vendría por la iglesia porque el resfrío lo recluía en su habitación y estaba seguro de que nadie le descubriría. Podía disfrutar a su gusto con sus angelitos músicos, sus hijos, cada cual con su instrumento, y con los incensarios haciendo humo, el mismo humo que día a día envolvía a Rosa en la barraca de teñido en Jesús, así como le habían contado.

Alguna vez el Paí Roque se va a dar cuenta, pensaba con el pecho sofocado, Rosa no está en el Purgatorio como él me obligó, sino en el friso con los ángeles, alegre, y no en el fondo del fuego entre las llamas, quemándose.

-¿Cómo puede ser pecado lo que hicimos, Paí Damián, si solamente fue algo que no pudimos atajarnos y pasó?, yo no quise hacerle ninguna porquería a mi esposa, Paí, lo que pasa es que las cosas pasan, nadie tiene la culpa.

Rosa tampoco quería hacerle mal a María, ya sé lo que me vas a decir: que soy casado y todas esas cosas, pero nosotros no queríamos hacerle mal a nadie.

Las cosas, Paí, a veces no son como parecen; antes estas cosas para nosotros no estaban mal y ahora sí están mal, ahora nos casamos y no tenemos que hacer estas cosas, pero no íbamos a hacerlas, desde luego.

Hacía bastante tiempo que yo le miraba a Rosa, es verdad, pero nunca le dije nada porque no me animaba y porque no tenía que decirle, ¿no es cierto? Y bueno, resultó ser que ella también me miraba, había sido, pero tampoco me decía nada.

Todos sabemos que las mujeres se retiran de la barraca de lavado a las cinco de la tarde, ¿verdad?, y los hombres bajamos a bañarnos después de la recreación, a las seis, siempre fue así. Y bueno, vino a pasar que esa tarde yo tuve que ir a bañarme más temprano porque el Paí Juan Antonio me esperaba y no quise presentarme sucio. Él me quería mostrar el dibujo que tenía preparado para un rosetón, un escudo creo que me dijo, no sé, después de todo lo que me pasó ese día ya no me puedo acordar bien. Entonces me fui a bañar un poco más temprano porque sabía bien que las mujeres ya habían salido de la barraca a las cinco.

Pero había sido que Rosa, cuando juntó sus ropas en el canasto para irse, dejó olvidada una blusa y se dio cuenta recién después, cuando ya llegó cerca de las casas. Ella sabía bien

que no era todavía la hora para que los hombres bajaran a bañarse y entonces volvió para buscar la blusa.

Cuando ella entró yo ya estaba desnudo bañándome y ella, me dijo después, se sorprendió mucho al verme, y más al ver quién era, y no supo qué hacer y entonces se rió haciendo un poco de ruido, yo digo que porque estaba nerviosa pero en realidad no sé muy bien por qué, su risa me llamó la atención y miré hacia allí y le vi.

En ese momento me di cuenta de quién era y que estaba allí mirándome y qué quieres que te diga, Paí, yo sé que me hubiera podido tapar y esconderme, pero me dio gusto estar así y tuve ganas de continuar nuestra broma, no quise que terminara ese momento. Y entonces, mi corazón parecía un abatisocá golpeando un mortero vacío, le invité a bañarse conmigo, los otros no van a venir todavía, le dije, no tengas miedo.

Y así fue todo, Paí, no hubo nada de esas cosas complicadas.

Después nos vimos otras veces más, muchos se enteraron y no sé si fue por eso que el Paí Roque también se enteró, o es que notó que Rosa estaba embarazada, no sé, y se armó todo el desastre.

Yo lo que digo, Paí Damián, es que puede ser que el Paí Roque tenga razón, que el casamiento, que la esposa, que todas esas cosas... yo no hago problema por eso, desde luego que no; lo que digo es por qué hacer tanta historia, por qué tanto desastre si nosotros no queríamos hacer ninguna porquería... ¿acaso que tiene tanta importancia?

- 8 -

Recién después de pasar el cinturón de corrales donde recogían las ovejas por las noches, en las afueras de San Miguel, Bernardino se sintió más tranquilo. Le había costado mucho decidirse a volver a caminar de día después del susto que se pegó cerca de San Ignacio Guazú.

Un escalofrío le recorrió la espalda recordando el atardecer en el arroyo, casi una legua antes de llegar a San Ignacio, cuando por un momento creyó que su aventura terminaba.

Promediaba la tarde cuando llegó a la barranca, ya desde allí se divisaba la punta de la torre de la iglesia de San Ignacio Guazú y hacía rato había dejado atrás el monolito de piedra con el Sol de Jesús tallado, y bajó hacia el agua, buscando un sitio donde esconderse para esperar la noche, era mucho el peligro que corría en plena reducción, tan cerca del pueblo.

El cansancio de la larga caminata y el mal comer comenzaban a agotarlo. Al mover unas ramas, en la pendiente, el susto le paralizó cuando una gallineta saltó y rozó sus piernas huyendo despavorida. Quedó con el corazón retumbando en su cabeza y con los brazos

hormigueantes pero pronto el susto se convirtió en alegría: en el nido abandonado quedaron cuatro huevos, y su estómago vacío se retorció enloquecido.

Al hacer pasar por su garganta el líquido espeso que sorbió del huevo por el agujerito que abriera cuidadosamente con una piedra puntiaguda, sintió tan profunda satisfacción que sus ojos se inundaron de lágrimas, sabía que era prudente guardar por lo menos dos huevos para el día siguiente, pero después de haber comido la última mandioca a poco de salir de Itapúa no había conseguido otra cosa más que dos araticú medio verdes y alguna guayaba, así que sorbió golosamente los cuatro huevos y luego bajó hasta el arroyo para calmar su sed.

El cansancio y su estómago satisfecho hicieron el resto: se tendió entre el yuyal y se quedó profundamente dormido.

-¡Paí Jaime! ¡aquí hay un muerto...!- escuchó que gritaba un muchachito a su lado y se despertó sobresaltado, con un martillazo de sangre en el estómago.

Atemorizado miró el corro de indios que le rodeaban riéndose a carcajadas. Cuando un poco más atrás pudo ver la cara sudorosa del gordo sacerdote pensó que todo había terminado. Le asaltó la tentación de huir, rompería el círculo sorpresivamente y correría... pero no valdría de nada, le alcanzarían y sería peor.

-¿Qué le pasa a nuestro muerto? -resolló burlón el sacerdote-, yo lo noto bastante vivo... Sus pies están hechos una miseria. Traed agua, yo tengo sal.

Bernardino se dejó atender, y no se animó a mentir.

-Si quieres salir de las reducciones no tienes necesidad de esconderte -le dijo después el Paí con voz calma y Bernardino le miró dubitativo-. Sencillamente sales y te vas...

-Conmigo es diferente, Paí... a mí me persigue el Paí Roque, su ojo me persigue por todas partes y le tengo mucho miedo porque no me va a perdonar...

-Ah, pobrecito... -musitó el sacerdote y Bernardino no supo bien si era por él-. El viejo padre Roque ya no es el mismo; no debes temer nada, hijo, son solamente ideas tuyas...

Pero seguramente no lo dijo demasiado en serio, pensó Bernardino, seguramente lo dijo porque había muchos indios rodeándonos y no quería hablar delante de ellos porque, al darle las provisiones que sobraron en su bolso después de comer, le dijo: no es que haya ningún problema, claro, pero si te deja más tranquilo, haz que no te vean.

Al cabo de un rato el padre Jaime había aprontado a su grupo y se marcharon dejándolo solo nuevamente, no era conveniente para ellos

retrasarse, dijo, porque el sol estaba bajando y el cansancio del largo día comenzaba a mellar el entusiasmo de los excursionistas.

-Muy cargado fue este viaje a Santa Rosa para entregar los Devocionarios Prácticos, mira, cuánto siento no tener ninguno más para mostrarte, es una verdadera lástima porque son muy hermosos, la presión es perfecta, sí señor, perfecta, Hijo, adiós. Que Dios te bendiga.

Reemprendieron la marcha y Bernardino los vio partir con un pinchazo de envidia.

Y ahora atravesaba la inacabable planicie verde amarillenta, rodeado por el pasto amarillo, una planicie que parecía crecer a medida que se adentraba, porque veía el horizonte alejarse más y más.

Se volvió para mirar hacia atrás y vio solamente la misma capa amarillenta bailoteando bajo el sol. Ya ni siquiera pudo divisar los últimos vestigios de población de las afueras de San Miguel, era como si la poderosa masa de pasto semiseco se la hubiera tragado, pensó estremeciéndose, así como me puede tragar a mí y nunca nadie va a saber nada más de mí.

Cuando por fin llegó a la costa del Tebicuary se paró en la arena de la playa, indeciso, mirando el gran río que debía atravesar. Atravesarlo significaba dejar atrás todo lo que amaba, ¿por qué habría de hacerlo?, se preguntó una vez más.

-No seas vyro; no debes preocuparte por esas cosas.

-Es que el Paí dice que soy hijo del pecado.

-Así dicen; y que por eso no te dejan ir a Trinidad -Sinfioriano juntaba los arreos después de soltar los caballos cerca del agua-. Yo no hago mucho caso, pero dicen que es así.

Bernardino le sacó el cabezal al zaino y le dio una palmada en el anca. El animal retozó y sacudiendo sus crines se volvió hacia él alegremente.

-¡A comer...! -le dijo como a un amigo-. Yo creo que no deben tratar así a la gente.

-Desde luego.

Habían acampado al caer la tarde en la ribera del Itanguá y mientras la olla hervía jugaron a la pelota. Cuando era casi noche cerrada se bañaron en el arroyo y luego de rezar cenaron sentados alrededor de la fogata. Después escucharon las larguísimas historias que Estanislao contaba tan bien, pero Bernardino no podía concentrarse.

Cuando por fin se retiraron a descansar el cielo era un techo negro perforado por miles de agujeritos brillantes y quizás por sentirse amparado por la oscuridad, Bernardino se atrevió a hablar una vez más.

-Dicen que entre nosotros no puede entrar el pecado, ¿cómo, entonces, es mi caso?

A Sinfioriano le dio pena la cara de su amigo, rojiza por la luz de la fogata lejana, desde luego que no hay que tratar a la gente así, se dijo.

-Todas estas cosas no tienen demasiada importancia.

Pero claro que tienen importancia, se dijo ahora Bernardino parado en la blanca arena de la orilla del Tebicuary, tienen tanta importancia que por esas cosas yo me voy ahora dejándolo todo, ahora que se fue mamá yo también dejo mi casa, dejo mis amigos, dejo todo lo que es mío, sin llevarme conmigo nada que me recuerde las cosas malas que nos hicieron pasar aquí.

- 9 -

Los cuencos de barro cocido que contenían el aceite donde flotaban ardiendo gruesos pabilos de algodón trenzado formaban una verdadera catarata de luz en el crucero a partir de la Cripta y ascendiendo por el retablo principal alrededor del Sagrario.

La nave central también era perfilada por una filigrana de luz. En cada uno de los pilares que la bordeaban se había sujetado con ingenio una estructura de madera que sostenía una docena o más de cuencos.

Esa gran cantidad de pabilos ardiendo temblorosos, con llamas que se alargaban o aplastaban por misteriosas corrientes internas en el aire caldeado del templo (que en minutos más estaría atestado de gente), hacía que la penumbra fuera rojiza, un hálito brumoso rodeaba las columnas inmensas, coloreaba los rostros adustos de las imágenes y daba un engaño de movimiento a los angelitos risueños que allá arriba, en el friso, soplaban con graciosa picardía las trompetas o tañían el arpa... La radiante claridad del exterior entraba por los vanos como si fueran enormes tules fluorescentes colgados de las aberturas, que se inflaban como globos y llegaban hasta donde la voraz bruma rojiza del interior los absorbía.

En la plaza esperaban los hombres, las mujeres y los niños que vinieron de todas partes para la consagración del templo: de Santa Rosa, Santiago, Santa María, San Ignacio Guazú, Jesús, San Cosme, Itapúa... incluso desde San Ignacio Miní, Corpus, Loreto... que quedaban allá, al otro lado del río grande que parece el mar.

Los grupos de visitantes y las distintas Cofradías de Trinidad aguardaban nerviosamente pero en riguroso orden, el orden, padre, le había dicho esa madrugada el padre Roque a José, nunca debe ser dejado de lado; y menos los días de fiesta, cuando la mayoría piensa que la disipación es admisible.

De la Capilla Vieja, al lado del Cementerio, salía una caminería que se adentraba hasta la mitad de la plaza, en donde se había levantado una amplia plataforma adornada con guirnalda de hojas y flores y desde allí torcía para ir por fin hasta las gradas del atrio. A lo largo de la caminería, tapizada con hojas de palma secas y entretejidas, se levantaban arcos

de ramas hábilmente sujetas, de las que colgaban frutas, flores y, en realidad, cuanta cosa que se producía en las reducciones.

Frutas perfumadas, limones, toronjas, coloridas mantas de esa lana suave y abombada de San Cosme, guayabas, maíz, pequeñas y brillantes guitarras, hojas de tabaco a medio secar, ramas de yerba mate con su color verde oscuro y su brillo semi encerado, grandes manojos de niño azoté con sus plumeritos rojos como pequeños rayos encendidos y plumas de infinidad de colores se mezclaban con las ramas de los arcos en maravillosa profusión.

Un poco antes de las diez de la mañana las campanas comenzaron a sonar y fue como si el sol brillara más, comentó después el padre Jaime, pareció que brillara con más intensidad y la masa humana se agitó espejando destellos: en un aro, en un pómulo encerado de sudor, en los ojos... oh, esos ojos maravillados que se abrían más y más tratando de ver más cosas, tratando de descubrirlo todo, de vivir cada detalle... Primero comenzó el repique de la pequeña campana de la Capilla Vieja y muy pronto le acompañó el redoble grave de la Abuela, que colgaba a su lado. El grave tañido despertó sonoridades vibrantes en los muros laterales que cerraban la plaza y desde más allá, segundos después, comenzaron a volver los ecos profundos devueltos por la cortina del monte.

El origen de la vieja campana que llamaban la Abuela era un misterio incluso para los padres. Nadie sabía a ciencia cierta desde cuándo estaba en Trinidad (¿será una ocultación intencional?, se preguntó Damián más de una vez), ni había datos concretos en los inventarios de la Misión, y esa falta de información daba pie a las versiones más antojadizas.

Muchos aseguraban que la Abuela fue rescatada en el desmantelamiento de la Misión del Guairá, cuando el éxodo y que la trajo el padre Ruiz de Montoya en su penoso peregrinar por los montes. Damián no creía que esto fuera cierto, por qué habría de venir a parar en Trinidad, se preguntaba, en vez de quedar en Loreto, por ejemplo, que fue fundada por el padre Ruiz, o por qué no había quedado en cualquier otra ciudad en lugar de Trinidad, que fue fundada mucho tiempo después. Toda esta nebulosa, todas estas preguntas sin respuesta resultan algo emocionante, concluía después, son argumentos sugerentes que convierten a la Abuela en algo amado, una reliquia, una presencia amiga.

La Abuela siguió sonando pausadamente, tranquila, como una anciana orgullosa y segura del cariño de los suyos y al rato se le sumó el agudo y particular tintineo de la campanita de la escuela, que los indiecitos identificaron al instante armándose un revuelo a duras penas contenido.

Luego se sumaron las campanas de la Carpintería, de la Olería y del Comedor, Trinidad estaba haciendo gala de uno de sus principales orgullos: las campanas de Trinidad eran las mejores, todos lo sabían, en ninguna otra parte se fundían campanas mejores que las de Trinidad.

Al glorioso concierto se sumó el repique de las campanas de la Curtiembre, de la Huerta, de la Cocina, de la Ropería y por fin (como accediendo a una invitación, es algo

verdaderamente emocionante, pensó el padre Jaime) las campanas de la vieja Torre del Campanario, que no se habían utilizado en tantísimos años, comenzaron a sonar.

Al cabo de un momento, y recién después, las campanas del templo nuevo iniciaron su redoble. La Torre cedió su lugar a la iglesia nueva.

Bandadas de gyrahú chopí, palomas y bendito seas se elevaron hacia el cielo alejándose despavoridos de sus nidos prendidos a los aleros, impostas y capiteles y la gran masa humana que inundaba la plaza prorrumpió en vítores y aplausos.

Se abrieron las puertas de la Capilla Vieja y el sol dio de lleno en el diácono que encabezaba la procesión portando un crucifijo bruñido y centelleante. Detrás venían veinte ceroferarios con sus grandes bastones de madera tallada coronados por gruesas velas humeantes. A continuación salieron al atrio los turiferarios, vestidos con blancos sobrepellices bordeados de encaje y llevando los braseritos colgantes que despedían espesas nubes de humo de incienso que parecían nerviosas columnas blancas antes de diluirse en el aire limpio como el cristal.

En la plataforma que había en el centro de la plaza un grupo de indiecitos (como verdaderos ángeles, pensó el padre Damián) comenzó a cantar:

«Laudate Dominum, laudate Dominum...»

Un Coro de más de trecientas voces de adultos, apostado alrededor de la plataforma, les contestó:

«Omnes, omnes, omnes gentes
omnes, omnes, omnes, populi
laudate
laudate eum...»

Los sonos de la orquesta vibraban límpidamente con la fuerza emocionada que seguramente el padrecito Domenico imaginó al componer la gloriosa melodía, el sonido de los violines era más brillante que los mismos rayos del sol, comentó después el padre Jaime dejándose llevar una vez más, al decir del padre Roque, por el entusiasmo.

Damián iniciaba la larga fila de padres que, colocados detrás de la imagen de la Santísima Trinidad, precedían el palio debajo del cual el padre Roque llevaba la Hostia.

Cuatro mozos portaban el anda con la imagen de la Trinidad. Era una talla de madera policromada de particular belleza: Dios padre, con la presencia de su Espíritu en forma de paloma, rodeaba con sus brazos abiertos a Su Hijo colgando de la cruz. Era un grupo armónico, emocionadamente ingenuo, con la ingenuidad recalcada por el brillo inusitado de los colores empleados por el indio al colorearla empleando los pigmentos vegetales que ellos conocían por antiquísimas tradiciones de sus pueblos y que tan diestramente fueron perfeccionados por el Hermano Ulrico hacía ya tantísimo tiempo.

Al salir de la Capilla Vieja Damián sintió el sol en el rostro y su ánimo se transportó en una arrobada contemplación. Se detuvo un instante en la grada de piedra disfrutando el maravilloso espectáculo de la plaza rebosando vida, luz, color.

«...super nos, super nos
misericordia ejus...»

cantaba el Coro y Damián sintió que los ojos se le inundaban de lágrimas, y que el corazón le golpeaba retumbando en su garganta. Grande es Tu amor, Señor, musitó, y grandes Tu poder y Tu gloria.

Recostado contra la pared de la angosta nave lateral Jacinto veía pasar delante de él la gente que entraba a la iglesia apresuradamente precediendo la procesión que estaba llegando al atrio. El sordo rumor que producían los pies descalzos sobre las dibujadas losetas de barro cocido del piso eran como ecos del torbellino que escuchaba adentro de su cabeza.

Hubiera querido poder llorar para descargar su corazón así como lloraban todos aquellos hombres y mujeres, con los sentidos enardecidos de emoción, entre las nubes de incienso que giraban y se agrandaban ascendiendo, pero no pudo hacerlo: sus ojos estaban secos y sintió que su corazón estaba adormecido.

«Ecce sacerdos magnus...»

cantaban ahora los tenores con voz radiante y el Coro les contestó:

«vita, honor...».

Mientras el padre Roque (oh viejo y malo Paí Roque) entraba a la iglesia caminando bajo el palio que sostenían seis indios vestidos con blancas vestiduras, y portando en sus manos la custodia con el blanquísimo Cuerpo de Jesús.

Jacinto cerró los ojos emocionado y sobrecogido recordando lo que había visto el año anterior en la Obra de Santiago, ah... qué emocionante había sido ver pasar al Paí Montoya (en realidad el Paí Nicolás, supo Jacinto después) con el Santísimo en sus manos, caminando a la cabeza de la larga fila de indios con sus canoas al hombro, hambrientos, asustados y llenos de cansancio y miedo, delante del público que miraba con los ojos muy abiertos por el asombro mientras al costado, casi al lado de la orquesta, los ayudantes del Paí Jaime golpeaban porongos secos con macitos de paja para simular el ruido del agua en las Siete Caídas, ¿cómo pudieron hacerlo tan bien?

-Fue igualito que si hubiéramos estado con ellos -recordó que le había dicho después María, esa misma noche, cuando ya estaban por dormir, acostados sobre las esteras preparadas para los visitantes en las grandes barracas que tenían las aberturas protegidas del helado viento del sur de finales de julio con pieles y mantas tupidas de lana. ¡Cómo habrán sufrido, pobrecitos...!

-Después de cinco largos días de caminar cargando las canoas sobre los hombros, pudieron por fin volver a salir de la jungla y acercarse al río... Más de la mitad de las canoas se había perdido pero estaban a salvo... -se había escuchado la voz del padre Jaime despersonalizada al tronar a través de la bocina de metal-. Llegar otra vez hasta las aguas del río fue como un amanecer de esperanza... ¡una vez más nuestro Padre Dios bendijo a sus hijos muy amados...!

Jacinto estaba ubicado muy cerca del atrio, en las primeras filas, y había notado cómo los indiecitos agazapados en la parte inferior del tablado descubrían sus lámparas de aceite encendidas, cientos de lámparas de aceite encendidas, y la escena se inundó de luz radiante iluminando al padre Ruiz de Montoya que, con la custodia en alto, bendecía a la multitud.

Se había escuchado un rumor de admiración entre el público, la inmensa cantidad de gente que llenaba la plaza de Santiago, venida desde distintos pueblos para la Fiesta Patronal del Matamoros.

El repentino silencio que se hizo dentro del templo sacó a Jacinto de su ensoñación.

El palio se había detenido en medio de la nave frente a la Cripta y los turiferarios formaron un círculo rodeándolo. Retiraron luego el decorado toldo y dejaron al padre Roque parado bajo la gloriosa cúpula agigantado ante la multitud que cayó de rodillas cuando giró sobre sí levantando la custodia para su adoración.

Después lentamente se dirigió hacia el Sagrario adonde llegó y se volvió una vez más hacia los fieles levantando otra vez sobre su cabeza el Santísimo Sacramento.

Del piso de la iglesia emergieron (de la cripta, confirmó Jacinto sonriendo) doce jóvenes con vestiduras blanquísimas portando cada uno un cirio encendido y se colocaron en los costados del altar.

Desde el fondo de la iglesia los siete encargados que había designado Julio Ñacundí, Sacristán Mayor, y él mismo, comenzaron a apagar con sus conos de plomo sujetos a largas tacuaras los pabilos embebidos de aceite que ardían en los cuencos de arcilla colocados en los pilares. Se levantó entre la gente un rumor apagado, sorprendido, curioso.

La penumbra fue ganando lentamente el interior del templo cuando a los perezosos jirones de incienso se agregó el humo nuevo que subía de los pabilos recién apagados. En un momento dado las únicas luces que siguieron brillando fueron las que rodeaban el Santísimo.

Desde donde estaba, arrodillado en la grada del altar de San Francisco Javier, la querida imagen que tantos y tan buenos recuerdos guardaba para él, Jacinto pudo ver al padre Damián arrodillado entre los demás sacerdotes, con la cara pálida como la ceniza; también vio al padre Federico con su barba de choclo que parecía que en cualquier momento incendiaría su cabeza, al gordo Paí Jaime que había venido desde San Ignacio Guazú para la ceremonia, al Paí Juan Antonio que parecía un mitaí emocionado, al Paí José, cuadrado y grandote como un toro... son mis Padres buenos, pensó, menos el Paí Roque que no es

bueno, él no nos quiere como nos quieren los otros... pero no se animó a seguir pensándolo, tuvo miedo, precisamente en la iglesia, porque le odió.

En la penumbra del templo solamente el altar brillaba como una joya. El padre Roque apoyó la custodia sobre la mesa y extrajo la Hostia para introducirla en la hermosa casita dorada.

«¡Cantad alegres a Dios,
habitantes de toda la tierra...»

Las palabras del Salmo cobraron vida con vehemencia.

Una agitación rumorosa movilizó a los fieles y su canto fue casi un grito: «¡El Señor es nuestro Dios!»

«¡Venid con acción de gracias y alabanzas...!»

Era casi imposible escuchar la orquesta por la euforia de la multitud: «Eterna es su gloria»

«¡Alabad al Señor y bendecid Su Nombre...!»
«Por todas las generaciones»
«Por los siglos de los siglos. Amén»
«Amén, amén...».

Jacinto pudo ver en el grupo de mujeres a María que lloraba sin tratar de impedirlo y más allá a Juancito, su hijo menor, hecho ya casi un hombrecito y un poco más adelante, con los hombres de la Olería, a Felipe, el hijo que se le había casado hacía poco, y entre las doncellas a Esther, su hija, tan hermosa, casi tan linda como su mamá... y sintió que la emoción, ahora sí, le apretaba la garganta y que la piel se le erizaba. Sus ojos subieron hasta más arriba del altar, hasta donde estaban sus Angelitos Músicos, que eran como otros tantos hijos suyos: el flauta, el clave, el arpa... queridos hijos, pensó, querida Rosa, estás también aquí, en el humo del incienso.

Lentamente y siguiendo el recorrido inverso volvieron a encender los pabilos de los cuencos, desde el altar hacía el fondo de la iglesia, como si la luz del altar irradiara hasta llenar el templo, la Reducción, el mundo.

Y se comenzó la misa.

- 10 -

-No son nada alentadoras, Padre, por cierto, las noticias que le traigo- el Enviado del Provincial trató de introducir el pañuelo entre el sobrecuello y su piel ardida, el fresco despacho del anciano Superior era un paraíso comparado con el calor terrible del exterior,

la penumbra un premio frente al sol alucinante que hacía chisporrotear los cocoteros de la plaza, pero se ahogaba dentro de sus ropas oscuras. El anciano se entretuvo un instante corrigiendo la ubicación del cartapacio que tenía sobre su mesa, es como si evitara mirarme a los ojos, pensó el padre Ramón.

-A veces considero cuánto ganaríamos cerrando nuestros oídos a este tipo de especulaciones que nos viene del exterior.

En contra de su voluntad Ramón acusó la estocada.

-Sería placentero, padre, por cierto.

Roque no pudo evitar que un huidizo brillo divertido rondara sus ojos, ah, jovencito, pensó, no te imaginas cómo sé cuán susceptibles nos torna el continuado trato con los hombres. Suspiró profundamente.

-El aislamiento es una de las bendiciones que no alcanzamos.

-¿En realidad lo desea?

-Es un decir, mi joven amigo; no tome en consideración los devaneos de un viejo cascarrabias como yo... Un viejo que no consigue dejar de sentirse temeroso.

-Mucho me alegraría poder tranquilizarle, padre, pero me temo que no puedo hacerlo... Lastimosamente la situación en aquel lado del mar no es muy clara y acá es aun más confusa. No estamos encontrando el camino correcto para nuestras relaciones con los demás... disculpe mi aparente cinismo, sé que usted me entiende. Cada vez se ensancha más la brecha que nos rodea y nos separa; casi diría que poco a poco nos vamos quedando solos... El respaldo que esperábamos a través de Roma es incierto: no se puede decir que las relaciones de la Compañía con algunas Congregaciones muy influyentes sean precisamente fluidas... y el Santo padre está suficientemente ocupado en defenderse como para poder distraer su atención en nosotros...

-Usted da por cierta una situación de enfrentamiento que me niego a aceptar... ¿cuál es el problema que ocasionamos?, ¿a quién molestamos? No pedimos nada a nadie y sólo hacemos lo que tenemos que hacer...

-Ciertamente nuestras Ciudades de Dios son económicamente florecientes, padre, si a eso se refiere al decir que no pedimos nada a nadie.

-No es presunción ni orgullo.

-Desde luego, lo sé. El cultivo racional de la yerba mate, pongo como ejemplo, nos permite hoy cosechar cómodamente en nuestros campos en lugar de vernos obligados a realizar excursiones en busca de yerbales naturales con la consiguiente pérdida de tiempo y esfuerzo...

-Ah, nuestro querido padre Sepp... qué acertado estuvo al organizar los cultivos, ¿no es cierto?

-Tengo conocimiento, también, de que la fibra de nuestro algodón es buena; no necesita que la Corona presione para que los hilanderos catalanes la acepten, tal como sucede con el resto de las fibras producidas en las Colonias... Y no nos reducimos a la producción de yerba mate y algodón: nuestros cueros vacunos son buenos, nuestros granos, nuestro tabaco... Esas son las bases que fructifican con la administración honesta que aquí aplicamos, y firme, ¿no es cierto?, usted lo sabe muy bien, padre Roque, firme, en estas cosas no hay juegos... Ese es el patrón que adoptamos y lo cumplimos con firmeza: los beneficios de la propiedad común se reparten entre todos por igual pero, y aquí está el meollo, estos bienes comunes están sutilmente apoyados por los frutos del trabajo en los días del avá mbaé, que es una forma inteligente de despertar en ellos las apetencias de ese saborcillo agradable de la propiedad... Esta conjunción nos permite alcanzar resultados que no tienen competencia -el padre Ramón dio una profunda chupada al grueso cigarro de tabaco negro cuyo humo era tan picante que hacía lagrimear a los que estaban cerca de él con lo cual, bromeó más de una vez, cualquiera puede percatarse de que cerca de mí, alimañas, nunca-. Y esto no es visto con agrado por muchos poderosos del Continente. Hay mucha gente que no gusta de este éxito por el significado... ¿cómo podría expresarlo? desestabilizador, que tiene... Nuestro éxito está llamando la atención peligrosamente.

-No alcanzo a comprenderlo -dijo el anciano por lo bajo. Qué llamativo es el espíritu que contagia esta realidad, pensó para sí el diplomático viajero, este ambiente desarrollado y armónico, de sincronizada organización, hace olvidar fácilmente la difícil y compleja realidad de afuera y casi, casi, llega a convencerles de que poseen unidades autónomas, que no están dependiendo del poder exterior-. La Corona recibe una gran ayuda de este... experimento que nos autorizó.

Sin proponérselo el Superior utilizó la misma irónica forma de dudar eligiendo la palabra apropiada pero Ramón se hizo el desentendido.

-Y ese es precisamente uno de nuestros problemas, padre; tengo el presentimiento de que es uno de los más graves -el viajero extrajo de un pliegue de la manga de su negra sotana un pañuelo blanco y volvió a pasarlo por su cuello tratando de aliviar la presión del ajado sobrecuello blanco, si no hubiera estado en la Compañía, pensó, con mis influencias familiares hace rato habría sido Obispo, y a un Obispo no se lo comisiona a regiones de climas tan espantosos. El anciano le miró sin entender y con un dejo burlón al notar su acaloramiento, qué lejos estaban en Europa de las delicias de un ropaje apropiado para estas latitudes... es que piensan que allí se acaba el mundo, se dijo, ni siquiera imaginan que la vida en el trópico es diferente. Durante muchos años Su Majestad estuvo abocado a salvar la unidad de sus posesiones y eso cuesta dinero, padre, mucho más dinero del que con prudencia podía gastar... Hoy el reino tiene compromisos, deudas, ¿no?, que a duras penas puede cubrir, lo cual les asegura a los usureros ingleses, alemanes... y hasta romanos, padre, de círculos de Roma de los que parecería temerario pensarlo, les asegura, digo, concesiones de distintas naturalezas que son muy del agrado de ellos... Y bien, a estos señores dueños del dinero les molesta nuestro quehacer económico. Lo consideran el indicio de que es

posible una vía de escape, que hasta ahora no es seriamente tenida en cuenta, en la búsqueda de soluciones...

-Con verdadero desagrado puedo explicarme que a estos señores ávidos de dinero les moleste el éxito económico de nuestro cometido -dijo el anciano removiendo nerviosamente en su silla-. Es posible que signifique un relajamiento en la tensión de sus garras porque puede, evidentemente, ser un camino para salvar la angustia económica de su deudor... Pero lo que no entiendo es por qué Su Majestad se deja tan fácilmente manejar en esto... Dejemos de lado las versiones antojadizas de otras ambiciones por parte de la Compañía, aquello del Poder Supremo unificado y otras monsergas que no es justo, ni prudente, pensar en este momento, y encontraremos solamente el hecho cierto de que las Ciudades de Dios le reportan muy buenos dividendos económicos...

El Enviado del Provincial suspiró profundamente y tiró la colilla de su apestoso cigarro antes de alejarse de la ventana. La penumbra acogedora del interior, el ambiente calmo, o tal vez solamente la acuciante incertidumbre que vislumbró en la cara del anciano le invitaron a una confidencia, en su largo trajinar y sus muchos trabajos había llegado a la conclusión de que, de repente, en algún lugar, había personas con quienes podía sincerarse, a quienes podía descubrir sus pensamientos, sus temores y sus dudas, personas con quienes no era imprescindible mantener puesta la máscara que su cargo le comprometía a utilizar.

-Con riesgo de parecerle cínico le digo, padre, que para mí España nunca manejó bien sus negocios. Por una cuestión... ¿puedo decir de idiosincrasia? Atacan con vehemencia las grandes empresas pero no saben administrar los negocios, o no quieren, que no es lo mismo pero que sí arroja los mismos resultados... Los ingleses, por ejemplo, nunca necesitaron venir hasta América para extraer el oro y la plata de sus minas: se reducen a tener una flota poderosa y los barcos españoles se los ponen en las manos. Luego pirata y reino se reparten mitad y mitad -detuvo con un gesto al padre Roque que iba a replicarle-. Ya lo sé, padre, ya sé lo que va a decirme porque yo pienso lo mismo, pero solamente tenga en cuenta la validez del ejemplo... Los banqueros alemanes, o los descendientes de los Orfebres de la City, es otro ejemplo, son hoy los verdaderos dueños de la economía vacilante de un reino que nunca tiene lo suficiente para cubrir sus necesidades. ¿Cómo puede ser eso posible?, me dirá, y yo le respondo que sí, que es posible por la ausencia de principios que eviten este tratamiento caprichoso y poco práctico -no hizo caso a la molestia que observó en la cara del anciano por sus palabras ambiguas, sincerarse es una cosa, pensó, desnudarse, otra-. Sucede un fenómeno llamativo, padre: ese espíritu español que no deberíamos llamar altanero pero sí, y con más justeza, altivo, viene a manifestarse en lo siguiente: mientras los demás entregan a España manufacturas y productos, España les entrega oro, un oro en apariencia inagotable, a pesar de las sangrías que acoté antes, pero que esconde en su brillo, eneguedor tanto para el que lo recibe como para el que lo da, la realidad terrible de la carencia de fuentes de producción, de procedimientos de manufactura, ¿se da cuenta de lo que eso significa?

Roque permaneció silencioso.

-Significa que los demás mejoran sus cosechas y sus manufacturas, y España les entrega oro, un oro que deja de ser de España para ser de ellos, que se quedan con el oro y con las

mejores cosechas y la mejor manufactura... -acarició entre sus dedos un nuevo cigarro pero desistió y no lo encendió, aun las encías y el paladar le ardían y sentía en la boca el acre sabor del tabaco quemado, es pronto aún, se dijo, debo esperar un poco más, recordando el bailoteo profundo que había sentido en el estómago aquella vez, tantos años atrás en Lima, cuando fumó varios cigarros seguidos y luego había pasado el resto del día con el estómago inseguro y la cabeza abombada-. Eso es lo que, con toda seguridad, asusta de nuestra «empresa» a los grandes intereses económicos, que no quieren relajar sus garras, como usted tan bien lo dice. Las Ciudades de Dios les están demostrando que es posible hacer y conseguir muchas cosas que ni siquiera imaginaron que lo fuera...

-Nunca se me habría ocurrido pensarlo.

-No puede imaginarse cuán cercanos a la vez que lejanos están los vaivenes de la península, padre -Ramón se enjugó el rostro una vez más.

-¿Qué saben ellos de nosotros?

-Lo que hacemos aquí se conoce en Europa, por cierto, pero triste es reconocerlo, la verdad es que no nos creen... Digamos lo que digamos no se convencerán de que es posible que suceda aquí lo que les estamos informando. No son suficientes las muestras que ofrecemos, olisquean desconfiados elucubrando cualquier teoría conspiratoria, ladina o interesada de nuestra parte. Me molesta mucho reconocerlo pero esa es la verdad: la verdad es que los europeos pensamos que aquello es el mundo y esto la despensa, ¿está bien dicho?, la proveeduría, quiero decir, no se ofenda, pero usted no puede negar que lo que aquí conseguimos forjar viene a contramano de las verdades que allá imperan. Lo único que para ellos surge con real certeza es lo que en valores numéricos pueden cuantificar: nuestra potente producción, nuestro imperio económico, pero todo lo demás, exasperante es reconocerlo, les huele a mentirijillas. Nuestro adelanto en las ciencias, nuestra búsqueda en las artes, la respuesta de los indígenas a las motivaciones culturales, la Autoridad de las Ciudades representada por ellos mismos, toda esta convivencia ordenada y justa, llegan a Europa solamente como reflejos de una mentira orquestada y falsa de toda falsedad.

-Es francamente indignante.

-Entonces viene a suceder algo llamativo. Por un lado se resta la importancia de un hecho que podría adquirir valor testimonial: la concepción que se tiene del indio sería diferente, su escala humana sería distinta y se haría cuesta arriba la aceptación de que son solamente una fuerza de trabajo que debe ser protegida, por cierto, pero no considerada como igual... Las voces que desde un principio se levantaron en defensa de los indios no fueron ni son suficientes para despejar este prejuicio, padre Roque; tal vez porque resulta cómodo, pero no lo digo por temor a quedarme corto. Muchas ordenanzas se han dictado, muchos son los mandamientos reales que protegen a estos seres, lo sabemos, pero a conciencia, a conciencia... no deja de ser cierto que siguen estando convencidos de que de ellos no puede sacarse nada bueno.

El padre Roque permaneció silencioso pero desvió la mirada y el Enviado del Provincial pudo notar la rigidez de su rostro.

-Y por otro lado, y con el agravante de no tener la protección que antes le expuse, estamos demostrando una realidad que no se consideraba en estas Colonias: el trabajo metódico también da resultados económicos satisfactorios, estamos diciendo, el oro es riqueza pero también lo es el trabajo, y esto les asusta. Estas Ciudades nuestras, y su potencial, no resultan del agrado de mucha gente poderosa... Y lastimosamente es gente que puede hacernos muchísimo mal.

- 11 -

Después de almorzar Damián salió para rezar su breviario en el pequeño jardín que había al lado de la casa de los padres. Las horas de la siesta tenían el encanto de ser calinas y silenciosas, amodorradas, como solía decir el padre Jaime, y a Damián le gratificaba disfrutarlas comparando las sensaciones que tan bien conocía en sus interminables noches de insomnio.

Con el libro todavía cerrado en sus manos se deleitaba mirando el multicolor cantero de alhelíes que hermozeaba el jardín que con tanto esmero cuidaba el hermano jardinero, si bien es cierto, pensó entrecerrando los ojos y con una sonrisa, que el cantero de alhelíes es reducto exclusivo del padre José, ¿quién lo habría imaginado?, enorme, fuerte, un toro para el trabajo, viniendo cada atardecer después de cerrar el taller de Carpintería a cuidar cariñosamente de sus plantas, a ralejarlas, hablarlas, a mimarlas con un trato casi humano que tenía respuesta en esa profusión de colores y aromas que las hacían inigualables.

-¿Molesto?

Damián abrió los ojos sorprendido y un tanto avergonzado saliendo violentamente de su duermevela. El padre José le sonreía parado a su lado y se hizo a un costado para dejarle sitio en el banco de piedra.

-Desde luego que no... precisamente pensaba en usted admirando estos alhelíes.

-Dices bien; son maravillosos, en verdad.

José extrajo un cigarro del bolsillo interior de su sotana y se entretuvo apretándolo suavemente con sus dedos escuchando el sonido de sus hojas al acomodarse, secas pero no reseacas, solía decir, manteniendo todo su sabor y lo mejor de su aroma. Lo olió con fruición y suspiró.

-Es el mejor tabaco que he probado en mi vida... y mira que en mi largo recorrer por estas tierras de Dios los he probado a cantidades: más claros, más negros y picantes, rubios

y dulzones... pero te aseguro, Damián, que muchos deben envidiar la calidad que conseguimos en nuestros cultivos.

-Otra cosa que debemos agradecer al viejo padre Sepp, ¿no es cierto?

-Lo es. Y a la bendición de esta tierra y este clima de eterna primavera... -aspiró el aire profundamente, distendiendo el pecho al recostarse contra el respaldo de piedra-. Esto es la Arcadia, hijo.

Damián asintió con un movimiento de cabeza sin decir nada y respetando el entusiasmo casi fanático de su amigo, que conocía muy bien, pero anotó mentalmente la pregunta que le haría en cualquier tarde de finales de noviembre, por no decir de mediados de enero, al verlo rojo y a punto de explotar, como solía lucir, olvidado de sus dulces ensoñaciones románticas, resollando bajo el sol despiadadamente encendido que hace reverberar el pastizal, crepitar los cocoteros, agostar las hojas.

El padre José cerró los ojos y pareció dormitar pero el movimiento de sus dedos sobre el cigarro le indicó a Damián que sólo pensaba.

-Me pregunto, padre -dijo tímidamente, sabedor como era de que a veces llegaba a resultar enervante para su buen amigo-, me preguntó si no estamos equivocados en nuestra orientación...

-¿Equivocados? -ni siquiera abrió los ojos.

-Cuando afirmamos nuestro trabajo misional primordialmente en la inocencia de los indios, digo...

-Ah, ahora eso...

-Sí. En la ausencia de malicia, digo, en la confianza ciega que tienen puesta en nosotros... Los mantenemos... ¿cómo decirlo?, en una niñez perpetua.

José se incorporó y a Damián le pareció percibir una reacción alterada, está harto de mí, pensó.

-Hay una Carta de San Pablo que debieras recordar: la Primera a los Tesalonicenses, toma nota. -definitivamente está molesto, pensó Damián mirándole de reojo-. Hermanos, nos dice San Pablo, hermanos, os exhortamos en el Señor Jesús, que así como aprendisteis de nosotros cómo conducirnos y agradar a Dios, así abundéis más y más. ¿Lo comprendes? Eso es lo que nos recomienda Pablo y eso es lo que hacemos aquí, y no otra cosa... ¿Es mala la inocencia, Damián?, ¿es perjudicial la confianza en el hermano?

-No es eso lo que quise decir, padre -Damián miró la gota de sudor que resbaló de la frente del hombrachón y pareció empantanarse en la ceja pero pasó de largo bordeando la nariz hasta que la aplastó de un manotazo, lo saco de sus casillas, pensó-. Yo no critico eso... Lo que me altera es descubrir hasta qué punto nos metemos en la vida de ellos... Les

orientamos, les dirigimos, trastrocamos sus órdenes naturales... me aterroriza comprobar que más de una vez nos gana la idea de que podemos introducirnos hasta lo más recóndito de su intimidad porque son, decimos, inferiores y...

-¡Damián, por Dios...! ¿cómo puedes decir tamaña insensatez? Nosotros vinimos con la Palabra, con las Buenas Noticias, y antes que nada les amamos, aprendimos su lengua, les prestamos auxilio... Sencillamente estamos abundando más y más...

Damián suspiró desalentado.

-Pero me temo que no estamos actuando tan limpiamente. Me temo que por preservar nuestro ordenamiento, de alguna u otra forma intencionalmente difuminamos su iniciativa.

-Me desagrada profundamente lo que dices.

-Nos inmiscuimos en intimidades tan personales, padre, tan profundamente personales, que es como si viviéramos por ellos... Anoche escuché al tamborero y me avergoncé.

-Yo, por el contrario, considero que es una costumbre muy provechosa. Veo con muy buenos ojos que el padre Ignacio incluya esta saludable costumbre entre las otras que recomienda en su libro, sí señor, y te aseguro que es muy útil... Hay maridos descuidados, amigo mío, y es bueno recordarles sus deberes maritales.

-¿Con un tambor redoblando a medianoche ante sus puertas?

-Si lo prefieres, podría recomendar una trompeta.

Damián percibió su enojo pero estaba muy encendido para callarse.

-Aprecio en esto una dualidad humillante: por un lado consideramos a los indios seres pensantes y por la otra, seres débiles e indecisos, en otras palabras, inferiores, que...

-¿Otra vez?

-Seres que necesitan ser controlados, incluso hasta el punto de tener que llamarlos a desahogar su naturaleza en el momento y la forma que lo quieren los padres para que, vacíos, no alienten pasiones a deshora.

-No quiero escucharte más.

Damián le miró con ansiedad.

-No se moleste conmigo, querido amigo, ni se escandalice por los imprudentes términos de mi desordenada exposición... Lo que me preocupa de nuestros indios, en resumidas cuentas, es lo que vendrá después, no sé cuándo, lo que puede venir... No estamos preparando a nuestros hijos para vivir fuera de la Arcadia -lo dijo sin ironía pero el padre José resopló por lo bajo-. La vida que se vive aquí es una fantasía.

-Jesús enseñó esta clase de vida y aun hoy, en su Iglesia, es una realidad que se vive día a día, con amor de hermanos, y...

-Usted sabe muy bien que no es así.

José se levantó abruptamente y al hacerlo la punta de su cigarro se enganchó en la tela de su sotana y se partió. Lo miró con dolor y lo guardó en su bolsillo, era un desperdicio injustificado tirarlo pero ya no serviría, qué cosa más desagradable.

-Damián, hijo, hay cosas que es mejor no decirles...

Damián también se levantó y caminaron recorriendo el perímetro pavimentado del jardín, el sol caía vertical y ambos disfrutaban de la sombra que arrojaba el ancho alero del comedor.

-Nosotros los sacamos de su sistema de vida, de sus tradiciones, sus costumbres y sus creencias de siglos y siglos -trató de llevar la conversación por un curso más tranquilo-, pero no les estamos contando cuál es la realidad del mundo que les rodea. Les mostramos las bondades de una vida diferente y ellos con entusiasmo se avienen a compartir la nueva experiencia... pero los mantenemos alejados de todo, en una relación de dependencia absoluta, ¿se fijó que siempre los llamamos hijos?, todo está bien si se hace lo que nosotros queremos, y solamente así.

-Esa no es toda la verdad, la verdad completa, quiero decir. Mostramos, por cierto, una diferencia activa y fecunda, y no con meras palabras que se lleva el viento... Hacemos realidad la doctrina que originó estas Ciudades de Dios y lo hacemos con firmeza, claro que sí, a veces con demasiada firmeza... Pero lo hacemos empujados por la necesidad de ser coherentes, joven amigo. Nuestro muy querido padre Ruiz de Montoya, de santa memoria, escribió una vez que si por los oídos oyen, los indios, claro, la justificación de la ley divina, por los ojos ven la contradicción humana en malas obras, y se retiran de nuestra predicación porque esa predicación, alrededor, es infamada por malos cristianos. Lo que nosotros tratamos de lograr con trabajo, con esfuerzo, a costa de ingentes sacrificios y desoyendo peligrosos cantos de sirena que pujan por alejarnos de la recta dirección, lo que tratamos de lograr, digo, es demostrarles que es posible vivir la justificación de la ley divina... Me dices que mantenemos a los indios en la niñez perpetua y estoy de acuerdo contigo, pero esta niñez no es la misma que la que peyorativamente estás aludiendo... La niñez que nosotros inculcamos es la manifestación exacta de la Doctrina que les enseñamos, para no ser también nosotros infamantes o malos cristianos... -Damián quiso replicar pero lo detuvo con un gesto-. Son niños porque son inocentes, no esconden malicia, no son conscientemente malos, si así puedo decirlo... pero no son estúpidos, si eso es lo que quisiste dar a entender -José se detuvo y le miró sonriente y satisfecho, está orgulloso de ellos, pensó Damián, es como un padre orgulloso de sus hijos-. Saben muy bien defender lo que les pertenece, amigo, ya lo creo que sí. Antiguamente nuestras Reducciones tenían como único medio de defensa la migración, las dolorosa y costosa huida, pero eso quedó para la historia, hijo; la realidad de la vida nos obligó a la defensa activa, y cuando Su Majestad concedió al padre Montoya, allá por el mil seiscientos y tantos, la autorización

para armar a los indios, las cosas variaron... sensiblemente -no pudo eludir la ironía-. Después de que Diego Torres enseñara a los indios a usar las armas y de que el Cacique Ñeengirú comandara la tropa que venció a los bandeirantes que bajaban por el río Uruguay para cazar esclavos, ya no hay muchos que se animen a tratar de abusar de nosotros...

José hizo un alto por fin en su agotadora exposición y Damián con algo de temor, por cierto, aprovechó el espacio.

-Sin embargo, esta eficiencia que ampulosamente expone no fue suficiente para evitar aquella experiencia tan dolorosa que fue la matanza de Caibaté.

José resopló.

-Damián, hijo, no es honesto que manejes tus argumentos de una manera tan capciosa.

Damián disimuló su sonrisa sin atreverse a mirar a su amigo pero sintió sobre sí su mirada enfurecida.

-La Batalla de Caibaté, dices... La matanza de Caibaté es un acto vergonzoso que difícilmente podrá borrarse de la memoria de los hombres de bien... El exterminio de la población indígena de los Siete Pueblos es una epopeya que va mucho más allá de la estupidez de estrellarse voluntariamente contra un muro... El cacique Sepé no comandó un hatajo de idiotas, hijo, sino que dirigió valientemente al grupo de voluntarios que lucharon...

-Por favor, padre -le interrumpió-, esas son palabras muy hermosas pero que lastimosamente disfrazan la triste realidad: la verdad es que Sepé levantó a unos cuantos valientes, e inexpertos, sublevados contra un poderoso ejército, un muy bien pertrechado ejército español-portugués con una ingenuidad a todas luces deplorable.

José se volvió para replicarle airadamente pero se contuvo.

-No es así, hijo, y me apena que lo veas de esa forma... Cuando el Tratado dio al Reino de Portugal los territorios al este del río Uruguay, los indios se sintieron traicionados: el Rey de España siempre les había protegido pero ahora les entregaba a quienes no evitaban su esclavitud. Debían, por lo tanto, huir, abandonar sus Reducciones, dejar sus hermosos pueblos: Santo Ángel, San Juan, San Luis... su amada y bella iglesia de San Miguel Arcángel... debían dejarlo todo por una decisión que no entendieron y que no aceptaron. Ese Rey que los padres les habían enseñado a amar y respetar les estaba abandonando, les traicionó, pensaron, les dejó de lado... Y entonces ellos, muchacho, no se ofrecieron estúpidamente al sacrificio sino que lucharon por su libertad. Y eso es algo muy distinto.

Damián asintió en silencio sin ánimo para replicar pero siguió pensando muchas cosas y no estaba seguro de haberse expresado con claridad. Caminaron hasta la puerta que comunicaba con la plaza y José hizo correr el pasador macizo.

-Las cosas no siempre son como parecen ser; mucho le pido a Dios que te dé paz, hijo. No debes desalentarte. Las Ciudades de Dios son una sorpresa; incluso para nosotros son una sorpresa.

-Y debemos defenderlas.

José, detenido bajo el hermoso dintel de piedra tallada, recorrió con la mirada la explanada verdísima.

-¿Y no lo hacemos? Las Autoridades de nuestros Pueblos son indios, los Maestros de Coro, los Maestros de Oficios son indios, los artesanos, los artistas, son indios... ¿qué más podemos hacer? Les inculcamos organización, les enseñamos... y confiamos en ellos. Demostramos nuestra confianza haciendo que ellos mismos conduzcan a su pueblo. Si todo lo que hicimos y estamos haciendo será valedero o no, si será duradero o no, es cosa que escapa a nuestras posibilidades decir...

Damián no replicó. Lo miró alejarse con paso decidido y miró a los indios que también se encaminaban hacia sus ocupaciones (solamente el jardín era un remanso de silencio). Vio al padre José bromear con unos y otros, reír con ellos y los ama como hijos, pensó, verdaderamente los ama.

- 12 -

A Damián le sorprendió que el padre Roque le llamara a esa hora. El despacho del anciano estaba sumido en una penumbra fresca que el brillo escandaloso de la ventana abierta no alcanzaba a disipar.

-Lo he recibido esta mañana -dijo entregándole un cuadernillo de hojas manuscritas y unidas por una cinta deshilachada-. Quiero que lo lea, por favor, y quiero conocer su opinión.

Damián leyó con curiosidad la carátula:

REPRESENTACIÓN MUY VERAZ

DE LA

VIDA

Y

GLORIOSÍSIMA GESTA

del padre PEREGRINO

FUNDADOR DE PUEBLOS

padre ANTONIO RUIZ DE MONTOYA

(Limeño)

y

RELATO

de las

hazañas

DE SU VIDA

POR LA MAYOR GLORIA DE DIOS

Escribió el padre Jaime Losada

Jesuita

en el Pueblo de Santiago

en el año del Señor de 1759

Damián miró al anciano que le observaba en silencio.

-¿Qué es esto, padre?

Otra de las cosas del padre Jaime, hubiera querido decir el padre Roque, debimos preverlo, si su puesto está en San Ignacio Guazú, en su imprenta, ¿por qué trasladarlo a Santiago?, pero ya está hecho y ahora, esto. Pero no dijo nada y se limitó a mirar en silencio a Damián que volvió a hurgar curiosamente entre las hojas:

Más tarde en su habitación Damián se emocionó al adentrarse en la lectura del libreto.

-Es una propuesta del padre Jaime para los festejos de la Fiesta Patronal de Santiago -le había contestado por fin el padre Roque cuando volvió a interrogarlo con la mirada-. Una empresa difícil y, a mi modo de ver, irrealizable... Pero no es esa la clase de opinión que el padre Superior de Santiago me pidió. Estudie el texto, padre Damián, y hágame conocer su consejo... temo que mi postura pueda resultar muy subjetiva y eso poco podrá ayudar al padre Superior.

Gran amigo Jaime, pensó Damián con el libreto en las manos, ¡cuántas sorpresas gratas nos da tu fértil imaginación...!

A través de la lectura una a una fueron pasando por su imaginación las secuencias de la epopeya relatada y su corazón paulatinamente se fue encendiendo de entusiasmo. Con detalles trabajosamente elaborados el padre Jaime había marcado las pautas de una representación de proporciones exorbitantes: el movimiento de las masas

o la forma de representar la multitud:

o tantas otras cosas que hacían, en la opinión de Damián, que la idea pudiera ser llevada a la práctica.

Mucho antes de terminar la lectura del libreto, aun antes de haber tranquilizado su espíritu rescatándolo del entusiasmo emocionado en que la lectura le había sumido, para poder analizar serenamente el texto, Damián había tomado la decisión de recomendar al padre Roque que su consejo al Superior de la Reducción de Santiago fuera favorable a la Obra. Más que nada porque Damián estaba convencido de lo importante que era mantener viva la memoria de hechos heroicos que tanto y tan bien hablan de la fortaleza que brinda la confianza en Dios y que, por tan grandes, muchas veces se corría el riesgo de confundirlos con la leyenda.

-Mi opinión es que la Obra debe ser representada, padre -le dijo al devolverle el libreto después de leerlo-. Es una relación acertada de los hechos sucedidos y puede resultar muy provechosa para nuestros indios...

-¿Provechosa?

-Con ella, entre otras cosas, aprenderán cuántas cosas se pueden lograr con voluntad y trabajo...

-Es mucha fantasía innecesaria. La relación de estos hechos se enseña en el Colegio... La Obra no aporta nada nuevo.

-Ciertamente no la aporta -se cuidó de no parecer irónico-. No hay ninguna fantasía, ninguna invención en lo que narra... Pero es una manera diferente de narrar. Debe tener en cuenta, padre, que hay antecedentes muy importantes de eventos similares y que fueron realizados con gran suceso... Pude leer que el padre Roque González, que en Gloria está, organizó en Asunción un acto parecido para festejar la Canonización de nuestro amado padre San Ignacio, y en las Cartas Anuas está expresado que fue de gran provecho para los indios... Representaron aquello de la lucha entre el Bien y el Mal.

El padre Roque se removió molesto.

-Lo estudió todo sobradamente.

La sonrisa de Damián fue imperceptible.

-Trató de que mi respuesta fuera completa.

-A su modo de ver, ¿qué es lo que se busca con todo esto?

Damián dudó unos segundos antes de responder, eligiendo las palabras y ordenando sus pensamientos. La emoción y el entusiasmo que experimentó leyendo el libreto, y la seguridad de que podían y debían ser compartidos no era suficiente justificación para el razonamiento estricto del anciano. Debía, por lo tanto, abogar por el proyecto de la mejor manera posible.

-Yo pienso que mantener vivos los recuerdos que comparten las poblaciones es algo muy importante: los recuerdos compartidos dan una gran fuerza a los grupos, los unifican, les dan una identificación, no sé si me explico bien. Nosotros estamos rompiendo... sí, ya sé que le desagrada que lo exprese así, padre, pero es una forma de decir, rompiendo, digo, la tradición milenaria de los indígenas, adaptándolos a nuestra cultura. He ahí que se hace imprescindible rellenar los espacios que dejamos vacíos con nuevas memorias... Los nuevos recuerdos deben tener la fuerza suficiente para sobreponerse hasta que se vuelvan tradiciones, ¿lo digo bien? Nosotros debemos conseguir que la nueva vida tenga el impulso y el aliento necesarios hasta volverse aceptada, espontáneamente aceptada, digo... Que llegue a ser idiosincrasia.

Y ahora Damián, con el corazón llenándole la garganta miraba arrobado recortadas contra la fachada de la iglesia de Santiago, de cuyas molduras se habían colgado grandes paños pardos fingiendo montes abruptos y elevados, las figuras de los indios caminando

cadenciosamente con el ataúd sobre los hombros. El perfil, nítidamente definido por los reflejos movedizos de las muchas candelas descubiertas, se prolongaba en largas sombras agigantando indefinidamente al grupo de caminantes que se acercaba lentamente, adelantándose muy despacio murmurando, murmurando. La orquesta se había silenciado completamente y por las ventanas abiertas de la iglesia se filtraba, lejana, la música del órgano y se extendía ondulante, sugerente, sobre el mar de cabezas que inundaba la plaza.

Los caminantes se apretujaban alrededor del ataúd del Paí Montoya para protegerlo, el silencio del público era reverente.

-Venimos para llevarnos a nuestro Paí -había dicho con voz firme Feliciano Ñapiry después de llamar en lo que representaba ser la Portería del Colegio de Lima-. Él debe descansar en Loreto, con nosotros...

Pero el Rector no había autorizado el traslado del cuerpo, debía pensarlo, dijo, debía consultarlo... Era una verdadera locura: cuarenta indios caminando desde Lima hasta Loreto con el ataúd a cuestas atravesando por lo ancho medio continente, las alturas heladas y escarpadas de la monstruosa cordillera, el inacabable desierto chaqueño salpicado de vegetación enmarañada y espinosa, leguas y leguas sin agua... no era posible una hazaña así y no sería él, desde luego, tan irresponsable como para autorizarla...

Tres días permanecieron los indios acampados en el patio de la Rectoría, tres días reunidos en postura ordenada y tranquila pero firme, rezando a veces, riendo por lo bajo, y cantando, cantando, cantando... Pensaban que la tal locura ya había sido posible: ya habían llegado caminando desde Loreto a Lima, ¿no es cierto?, ¿por qué no podrían ir de Lima a Loreto?

La puerta de la Rectoría se abrió por fin y el Rector (el gordo Paí Jaime) habló con los indios reunidos y autorizó la entrega del ataúd con los restos del padre Antonio para que se lo llevaran.

Una ola de entusiasmo recorrió el mar de cabezas que se agitó ondeando en la penumbra de la plaza y se escucharon incluso algunos vivas alegres, es una magia, pensó Damián, sentado entre el grupo de visitantes muy cerca de Jacinto, esta conjunción de música, luces, palabras, nos sumerge milagrosamente en este juego, en esta realidad que es ilusión.

En su camino hacia el sur el ataúd era recibido en los poblados en medio de grandes demostraciones de alegría: era la vuelta del padre Peregrino, su viaje triunfal por las tierras que antes trabajosamente había recorrido caminando, casi siempre solo, «...sin otra arma que un báculo y sin otro consuelo que su libro de plegaria y su cruz». Más de diez mil kilómetros había recorrido caminando en vida el padre Antonio y ahora volvía, traído en triunfo, aclamado por los hijos que tanto amó.

-Esta similitud... la de la vuelta triunfal, digo, no me agrada -había dicho el padre Roque-. Es casi un sacrilegio.

Damián se había movido nerviosamente en su asiento.

-No creo que esa alusión a la Parusía que usted presiente haya sido la intención del padre Jaime, padre -su cautela no fue suficiente para no incomodar al anciano-. No pasa de ser una coincidencia. Este retorno, como todos los demás hechos relatados, es estrictamente histórico, tal como lo cuenta la tradición: la fantasía está solamente en la recreación de los sucesos en el escenario, pero no hay ninguna invención en ello. El éxodo de los doce mil indios huyendo de los pueblos del Guairá es un hecho histórico, ¿no es cierto?, las veinte y más leguas que recorrieron caminando por la selva para eludir los Saltos de las Siete Caídas, también; el transporte del ataúd atravesando la cordillera y las llanuras del chaco tampoco es invención, padre... Son sucesos casi milagrosos, lo admito, pero no inventados... No hay malicia en todo esto, estoy seguro, no hay malas intenciones escondidas.

Desde donde estaba llegaba a entrever la cavidad de la media naranja gloriosa, indefinida, acogedora.

Convergían hacia ella las cuatro bóvedas de cañón, orientadas hacia la apoteosis de su espacio ascendente, donde la brumosa claridad era atravesada por el torrente de luz que se filtraba por la linterna, allá arriba, casi en el cielo.

La bóveda que cubría la nave principal se perdía hacia el fondo del templo y desaparecía de su vista tapada por una de las cuatro columnas majestuosas de rica piedra tallada. Miles y miles de losetas de arcilla cocida se habían necesitado para cubrir esa nave que parecía viva con el relumbre movedizo, miles y miles de horas de trabajo de no podía recordar cuántos indios, pero ni falta que hacía recordarlo: había sido un trabajo entusiasta, anónimo, como de hormigas en un enorme hormiguero, pensó una vez más, anónimo pero como si cada uno fuese el único que lo estuviera haciendo.

-Son como los constructores de la Catedral -comentó una vez entusiasmado y el padre Roque manifestó su desaprobación.

-No es esa la mejor manera de definir nuestro trabajo armónico, ordenado, impulsado por el amor a Dios...

Pero aun así, recordó ahora risueñamente, cada uno dejó su huella y su recuerdo en alguna pieza, alguien alguna vez verá las losetas esgrafiadas que serán el único recuerdo de estos amados y anónimos constructores del templo.

El padre Roque no había visto con buenos ojos que los artesanos lo hicieran porque, dijo, es un juego sin fundamento y mucho menos utilidad práctica, pero Federico había optado por una posición comprometida que estaba, por cierto, cercana a la desobediencia. Conocía bien la importancia que estos hombres sencillos le asignaban al juego de dibujar en los adobes y que, sin saberlo, era la forma que hallaron para proyectarse a la posteridad.

No grababan nombres ni se identificaban; esgrafiaban vivencias: un ave, una hoja, un frontis... era una expresión sencilla, un deseo de estar allí a través de una marca personal, aunque no se supiera de quién era, ¿para qué identificarse si nunca nadie lo vería?

Una tarde Casimiro Caporá, que se refugió en las Reducciones después de ser encomendado en Asunción, le enseñó a Federico la loseta que había grabado. Era un barco con las velas recogidas y dos hileras de remos, diferente de todos los que podría haber visto navegar en los ríos interiores.

-¿Dónde viste un barco como este, Casimiro?

-Yo no lo he visto, Paí -el indio mantuvo los ojos en la loseta evitando mirarle-. Hace muchos años mi gente bajó de la tierra de los grandes cerros, los cerros verdes, donde nunca llega el sol, que se queda sobre el techo de los árboles... cerca del Cerro Sagrado.

-¿Cerro Sagrado, dices?, ¿Cerro Sagrado?

-Así se le llama, Paí -y Federico había preferido callarse-. Allí hay unas grandes casas de piedra, y en las paredes hay muchos dibujos: animales, hombres, esto... Cuando vinieron trajeron una piedra con un dibujo como éste... Cuando iban viniendo, sabían muy bien que si alguno se moría debía quedarse allí, y le sentaban en su cántaro y allí se quedaba, esa tierra era ya de él, y los otros se iban... Pero llevaban la piedra, yo la tuve también, hasta que se me perdió en Asunción. Ahora dibujé esto para acordarme.

Federico le miró con pena, era triste el destino de estas criaturas, incapaces de comprender que su mundo ya nunca más sería el de antes.

-Pero, ¿sabes lo que es?

Y el indio no había sabido decirlo con toda claridad pero Federico lo había entendido, era una forma de expresar su identidad, una forma de hacerse presente, él, su familia, su historia, en esta obra de la Casa de Dios, los cojos, pensó Federico, los ciegos, los mancos, fueron admitidos en el convite.

«Credo in unum Deo...»

La voz del padre Roque pareció quebrarse sobre el sordo rumor de la multitud y las últimas vibraciones fueron avasalladas por las voces encendidas del Coro:

«Patrem omnipotentem
factorem coeli et terrae...»

Unas vocecitas de fino cristal dijeron:

«Visibilium omnium
et invisibilium...»

Federico entrecerró los ojos admirado: la Misa que el hermano Domenico Zipoli (de tan efímero paso por Trinidad, lastimosamente) compusiera años atrás le causaba siempre la misma sensación de plenitud y agrado, habrían otras mejores, tal vez, en esta isla de

creatividad pero ésta, por sobre cualquier otra, era capaz de expresar, con sublime belleza, el gozo radiante de las almas exaltando a su creador... Lejos de su Prato natal, lejos del exorbitante ambiente de Roma donde tan bien le habían tratado por su excelencia, el padrecito Domingo (como cariñosamente le llamaban los indígenas) había liberado la fuerza de su inspiración creando ésta y otras maravillosas obras acá, en medio de este interminable monte, rodeado de indios... Y las compuso para ellos, porque los conoció y los amó.

Federico sintió su corazón henchido de gratitud, verdaderamente, padre Todopoderoso, rezó, creador de todo lo visible y lo invisible, verdaderamente Tu Amor es la única explicación para todo lo que estamos viviendo...

- 14 -

Al atardecer Bernardino llegó a la orilla del Caañabé, que era un tajo en la llanura sofocante rodeada de elevaciones por los cuatro costados, y ver sus aguas negras, infladas, en apariencia calinas, le causaron pavor.

-Después de cruzar el Caañabé vas a estar cerca de los franciscanos. Ojalá puedas cruzarlo sin problema -le había dicho Casimiro-. Ojalá que no encuentres el Caañabé crecido...

Caañabé, había repetido mentalmente, lo recordaba, con una sombra de miedo sin saber por qué, quizás por el nombre mismo, que le sonó a víbora, a fiera hambrienta, a algo malo...

-Si está crecido no te vayas a meter -había tirado su cigarro después de chuparlo, cuando escucharon la campana que llamaba para la cena-. Las aguas del Caañabé traen barro y chupan, si está crecido te va a tragar.

Y cómo voy a saber si está crecido, se preguntó ahora Bernardino con la boca seca y el corazón golpeándole en la garganta, si no sé cómo es cuando no está crecido.

Ya comenzaban a alargarse las sombras y se decidió a probar, si no lo hago ahora, se dijo, después voy a tener más miedo.

Se desnudó y metió sus ropas en el bolsón de piel de oveja en donde traía las tres cosas de su madre que decidió traer: el brazalete, con esas hermosas piedras rosadas con rayitas blancas y verdosas, tan lisas y brillantes, pulidas horas y horas contra la gran piedra del brocal del pozo y después refregadas contra el cuero estaqueado cuando comenzaba a secarse, piedras tan pulidas, pensaba, que parecían brillar más que el hilo de oro que las ataba vuelta y vuelta uniéndolas unas con otras; el viejo peine de hueso que Rosa llevó como recuerdo de Trinidad cuando la echaron, con el que lo peinaba cuando era chiquitito, no había piojo que pudiera resistirse a sus dientes tan finos y apretados, que habían usado tanto, el peine, hasta que lo dejaron porque se puso quebradizo, descascarándose cada vez

que se lo pasaban por los cabellos pero que guardaron, que guardó Rosa siempre, como un recuerdo hermoso del que no se quería desprender; trajo también, y le causó emoción verlo en el fondo de su bolso cuando iba a guardar su ropa, el fino rebenquito de cuero sin curtir que Rosa siempre tuvo colgado al lado de la ventana.

-Este es tu padre -le había dicho la vez que él fue con otros niños al monte para buscar panales y volvieron sudorosos, asustados y con un cansancio de muerte mucho rato después de haber entrado el sol.

La nalga le había ardido después como si le hubieran picado diez cava pytá enfurecidas y esa noche, antes de dormirse, mucho después de que Rosa apagara el candil, la escuchó llorar en su hamaca. Fue entonces cuando se prometió que nunca más volvería a molestar a «su padre», el rebenquito quedó allí colgado y con el tiempo llegó a convertirse en una compañía. Una vez más lo tuvo que usar Rosa, pero mucho después, prefería no recordarlo.

Con las tiras se ató el bolso a la cabeza para mantenerlo seco y para dejar libres los brazos y entró en el agua con el corazón retumbándole en el pecho.

El lecho del Caañabé se fue profundizando y lo sintió blando e impreciso. El barro pasó entre sus dedos y le abrazó los pies hasta el tobillo, o más, no podía definirlo, abajo el agua era tan espesa, no podía saber claramente hasta dónde le llegaba el barro porque el agua era igualmente espesa y pegajosa. Sentía los pies a leguas de distancia de su cabeza, en otro mundo, ¿qué estoy haciendo?, se preguntó desesperado, ¿dónde me estoy metiendo?

Cuando el agua le llegó al pecho comenzó a temer por su vida y decidió volverse atrás pero la corriente le frenó estirándole cada vez más hacia el centro del arroyo, allí mismo donde las aguas negras se movían perezosas, las miró con desesperación, tan cercanas estaban, perezosas desenrollándose como el humo espeso de las quemazones de los campos (como el humo, mamita querida, que subía cocinándote los ojos y coloreándote la piel) hacia el centro del Caañabé donde el agua traga (me va a tragar el Caañabé, mamita, me quiere llevar contigo convertido en humo).

A medida que intentaba desprender sus pies del lodo se iba hundiendo más resbalando en la pendiente, notó que el agua le llegaba al cuello y que cada vez le era más difícil intentar cualquier movimiento porque el agua se ponía más espesa y pegajosa. Entonces, en un momento de lucidez, hizo como que se acostaba boca abajo metiendo en el agua hasta la cabeza y braceando con todas sus fuerzas para tratar de arrancar sus pies, con todas las fuerzas que le dio el miedo, por sus venas corría sangre hirviendo.

No alcanzó a darse cuenta de que sus pies se habían soltado del fondo sino hasta mucho después, cuando con las manos tocó el lodo de la costa, aunque en realidad la chupada de sus pies cuando el Caañabé quería tragarlo la sintió mucho más tiempo, en verdad no llegó a olvidarla nunca.

Agotado se acostó en el pasto de la orilla desnudo como estaba, los últimos rayos del sol coronaban la parte más alta de los árboles y a su alrededor las sombras se hacían más pesadas. Los árboles eran masas verdeazuladas fileteadas solamente en la parte más alta por

rayitas de oro y el silencio en el cajón del cauce era como un zumbido grave agitado levemente, y de vez en cuando, por chasquidos y siseos.

Aunque sus ropas estaban empapadas se las vistió porque los mosquitos, alentados por las sombras crecientes, comenzaron a torturarlo.

El cielo encima de su cabeza era una esfera profunda, azulada hacia occidente y hacia el oriente negra ya, los brazos le temblaban y un calambre en su pierna derecha empezó a estirarle la pantorrilla, estaba solo, solo en una tierra donde nunca nadie le podría encontrar y el Caañabé estaba cerca, muy cerca, recordó a Casimiro, el Caañabé traga a la gente que lo cruza si está crecido.

Cuando escuchó el relincho en el otro lado del arroyo y las voces de los hombres que se acercaban, una loca alegría brotó en su pecho sin importarle el riesgo, cualquier cosa era mejor que estar solo, en medio de la oscuridad, tan cerca del Caañabé hambriento.

Acurrucado entre los matorrales miró a los viajeros encendiendo la fogata, cuidando los animales y al rancharo preparando la cena.

-Está muy crecido el Caañabé -escuchó que decía un hombre parado en la orilla de enfrente y él sintió que la piel se le erizaba-, probablemente no podremos pasar ni siquiera mañana...

Otro se acercó a la orilla y su figura se recortó contra la claridad de la fogata.

-Parece aventurado decirlo -escuchó el tintineo de las espuelas, son españoles, pensó-. El Caañabé es impredecible, en pocas horas puede subir o bajar una enormidad...

Un poco más tarde el aire se llenó de olor a fritura y Bernardino se apretó el estómago que le dolió de hambre. Se tendió sobre el pasto y estiró sus miembros cansados experimentando un gran alivio, la presencia de los españoles en el otro lado del arroyo le brindaba una seguridad placentera y se hundió en el sueño.

Apenas el sol apuntaba en el horizonte y cuando los jirones de niebla todavía se desenrollaban perezosamente sobre el agua, los ruidos del otro lado le despertaron.

Agazapado entre las matas observó con curiosidad y vio que eran tres carretas grandes y seis o siete jinetes.

El Caañabé había descendido mucho durante la noche, la superficie del arroyo ya no ofrecía ese temible aspecto de panza hinchada sino que en ella se notaban ya las pequeñas ondas de la correntada. Entusiasmado pensó que a partir de entonces todas las cosas irían mejor.

Al promediar la mañana la caravana cruzó el arroyo y él les pidió si podían llevarle hasta Yaguarón. Le acogieron alegremente y le subieron a la carreta.

Cuando pasaron frente a la entrada de Yaguarón, el día siguiente, y siguieron de largo sin detenerse, comenzó a temer, ¿es que no me entendieron?, ¿es que no recuerdan que yo quiero bajarme aquí?, pensó removiéndose nervioso sentado encima de la alta montaña de bolsas que traían en la carreta. La lentitud de los bueyes le animó a arrojarse pero cuando hizo el ademán de saltar el boyero le detuvo con un gesto.

-Ni lo intentes -dijo-, tú vienes con nosotros.

Casimiro me lo dijo, fue lo primero que pensó, me dijo que me cuide pero fui un estúpido.

Tres días después llegaron a Asunción, llovía, y Bernardino se entristeció.

Después de detenerse un momento en la cabecera de la cuesta comenzaron a descender, resbalando, la pronunciada pendiente que iba sorteando pequeñas lomadas cubiertas de vegetación, como verdes ampollas de la tierra, que bajaba hasta fundirse en el remanso que se arrimaba a la bahía.

-Este lugar se llama Vista Alegre -ironizó el boyero tratando de calmar las bestias con siseos y gritos nerviosos antes de iniciar el descenso-. Es en realidad la más hermosa de las vistas...

Bernardino, triste y asustado, no se animó a contestar.

Las calles de resbaladiza tierra roja serpenteaban entre las casas del gris color de la arcilla cruda y eran, las calles, irregulares, subiendo o bajando, torciéndose al perfilar las colinas. Las barreras de los patios, opacadas por la humedad, las tejas enmohecidas y hasta el profuso follaje que lucía aplastado por el agua, ofrecían una apariencia abúlica, como contagiada por la gris luminosidad de la tarde lluviosa.

Los pocos viandantes que encontraron en las calles embarradas poco o nada atendieron a su paso, parece mentira, pensó Bernardino, ni siquiera les importa la llegada de forasteros...

Ciertamente durante los días de viaje se pudo dar cuenta del cambio que estaba experimentado en su vida, pero fue recién después de llegar, cuando ya le asignaron vivienda y trabajo, cuando en dos o tres días nadie se acercó a él si no era para ordenarle algo, que se dio cuenta de lo que significaba ser encomendado.

El primer domingo que pasó en Asunción sucedió algo que resultó muy simpático para don Venancio Castillo, su Encomendero, pero que a Bernardino le dejó sorprendido.

-Es hora de ir a misa -había dicho don Venancio a poco de amanecer frente a la cuadra donde dormían los indios, casi un chiquero, había pensado Bernardino asqueado al entrar por primera vez y sentirse sacudido por el olor a sudor y basura. Saltó del lecho para alcanzar a don Venancio que se alejaba.

-A mí todavía no me entregaron mi ropa de los domingos -le dijo y don Venancio, después de mirarlo un momento de arriba a abajo sorprendido, había soltado una carcajada.

Todavía reía después caminando con su mujer y sus hijos hacia la iglesia, seguido de cerca por los indios de su casa.

La iglesia catedral, con sus paredes de adobe enjalbegado y su alto techo de tejas tenía en el frente una gran puerta de madera maciza, trabajada con múltiples molduras redondeadas, y en los dos costados unas amplias galerías.

Por la puerta principal entraron don Venancio y su familia, y sus encomendados fueron a reunirse con los demás indígenas en la galería para mirar por las ventanas el desarrollo de la misa. Ciertamente, se dijo Bernardino, en Asunción todas las cosas son diferentes; hasta llegó a preguntarse en algún momento si ese Jesús que en el altar tenía aquella corona tan linda y brillante sería el mismo Jesús que le enseñaron a querer los padres en la Reducción.

- 15 -

Juancito saltó del caballo en la entrada de los corrales y le pidió a Ceferino que lo cuidara, que le diera de comer, que lo bañara, y él corrió apresuradamente hacia la casa, el camino de regreso hasta Trinidad le había parecido interminable y aún sabiendo que no estaba bien que lo hiciera le pidió a Ceferino ese favor, no podía esperar más, quería contarle a Jacinto lo que había sabido en Jesús.

-Ella murió, papá. Hace quince días que murió.

Juancito vio que la arruguita que había al lado de su boca parecía temblar, era temprano todavía pero el sol ya no alumbraba tanto porque en el horizonte, sobre la línea del monte que volvía a sobresalir después de la hondonada, había una barrera de nubes celestes, casi grises, lo que quería decir que no pasaría un día entero sin llover, ni siquiera los pájaros pueden volar bien por el amenaza, pensó Juancito, va a llover.

-¿Y él?

Nunca les habían nombrado, jamás: ella, decían, y todos sabían que era Rosa, él, y todos que era Bernardino. Era como si ella y él fueran los únicos, como si no hubieran otros.

-Él se fue, papá... Desapareció. Nadie sabe dónde está.

Jacinto dejó que sus ojos se perdieran sobre la nube celeste, más allá de la hondonada. Asintió en silencio y Juancito sintió que el corazón le cabalgaba en el pecho con el mismo ruido sordo de las pezuñas de su montado sobre el arenal de las afueras de Jesús, cuando se adelantó dejando atrás a los demás troperos.

-Me dijeron que tal vez salió de las Reducciones pero nadie lo sabe. Cuando ella murió él desapareció: esa misma noche salió de Jesús y nadie sabe nada más, ni siquiera estuvo para el entierro... a todos les extrañó mucho eso. Yo no me animé a preguntarles a los padres porque ellos sufren cuando pasa una cosa así, no les gusta.

-Y nadie sabe adónde se fue.

-Casimiro piensa que a lo mejor se fue a Yaguarón, con los Franciscanos. Yo creo que él lo sabe, pero no quiere contar -dijo Juancito y Jacinto le miró sorprendido, ¿qué estaba diciendo su hijo?, se fue, no importa adónde, ni siquiera pude conocer su cara.

La iglesia estaba casi a oscuras porque solamente ardían las lámparas del Santísimo y de la Cripta cuando Jacinto pasó delante del cuadro que había tallado representando el Purgatorio y no se animó a mirarlo. Sabía que estaba allí con su fuego crepitando y sus almas prisioneras en un fuego que ardía constantemente limpiando, purificando, lavando las culpas (así mismo lo había dicho el padre Roque) y rodeado por la resonancia de sus pasos en la enorme nave creyó sentir el fragor de las llamas, el eco de los lamentos de las almas atormentadas y la piel se le erizó.

Rosa ya no estaba allí, se dijo, aunque el Paí Roque la obligó a eso ya se escapó, volando entre el humo, libre, alegre como siempre fue alegre, liberada de la prisión en la que a él le obligaron a meterla, buena como siempre fue buena, linda.

Parado debajo de la cúpula se impresionó por la mirada del padre que con los brazos abiertos parecía querer abrazarle desde el altar mayor. Su larga barba blanca temblaba por las velas y sus ojos negríssimos se fijaban en él, hondíssimos, brillantes. Seguramente él tampoco entendía por qué pasaban las cosas como pasaban.

Jacinto caminó hasta los bancos del crucero y se sentó, no tuvo deseos de arrodillarse, si hubiera sido antes, en los tiempos de antes, hubiera danzado hasta que las estrellas se pusieran pálidas en el cielo y comenzaran a apagarse en el azul cada vez más claro, hubiera cantado hasta que la voz le rascara la garganta al compás ronco de las sonajas, hubiera también llorado sin que le vieran las mujeres, ni los hombres, sin que le viera nadie, cantando, danzando y llorando solo.

No tuvo deseos de arrodillarse porque no venía a rezar, no tenía nada que pedirle a Dios porque ya le había pedido demasiadas cosas y no podía comprender lo que le estaba pasando, venía solamente a estar con Él porque no quería dejarle solo justamente ahora que sabía lo que habría sufrido cuando tuvo que entregar su Hijo por culpa de la gente que no entiende bien las cosas...

Cuando algún tiempo después Juan Antonio le pidió a Damián que dejara ir a Jacinto para trabajar con él en la iglesia de Jesús, sus palabras fueron como un llamado de atención y despertaron hechos relegados volviéndolos con toda crudeza.

-Es muy hábil, Damián -le había dicho-. Es un verdadero artista y sería una ayuda formidable... Para las casas de los indios que están levantando aquí no es imprescindible un artista como él.

-No, Paí; yo no me quiero ir -le dijo Jacinto cuando le preguntó después, qué viejo está, pensó Damián, en pocos años se hizo un viejo-. Ese lugar es prohibido para mí.

-Las cosas ya no son así, Jacinto; ya cambiaron... -dijo Damián con ansiedad.

-No, no es por eso... Rosa ya murió y mi hijo salió de allí; eso que me prohibieron ya no tiene importancia... Pero no me quiero ir.

Damián no sabía que Rosa había muerto y menos que su hijo se hubiera excluido voluntariamente; luego de luchar contra la decisión del padre Roque que consideraba injusta, y agotado todas las posibilidades, se había desentendido del caso, amparado en la obediencia y al enterarse ahora del final desgraciado que tuvieron sintió, además de dolor, remordimiento.

-No puedo obligarle a ir, Juan Antonio -se disculpó con su amigo el día siguiente-. Sé que podría tratar de convencerlo pero no me animo...

-Es una pena. Creo que se nos acaba el tiempo, Damián... La semana pasada estuve en Itapúa y hablé con el Enviado del Provincial que pasado mañana estará aquí contigo. Trae noticias frescas de Buenos Aires. Las cosas no están nada bien, amigo mío.

Damián caminó nerviosamente unos pasos y encaró a su amigo desde el otro lado de la habitación.

-Deben ser en verdad muy malas las noticias que tienes para que hasta llegues a temer por la terminación de tu iglesia.

-Pueden serlo y puede que no lo sean, la verdad de las cosas es que nos manejamos con puras versiones, que generalmente nos llegan tamizadas, u orientadas, como prefieras decirlo. Pero como son los únicos indicios que nos llegan de nuestro «patronazgo» tan lejano, y sabiendo con certeza que nunca alcanzaremos informaciones más precisas, les damos validez, las tomamos en cuenta, deducimos posibles implicancias...

-Vivimos sobre ascuas.

Juan Antonio asintió sonriendo.

-Algo así como el estampido lejano que hace que las charatas yergan la cabeza oteando curiosamente el horizonte presintiendo la vecindad del peligro.

-¿Cuál es el estampido en esta oportunidad?

-A principios de este año hubo una revuelta popular muy fea en algunas ciudades de la Península, pero sobre todo en Madrid... se quiso intencionalmente desviar la atención de la gente haciendo figurar que el asunto se relacionaba con las capas y los sombreros... -Juan Antonio sonrió por el gesto sorprendido de su amigo-. Resulta ser que se promulgó una Ordenanza obligando a acortar las capas y recortar los sombreros evitando tanta ala ancha que protege malvivientes como había en Madrid y se quiso hacer creer que el pueblo se sintió molesto por ese intento de «recortar» su libertad, por decirlo de alguna forma... Pero la verdad es otra: las malas cosechas de varios años seguidos produjeron la suba del pan y de otros productos de primera necesidad y el pueblo reaccionó, no hay nada más rápido que la vaciedad del estómago para encender los ánimos... El motín se hizo para exigir la renuncia de Esquilache, Esquilache, digo, el siciliano Secretario de Hacienda y de Guerra. Y fue bastante violento.

-Y a la larga los culpables resultamos ser nosotros.

-No fue nada difícil. Se debía encontrar algunos culpables y allí estuvimos; bien a mano.

-Pero entonces ya no es solamente un estampido lejano...

-No lo es. Hace algo más de dos meses comenzó el juicio, con bastante alharaca, por cierto. Don Miguel María de Nava y Campomanes, sobre todo Campomanes, con mucha vehemencia denunciaron la participación de la Compañía de Jesús en el motín y todo parece indicar que el resultado del juicio está decidido de antemano.

-Pero, Dios mío, ¿por qué?

-Por muchas razones juntas y por ninguna en especial, amigo mío -Juan Antonio tomó una naranja del frutero que había sobre la mesa y se entretuvo lanzándola al aire haciéndola girar y tomándola para lanzarla nuevamente, era como una burbuja de oro, oro perfumado subiendo y bajando, subiendo y bajando-. Celos, ambición, temor... vaya uno a saberlo. El problema se originó con la Compañía allá lejos y lógicamente debe repercutir en su joya más preciada...

No creo que les haya sido muy difícil incluir a la Compañía de Jesús entre los promotores del amotinamiento, pensó Damián, nuestros púlpitos no son lo que se puede llamar discretos, precisamente.

-En toda Europa son una sorpresa los logros conseguidos en las Reducciones, y en la Península las diferencias se tornan abrumadoras. Mientras en este lado del mundo las cosas son florecientes, la inseguridad, la pobreza, y hasta la sombra del hambre, se ciernen sobre el pueblo en el otro... En esas condiciones, amigo, muy pocos son los que se interesan por conocerla verdad -su calma, pensó Damián escuchándole, es totalmente engañosa-. Generalmente se quedan en la parte visible de la situación: en las Ciudades de Dios se come bien, se construye, se estudia, se trabaja en las artes... ¡el pueblo indio trabaja en las artes!, algo que les resulta casi imposible de creer, y que realmente no creen, porque desconfían más bien una engañifa, algún artificio que manipulamos nosotros interesadamente... En contrapartida en España las cosechas del 63, del 64, del 65, fueron malas, y eso es mucho.

El pueblo en España está apretado -Juan Antonio levantó la naranja para observarla al trasluz-. Y entonces surgen las leyendas y las versiones más alucinadas. Dicen, por ejemplo, que los jesuitas tenemos en estas tierras minas de oro riquísimas e inagotables, que por eso somos inmensamente poderosos y abrigamos oscuras intenciones, peligrosas ambiciones políticas para consolidar una Provincia dentro de la Provincia, un Reino dentro de este Reino, una Monarquía Universal con una sola cabeza, que no es precisamente la de nuestro Rey, ¿lo entiendes?

-Es solamente que no nos quieren -dijo Damián y a Juan Antonio le causó algo de pena su ingenuidad inesperada.

-Probablemente sea cierto que no nos quieren -sonrió con picardía-, aunque no creo que eso le haya importado mucho a la Compañía, nunca.

Ambos rieron relajándose, es difícil mostrarse humilde cuando uno se siente genuinamente orgulloso de lo que es, pensó Damián aunque sin querer admitirlo concientemente.

-Quizás podrías presionarle un poco para que vaya conmigo- intentó Juan Antonio por última vez al día siguiente cuando se despedían-. Verdaderamente lo necesito a Jacinto allá y podrías hacer uso de tu autoridad...

Por qué lo haces, amigo, pensó Damián, por qué insistes de esa manera.

-No lo quiero hacer, Juan Antonio, esa es la verdad; perdóname. Es una historia larga.

-Y triste -Juan Antonio trató de aliviar la tensión cuando notó la pesadumbre de su amigo.

-Y triste -confirmó Damián bajando los ojos avergonzado.

-Perdóname tú a mí. Muchas veces nos dejamos vencer por el egoísmo y hacemos sufrir. No debí insistir como lo hice.

Se estrecharon fuertemente las manos y Damián miró ansiosamente a su amigo.

-No alcanzo a definirlo muy bien, Juan Antonio... no sé si lo hago por caridad o es porque el remordimiento me araña el alma y me obliga a eludir, una vez más, el enfrentamiento directo... No alcanzo a tener el valor suficiente para obligar a Jacinto a que vaya contigo a Jesús: es un lugar que guarda recuerdos demasiado tristes para él... ahora ya ni siquiera su hijo está allí, nadie sabe adónde huyó... Lo alejamos de nosotros. Lo hicimos huir con nuestra incomprensión.

En la habitación a oscuras las pesadas sombras olían a muerte. La lámpara de aceite brillaba sobre una mesa arrimada a un costado, frente a un crucifijo de madera policromada, y arrojaba contra la pared la sombra de una cruz fantasmal cuyos brazos y cuya cabecera se agrandaban enormemente hasta perderse diluidos en las sombras que no alcanzaba a disipar el cono de luz.

El padre Jaime entró tratando de no hacer ruido para no turbar el sueño del anciano, con el corazón encogido de congoja (cuánto amaba a este viejo gruñón que tan poco había hecho durante toda su vida para que se lo amara).

Esa mañana le habían suministrado la Extrema Unción y en toda la Reducción se elevaron oraciones por la salud del alma del padre Roque y por el fortalecimiento de la salud de su cuerpo si estaba en la voluntad de Dios, y Jaime había sentido el imperioso deseo de estar un momento cerca del amigo que se iba.

El Hermano Roberto le vio entrar y le dejó sitio en el sillón de madera tallada que había al lado de la cama del moribundo. Vio los ojos del gordo padre Jaime brillantes de lágrimas y tuvo el pudor de dejarlo solo con su amigo. Salió de la habitación cerrando suavemente la puerta, alejando nuevamente la realidad exterior que por un momento irrumpiera con voces asordadas en el recinto en penumbras.

Jaime miró el perfil afilado del anciano y sintió como un frío interior que le calaba hasta los huesos, el pecho del padre Roque se movía en una respiración superficial y dificultosa y Jaime sintió que las lágrimas pugnaban por soltarse de sus ojos, se está apagando, pensó, como una pequeña vela se está apagando.

Cerró los ojos y comenzó a musitar el De Profundis.

El padre Roque carraspeó y su respiración varió de ritmo, está despierto, pensó Jaime.

-¿Necesita algo, padre?

Roque entreabrió los ojos y le miró, trató de hablar y el gesto que distendió sus labios se difuminó en el rictus de profundo cansancio que aplastaba su carne y volvió a cerrar los ojos para permanecer un momento inmóvil, como si hasta hubiera dejado de respirar. Jaime sintió que se le erizaban los cabellos mientras un miedo aterrador le arañaba el alma (padre Todopoderoso, Santísima Virgen María, ruega por nosotros, Santa Madre de Dios), un doloroso y lacerante miedo porque en los ojos de su anciano amigo leyó la desesperación. Pudo leer en sus ojos una aterradora congoja, una desahuciada certeza, no era la suya un alma que se disponía a volver al padre Misericordioso, era el alma de un reo aplastado por su culpa, temeroso, a punto de enfrentarse con el Supremo Juez...

-Padre Jaime, por favor... quiero confesar mis pecados escuchó la voz sibilante y creyó que el mundo se le derrumbaba, no quiero oír su confesión, padre Roque, dijo para sí cerrando los ojos y apretando fuertemente las mandíbulas, no quiero oír su confesión, viejo amigo...

Sabía que la confesión ya no era necesaria pero no podía negarle ese consuelo. Reprimiendo los sollozos que pugnaban por explotar tomó la estola que estaba sobre la mesa al lado del crucifijo y luego de besarla se la puso y se acercó al anciano haciendo sobre él la señal de la cruz.

-Le escucho, padre.

El anciano cerró los ojos y permaneció silencioso, Jaime llegó a pensar que había vuelto a caer en la inconciencia pero luego su voz sonó susurrante en el ámbito callado, como escapando trabajosamente por su garganta atrapada entre jadeos.

-Perdóname, padre, porque he pecado...

Jaime apretó aun más los puños vencido por la impotencia, Señor Jesús, oró, Señor Jesús, que se aparte de mí este cáliz...

El anciano abrió los ojos y los fijó en el crucifijo iluminado por el candil y pareció recuperar parte de sus menguadas fuerzas, como si el haber decidido despojarse de la carga que le agobió durante años le hubiera fortalecido también en lo físico.

-Durante toda mi vida he procurado servir a Dios... -su voz se sofocó y tragó con dificultad-. Siempre quise ser como mi amigo y maestro... ah, querido padre Antón... pero no pude serlo; no pude serlo... -con los ojos inundados de lágrimas Jaime miraba el rostro del amigo amado y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no apretar esa mano pálida, casi piel y huesos, abandonada sobre las cobijas-. El padre Antón murió seguro de que todos sus trabajos... todos... de cualquier especie, no tuvieron otro motivo sino el amor de Dios... Pero yo, padre... Yo siempre procuré imitarle pero no pude hacerlo, no pude... no pude...

Por un momento el silencio fue total y a Jaime se le agigantó el levísimo crepitar de la lámpara.

-Siempre procuré ser justo. Justo antes que generoso... Pero una vez me dejé arrastrar por mis pasiones... una vez... una vez castigué... y no lo hice con amor, padre, no lo hice por la justicia... Aunque sé que hice lo que tenía que hacer, no lo hice con amor... eso no me importó... no, no... no me importó -los ojos acuosos del moribundo se fijaron en Jaime por un instante y luego se desdibujaron en un parpadeo-. Lo hice por rencor, padre, mi corazón endurecido no permitió que brotara la compasión... No pude comprender. Cerré mis ojos y mis oídos y me negué a comprender... Me enloqueció la envidia por la pureza de esas almas sin malicia, me cegó la ira que sentí ante el pecado de esos hijos... hijos míos... y con todas mis fuerzas cumplí la ley -el pecho del anciano subía y bajaba empujado por una respiración anhelante y entrecortada-, con todas mis fuerzas, padre, cumplí la ley... Pero no empujado por el amor... no... el amor no anidó en mi corazón...

Solamente se escuchó la respiración alterada que tenía en ese pecho una caja de resonancia tenebrosa.

-Cuando los castigué no castigué el pecado, padre... no castigué el adulterio... no... yo castigué al hombre y a la mujer, no los castigué por el pecado cometido... castigué la vida... en ellos castigué la vida... esa vida que a mí me enfermaba de envidia...

Una larga exhalación rozó los labios del moribundo y Jaime temió lo peor.

No se animó a levantar los ojos y recién se tranquilizó cuando escucho reiniciarse el lento respirar del viejo. La mano del anciano se agitó imperceptiblemente y sus labios se movieron como si hiciera alguna argumentación que no llegó a salir por su boca. Carraspeó tragando con dificultad.

-Me enfermé de envidia, sí señor... Mi corazón se carcomió de envidia cuando me dí cuenta de cómo esos seres primitivos podían amar a Dios alegremente... sencillamente... al ver cómo amaban al Dios bueno que nosotros les enseñamos a amar... con humildad... Mi envidia fue después rencor... y después odio... esas leyes que fabricamos para el amor me cegaron los ojos y no me dejaron ver... no me dejaron ver... y causé mucho dolor, mucho dolor... hice sufrir a los más pequeños de sus hijos, padre...-. Roque cerró los ojos y su voz fue nada más que un susurro. Tengo miedo, ah, Dios de bondad, tengo miedo... Con la vara que medí, padre, seré medido. Pido a Nuestro Señor Jesús que se apiade de mí... que pose sus ojos misericordiosos sobre el alma de este pobre pecador...

Jaime lloraba como un niño cuando le dio la absolución.

Se sacó la estola y la dejó sobre la mesa.

-Jaime... -dijo el anciano suavemente y Jaime creyó que era solamente el eco de sus pensamientos-, quiero pedirte un favor, Jaime...

Jaime se acercó para poner el oído cerca de los labios del amigo.

-En Trinidad, Jaime... en Trinidad... está la talla, está la talla, Jaime, en la iglesia... el Purgatorio, allí, ella está allí... yo la puse, amigo mío, Jaime, por favor... no tiene que estar en el Purgatorio... yo no puedo, no puedo...

Y se sumió nuevamente en un sopor profundo. Jaime se santiguó y salió de la habitación.

Nunca se perdonó el no haber permanecido algunas horas más al lado del anciano porque cuando a media tarde en la imprenta escuchó que las campanas tocaban a muerto, comprendió que el viejo amigo había partido.

Con el corazón apretado contempló el cuerpo del padre Roque que yacía en el lecho rodeado de cirios encendidos dispuesto para su traslado a la capilla ardiente, en la nave principal de la iglesia, donde lo velarían esa noche. Nunca sabría lo que su amigo había querido pedirle; nunca jamás lo sabría.

- 17 -

Muy temprano en la mañana Damián había visto apuntar un sol rojo muy brillante en medio de una franja encarnada entre el verde negruzco del horizonte y el tupido y negrísimo caparazón de nubes que cubría todo el cielo.

El maravilloso espectáculo del sol perfilando nítidamente las formas duró poco tiempo. Pronto las nubes comenzaron a desprenderse en hilachas y cubrieron el resquicio brillante.

Un relámpago azulado cuajó con un temblor, por un instante, todas las formas y se escuchó un siseo lejano que fue acercándose, antes de confundirse con el trueno. Y luego la cortina de agua comenzó a caer para tenderse mansamente sobre los campos.

La lluvia había comenzado un poco después de las siete y promediando la mañana era todavía una cortina gris que chistaba en los camineros de piedra, saturaba los ladrillos de los patios y bisbiseaba en el pastizal de la plaza tiñendo de gris todo lo que Damián miraba desde su mesa de trabajo, frente a la ventana abierta: la iglesia, las casas de los indios alrededor de la plaza, los cocoteros (como mástiles de navíos encallados en el mar verde, recordó al padre Jaime), los árboles lejanos, que ya no eran nada más que sombras imprecisas un poco más allá de los bloques de viviendas que estaban en construcción en las afueras.

Entre el siseo de la lluvia y algún que otro trueno lejano, como cascajo rodando en alguna ignorada pendiente, escuchaba rumores de actividad. Porque aunque nada se movía en los amplios espacios aplastados por la lluvia (quietud en la plaza, en el atrio de la iglesia, quietud en la huerta y en los callejones), como venidos de muy lejos se escuchaban los martillazos de la carpintería confundiendo con el golpeteo incesante de los abatisocá en la cocina, donde las mujeres molían maíz en los morteros de madera.

-Esta es una maravillosa muestra de armonía -recordó que una vez le había comentado Juan Antonio cuando frente a la cocina se detuvieron a mirar a las pisadoras, una frente a la otra ante el mortero de madera descargando golpes en tanto con la otra mano removían la mezcla triturada en una alucinante sucesión golpe-mano-golpe-mano... a escasísima distancia del desastre de una mano aplastada-. En esta sencilla labor es posible ver la perfección que nos pide nuestro maestro Vitruvio.

Damián estaba acostumbrado a sus efusivas expresiones.

-¿En un mortero de madera toscamente desbastado, Juan Antonio?

-No hace falta más. ¿No es acaso admirable la perfecta sincronización de estas mujeres? Ellas van más allá del simple trabajo: concretan un todo armónico, de perfecta participación, y no me agrada tu escepticismo.

-¿Dije algo malo?

-No, por cierto; no llegaste a decirlo. Lo que están haciendo estas mujeres, digo, es una Obra, ¿un Monumento?, y en su accionar conjunto aprecio el Orden, la Disposición, la Eúritmia, la Simetría, claro que sí, el Decoro, ¿no es cierto?, y la Distribución, ah, sí, los Siete Primores que exige Vitruvio en todo monumento, me entiendes, ¿no?

Damián calló sonriendo, ah, pensó, Juan Antonio es irrepitible, quién iba a imaginar que el hijo del gran arquitecto Ribera abandonaría los halagos que la Corte con toda seguridad le brindaría a manos llenas para abrazar su vocación misionera... ¡cuánto extrañaría esas conversaciones, ese ir y venir una y otra vez sobre los mismos temas analizando, investigando, profundizando los caminos más variados...!

Dos días después de la inauguración del templo Juan Antonio se había marchado y Damián se entristeció con su partida.

-Voy a extrañarte mucho, amigo.

-Yo también, Damián; por cierto yo también extrañaré esas buenas conversaciones que manteníamos...

-Siempre encontramos alguna excusa para conversar.

-Es cierto; aunque últimamente era Grimau el que llevaba la obra, con la iglesia de Jesús tengo bastante, ¿no es así?, encontré siempre la forma de darme una vueltecita por aquí... Fueron tiempos muy buenos.

-Lo fueron.

-Gracias a Dios estaré cerca... ya encontraremos tiempo para vemos y tratar de encontrar soluciones para este enrevesado mundo nuestro -dijo con un guiño-. Disfruta del libro. Cuando vuelva de Lima me quedará bastante tiempo en Jesús, y hablaremos...

Y ahora lo recordaba, sumergido en la melancólica penumbra de la mañana lluviosa: Juan Antonio permanecería algunos años más en Jesús porque la iglesia estaba atrasada. Era su joya, cuajada de primorosos detalles, ofrenda emocionada a la memoria de su padre.

-La sucesión de arcos trilobulados que pusiste en la fachada lateral de Jesús es verdaderamente fastuosa -le había comentado como al descuido.

-Siempre tengo presente a San Juan Crisóstomo: «la iglesia es el Palacio de Dios, y Corte de sus Ángeles...»

Damián había reído divertido, caminaban los dos bordeando el púlpito tallado en piedra, en la iglesia de Trinidad que estaba a medio techar, el sol se filtraba entre el enrejado de la cimbra gigantesca para el armado de la bóveda y el olor a madera era casi asfixiante.

-Te noto muy mundano...

-No lo creas. Hay formas y formas de decir las cosas pero no debes dejarte ganar por los detalles perdiendo de vista lo medular. El templo es la Casa de Dios, dijo Moisés, aquello de mantener las lámparas encendidas y todo eso, ¿recuerdas? Cuando ordenamos los espacios sagrados hacemos la Casa de Dios, hacemos... ¿cómo decirlo?, hacemos que el milagro sea factible. ¿No es acaso un «milagro» emocionante ese joven que apoya su pie en la esfera que flota en el aire, allá arriba, en la enorme nave de San Pedro? En el ambiente bello del templo, armónico y proporcionado, el milagro pasa a formar parte de lo cotidiano... Es el Palacio de Dios, amigo mío, es la representación del Paraíso.

-Muy emotivo. Son pensamientos muy hermosos; ojalá todo pudiera quedar allí.

-No sé por qué lo dices; por lo que a mí respecta, sé muy bien lo que hago -Juan Antonio estaba molesto-. La representación visible de mis ideas es precisamente eso, amigo, la parte visible, que no lo es todo.

Damián se había encaminado hacía la puerta lateral, nunca se llevó muy bien con el Hermano José Grimau y prefirió seguir la conversación lejos de él, que en ese momento rondaba por allí cerca controlando la fijación de un andamio en la base del pilar del púlpito. Al salir al patio el sol le dio en el rostro y por un momento no había podido mirar con claridad.

-No me entendiste y te encorcaste como un gallo agredido... Tú sabes que valoro y aprecio lo que dices, pero... Me siento acuciado por temores, amigo mío. De todo nuestro trabajo con los indios lo que más me preocupa es la ausencia de bases sólidas. No estamos sentando las bases firmes de una nueva forma de vida.

-¿Te parece que es así?

-Esta es tierra de misión y me temo que nuestro trabajo no es completo. El romance que vivimos con nuestros hijos es emocionado, bellissimo; el mutuo descubrimiento con que nos solazamos es una sucesión de sorpresas agradables... pero me temo que no estamos logrando introducir nuestras cuñas hasta las vetas que aseguren el lajado de la piedra...

-¿Te parece que es así?

A Damián le sacudió la ironía de la pregunta repetida y se apenó al comprender que su amigo no le entendía, ni siquiera su buen amigo y confidente, que conocía tanto de él, de sus afanes y su pensar, ni siquiera él lograba deshacer el cerco que le rodeaba por prejuicio, o por temor, o por capricho, para tratar de comprenderle.

-Me temo que la nuestra es una siembra estéril, Juan Antonio... El arrebató emocionado de nuestra unión con estos seres ingenuos, primitivos, ladinos, afectuosos, desconfiados, humildes... no es una relación fecunda; no logro percibir la respuesta esperada... Porque es de esperar alguna respuesta, digo yo; nosotros nos entregamos totalmente... Mal que me pese, me temo que la semilla que sembramos es abundante, pero los brotos, aunque pujantes y vigorosos, son patéticamente superficiales.

-Como si fueran un engendro de Adonis.

Damián le había mirado estupefacto, ¿me leerá el pensamiento?, había pensado algo corrido. Juan Antonio soltó una carcajada.

-Ah, ingenuo Damián, no te asombres... Cuando hablaste de semilla abundante y brotos endebles supuse por dónde ibas. Si esa es la figura que te preocupa debes tener por seguro que no está bien. Adonis no llegó a ser verdaderamente un esposo; ni siquiera llegó a ser un hombre hecho y derecho, si entiendes a qué me refiero. ¿Qué relación, por tanto, puedes encontrar rebuscando en estas semejanzas? El joven y bello amante de semilla abundante e inmadura es imagen de la unión antes de tiempo y que resulta, por lógica, infecunda... ¿Crees, por ventura, que nuestra total entrega, como tan bien lo dijiste, nuestro trabajo incesante en el campo de las artes, de las ciencias, que nuestra lucha sin descanso en bien de nuestros indios, que las realidades de nuestras amadas Ciudades de Dios, en suma, son inmaduras y precoces?

Damián no había sabido qué contestar pero ni siquiera esa noche, rezando, pudo pacificar su espíritu y después, en la afiebrada lucha por conciliar el sueño, vuelta a vuelta sus sentidos enervados alejando las ondas consoladoras del olvido del sueño, se sintió rodeado, acosado, perseguido por el silencio acusador y la presencia recriminadora de los muchos santos varones que le precedieron, los venerables padres que hicieron antes con esfuerzo, con sacrificios sin límite, lo que él ahora estaba cuestionando y se preguntó si no sería solamente su orgullo la causa de tanto escepticismo, su orgullo el que le hacía creer que podía, él solo, cambiar el curso de esta obra que hacían en nombre de Dios.

Y eso mismo pensaba ahora, inmóvil frente a la ventana, mientras la lluvia seguía cayendo tranquila y siseante.

- 18 -

El radiante sol de finales de mayo era una fiesta de luz cuando después de terminada la misa de inauguración del templo los fieles salieron a la plaza.

Las hojas de palma que tapizaron la caminería por donde pasó la procesión habían sido retiradas y en su lugar, entre los arcos de ramas, se habían tendido las mesas para el almuerzo.

Aunque la mañana había amanecido muy fresca ahora, hacia las once, el sol comenzaba a picar por lo que pronto algunos estiraron cuerdas entre los arcos y colgaron las hojas de palma para conseguir una semisombra muy agradable.

-Son ingeniosos -comentó Federico al padre Jaime, que tenía la enorme cara rosada brillante de sudor, señalando a los indios que se reunían en los lugares sombreados.

-Si lo sabré yo... -bajaron del piso de piedra y caminaron por el pasto hacia la mesa que habían preparado para los padres en un extremo-. Tengo conmigo en San Ignacio Guazú a un indio que hace verdaderas maravillas con el grabado, un discípulo aventajado de Juancito Yaparí, aquel de las ilustraciones sorprendentes que causaron admiración incluso en Europa, ¿lo recuerdas? Pues bien, una vez trabajando rompió una gubia de las que usamos para tallar los grabados y se entristeció de tal manera que hasta llegó a apenarme, claro, no era sin razón, él sabía muy bien que el Hermano de la carrera no podría proveernos otra sino hasta muchos días después, tan sobrecargado de trabajo estaba... Así las cosas, he aquí que esa noche Celestino, que así se llama, se ingenió y tomando una cucharilla, de las pequeñas, se puso a pulirla, horas y horas rascó el metal contra la piedra de afilar, porque ni siquiera la rueda de la carrera se atrevió a utilizar, y al día siguiente tuvo su gubia, su ingeniosa gubia, con la cual le fue posible incluso conseguir mejores efectos en los difuminados cóncavos...

-¿Lo hizo sin que tú lo supieras?

Jaime captó la picardía de la pregunta y rió con ganas.

-Sí, ya lo sé... al padre Roque no le hubiera gustado que tomara una cucharilla sin permiso, ¿no es cierto?... Debe ser un peso muy difícil de llevar, el manejo de una Reducción.

Federico asintió en silencio pensando que su amigo no necesitaba justificar al viejo, ciertamente debe ser un peso agobiante la responsabilidad de decidir, se dijo, yo no me hubiera animado, por ejemplo, a decidir que subieran a la iglesia esas tejas tan pesadas...

Ya estaban algunos padres sentados a la mesa. Sobre el tablón cubierto con un lienzo blanco había un cántaro lleno de agua fresca mezclada con jugo de limón y miel. Jaime se sirvió un vaso hasta poco menos de la mitad y tomando la limeta que había a un costado, completó el vaso hasta el borde con vino.

-Algunas costumbres inglesas son muy agradables -dijo bromeando mientras elevaba el vaso en un brindis silencioso antes de beber-. Los ingleses beben así el vino amoldándose a los rigores del calor en estas tierras...

-Además de esa, los ingleses en el Caribe tienen muchas otras costumbres, que ya no resultan tan placenteras ni recomendables -dijo incisivo el Hermano Grimau.

Jaime lo miró entre divertido y confuso.

-Desde luego, mi buen amigo, pero esas yo no las comparto... Nada más me hacía eco de esta sabrosa sangaree.

Los demás rieron de su salida aparentemente inocentona.

En las cocinas podía verse el revoloteo de las mujeres disponiéndolo todo para el almuerzo y hacia un costado, ya en el patio, los hornos de barro parecían ampollas del suelo

que dejaban escapar, de cuando en cuando, por sus bocas ennegrecidas, oleadas de un olor apetitoso que agitaba los estómagos.

Más hacia el fondo, en los bordes de las zanjas donde las brasas ardían estaban clavadas las estacas de guayabo que sostenían enormes trozos de carne que se asaban lentamente, lentamente, rezumando jugos que doraban la superficie formando una capa impermeable, guardando el interior tierno y perfumado.

Del pequeño montículo de piedras que había a un costado escapaban algunos hilillos de humo: ya estaban por cumplirse las doce horas necesarias para la cocción de la cabeza entera, que fue metida envuelta con el cuero de la vaca en el hoyo donde casi un día entero se mantuvo un fuego vivo calentando la tierra.

-La preparación del asado es como el Purgatorio -comentó el padre Jaime olisqueando el aire golosamente-. Un tormento que nos hace valorar más la gloria que viene después...

Las carcajadas de los padres fueron cortadas por la llegada del padre Roque que, por una vez, creyó conveniente no expresar su desaprobación.

Terminado el almuerzo y como sobremesa, mientras los invitados comían las frutas, los niños cantaron hermosas canciones dando a los mayores un tiempo prudencial para descansar después de la comida y antes del inicio de los juegos.

Después de la acción de gracias en la mesa de los padres se tendió un silencio amodorrado: Jaime roncaba suavemente repantigado en su sillón, José hablaba con voz apagada con el encargado del Equipo de la Carpintería, a quien daba las últimas instrucciones para los juegos de la pelota que se iniciarían en breve (no es cuestión de que por algún descuido nos ganen los de la Huerta que son tan buenos, o los Troperos, que practican todos los días), Roque leía sus oraciones y Juan Antonio miraba sin ver, sus ojos perdidos en vagas ensoñaciones, la fachada del templo radiante de sol.

-«...y entonces vio que su obra era hermosa» -dijo Damián a su lado.

Juan Antonio agachó la cabeza entrecerrando los ojos algo avergonzado porque sin darse cuenta se había dejado ganar y su orgullo se regodeaba en una autoalabanza complacida.

Miró a su amigo y Damián vio que tenía los ojos llenos de lágrimas.

-Gracias, amigo.

Damián sintió que sus corazones se encendían de amistad fraterna, sintiéndose más unidos que nunca en este momento de dicha.

Con el correr de las horas el sol fue adquiriendo ese hermoso brillo dorado que hace inolvidables las tardes de mayo y el entusiasmo de la gente fue en aumento.

En un extremo de la plaza un corro abigarrado delimitaba el espacio destinado al juego de la pelota. El padre José se movía de un lado a otro alentando a sus muchachos, muy poco les faltaba para terminar la competencia como ganadores y no descuidaba ningún detalle.

A un costado, hacia el lado de la huerta, los más jóvenes habían montado una estructura de tacuaras adornada con hojas de palma y hermosas guirnaldas de pasionaria con sus hojas verdes muy oscuras y en forma de corazón y sus vistosas flores de color violeta con los clavos del Señor en el centro, amarillos, y rodeados por la corona que ciñeron los malos en la frente del Santo Señor de la Paciencia.

En el fondo del entramado colgaron un lienzo pardo y delante del mismo, en un pequeño estante, colocaron unos muñecos de trapo entre los que no faltaba, desde luego, un fastuoso señor de frondosa cabellera y poderosos bigotes. Por sus lujosas vestiduras Roque pudo imaginarse a quién representaba, si bien es cierto que ningún detalle mostraba que se trataba del Carai Rey, o del Carai Gobernador que, para el efecto, venía a ser lo mismo: la Autoridad lejana, la que hacía y deshacía las cosas fuera de las Reducciones, la que tantas veces, aún cuando los padres enseñaran a amar y respetar, era rechazada por haber, antes y ahora, ocasionado tantos sinsabores amargos.

Al padre Roque le desagradó verlo pero no quiso intervenir, mientras la alusión no fuera explícita no vendría mal permitir esta no tan solapada rebeldía.

En las cercanías de la torre del campanario se había levantado un gran sobrado donde un grupo de mujeres se afanaba tratando de satisfacer al público acalorado con una profusa provisión de aguas refrescantes y diuréticas, mates fríos y calientes, y algunos refuerzos sólidos para una larga tarde de actividad y diversión: rosquillas dulces de almidón, humeantes mbeyú mestizo con queso abundante, tortas de maíz y chipas, esos dorados panecillos perfumados hechos con una sabia proporción de harina de maíz, almidón de mandioca, huevos de gallina, grasa y queso fresco.

Detrás de las casas de los indios, hacia el este, antes del inicio del yerbal, se había preparado una limpiada para las carreras de caballo que se correrían entre las cuatro y media y las cinco.

Juancito debía correr por Trinidad y aprestaba su caballo con mucho cuidado, alejado del resto de la gente. No tenían igual suerte los representantes de Santiago, de Jesús, o de San Ignacio Guazú, que eran acosados por un insistente grupo de curiosos que querían conocer de antemano las características de los competidores visitantes.

A Federico no le agradaba mucho abandonar a sus muchachos de la Olería en momentos tan importantes («José está imparabile con los suyos y gana una ventaja peligrosa») pero con su presencia entre el público hacía que se enfriara un poco la tentación de apostar, que los indios sentían con avidez creciente a medida que se acercaba la hora de la carrera.

El padre Roque se retiró a su habitación al promediar la tarde, mucho antes de terminar los festejos de la inauguración.

-Es mejor que busque el amparo de mi habitación -le dijo a Jaime tratando de que su retirada fuese discreta-. Comienza a refrescar y este gastado pecho mío no está para bromas...

Jaime le acompañó, apenado por lo débil y achacoso que notó a su anciano amigo, tan diferente al erguido y seguro portador del Santísimo que había sido esa mañana.

-Se cumplió una etapa importante, padre -dijo por decir algo al abrir la puerta del anciano.

-Todas las etapas son importantes.

Qué acritud, por Dios, se dijo Jaime pero no quiso molestarlo.

-Desde luego que sí, padre... pero la inauguración de la iglesia es muy importante, ¿no lo cree?

-Ojalá sea tan importante para ellos como lo es, sin duda, para nosotros... Tal vez en demasía, Dios nos perdone.

-Una Casa de Dios digna en una digna Ciudad de Dios -Jaime no pudo atajarse y pronto se arrepintió de su altanería.

Roque entró en su habitación y giró sobre sus talones demostrándole que no deseaba continuar la conversación.

-No niego en absoluto la importancia de la inauguración del templo; si me conociera bien sabría que lo digo de corazón. Pero digo también que es muy importante la construcción de las casas de los indios, ah, esa construcción tan dolorosamente atrasada... la construcción de los nuevos hornos para revitalizar la fundición, las zanjas longitudinales... tantas cosas, hijo, tantas cosas que quedan por hacer y el tiempo se nos acaba...

Mientras caminaba de vuelta hacia la plaza donde los festejos estaban en su apogeo, Jaime daba vueltas y vueltas en su cabeza a las palabras del anciano, ¿qué habría querido decir?, ¿qué tiempo se estaría acabando? No era lógico suponer que se refiriera a su retiro, por cuanto sabía muy bien que por encima de las personas estaban la obediencia, el orden, la disciplina, y eso aseguraba la continuidad de la obra... Probablemente fueran ciertas las versiones de problemas que se le avecinaban a la Compañía, se dijo, aunque también era posible que las palabras del viejo se debieran solamente a su carácter agrio o a un inesperado abatimiento.

- 19 -

El cielo tenía una claridad sorprendente y las estrellas chisporroteaban enloquecidas después de que el viento sur barrierá todas las nubes que durante el día habían empapado

los campos con la lluvia tranquila y abundante. Las ranas croaban ondulantes, sus lamentos misteriosos, alucinantes, lo rodeaban todo yendo y viniendo, una y otra vez, más cerca o más lejos, repetidos, repetidos, repetidos... Cuando se iban acallando, repentinamente volvían a sucederse con una vehemencia inusitada y se enseñoreaban de la noche para luego comenzar otra vez a decrecer.

Damián cerró el libro que estaba leyendo y se apretó los ojos ardientes con la punta de los dedos, amigo Juan Antonio, pensó, qué difícil es rodearse del gozo de los símbolos y las verdades profundas cuando la verdad de cada día nos agobia...

Puso el velador sobre el candil y se acercó a la ventana, se sentía terriblemente cansado, sus sentidos por momentos se abotagaban pero en oleadas volvían a encenderse y no podía dormir, noche tras noche sufría por no poder dormir, el insomnio es el castigo de Dios por mi pensamiento insatisfecho, se dijo, por mi búsqueda insaciable, por mi cinismo, por mi falta de fe...

Miles de estrellas brillaban en la combada negrura y la luminosidad reverberó en sus ojos secos.

-Hay tesoros escondidos, Damián, que debemos encontrar... Todo está relacionado, todo está inscripto y expresado en la Verdad -recordó que le había dicho aquella siesta mientras caminaban hacia el jardín interior.

-¿Por qué Dios habría de hablarnos así? -se había angustiado ¿Por qué no habría de expresarse claramente y con amantísima bondad para enseñar a sus hijos?

-Sunt in Scripturis Sanctis profunda mysteria quae ad hoc absconduntur, ne vilescant.

-San Agustín.

Juan Antonio había sonreído sentándose a su lado en el banco de piedra, la siesta era calma y el jardín estaba brillante de sol, ese sol de julio que Damián tanto admiraba.

-Son verdades que están veladas por misterios para evitar que se contaminen...

-Es doloroso saber que hay hijos que nunca llegan a sentarse a comer en la mesa del padre.

-¿No es eso lo que tratamos de evitar?

-Sabes a qué me refiero.

-Desde luego; recuerda: «nadie viene a mí si mi padre no le atrae»

-No me agrada recordarlo. Siento la misma amarga impotencia que cuando leo a Teresa: al centro y mitad llegan solamente los convidados... Es verdaderamente triste.

-Avizoro nubes de tormenta.

Damián no se animó a sonreír como su amigo, llegó a preguntarse si las nubes de tormenta no formarían ya parte de él.

-Mi amigo Damián piensa, duda y sufre... -solía decirle el padre José en ese mismo jardín tan querido mientras jugueteaba con el cigarro entre sus dedos. Muchas veces Damián envidió la seguridad de su amigo. Trataba de esquivar ese pensamiento mezquino que le alejaba cada vez más del espíritu definido que envidiaba, seguro, pletórico de fe, verdaderamente amparado en la esperanza.

Días después Damián había visitado a Juan Antonio en su lugar de trabajo, al lado de la obra de la iglesia, y lo sorprendió inclinado sobre una mesa en la que tenía extendidas las láminas de la Planta del templo.

-No creo que sea la diferencia entre las diagonales la que te hace indagar con tanto ahínco -bromeó curioseando los papeles.

-También esa inexplicable diferencia me llama la atención, por cierto, pero no es eso, no... Cada vez encuentro más sutiles mensajes en los trazos del recordado Juan Bautista, Damián... Creo que aquí todo está escrito para el que lo quiera leer -su seguridad a Damián le resultó patética. Alisó la hoja con la mano y señaló con el índice-. Creo que todo esto es armonioso y diáfano. Y nos dice cosas. Fíjate: si trazamos sobre la Planta de Juan Bautista una cuadrícula con base 10 y en ella inscribimos un hombre, observarás que la cabeza del mismo cae donde en el templo está Jesús Eucaristía, ¿te das cuenta? El 10, sabemos, es número perfecto y Jesús...

-Perdón, ¿sabemos...?

-Lo sabes; deberías recordarlo. Y Jesús, decía, es Centro Perfecto, origen y medio por donde se accede al padre, como muy bien lo escribiera el padre de Prado: «... para que por esas manos y pies abiertos con clavos de doloroso amor tengamos entrada al Padre Eterno y a la Casa de la Reconciliación y el Perdón», o algo parecido, palabras más, palabras menos. Notarás también, porque es condición indispensable, que el hombre contenido en esta cuadrícula de base perfecta es, a su vez, perfectamente armónico en sus proporciones e imagen de la perfección del Cuerpo Místico de Cristo, la Iglesia. Y he aquí algo sugestivo: el hombre tiene los pies en el atrio y sus brazos extendidos en cruz sobrepasan los límites del templo. Intencionalmente, me aventuro a decir.

Damián no estaba seguro de comprenderlo bien pero prefirió guardar silencio.

-Intencionalmente, digo, porque podrás observar que el brazo derecho extendido enlaza la zona de trabajo en tanto que el izquierdo el Colegio, la fuente del saber, ¿sí?... Eso quiere decir: en el Oriente el esfuerzo que, encaminado y definido en Jesús, es base firme del conocimiento, en Occidente, ya en la madurez fecunda... ¿Puedes definir de mejor manera nuestro trabajo, Damián?, ¿no es acaso ésta la manera que tenemos de crear pueblos y ciudades mientras vamos y enseñamos...?

Damián no contestó enseguida porque en su cabeza bullían muchas ideas.

-Sin embargo -dijo señalando otra lámina-, aunque me hablas de la cuadrícula con la base 10, veo que las proporciones interiores también las tienes relacionadas con el número 6... La longitud del templo, descontando el atrio, es la repetición 6 veces de la medida de la cabeza de este hombre.

-Lo notaste -Juan Antonio no escondió su entusiasmo-. El 6 es también número perfecto: la secuencia 1, 2, 3, en términos geométricos representa el proceso generativo punto, línea, plano... y la suma de estos tres números: 1, más 2, más 3, es 6. Vitruvio nos dice que el número 6 es perfecto por la autoridad de los matemáticos mientras que el 10 lo es por la de los filósofos. Ten en cuenta que para obtener el 10, al 6 debemos sumarle 4, que es la concreción de punto, línea, plano, sólido, ahora lo recuerdas, ¿no? -Juan Antonio miró de soslayo a su amigo presintiendo su escepticismo-. Podrás notar que el Hombre 6, si me permites llamarlo así, el Hombre 6, digo, genera con sus dimensiones el Cuadrado y el Círculo y que ambos tienen el centro en su ombligo. El ombligo es el lugar por donde se recibe la vida, dentro del vientre materno. Por otra parte puedes observar que el Hombre 10, éste que está parado con los pies en el atrio y con los brazos extendidos, en cruz, está inscripto en un cuadrado cuyo centro coincide con su sexo, lugar por donde se genera la vida, por el favor de Dios... Yo creo que Juan Bautista hizo una inserción de los dos Hombres para decirnos un mensaje...

Damián le miró dubitativo, sin entender muy bien lo que estaba diciendo. Juan Antonio apartó unos papeles que tenía en un costado de la mesa y tomó un viejo volumen ricamente encuadernado, el mismo que ahora, de noche, Damián estaba leyendo.

-Era de mi padre y guarda para mí un profundo valor sentimental -le dijo y Damián con curiosidad leyó el título: De Postrema Ezechelis Prophetæ Visione-. Son los estudios para el Trazado del Templo que hicieron los Padres Villalpando y de Prado, según la descripción de Ezequiel en las Sagradas Escrituras... Mi padre me lo obsequió cuando ingresé a la Compañía; cuando supo que ya no viviría nunca más a su lado... Bien -fue como si espantara los recuerdos-, el Padre Juan Bautista Villalpando, al igual que el Padre de Prado, apoya las teorías antropomórficas de Vitruvio: la estructura humana sirve de pauta para la composición de los edificios, de esta forma, dicen, se guardará la debida relación entre las diversas partes, y entre las partes y el todo... aquello de las veces que entra la cabeza en la altura, etcétera, ¿me sigues?

-Te sigo -se impacientó-. Lo que no estoy entendiendo es aquello de la inserción del Hombre 6 y el Hombre 10...

-El Hombre de Vitruvio, el que llamamos Hombre 6, ¿sí?, está inscripto en un círculo cuyo centro está en su ombligo. Tiene los brazos y las piernas abiertos en una posición bastante incómoda, por cierto, y se proporciona sobre la relación de seis veces la repetición de la cabeza en la altura... Esa proporción admirable es la que encontramos en el interior del templo. Ahora bien, fijate en esto: si arbitrariamente agrego el atrio al desarrollo longitudinal me es posible, con mínimas correcciones, proporcionar la disposición de las

partes sobre la base de la cuadrícula de base 10. Estoy introduciendo nuevos valores para mi análisis: estoy incluyendo el Atrio, primer acceso al templo, lugar reunitivo, apreciable desde el exterior, y que reúne además otras cualidades que sería largo e innecesario enumerar. No considero en este momento el mensaje de los brazos abiertos del Hombre 10, me remito solamente a la nueva proporción, introduzco en mi estudio una nueva proporción... la inserto, ¿es la palabra apropiada?

Damián prefirió no contestar, no valdría de nada, se dijo, no me escucharía.

-Lo que persigo con esta revaloración es expresar que, así como es posible con un cambio lícito en el planteamiento inducir a interpretaciones diferentes, totalmente fundamentadas, puedo concluir que el verdadero mensaje está en la nueva alternativa. La inclusión del Atrio me permitió «cambiar» de proporciones y he ahí, me digo, un mensaje del Hermano Juan Bautista... Esto es lo que leo -pasó sus dedos por la lámina de la Planta-. El Hombre 10 con los pies en el Atrio y la cabeza donde en el templo está Jesús tiene el centro del cuadrado que lo contiene sobre su sexo. El sexo, lo dijimos, es por donde se genera la vida. En esa misma dirección en un costado de la nave, fijate, Damián, porque esto es muy llamativo, en esa misma dirección está colocado el púlpito, no en la mitad del desarrollo como hubiera estado si lo que le preocupaba era un prurito estético, ni más cerca del altar, si lo que buscaba era más comodidad para usarlo, sino allí mismo donde está, inexplicablemente para los desprevenidos, pero gritando a los que quieren comprender su verdad... El sexo del hombre-templo coincide con el púlpito, Damián... la Palabra es la fuente de Vida. La Vida que nosotros generamos es la proclamación de la Palabra...

Damián parado ahora ante la noche inmensa, agotado por sus interminables vigiliadas sin poder dormir, se sintió incapaz de regodear sus sentimientos buscando interpretaciones sutiles: la realidad cercana le acuciaba y antes que interesarse por símbolos sufría por sobrevivir. Damián, hijo, (recordó al padre José), sabes muchas cosas pero no conoces la Verdad.

-Ya lo sé, padre... aquello de no sembrar ni hilar...

-Y aquello de la humildad del corazón -aunque lo quiso, José no había alcanzado a sonreír al decirlo.

Volvió a su escritorio y con gesto indeciso acarició la tapa del libro que Juan Antonio le había obsequiado. Su frente estaba perlada de sudor y sus dedos temblaban cuando fue a arrodillarse frente al crucifijo que en la penumbra de su habitación era como la continuación de las piedras del muro.

Padre nuestro, rezó, y sintió que el pecho se le apretaba de congoja, mi fe no alcanza para abandonarme en tus manos. Yo también querría ser un niño, querría poder gozar la inocencia y la confianza de mis hermanos, pero no puedo. El odio de la Corte puede llegar a ser peligroso... le dije a Juan Antonio que la decoración de los muros de la iglesia de Jesús podía ser mal vista, se lo dije, el Escudo Papal como principal ornamento puede considerarse como una ostentación afrentosa... ¿Es que nadie es capaz de ver los peligros que nos cercan? ¿Por qué todos se empeñan en vivir una hermosa fantasía...?

- 20 -

El resfriado que había atacado con insistencia al padre Roque durante el invierno del 60 cedió paso a un relativo florecimiento saludable durante los largos meses de calor, pero pronto volvió a llegar mayo con sus mañanas clarísimas y muy frescas y la salud del anciano se resintió.

A fines de mayo se entronizó el Santísimo en el templo de Trinidad y después de ese gran día se vio muy poco al padre Roque, que permaneció en su habitación, enfermo.

-Los padres comprendieron cabalmente mi debilitado estado y me favorecieron apoyando mi solicitud -le dijo a Damián entre jadeos asmáticos cuando lo hizo llamar-. También me alegra y me gratifica el hecho de que sea usted quien me va a suceder, padre.

Hacía un tiempo Damián lo venía temiendo.

-Padre -suplicó- ruego a usted y a mis hermanos que revean esta elección... No me considero capaz de asumir esta carga superior a mis fuerzas...

-Está restándose méritos artificiosamente, Damián, y eso no está bien. La falsa modestia es una falta abominable porque induce generalmente a un error culpable.

Damián se pasó los dedos por los ojos afiebrados, sintió el pecho encendido de animosidad y luchó por dominarse.

-No fue esa mi intención, padre Roque... Soy un humilde servidor en esta obra de Nuestro Señor y trato de hacerla lo mejor posible, pero no creo reunir los méritos suficientes para ocupar el lugar que usted deja... No me considero capacitado para asumir esa responsabilidad, es solamente eso.

El anciano permaneció callado un momento y en la habitación solamente se oyó el sonido quejumbroso de su pecho entupido, por la ventana entreabierta se filtraba el cristalino vocerío de los niños en el patio del Colegio y un poco más allá, y apagados, los ecos de la actividad bullente en los lugares de trabajo, asordados por la distancia.

-Usted me hizo la vida imposible muchas veces, padre Damián... -Damián le miró sorprendido pero no descubrió en la cara ni en el tono del anciano recriminación, sus palabras eran más bien la expresión de una verdad comprobada y ya aceptada-. Usted fue muchas veces como la espina clavada en mi costado... ¿recuerda a Moisés en su largo peregrinar por el desierto con la insidiosa presencia purulenta de «la espina» quisquillosa? - el anciano tuvo un acceso de tos producido por la risa que no llegó a aflorar y Damián permaneció silencioso sin conseguir apreciar el sentido de humor de su Superior, que le resultaba totalmente desconocido-. Disentimos en muchas oportunidades, Damián... y usted

nunca mostró el menor interés por esconderlo. Muchas veces, muchas, muchas veces... Casi siempre estuvo en desacuerdo conmigo.

-Padre Roque, discúlpeme... no fue mi intención molestarle. Humildemente le pido perdón.

-No tengo nada que perdonarle. Usted mantuvo siempre su opinión porque es un hombre de criterio firme.

-Criterio, padre, criterio... Yo lo único que hice en todo este tiempo fue criticar, criticar esto, criticar aquello...

-No se subestime artificiosamente. No induzca al error culpable.

El anciano calló y Damián se echó atrás en su sillón de madera apabullado por la tremenda verdad que se iba abriendo paso a paso en su conciencia. Enfrentado a la crisis concreta y en los umbrales de la nueva y temible responsabilidad que habría de llevar comprendía la inmensa diferencia que había entre juzgar el trabajo de los otros o ser el responsable de hacerlo. A la posibilidad de hacer las cosas bien y a satisfacción se contraponía el indeterminado alcance del peligro de equivocarse. Sus antiguos miedos y los fantasmas de sus dudas le cercaron rodeándolo en un aquelarre terrorífico y se sintió inseguro, como si estuviera parado solo en medio de una inmensa llanura agostada que se perdía en los límites de horizontes desconocidos y cambiantes. Señor Jesús, musitó, ¿cómo habría de ser capaz de conducir con firmeza este amado pedazo de tu pueblo...?

Descubrió los ojos del anciano fijos en él y notó en ellos una conmiseración profunda que le llenó de pavor.

-No es fácil ser Superior, padre Damián, se lo aseguro; no es fácil ser la última instancia. Por momentos hasta llega a resultar doloroso. Pero es un trabajo que debe hacerse; no podemos permitir que la falta de fe nuble nuestros ojos aumentando las penurias y los temores... Somos obreros de Dios, hijo mío; y en Dios encontramos nuestra fortaleza.

Tres días después el padre Roque fue llevado a San Ignacio Guazú en donde viviría los años de su retiro porque tercamente se opuso a retornar a Europa, y los padres de Asunción consintieron que se quedara por no someterlo a las penurias de un viaje difícil y agotador viendo su deteriorada salud.

Damián y los demás padres le acompañaron hasta la salida del pueblo en medio de la despedida emocionada de los indios que formaron cordones a ambos lados del camino.

-Deben amarnos mucho -comentó a media voz Federico.

-O no nos aman nada y no les importa fingir.

-Es un pensamiento maligno, Grimau -los ojos del padre José brillaron-. E injusto.

Los sacerdotes acompañaron la carreta del anciano hasta el cauce del Mbataví en donde Roque les abrazó uno por uno y les dio su bendición, ya no volvería, lo sabía muy bien, nunca más volvería a su Ciudad amada, no volvería a ver el templo que ayudó a levantar, a escuchar sus campanas, a contemplar los maravillosos amaneceres desde la cresta sobre el bajo de la Olería...

-Queremos hablar contigo, Damián -le dijo José cuando volvieron mientras los demás esperaban un tanto alejados.

-¿Ahora, padre?

-Queremos... no sé, ya veremos cómo sale, queremos expresarte nuestra adhesión, nuestro afecto, tú sabes...

-Les agradezco pero ahora no, padre; excúseme con los demás, por favor, y perdóneme.

Fue hasta la iglesia y cayó de rodillas ante el Santísimo colocado en su hermosa caja dorada debajo de la imagen de la Trinidad. Estaba tomando conciencia de la enorme responsabilidad que comenzaba a cargar sobre sus hombros y la partida del anciano fue el signo visible de lo que le esperaba. Cuando la carreta se iba alejando se sintió solo, solo en medio de los demás y el temor le hizo flaquear.

Recorrió con los ojos los hermosos muros tallados que le rodeaban, el largo techo abovedado y la cúpula imprecisa en la penumbra, taladrada por finísimos rayos de luz, era un canto de gloria a la grandeza del Señor, el canto que entonaban él y sus hermanos en medio de la selva, lejos y alejados de cualquier mundo conocido y que había sido posible por la fe y por la fortaleza del amor. Y se avergonzó del temor que le estaba carcomiendo.

En recuerdo de la dolorosa agonía de Jesús rogó a Dios que le diera fuerza para aprender a confiar en su misericordia...

- 21 -

Don Venancio Carrillo y Pedroza estaba indeciso y su humor no era agradable esa mañana. Además estaba preocupado, estas cosas nunca vaticinaban nada bueno. ¿Debía autorizar que dos de sus indios acudieran al llamado del Gobernador? Los muy malditos habían manifestado su interés de alistarse en la tropa de voluntarios, malditos sean, ellos, el Gobernador y hasta los mismísimos jesuitas que para ser echados alejaban de su casa a Bernardino y Casiano, precisamente a ellos, los mejores clasificadores que tenía, los más despiertos, los menos haraganes... ¿no habría sido lo mismo que cualquier otro se fuera?

-Ni lo dude, padre; no puede negarse a que vayan -le había dicho Julio cuando terminaban de desayunarse en la sombreada galería de la casa, bordeada de crotos y helechos mientras el calor comenzaba a hacerse sentir presagiando otra jornada agotadora-. El Gobernador tomaría una negativa suya de usted como una afrenta personal... Suficientes

problemas tiene ya con este secreto a voces; su llamado debe ser tomado casi como una orden para alistarse.

-Pero por qué justamente a mí tiene que sucederme una cosa así... estos malditos salvajes son capaces de ofrecerse a la muerte con tal de no trabajar...

Más tarde, aceptó a regañadientes los elogios (que desconfió burlones) que recibió en la Sala de Guardia de la Casa Fuerte cuando inscribió a sus encomendados en la lista de voluntarios.

El Regidor parecía realmente divertido sentado en su silla de alto respaldo en la habitación bien ventilada, le era posible observar el enojo difícilmente disimulado en la cara de este maldito orgulloso que, por esta vez, debía agachar la cabeza ante él.

Don Venancio presentía los oscuros sentimientos que escondían las palabras melifluas pero no le daría, por Dios, la satisfacción de demos[...] hasta perderse allá, después del trajín de los soldados en el patio, detrás del murallón que rodeaba el cuartel, en la colina verde que se elevaba hasta quebrarse en la Lomada del Mangrullo, hacia el poniente, toda coloreada por los ybyrapytá florecidos anticipadamente.

-Agradezco en nombre del señor Gobernador su alto espíritu de colaboración, don Venancio -dijo el Regidor con un tono pomposo que le alertó-. ¿Sería mucho pedir de su bondad una ayuda para esta empresa? Le rogamos que sus indios vengan proveídos de lo necesario para tres días de viaje, por lo menos... Todo lo demás correrá por cuenta de esta Gobernación. Será muy agradecido su desinteresado aporte, don Venancio.

Cuando regresó a su casa Venancio llegó hecho una fiera y Julio alertó con la mirada a su madre y sus hermanas para que guardaran un silencio prudente.

-Además de sacarme a mis dos mejores indios me exigen darles comida, ¡por Cristo!, es inconcebible... ¿por qué justamente a mí habría de tocarme vivir bajo una administración tan despiadadamente miserable?

Silencioso Julio observaba a su padre ir y venir entre los pesados muebles del comedor ante la mirada asustada de las mujeres, no era prudente que dijera nada ahora, pensó, ya tendría tiempo después para pedirle a su padre permiso para alistarse él también. Ya vería la mejor forma de hacerlo, no dejarían de entusiasmar a su padre las grandes posibilidades de esta incursión. Además le harían quedar muy bien con el Gobernador, que buena falta le hacía.

Al anoecer del jueves siguiente Bernardino, que ya creía que su pedido de alistamiento había sido olvidado, se sorprendió cuando le entregaron, al salir de la barraca casi a oscuras, una blusa azul y un bombachón encarnado.

-Mañana vístete con esto -le dijo el Caporal- y preséntate a las seis en la casa.

Con el corazón vibrando emocionado llegó a su rancho y le mostró las ropas a Salustiana, que en ese momento volvía de la bahía con el cuenco sobre su cabeza chorreando agua.

Ella tomó las prendas de brillantes colores y las dejó en la banqueta. Con un soplo apagó la semilla de tártago que ardía humeando engarzada junto a otras, colgando al lado de la ventana, y la luz de la luna marcó un rectángulo en el piso. Desató el nudo del trapo que ceñía la cintura de su hombre y le desnudó.

Se sacó ella la blusa larga y se tendió en la estera, cerca del rectángulo lechoso.

Sumergida en lo más profundo de las sombras, su cuerpo se adivinó solamente por el reflejo afelpado de su piel, interrumpido en el triángulo del vientre, agigantado, misterioso, irresistible.

Bernardino la miró con ansiedad, parado desnudo en medio de la habitación, con los sentidos enardecidos y sin saber qué hacer.

-Ahora mismo -le dijo Salustiana desde la oscuridad-, ahora, ahora, antes de que te hagas soldado...

Más tarde la luz de la luna pasó sobre ellos hasta afinarse y morir contra la pared de adobe y fue cuando la ventana floreció de estrellas pero ni siquiera entonces Bernardino pudo dormir. A su lado Salustiana dormía profundamente, toda envuelta por ese perfume de mujer-tabaco que a él le acompañó en la memoria encendiéndole las ganas muchísimo tiempo, después, ¿qué tanto puede cambiar las cosas un uniforme?, pensaba.

-Mucho -le dijo Casiano de madrugada, cuando se bañaban en las frías aguas de la bahía antes de ponerse los uniformes-. Lo que pasa es que con estas ropas vamos a parecernos un poco más a los españoles y eso cambia las cosas...

-¿Qué es lo que tanto pueden cambiar?

-Ya te vas a dar cuenta.

- 22 -

-Quiero pensar que lo que estás haciendo no es otra cosa que una gentileza, ahora que ocupas tu nuevo cargo -le dijo una siesta el padre José en el jardín de los alhelíes y Damián le miró sonriendo, ya me lo esperaba, pensó, pero no imagine que fuera tan pronto.

-¿Qué duda o temor le acosa, padre? -preguntó con ironía utilizando la misma frase que el hombrachón solía decirle a él. José se tranquilizó: el Superior no le recriminaba su falta de respeto, seguía siendo el mismo Damián con quien tantas veces se sincerara.

-Me parece que no es conveniente que te involucres personalmente en el manejo de la población, hijo... Hay otra forma de hacerlo, más solapada... bien, no te enciendas, más prudente, eso es lo que quise decir. Tu cargo exige cuidados especiales. ¿Qué es lo que buscas visitando a los caciques?

-Nuestros hijos recibieron mi nombramiento sin desagrado, padre.

-Como debe ser.

-Pero tampoco demostraron agrado, ¿lo digo bien? Es como si hubieran recibido mi nombramiento como algo que tenía que ser, algo que debía suceder, no importa que fuera bueno o malo...

José resopló por lo bajo e inició la búsqueda de un cigarro para triturarlo entre sus dedos, me lo estoy viendo venir, musitó, lo veo, lo veo.

-¿Hubieras preferido fiestas y homenajes?

-Usted sabe que no. Hay algo, no sé qué, que no está claro... No percibo reacciones, padre: ni sí ni no, ni bueno ni ruin... Es todo para ellos tan sencillo y placentero que por momentos presiento un cinismo que, por Dios, me avergüenzo de sentir. Les he escuchado muchas ideas, muchos planes, muchos principios, pero... ¿cómo decirlo?, en todo momento me pareció escuchar solamente ecos de cosas que antes alguno de nosotros les dijera, pensamientos que expresó el padre Roque, posturas que yo mismo fijé... no sé explicarlo correctamente.

-Por cierto es notorio que no lo explicas correctamente. No puedo aceptar que sea tuya esta interpretación parcializada, tan ingenua e incompleta, de los principios de Orden y Disciplina que hemos inculcado entre nuestros hijos... Hemos establecido entre ellos, lo sabes muy bien, o deberías saberlo, principios de libertad dentro del orden, algo así como la libertad del hombre: completa y perfeccionada dentro de los Mandamientos de Dios, observando las distancias lógicas, desde luego.

Damián sonrió con escepticismo.

-No logré alcanzar pensamientos tan elevados, padre. Yo más bien observé una peligrosa carencia de iniciativa, un dejarse estar cómodo y acomodado.

José encontró por fin el cigarro en un bolsillo interior y Damián pudo notar que estaba nervioso porque no se deleitó como acostumbraba olisqueando su perfume o sintiendo el suave ruidito de sus hojas sino que lo mordisqueó una y otra vez.

-Es lo que me había imaginado. Quiere decir que te acercas a los Caciques con la oscura intención de agitar la calma que con tanto sacrificio logramos instaurar.

Damián prefirió hacer que no le había entendido.

-Por cierto, los Caciques ya no son lo que eran, padre. Los padres que nos precedieron han conseguido trabajar la masa y lograron insertar nuevas estructuras de autoridad... Pero aún así siguen siendo los jefes naturales de sus pueblos, ancianos los más, doblegados...

-Eso no, Damián, eso es ya una exageración molesta.

-Asimilados, padre, reducidos, eso quise decir, adaptados a la nueva cultura. Siguen siendo los jefes naturales de su pueblo, decía, y es posible que mantengan, en el fondo de sus conciencias, el fuego que es necesario tener en la adversidad para seguir viviendo...

-¿Debo entender, padre Damián, que estás soliviantando los ánimos de nuestros indios para que se alcen contra nuestra autoridad?

Por un momento Damián desconoció a su amigo.

José notó el desconcierto en el rostro de su joven Superior y se apenó.

-Hemos dirigido a estos hijos nuestros con amor de padres, Damián.

-Cuánto daría por estar así seguro...

-Por Dios, Damián, hijo...

Damián sonrió cuando vio el tabaco apedazado que caía de las manos del padre José.

-Creo firmemente que lo que hacemos es lo que tenemos que hacer, padre, tranquilícese, el cigarro no tiene la culpa... -no le importó que su amigo expeliera el aire con fuerza, ruidosamente-. Hemos establecido entre ellos Autoridades, principios, leyes, incluso hemos logrado implantar modificaciones sustanciales de criterios en uso, injustos y poco racionales. Pero nos responde el silencio, padre. ¿Nos escuchan?, ¿cree usted que en verdad nos escuchan? Quizás tan sólo nos obedezcan... Pero no, me digo, no es así, y entonces oigo también la voz de muchos de nuestros hermanos: en verdad nos aman... -se levantó y caminó unos pasos. José le miraba con el corazón anegado de angustia-. Pero por ese amor, o por la razón que sea, se establecieron entre ellos y nosotros unos lazos de dependencia tal que llegan a asustarme. Yo creo debemos determinar, padre, si estos seres mansos, que no esconden malicia, como a usted tanto le agrada decir, han llegado a asimilar criterios firmes, si serán capaces, sin nuestra sombra protectora, de mantenerse fieles a la vida que ahora aceptan y disfrutan... No los veo capaces de vivir sin nosotros.

-¿Es ese el único motivo de tu preocupación?

-No lo es. Me acerco y los indago porque me satisfaría, también, saber que esta vida de niños que ahora gustosamente viven la aceptan como hombres, y discúlpeme este juego de humor, pero aquella vez que tocamos este tema, hace tiempo, usted se molestó bastante y por eso busco la manera menos molesta de expresarlo.

-¿Exige un padre al hijo que le ama la «razón razonable» de su amor?

Damián sonrió.

-Tocado -dijo y se agachó para oler un ramito de alhelíes que se mecía con la brisa-. Y también lo hago, entre otras cosas, para que estemos absolutamente seguros de que libremente deciden vivir con nosotros y como nosotros. Libremente, padre José, y no empujados por la comodidad, obligados por el miedo... Necesito saber que es libre esta unidad que...

-Ah, Damián, hijo, me ofuscas... -se levantó bruscamente para encaminarse hacia la salida del jardín-. Y es soliviantando como piensas lograrlo... rompiéndola como piensas preservar la unidad...

-¡Padre José...! -Damián se recriminó enseguida por no haberse podido dominar-, ¿romper qué?, ¿soliviantar?

-No escojas el camino equivocado -aunque sorprendido por la violencia de su amigo, José no dio el brazo a torcer-. No te dejes vencer por la soberbia: no eres el primero, ni serás el último. Nada de lo que aquí hacemos es una improvisación y mucho menos un juego de niños... Todo está muy sabiamente dispuesto, no deberías olvidarlo. A veces intentamos erigirnos como idolillos de barro arrasando posiciones al son de tambores. El manejo prudente y sabio no es siempre evidente, este es un pensamiento hermoso, anótalo.

-Mucha estrategia pero al final no queda nada.

-Tú crees que no; yo que sí. No deberías sorprenderte tanto por la falta de respuesta porque, en realidad, nunca pedimos respuestas, y puedes tomar mis palabras en el sentido que quieras... No intentes cambiarlo todo de la noche a la mañana.

-A veces usted me sorprende.

-Evidentemente tomaste mis palabras en el peor de los sentidos, y no fue esa mi intención... Lo que quise decir es que siempre nuestra participación fue solapada, y me explico: hacerlo haciendo ver que son ellos quienes lo hacen... es así, ¿no? y así conocen, y aprenden, y algo queda. Eso creemos.

Cuando el padre José se fue, Damián permaneció un rato más en el jardín meditando, ¿hasta qué punto es lícito que finjamos lo que el padre José dice que fingimos?, pensó.

- 23 -

El sol comenzaba a alargar las sombras dorando el polvo del camino cuando en la cresta de la lomada se divisó el caserío de la Posta Ybycuá. El calor era un peso en los hombros y la tropa quedó envuelta por los encendidos olores del monte, acosada por el zumbido de las

mosquitas negras que iniciaban su danza enloquecida en el crepúsculo, agobiada por el cansancio.

Gracián detuvo su cabalgadura para observar el paso de sus hombres, Capitán triste de una triste tropa, pensó melancólico observando el irregular desplazamiento, los recursos de la Gobernación eran por cierto limitados, casi rayando la miseria, pero la desproporción ante la empresa que les ocupaba era irracional, casi una burla.

Desde Buenos Aires subía el Gobernador Bucarelli al mando de mil quinientos hombres con destino a Candelaria, capital de las Reducciones, pero su tropa era también, a todas luces, insuficiente. Algunas estimaciones no confirmadas hablaban de la existencia de casi treinta mil indios armados y dispuestos a defender sus Ciudades. Su Majestad, allá en la Península, no tenía la más remota idea de lo que sucedía en este lado del mundo. La de ellos podía convertirse, definitivamente, en una misión suicida.

Sentado cerca de la hoguera encendida en el limpión cercano a los corrales de la Posta, Gracián no podía ocultar su preocupación.

-Quién nos hubiera dicho, amigo mío, que nos veríamos embarcados en esta maldita aventura.

Julio rió y con un tizón encendió su cigarro expeliendo una espesa bocanada blanca y picante.

-No dejes que la preocupación opaque tu entusiasmo... ¿Te imaginas lo que haremos nosotros, los primeros, entrando a las Reducciones como dueños y señores?

-Lo único que logro imaginarme es un gato enorme, con ojos dorados y encendidos, relamiéndose al mirar cómo se le acercan cuatro o cinco ratoncitos tímidos...

-¿Tienes miedo?

-¿Eso crees?

Muchas correrías habían vivido juntos como para que no supiera que Gracián no tenía miedo, muchas armas podrían tener los indios pero no serían tan filosas como las de tantos padres celosos, maridos cornudos, amantes despechados que le habían perseguido, ni tan peligrosas como los colmillos afilados del curé caaty en las barrancas de Itá Pytá Punta.

-Recuerdo cuando con el arma descargada hiciste frente al cerdo jefe de la manada solamente con el facón... Me aterrorizó verte parado en medio de la picada, esperando, mientras la fiera corría hacia ti más rápida que el viento, y me acerqué galopando como loco, salté a tierra y traté de apuntar pero ya no hacía falta... ¡Ah!, con cuánta razón reprimé tu loca temeridad...

-Y luego nos reímos.

-Sí, ante el cerdo que mataste nos reímos, pero el peligro fue grande... Esa vez, amigo, respondiendo a mi enojo me dijiste lo que yo te digo ahora: ¿qué importa el peligro de muerte ante tanta emoción?

-Éramos locos.

-Lo somos. Con nuestro facón podremos despanzurrar el cerdo...

Molesto consigo mismo Gracián eludió el enfrentamiento directo, pero le desagradó lo que entrevió en las palabras de su amigo.

-Dicen que las minas de oro de los Jesuitas son inagotables -comentó Julio como al descuido mirando la brasa de su cigarro.

-Fantasías. Son puras fantasías.

-¿Te parece? Yo no lo creo. Mientras nuestras ciudades sobreviven en una abrumadora pobreza, orgullosa por cierto, mas no por eso menos pobre, las Reducciones son verdaderamente florecientes... Construyen iglesias de piedra, Gracián, y talleres, y fábricas, venden productos, pagan sus contribuciones... Dicen que hay un túnel secreto que parte de Trinidad y nadie sabe adónde va; lo notable es que dicen que también hay un túnel que sale de San Ignacio Guazú...

-Dicen que dicen.

-No lo crees.

-Son muchos díceres, muchas suposiciones, muchas fantasías...

Julio se molestó.

-Tenemos la posibilidad salir de dudas... entre tus voluntarios hay un apóstata.

-¿Apóstata?

-Así les llaman a los indios que abandonan las Reducciones. Llámalo; es un indio de mi casa.

A Gracián no le agradó la forma en que lo dijo, pero en realidad no pudo definir si era eso lo que le molestó o la actitud de Julio, sus relaciones eran ahora diferentes, porque una cosa es compartir con gusto interminables excursiones de caza o prolongadas farras recorriendo el bajo, durante las cuales contabilizaban con esmerada precisión las veces que uno y otro lo habían hecho, hasta que por fin llegaba a sentirse hastiado, ganador algunas veces, perdedor las más porque Julio parecía incansable y se entregaba a la empresa con adhesión total, como si fuera la más elevada de las metas... y otra cosa muy distinta era tener que controlarlo en una misión tan difícil. Muy atrás quedaban las alegres correrías

juveniles, lo que hacemos ahora, se dijo con amargura sumido en oscuras premoniciones, es casi como abrirle al gato la puerta de la carnicería.

-Yo nunca estuve en Trinidad, señor -le contestó después el indio, cosa rara, asustado-, recorrí muchas poblaciones llevando tropas de ganado pero nunca estuve en Trinidad.

Julio hasta ese momento no había hablado, se había contentado con observar sin perder detalle, pero ahora se acercó.

-Viviste en Jesús, y Jesús está muy cerca de Trinidad, Bernardino. Y fuiste tropero, o sea que ibas de un pueblo a otro constantemente, y ni aun así nunca llegaste a Trinidad... no parece lógico.

Bernardino se dio cuenta de que no le creía pero, ¿qué podía hacer?, si le contaba toda la historia tampoco le creería, si no creyó una cosa, tampoco creería la otra.

-Nunca estuve allí, señor.

Julio se apartó nervioso, a punto de perder el control. Caminó unos pasos y se volvió abruptamente.

-Pero sabes dónde guardan el oro, ¿no?

Bernardino notó que el Capitán le hacía callar con un gesto enérgico.

-Yo no sé nada de eso, señor Julio... nunca he visto un lugar donde se guarde oro, en ninguna parte que fui.

-Ya lo encontraremos -escuchó que decía a media voz-, removeremos cielo y tierra hasta encontrarlo.

El Capitán Villate le despidió con un gesto y mientras se alejaba, de reojo Bernardino miró cómo hablaban, como si estuvieran peleando.

-¿Qué son esas cosas del oro, Julio? -no puedo esperar más, se dijo Gracián-. Cuando acepté preguntar al indio fue con el deseo de saber cosas de su pueblo y el muy ladino, por cierto, eludió la respuesta, pero esto del oro no me gusta.

-No tomes en cuenta. Me molestó notar que con tanto descaro nos mentía...

-No voy a permitir desmanes, Julio, no lo olvides. Voy a reprimir con rigor cualquier vandalismo... bastantes problemas de conciencia tengo ya con esta malhadada misión y nada hay más lejos de mis deseos que complementar mis angustias con problemas así...

Ya voy entendiendo lo que es parecerse más a los españoles como dijo Salustiana, pensó Bernardino mientras tanto, esta tarde me pude dar cuenta cuando me acerqué al palenque de la Posta con el caballo del señor Julio: con un gesto de mi mano le hice venir corriendo al

mitaí encargado de atender los caballos, qué se creía, yo no podía esperar todo el día. Cuando vio el uniforme el mitaí corrió. Pero parecerse a ellos no es ser como ellos; no nos creen, siempre piensan que les escondemos algo.

Bernardino se vio a sí mismo parado en una lomada, la noche era oscura y el cielo de tanto en tanto se recortaba con unas rayas de luz, a sus pies, allá abajo, estaban las casas de Trinidad, aunque ahora era de noche.

La iglesia, grande como una montaña, tenía en su techo unos agujeritos iluminados, como cientos de ojitos que le miraban desde muchas partes a la vez, y lo raro era la puerta de entrada: una boca abierta, roja, anaranjada, como si adentro hubiera fuego, un fuego ruidoso, era como la boca de un enorme tatacuá encendido, igual que la ventana de la Capilla de los Muertos donde estaban velando a Rosa hecha de ceniza, pero que chupaba, chupaba, chupaba, una boca de fuego que chupaba.

Despertó sobresaltado y sintió que el corazón le saltaba en el pecho, mucho rato después siguió retumbándole en la garganta. A su lado dormía Casiano y un poco más allá, rodeando la hoguera que los centinelas mantenían encendida, la tropa de voluntarios.

Se dio cuenta de que había estado durmiendo de costado, dando la espalda a la profunda oscuridad. Giró sobre sí para darle frente a la noche y sintiéndose más seguro sabiendo que a sus espaldas estaba Casiano y el resto de la tropa. Un anó negro y brillante había pasado volando bajo detrás de su cabeza aquella madrugada en la bahía, lo recordaba ahora con todo detalle sin explicarse por qué, tan cerca había pasado que casi sintió el roce de sus plumas en la nuca, y se había sorprendido mucho encendiéndosele la piel con mil puntitos. Al seguir caminando el anó había vuelto a hacerle la pasada, pero esta vez desde el poniente, o sea haciéndole una cruz sobre la cabeza.

Feliciano le estaba mirando, sentado delante de su rancho, sorbiendo el mate caliente.

-¿Viste eso, Feli?

-Lo he visto. No es bueno.

-¿Qué quieres decir, amigo? -preguntó alcanzándole un trozo de lomo de pescado.

-Van a procurar desgraciarte.

Bernardino había sentido sobresaltársele el corazón, igual que ahora, con los ojos bien abiertos taladrando la tenebrosa profundidad de las sombras.

-¿Desgraciarme?, ¿de qué tengo que cuidarme, Feliciano?

-No lo puedo saber -el anciano había escondido sus ojos removiendo con la bombilla la yerba de su mate-. Sólo puedo saber lo que está dicho, lo que mostró el anó cruzándose sobre tu nuca.

Y eso significa muerte, se había dicho Bernardino sacudido por un escalofrío que recorrió su cuerpo, eso significa muerte, se repitió ahora sintiendo que un sudor resbaloso brotaba por sus poros, qué curioso, era el mismo sudor que había hecho brillar su piel cuando se desnudaba para cruzar el Caañabé, es miedo, se dijo y la piel se le hizo como de gallina, tengo miedo.

Se dio vuelta poniéndose boca arriba, con la espalda apoyada en el suelo, sintiendo la tibieza de la manta que había calentado con su cuerpo.

Sobre sus ojos la noche era una profunda caverna llena de puntitos de luz. Miró a su alrededor y vio los cuerpos tendidos cerca de él. Hacia los corrales, ya muy cerca de la valla de madera, dormitaba el centinela y cerca de las casas todo era silencio y oscuridad, solamente la ventanita de la cocina era un hueco rojizo y brillante. Sintió una vez más el temblor que recorría su cuerpo, la boca de fuego, pensó, la boca que me va a chupar hasta que por la espalda me venga el mal.

- 24 -

Las velas reflejaban su luz amarillenta repetida por los cristalitos tallados que colgaban de los brazos del candelabro sobre el blanco mantel de ahó poí que cubría la mesa.

Cuando venía de su habitación Gracián vio a su madre que parada en lo más oscuro del amplio comedor controlaba ansiosamente su ir y venir en la casa silenciosa.

-Pronto estaré de vuelta, madre -le dijo acercándose-. No llore, por favor... su llanto hace todas las cosas más difíciles.

De la cocina llegaba el olor a mate cocido que hervía en la gran olla de hierro y por la ventana abierta hacia el este se veía el brillo inusitado que adquiere el lucero del alba algunos momentos antes de comenzar a clarear. En algún gallinero cercano cantó un gallo y enseguida se le sumaron otros, más cerca, más lejos, alguno casi inaudible...

Doña María de los Ángeles se secó los ojos con un pañuelito de encaje, no quería que su hijo la viera llorar pero no pudo atajarse, por Dios, qué cosas dolorosas tiene la vida, se dijo, qué pena que Gracián tuviera que irse, cuántos peligros le acecharán...

-¿Por qué debo hacerlo, padre? -le había preguntado Gracián airado el día antes, cuando volvió de la Casa Fuerte con la orden de ir a las misiones comandando la tropa de voluntarios -¿Por qué debo hacer algo tan lejano a mis deseos?

Justino se había movido nervioso en su asiento y había calculado bien sus palabras antes de decirlas, los jóvenes son difíciles, había pensado, y por más que Gracián era un hijo respetuoso y obediente, uno nunca sabía cuántas molestias podía ocasionar la falta de tacto de los jóvenes, esa reclamación irresponsable a la que nos someten con sus preguntas, con todas esas cosas...

-En primer lugar, porque es una Orden -dijo con cautela sabiendo que no serviría de mucho; su hijo volvería a insistir.

-Una orden, un capricho, una venganza, un lo que sea... que proviene del otro lado del mundo -Justino frunció el ceño al percibir su ironía, me lo esperaba, pensó, irresponsable y sin tacto.

-El otro lado del mundo es nuestro mundo, hijo.

Gracián no había contestado de inmediato porque conocía muy bien los breves asaltos de parquedad en su padre, así como definía esas palabras medidas, escuetas, que ponían sobre aviso al interlocutor cuando las cosas le resultaban evidentes sin necesidad de mucha argumentación. Pero en un caso como éste Gracián no estaba del todo seguro de que su padre tuviera razón: lo queramos o no, se decía, aquel lado del mundo no es ya el único mundo existente; no para mí. Y realmente, aunque a Justino le mortificara que se lo hiciera ver, ni siquiera para su padre.

Que Gracián naciera en Asunción, según Justino, no pasaba de ser un accidente, su hijo era tan español como el que más, hijo de padre español y de madre, a su vez, hija de un rico comerciante español afincado en Buenos Aires; pero la realidad no era exactamente así. Nacer y criarse en Asunción signó en Gracián una diferencia: sus relaciones, sus amistades, sus costumbres, en suma, hicieron que se sintiera un español diferente, un español para quien no era Europa el único mundo.

En su último viaje a España, cosa rara, tan lejos de la realidad que en Asunción tenía delante de sus narices, y despojado de todas las rutinas diarias que por la distancia se desdibujaban, Gracián había profundizado su conocimiento de los escritos del fraile De las Casas y esa abrumadora sorpresa había sido como el despertar a la conciencia de una situación que, por acostumbrada, se le había convertido en algo aceptado, hasta si se quiere inexistente, aunque racionalmente no la hubiera aceptado nunca.

El planteamiento de la situación no era fácil. Las denuncias del fraile tenían la rudeza y la crueldad necesarias para despertar las conciencias y fueron un estremecedor descubrimiento para el joven porque en la vida cotidiana, o quizás porque en su familia siempre se habían opuesto a muchas de las prácticas denunciadas, esa crudeza no había llegado a adquirir plena conciencia en él, matizados como vivió los hechos por acciones propias de la convivencia, de los afectos, del humor, hechos todos, importantes o no tanto, que evitaron en todo momento que se viera involucrado personalmente en las acciones ruines denunciadas. Puede haber sucedido en alguna parte, llegó a admitir, pero en nuestra cercanía, por cierto, no.

Pero las cartas del padre Bartolomé le habían indicado algo, le habían mostrado un indicio acusador: lo que con comodidad y ventaja se tomaba como algo enteramente natural no era así, era una odiosa imposición injusta. No era así en todos los casos, se dijo, la Encomienda fue para muchos un gran bien y de gran provecho, pero la sola existencia de abusos, que los había, ya la descalificaba.

Doscientos años después de escritas las Cartas le habían despertado, toda una eternidad ha pasado y mientras tanto las cosas, aunque modificadas, siguen siendo igualmente dolorosas, como si no hubiera redención posible, se había dicho entristecido caminando por la polvorienta lomada casi desértica de las afueras del pueblo de su padre y en cuyo monasterio Cisterciense, que con su adusta mole dominaba el caserío, solía ir a rezar.

-No creo que seamos honestos, padre, al expulsar a los Jesuitas.

-¿No lo crees?

-Llegaron a hacer cosas muy grandes en sus Ciudades, según dicen.

-También se dicen muchas otras cosas -¿qué piensa este hijo mío?, se dijo Justino sin sacar los ojos de él.

-Esos trabajos son meritorios...

-Por cierto; lo son.

-Con la expulsión de los sacerdotes una vez más los nativos se verán sometidos a regímenes injustos de dependencia y esclavitud...

-¡Epa...! -le interrumpió Justino, ya está hecho, pensó, ya soltó la andanada temida, ya se acabó la tranquilidad-. ¿Qué son esas tonterías de injusticias y esclavitudes? Ni tú ni yo impusimos este sistema que, lo sabes, aún siendo del agrado del Gobierno y de la Iglesia, yo no acepto. No recibo encomendados en mi casa, ¿no es cierto?, pero tampoco emprendo estériles batallas contra molinos de viento... Cualesquiera sean las ideas que te rondan la cabeza se antepone tu deber. En primer lugar, lo dije, porque es una Orden y ni a ti ni a mí nos preguntaron para darla. En segundo lugar, y no es menos importante, porque el dueño de casa tiene derecho a sacar de la misma a los invitados que, por las razones que fueren, no le agradan. Y en tercer lugar, y también guarda su cuota de importancia, porque no eres tú el indicado para tratar de enderezar estos caminos tortuosos...

Ni yo, ni él, ni nadie, pensó Gracián con amargura pero no se animó a replicar. Justino vio la pena de su hijo y se entristeció.

-Estando al servicio de las armas no tienes alternativas: debes cumplir; y de la mejor manera posible -no pudo reprimirse y apretó con su mano endurecida el brazo de su hijo queriendo decir más cosas que las que podía expresar con sus palabras-. Pero trata de no sobrepasarte, hijo; que prime tu buen criterio... No permitas que el excesivo celo cierre tus oídos a la razón.

-No logro entender a mi padre cuando es tan ambiguo -le dijo a su madre horas después, ya noche cerrada, mientras caminaban por el patio a oscuras hasta la glorieta con jazmines en el lado que daba a la plaza-, me habla de respeto incondicional pero retrocede

recomendándome prudencia, me asusa rechazando injusticias pero me frena admitiéndolas...

-Ya sé hacia dónde apuntas -María de los Ángeles suspiró por lo bajo-. Tu padre nunca aceptó encomendados en casa y sabes bien lo que eso significa...

-No mezclarse en turbiedades no es más que hacer lo que se debe hacer.

-No hables así; no es justo. El no aceptar encomendados es más que privarnos de las comodidades de este régimen de casi esclavitud, como tú dices -inconscientemente bajó el tono de voz y miró de reojo a los costados, como tratando de descubrir oídos indiscretos-. Es al mismo tiempo mostrar a los demás una postura crítica que casi siempre les resulta urticante y molesta.

Por eso a la mañana siguiente Gracián supo que las lágrimas de su madre eran ciertamente por su partida, las mujeres siempre lloran en las despedidas, pero eran también por el adiós a ese hijo que nunca volvería a ser el mismo, ya no lo era ahora, antes de partir, porque había crecido, ya pensaba por sí mismo y seguiría amando a su padre con respeto pero ya no lo consideraría, ni mucho menos, la expresión de la verdad absoluta que hasta entonces había sido.

En el jardín delantero, retirado discretamente del acceso de la casa, esperaba Julio montado en un brioso caballo y un poco más atrás estaban los dos encomendados de su padre que se habían alistado como voluntarios.

El sol comenzaba a pintar de amarillo la parte más alta de los árboles cuando Gracián besó a su madre y sus hermanas. Matilde estaba somnolienta, tratando de despejarse del sueño pero Mariana no, Mariana lucía bien despierta y arreglada y los ojos se le escapaban, sin poder atajarlos, vez a vez hasta Julio.

Yendo hacia el palenque Gracián saludó con un gesto a su amigo y miró a los indios que estaban más atrás, cohibidos, vestidos con sus brillantes uniformes azules y rojos, los cabellos todavía empapados pegados al cráneo y los encontró ridículos, dos muñequitos de juguete, pensó, qué cosa más absurda es hacerlos vivir esta ilusión, se dijo.

Tomó las riendas de su caballo y esperó a su padre que bajaba las gradas de la galería.

-Recuerda que nuestro nombre va contigo -sus manos temblaban cuando atrajo a su hijo y lo estrechó en un fuerte abrazo. María de los Ángeles se emocionó, Justino envejeció de repente, se dijo.

Como en un destello Gracián revivió en su memoria la imagen de su abuelo anciano, con los blancos cabellos aureolados por la luz lechosa filtrada por el alabastro de las ventanas, en el Monasterio de Cañas durante la Misa de Resurrección.

-Sé justo, hijo, sé honesto. Sé también generoso. Llevas contigo mi bendición, y el amor de tu madre.

- 25 -

Vino desde San Ignacio el padre Jaime y Damián se alegró, sorprendido por su inesperada visita. Después de contemplar divertido cómo el recién llegado parecía empeñado en inundar su enorme barriga con litros y litros de agua fresca, saludaron a los demás hermanos y por fin pudieron quedar solos.

-Me siento muy halagado, padre.

-Y yo muy feliz de poder venir hasta aquí... ¡Ah...!, es hermosa en verdad esta ciudad vuestra tan aireada, tan amplia de horizontes -dijo abarcando con un gesto la ventana abierta de par en par-. Es lo que suelo decirle al padre José.

-Por cierto, hace uno días él estuvo por San Ignacio Guazú.

-Así es, tuve ese gusto -se detuvo en la contemplación del exterior soleado-. Fue a entregarme unos bastidores que me preparó, para las nuevas cajas de la imprenta... Hacen muy buenos trabajos en esta carpintería, padre.

-Gracias -dijo algo ceremonioso y sonriendo, ya estaba pescando el juego.

-Siempre me causa gran alegría la visita del padre José; es un placer conversar con él sobre cosas de esta ciudad querida... Conversamos largamente sobre muchas cosas.

Está buscando la forma de decirme algo, pensó Damián, pero el bueno de Jaime nunca se destacó por su habilidad para fingir. Evidentemente estoy alertando a mis hermanos con mi proceder desacostumbrado. Y hablan entre ellos, hablan de mí entre ellos y designan enviados para indagarme.

-¿Y fueron cosas muy interesantes las que trataron en esta última conversación, padre?

Jaime primero dudó sobresaltado pero fue sólo un instante, enseguida soltó una carcajada que resonó entre los muros de piedra.

-Ya les dije yo que me elegían mal para esta misión... no sé andar con disimulos y me descubriste antes de comenzar la exposición de nuestros temores.

Damián también rió pero se sintió incómodo.

-Así que mis hermanos están atemorizados porque trato de acercarme a los caciques, es por eso, ¿no?, antes intenté acercarme a las demás autoridades pero no obtuve ninguna respuesta... Ese es el motivo de la preocupación. Y desde luego mis hermanos no saben que la recta es la distancia más corta entre dos puntos: fue necesario ir hasta San Ignacio Guazú

en busca del buen padre Jaime, en lugar de golpear con los nudillos la puerta del Superior, o hablar con el amigo Damián en el comedor o en el patio, o quizás de siesta, en el jardín interior, donde tan bien florecen los alhelíes...

Jaime se dio cuenta de que detrás del rostro sonriente del Superior se escondía el pesar; su alusión a las plantas de José fue casi un lamento.

-Debes perdonarnos, Damián... y a mí en especial. No fui capaz de conducir esta cosa de la manera correcta-. Jaime se puso repentinamente serio, verdaderamente avergonzado, pero Damián no pudo, o no quiso, reprimir su queja.

-Siempre he tenido los oídos y el corazón abiertos a mis hermanos.

-Toda una vida de obediencia no alcanza para enseñarnos a ser obedientes, Damián... Te pido perdón, padre. Nos dejamos llevar por el afecto que sentimos por ti y no alcanzamos a apreciar el cariño que nos tienes y te herimos... -Jaime suspiró-. El padre José no creyó prudente volver a insistirte sobre el mismo tema, que ya había hablado contigo, y los demás no sabían cómo hacerlo... Y me encomendaron a mí, que soy un torpe.

-¿Los demás?

-Por Dios, Damián, no es lo que piensas... No nos unimos contra ti. Lo que sucede es solamente que no logramos entender qué es lo que buscas soliviantando a los indios.

Soliviantando, se dijo Damián, otra vez esa palabra, y se asintió abrumado.

-Yo no creo que esa palabreja desgraciada defina con justicia mi proceder... Me da miedo la dependencia pueril de nuestros indios. No es fácil explicar este temor porque ni yo mismo me lo explico demasiado bien: nos entrometemos en la vida de nuestros hijos, en todo, padre, lo sabe muy bien, hasta tambores a medianoche, les ponemos... mientras por otro lado les damos la posibilidad de gobernarse. Pero con una autonomía que nunca supimos si saben o no utilizar. En último caso la cuestión se reduce a que nosotros estamos y no estamos presentes en nuestras Ciudades. Los indios tienen sus autoridades, las eligen, las respetan, tienen sus leyes y su organización, lo cual parece indicar que no estamos, ¿no es cierto que en cada población hay cinco, cuatro, o menos sacerdotes, por dos mil, tres mil indios? Quiere decir que es como si no estuviéramos. Y sin embargo no es así. En todos los casos nuestra presencia es imprescindible: en los litigios, en las orientaciones, en cualquier caso de duda, de cualquier índole, nosotros estamos. Vendría a ser algo así como la presencia del todopoderoso día a día.

-No vendría a ser. Es.

A Damián le sorprendió que ingenuamente su amigo lo aseverara sin ningún atisbo de timidez.

-No, no es, padre Jaime; es solamente la presencia de unos hombres que son capaces de administrar los bienes comunes porque no ambicionan bienes personales... No es fácil

entenderlo. No aspiramos las riquezas propias y sin embargo basamos nuestra organización enseñándoles el gozo de la propiedad honesta, ¿qué otra cosa es el avá mbaé?

-Es la manera de...

-De enseñarles un sentido social de las enseñanzas de Jesús, lo sé. Con su trabajo nuestros hijos cubren las necesidades de sus hermanos pero además cuentan con el aliciente de la propiedad. Una formulación brillante, por cierto, pero veo que no la estamos cumpliendo bien.

-Por Dios, Damián, qué cosas dices...

-Nosotros vinimos a instaurar una nueva civilización y logramos construir una Iglesia, padre; esta es la Iglesia de Jesucristo y los indios la adoptaron, la aman, es de ellos porque por ella dejaron de lado sus viejas vidas, sus memorias y creencias, todas esas pequeñas y grandes cosas que los hermanos sacerdotes que nos precedieron trabajaron y ajustaron en cuanto era necesario para introducirlas en los nuevos moldes, y perdóneme si mis palabras le parecen cínicas, porque no es esa mi intención. ¿Cuántos de ellos se excluyeron voluntariamente? Casi ninguno. Ellos aman la vida de cristianos que se vive aquí, cristianos de verdad, digo, compartiéndolo todo, ayudándose, viviendo en paz y sosiego, amándose...

-Y aún así dices que no lo estamos haciendo demasiado bien.

Damián se pasó la mano por los ojos, el cansancio de las largas noches de insomnio le estaban produciendo un agotamiento que le envejecía prematuramente, era mucho más joven que el padre Jaime y sin embargo su cabeza estaba casi totalmente encanecida.

-Lo que me temo es que no les estamos enseñando a vivir sin nosotros, padre Jaime... no les veo capaces de sobrevivir solos: ellos mismos están convencidos de que las cosas marchan bien solamente porque estamos nosotros... Cuando el Cabildo delibera, por ejemplo, o cuando se reúne el Tribunal por algún litigio, mirando por la ventana con toda seguridad verán en el patio la sotana de algún padre, y eso les resulta suficiente: si hay algún problema, los padres lo solucionarán... Tienen absoluta confianza en nosotros, es cierto. Pero no deja de serlo porque en gran medida les resulta cómodo y les evita muchos esfuerzos... Mis tratativas, padre Jaime, las que tanto preocuparon a nuestros hermanos - trató de aliviar la tensión-, las hice tratando de determinar con certeza si estoy o no equivocado, y Dios quiera que lo esté.

-Ninguno de nosotros osa criticar tus intenciones. Lo que nos hace temer son las posibles consecuencias...

-No nos queda tiempo para actuar con cautela.

-¡Damián, por Dios...! ¿qué son todos esos temores...? ¿es que tú sabes algo que nosotros no sabemos?

Damián desvió la mirada para que su amigo no viera que tenía los ojos brillantes y humedecidos.

-Sólo son rumores, padre, pero todo parece indicar que nuestros hijos muy pronto se quedarán sin nosotros.

- 26 -

Apenas el sol comenzó su camino hacia arriba la columna se puso en marcha. Los hombres caminaban malhumorados. El pasto todavía mojado por el rocío les humedecía las botamangas y los tahá-tahá iban formando extraños arabescos verdosos en la tela de color. Detrás venía la carreta con las municiones, sonando en cada barquinazo al entrechocarse los bártulos de la cocina que colgaban sobre el plan trasero.

-¿Es cierto que las casas son de piedra?

Antes me daba rabia cuando no le importaba lo que quería contarle, se dijo Bernardino, y ahora me parece que quiere molestar me cuando me pregunta de allá.

-Casi no te puedo creer.

-Pero así son -me quiere molestar, confirmó.

-Lo malo nomás, digo, es ese asunto de que los hombres tienen que andar por un lado y las mujeres por otro... -Casiano levantó un poco la voz para que los indios que caminaban cerca pudieran escuchar-. Debe ser bastante aburrido.

Se escucharon algunas risitas alrededor.

-Allá todo es diferente.

Casiano comprendió que más le convenía callarse, esa broma no le venía bien a Bernardino. Todavía recordaba aquella noche que al lado de la tienda del napolitano en Asunción casi clavó el punzón en el gordo muslo del negro Jeremías. Con los ojos colorados de caña se abalanzó con el punzón centelleando en su mano y lo habría clavado si el mulato no saltaba huyendo despavorido, gritando asustado, más blanco que el mismo napolitano que desde atrás del mostrador se preparaba para romperle una limeta en la cabeza a Bernardino si hacía alguna porquería.

-En las Reducciones son todos iguales -había dicho Jeremías- no les dejan acercarse a las mujeres y los hombres se pasan el día jugando ellos mismos con su dedo grande.

Mucho tiempo después a Bernardino todavía le llamaban «el blanqueador», recordando cómo se puso Jeremías.

-Lo que no puedo entender es por qué te alistaste... Nadie dijo nada pero todos sabemos que venimos para romper ese lugar que tanto te gusta -le dijo más tarde Casiano, cuando ya acamparon en las afueras de Yaguarón, sin entrar al poblado porque Gracián no quiso arriesgar complicaciones con su gente adentro del poblado.

-Yo no vengo para destruir nada. Tengo que hacer una cosa importante en Trinidad.

Casiano sonrió con picardía.

-Salustiana se quedó en Asunción... ¿Hay otra cosa importante aquí?

Cuando entendió la broma Bernardino también rió.

-No es nada de eso.

Cuando dos días después llegaron al Caañabé, luego de atravesar la vasta planicie encerrada por cerros verdosos y perforados por manchones de piedra rojiza enmohecida, el encajonado curso mostraba muy poca agua lodosa y negra.

-Me cago en el diablo y en su maldita tierra -escuchó Bernardino que decía Julio-, ¿te has dado cuenta, Gracián, de cómo baila la aguja de la brújula en estos andurriales?

-Me he fijado, por cierto -contestó tratando de acallararlo con un gesto.

-¿Qué terribles cosas misteriosas esconderá esta tierra en su vientre?

-Que te calles, digo.

Bernardino sintió un escalofrío cuando vio el nivel del agua y recordando cuando lo cruzó de venida, y había estado solo, en un atardecer parecido a éste pero solo, si el Caañabé le chupaba nunca nadie hubiera sabido nada más de él y él estaría hasta ahora, hasta siempre, arrastrado por el agua negra, besado y chupado por el agua negra, dando vueltas y vueltas sobre sí mismo entre los brazos pegajosos que se irían cambiando, lentamente cambiando, hasta convertirse en humo, ese mismo humo espeso y picante que poco a poco tiñó de colorado los ojos de su madre y borró el color de la piel de su cara.

-¡Apurad, carajo...! -bramó Julio desde su cabalgadura apremiando a los rezagados y para Bernardino fue como despertar de un sueño.

Casiano lo notó muy pálido.

-Vamos, amigo... no tengas miedo -dijo muy bajito.

Cuando acamparon al otro lado, Bernardino también se desnudó para secar su uniforme cerca del fuego, pero no se animó a bajar nuevamente hasta el agua para bañarse como los otros.

Permaneció sentado tiritando con un frío insoportable dentro del cuerpo, estaba cansado y sucio, y un baño le habría gustado mucho, pero no se acercaría más al agua negra que chupaba y era humo, qué lejos estaba la calma del agua quieta de la bahía, qué lejos su ventanita de arriba, más alta que la alta montaña de tabaco, la piel suave del cuerpo de Salustiana con ese olor de mujer-tabaco que le hinchaba la sangre o todavía más allá, muchísimo más, la iglesia de Trinidad que al mirarla de lejos parecía una montaña, piedras encendidas por los últimos reflejos del sol, una montaña en la que comenzaban a parpadear, notándose muy bien contra el cielo que se iba oscureciendo, los cientos y cientos de ojitos luminosos que te miraban desde muchas partes a la vez, al mismo tiempo.

Casiano subió desde el arroyo con el cuerpo lleno de gotitas que reflejaban las llamas. Exprimió sus ropas y las colgó de un palo cerca del fuego, y fue a sentarse al lado de su amigo. Rozó la piel de Bernardino y se sorprendió.

-Estás mal, Bernardino... Tienes fiebre.

No, creyó decir, solamente estoy cansado... sentía en la nuca los ojitos pero no tenía fuerzas para darse vuelta, ni siquiera sabía si podría hacerlo, ¿qué importaba?, no tengo fiebre, Casiano amigo, la tropa está ya encerrada en los corrales y los animales pastan, no debemos perder tiempo, si queremos jugar a la pelota con los demás troperos debemos apurarnos, no debes meterte en el agua antes de que se te salga el calor de adentro porque te dará pasmo, las venas se te hincharán como gusanos, como piolas, como víboras, el calor que el tabaco te metió adentro debe salir lentamente, lentamente, en algunos minutos más la campana nos llamará para decir nuestras oraciones de la noche y después cenaremos, no tengo fiebre, es solamente que me estoy quemando por dentro, Casiano, no es fiebre, me estoy quemando y convirtiendo en humo para poder subir, subir, más y más, subir.

- 27 -

Muy temprano en la mañana Damián partió hacia Jesús; saludaría a los amigos por Navidad y podría conocer el adelanto de las obras de la iglesia. El calor de finales de diciembre no había aflojado ni siquiera de noche y hacia el oriente se insinuaban unos pesados nubarrones alrededor del sol que se anunciaba.

Juan Antonio dio rienda suelta a su alegría y un entusiasmo casi infantil al verlo llegar y sin siquiera darle tiempo para saludar a los demás, o para tomar algo fresco, lo llevó a recorrer las obras, como un niño que enseña a la visita alguna pertenencia muy querida.

Los muros laterales de la iglesia estaban muy adelantados y ahora procedían a desbastar y tallar las piedras de las que iban surgiendo los ornamentos, es verdaderamente tu joya, le dijo Damián y su amigo sonrió, es un homenaje a mi padre, pienso mucho en él últimamente.

-¿Es solamente eso? -Damián señaló los arcos lobulados sobre las aberturas.

Juan Antonio sonrió desviando la mirada.

-Eres perspicaz... Si te doy todas las claves el descubrimiento del mensaje ya no sería algo placentero... ¿Te desagrada este acercamiento hacia «el campo de la estrella»?

-Me resulta un tanto rebuscado, Juan Antonio; no logro...

-En aquellos tiempos con discreción los monjes accedieron a los conocimientos más adelantados de su época... Las posadas donde restauraban los que iban a Santiago eran al mismo tiempo cunas que les permitían a los monjes acercarse al saber... ¿No observas una curiosa similitud con lo que estamos haciendo?, ¿no enseñamos a los que, según muchos, no deberían saber?

Se interrumpió cuando notó que Damián ya no le escuchaba, se había alejado abstraído en la contemplación de las obras que iban emergiendo de la mampostería tosca.

Los pilares que delimitarían la nave estaban atrasados, apenas insinuados en sus bases y en el inicio de los fustes, pero los muros laterales se levantaban ya por encima de los arcos terminados y era posible en ese esbozo adivinar, o presentir, la augusta concepción espacial del arquitecto

Damián se detuvo en el centro de la enorme plataforma de tierra apisonada donde después se apoyarían las cimbras para armar la estructura mixta, qué cosa más interesante, que cubriría la nave principal. La marcada desproporción entre los anchos de la nave principal y de las dos laterales aumentaba la sensación de ser una nave única encerrada entre dos filas de capillas laterales, «muy de la Compañía». Lo llamativo es que en esta adaptación al medio, observó Damián, se aprecian todas las premisas básicas que trasladamos desde allá pero hay una re-creación, un sentido distinto en el juego de las proporciones y en el tratamiento de las formas, es como si dijeran: no desoímos las normas pero estamos hablando otra cosa, es otro nuestro lenguaje, es la voz nueva que deseamos hacer escuchar.

Damián recorrió con la mirada las obras que tenían una formidable fuerza expresiva.

-Vaya uno a saber cuánto mensaje encierra tu trazado.

-Búscalo.

-¿El Hombre 6?, ¿el 10...?

Juan Antonio sonrió cuando escuchó su tono liviano, su amigo estaba cansado después de su larga cabalgata.

-Y además en la Planta y en el Alzado está el Cubo: como operación y como cuerpo el Cubo está presente, multiplicado el Inicio tres veces por sí mismo, acomodado en sus medidas perfectas, la manifestación del más perfecto apoyo y la más equilibrada firmeza - con un movimiento de su brazo abarcó la obra completa-. Pero también podrás observar

que no olvidé, desde luego, los números quebrados, los rotos, aquella fracción no perfecta agregada a la justa medida del Ángel que...

-¿Ezequiel nuevamente?

Juan Antonio le miró entusiasmado.

-¿Lo leíste?

-Lo leí -dijo más tarde Damián, cuando estaban sentados en la sombra del cobertizo que habían montado, con hojas de palma entretejidas, para que Juan Antonio tuviera sus planos y elementos bien cerca de la obra-. Y más que eso: lo disfruté paso a paso... Te he tenido presente muchas veces, Juan Antonio, me parecía encontrarte en cada una de las muchas riquezas que descubría en su texto.

Estaba llegando el mediodía y el calor era agobiante, el aire caldeado traía oleadas del tibio olor de las flores de coco, en el reloj de sol la sombra de la aleta era casi un hilo y Juan Antonio hizo una seña al indiecito que esperaba al lado de la campana.

El sonido cristalino resonó extendiéndose por toda la reducción y se fueron sumando paulatinamente otros repiques. Los indios comenzaron a salir como bandadas de pájaros espantados por un ruido extraño.

Cerca de las cocinas estaban tendidas las mesas bajo la sombra de los árboles porque la población almorzaría en comunidad.

-Es fascinante ver en los ejemplos más sencillos lo que es la variedad dentro de la unidad... -comentó Damián en la mesa-. Los sistemas que empleamos en nuestros pueblos son similares en esencia, pero ofrecen una variedad perceptible en los usos, eso, en los modos.

-No comencemos, Damián, que tenemos que almorzar... -bromeó el padre Carlos señalando a Juan Antonio que se acercaba después de asearse.

-Nos hubiera agradado tenerlo con nosotros en la misa de medianoche, padre -le dijo el hermano Grimau y Damián se emocionó, no había imaginado que Grimau, con quien nunca tuvo un trato demasiado fluido, porque lo consideraba gratuitamente agresivo, tendría la sensibilidad suficiente para decírselo.

-Yo también lo deseé, hermano, pero me debo a mi gente y no pude abandonarlos en una fecha tan hermosa.

-Usted cree que los indios verdaderamente aprecian nuestra compañía.

-¿Usted no?

-Tenemos que darnos cuenta, Grimau, de que nuestro buen amigo es ahora una persona muy importante -Juan Antonio trató de disminuir la tensión.

-Por lo que me siento inmensamente feliz -dijo Damián irónicamente, debía esperármelo, pensó tomando una mandioca recién hervida que humeaba en la fuente, al lado de la olla de locro.

Después de comer fue con Juan Antonio a sentarse bajo los árboles que aún no habían sido talados, al costado de la iglesia. Pidió a un muchachito que le trajera el bolso que había dejado en la portería al llegar.

-Mucho me costó decidirme pero al final llegué a la conclusión de que esto es lo mejor que puedo hacer -dijo sacando el libro que Juan Antonio le obsequió en Trinidad-, aprecio mucho tu gesto, Juan Antonio, sé que el obsequio es muestra del afecto que sientes por mí... pero este libro debes tenerlo tú.

Juan Antonio no habló pero Damián pudo ver que su piel se erizaba y que tragaba con dificultad. Iba a decir algo pero Damián le detuvo con un gesto.

-No es que rechace tu homenaje, compléndelo... Al darme este libro me hiciste el regalo más significativo que he recibido en mi vida; permítame que yo también conozca esa clase de alegría.

-Amigo mío -dijo por fin Juan Antonio con la voz ronca, haciendo correr suavemente la punta de sus dedos sobre la cubierta del libro-. Te lo agradezco. Demostramos la grandeza de nuestro espíritu cuando pensamos en los demás...

-Es lo que hacemos siempre en nuestro «trabajo», ¿no es cierto?

-No siempre. Hay veces que no hacemos las cosas bien, Damián, que nos dejamos arrastrar por el ir y venir de las cosas, que no prestamos atención a lo que sucede a nuestro alrededor... Cuando volví de Trinidad, aquella vez que te fui a pedir por Jacinto, pongo como ejemplo, llegué intrigado por lo que dijiste y profundicé un poco más en ese caso... Conocí algunos detalles sugestivos.

Detalles sugestivos, se dijo apesadumbrado Damián, si no conociera bien a mi amigo diría que utiliza un eufemismo afrentoso.

-Pude enterarme de que Bernardino, al irse, ni siquiera llevó el dinero que les correspondía a él y a su madre; no lo retiró de la Administración. Llevó solamente algunos objetos personales... Es como si no hubiera querido llevarse el dinero, ni nada.

Damián ya lo sabía porque el padre Froilán unas horas antes se lo había contado, el dinero había sido destinado después para cubrir gastos de la Casa de Viudas y todo quedó en orden, lo que no se tuvo en cuenta y parecía no llamar la atención de nadie, pensó con tristeza, era el desengaño, la desoladora amargura, que había impulsado a Bernardino a

dejarlo todo y salir, escaparse, desaparecer, como si no quisiera conservar consigo nada que le recordara su vida en la Reducción.

-Una reacción desconcertante, por cierto -el hermano Grimau se acercó para dejar sobre la mesa una gran escuadra de madera-. A mí una vez me mostró el rastro que Rosa dejó en su espalda con el rebenque que llamaban «padre»... Fíjese qué llamativo: en sus tribus ellos no personalizan la figura del padre y sin embargo, con su incorporación a nuestra cultura, la adoptaron, y no habiendo padre lo inventaron... Y luego viene a hacer una cosa así.

-Cuánto tiene que haber sufrido -dijo Damián por lo bajo.

La imagen del pastor buscando la oveja centésima le persiguió con insistencia incluso después, en su larga vigilia insomne ya en Trinidad, y no podía apartarla de su mente, era un alma que teníamos ganada, se decía una y otra vez, un alma que estaba con nosotros y la dejamos ir.

- 28 -

José trabajó en su taller toda la jornada sumido en una melancolía que no lograba disipar, mucho tendría que ver, seguramente, la amargura que había causado a su amigo al decirle con franqueza su opinión sobre la tan desafortunada Asamblea que había convocado, pero precisamente por ser fiel a su amistad no se animó a fingirle una mentira.

Cuando Damián convocó la Asamblea, apenas recibida la noticia de la expulsión, José acunó una ilusión. Pero Damián después de dejar que brotara el fervor en los indios, el entusiasmo, la fuerza para encarar la defensa activa, había tenido la última palabra: todo estaba dispuesto para que la salida de los padres se hiciera sin resistencia.

-No veo bien lo que hiciste, Damián, perdóname.

-Lo hice tratando de despertar su firmeza, padre. Conseguí que hablaran, que expusieran sus pensamientos, sus ideas...

-Jugaste con ellos, hijo; sin quererlo, estoy seguro, te burlaste de sus sentimientos.

Federico había llegado desde la Olería al caer la tarde para charlar un rato con él y le miraba mesándose la barba de fuego, hay situaciones como ésta, se decía, que escapan a mi razonamiento.

-El problema radica en el punto de vista que elegimos, Federico. Podemos hacer las cosas con amor o podemos ordenarlas. Las recomendaciones que dio Damián a la Asamblea fueron órdenes, es idiota decir otra cosa... Más de un Superior que de un padre.

José descargó con fuerza el mazo sobre la cuña de madera que se introdujo chirriando entre las dos piezas del marco que estaba preparando y que así quedaron fuertemente unidas.

-No sé qué otra cosa podía hacer...

José le miró con ojos de toro bravo.

-¿No lo sabes, dices?, ¿no lo sabes? Lo primero que podía hacer era no burlarse del sentimiento de los indios, involuntariamente, por cierto, dejando que alentaran la esperanza de defendernos, sabedor como era de que no lo permitiría... -el martillazo que descargó era ya innecesario por cuanto la cuña estaba fuertemente encajada-. Lo segundo: no hacer esas recomendaciones ambiguas: «Hijo, eres feliz viviendo con nosotros pero he aquí que vienen y nos separan de tu lado; tú debes seguir viviendo feliz y contento, como si nada hubiera pasado, lejos de nosotros». Lejos de nosotros -repitió mientras llevaba el marco para recostarlo contra la pared.

-El padre Damián lo explicó muy bien; no tiene alternativas.

-¿Que no las tiene, dices? -José se acercó blandiendo el mazo como si tuviera el peso de un tenedor-. ¿Que no las tiene? Deja que nos autorice a prepararnos y verás cómo no hay fuerza que pueda vencer nuestra defensa... ¿Cuánta gente vive hoy en las Reducciones, Federico? ¿Cien mil? Cien mil hombres, mujeres y niños que serán otros tantos soldados para defender nuestras Ciudades... Y no habrá Gobernador, ni Rey, que pueda derrotarnos.

-Esa es una de las acusaciones que nos hacen los que nos detractan -dijo Damián entrando al taller ante la sorpresa de los dos. José titubeó pero estaba muy encendido.

-Sólo defenderíamos lo que es nuestro, padre.

-¿Lo nuestro? La Provincia dentro de la otra Provincia, dicen que queremos hacer, el reino dentro del otro reino... ¿Podemos nosotros, que oponiéndonos a los Vecinos, defendimos el principio de la Autoridad que deviene de Dios, alzarnos ante una decisión del Rey? No es justo lo que hace Su Majestad, lo sabe usted, lo sé yo... pero lo cierto es que tiene derecho a expulsarnos de su reino...

José miró a su amigo y le notó cansado, como si estuviera abrumado por una carga superior a sus fuerzas y, lo que más le dolió, triste. Pronto Federico se había excusado alejándose para dejarlos solos y ahora los dos caminaban atravesando la plaza hacia el comedor.

Habían hablado bastante y José estaba más calmado, si bien por momentos la rabia y la impotencia volvían a encenderlo con unas llamaradas parecidas a la que tanto había asustado al pobre Federico, y lo que más le preocupaba era esa indiferencia distante que observaba en Damián, debía ser muy grande su sufrimiento para postrarlo así.

-Lo que más siento de todo esto es que te haya tocado a ti, amigo mío... hubiera preferido que no fueras tú quien debe tomar todas estas decisiones, soportar esta situación que te está consumiendo...

-Tuve que apurar un trago amargo, padre, y me llegué a sentir abandonado por Dios... abandonado a mis fuerzas, desesperanzado, vencido... Pero la Luz de su Espíritu alumbró por fin mi pensamiento -sonrió y tomó a su amigo por el brazo, deteniéndolo antes de subir las gradas del comedor-. Por mí no debe preocuparse, viejo amigo. Me siento en paz.

José le miró con curiosidad. La claridad que escapaba por las ventanas abiertas del comedor los bañaba con una luminosidad difusa y trató de descubrir indicios en el rostro del Superior.

-No logro entenderte, muchacho... Presiento que es algo importante lo que me quieres decir.

-Estoy en paz. Comprendí por fin mi realidad humana suspendida, no sé si esa es la palabra apropiada, entre el cielo y la tierra, entre su gran poder y su despiadada miseria. Y la acepté. Mi orgullo fue postreramente vencido por la Luz. Conseguí entregarme, padre José, entregarme sin condiciones a las manos de Dios...

José sintió el corazón apretado en la garganta.

-No me hablas de victoria, hijo, sino de resignación, y eso me entristece.

-Resignación o victoria, ¿qué más da? No fue sencillo, padre, oh por Dios, en verdad no fue fácil... Muchas veces, y aún sin haberlo aceptado concientemente lo enseñé, con la inocente irresponsabilidad que nos induce nuestra fe, sabiendo que las cosas deben ser así, es más, que son así, pero sin llegar a sentir las de esa manera... Me amparé en nuestra Santa Madre la Iglesia, y me fortalecí con las Normas de nuestra Compañía, por primera vez con plena y aceptada conciencia, sabiendo que siempre estuvieron a mi alcance pero que nunca las asimilé... El hombre, querido amigo, no es más que un elemento al servicio de los planes de Dios.

-Que nos ama.

-Me costó mucho aceptarlo. Ahora, despojado de toda apetencia personal, de cualquier deseo, de toda ilusión, pude aceptarlo. Despojándome de todo es como di cabida a la riqueza... Oh ñudo que así juntáis dos cosas tan desiguales, dijo Teresa de Ávila, unido fuerza dais a tomar por bien los males...

José no se animó a replicar, hay algo que no está bien, pensó, aunque así deben ser las cosas, pero, ¿deben ser las cosas así?

Durante la noche repentinamente el viento cambió y comenzaron a subir desde el poniente unas nubes rosadas. Antes de clarear el cielo estaba totalmente cubierto y el aire era pesado, hacía mucho calor y los ruidos más mínimos se escuchaban desde muy lejos con toda claridad.

Los caballos se agitaban nerviosamente y el centinela con la piel gomosa de sudor iba y venía maldiciendo a media voz el clima húmedo, los mosquitos enervados y ardiendo picazón, el calor, y a la misma madre del señor Gobernador que parió al hijo de puta que lo envió a esta misión desgraciada.

Apuradamente trajinaban los hombres montando el entoldado alrededor de la carreta. Los olores del monte se encendían en oleadas y las hojas giraban el envés hacia arriba presintiendo el agua. Con un malhumor reprimido a duras penas Gracián controlaba el trabajo de la tropa, no era una perspectiva agradable detener la marcha por quién sabía cuántos días, pero tampoco era prudente caminar en esas condiciones.

Por fin los cielos se abrieron y se descargó una lluvia torrencial.

Bernardino volaba de fiebre. Casiano le arropó con su manta cuando vio que se encogía tiritando.

-Es una de las malditas fiebres de este país maldito -dijo Julio desde lo alto de sus larguísimas piernas y Bernardino lo escuchó desde muy lejos, cuando las palabras retumbaron adentro de su cabeza.

El anó negro de plumaje brillante se posó en la horqueta y lo miró fijamente con sus ojos encendidos. Nerviosamente agitó sus plumas y se desprendieron unas gotas salpicándolo todo, no es agua de lluvia, observó Bernardino con preocupación, es agua hirviendo, el anó salpicó agua hirviendo sobre todos y nadie se dio cuenta, nadie ve esos ojitos colorados de la iglesia que se mueven y mueven, cientos, cientos, muchos ojitos nerviosos y brillantes.

-Está delirando, señor Julio... tiene visiones raras, dice cosas que no se entienden...

-¿Y qué carajo quieres que haya yo? Afortunadamente para él hoy no nos movemos -buscó en un bolsillo de su equipaje y extrajo un puñado de semillas de sandía que le entregó a Casiano-. Hazle un hervido y que se lo beba; sudará.

El líquido hirviente pasó por la garganta del enfermo y sus ojos se entrecerraron, gracias, amigo Casiano, hermano, tu brazo en mi nuca me protege del mal... ¿no ves, Salustiana, cómo mi hermano me cuida? aunque estemos entre los hombres de carne blanca que parece derretirse me cuida, ay Salustiana, cómo nos reíamos en la bahía después de acostarnos en la arena, yo te lavaba para limpiarte y te hacía cosquillas... y después te sumergías en esa agua linda, que no era negra como ésta que ahora sube por la barranca, que sube y ya me alcanza los pies, mis piernas despiden humo y hacen ruido al mojarse, como las herraduras calientes del Hermano Carrero cuando las mete en la barrica llena de agua, el Caañabé nos va a tragar a todos, es un agua de barro que chupa y traga, y yo

desnudo cruzándolo solo, siento que se agarra de mi cosa y que trata de llevarme hacia atrás, no me deja avanzar, «mi padre» está adentro del bolso colgado de mi cabeza, y el peine de hueso de mamá, la lengua gomosa me envuelve las piernas y una boca de barro, negra, honda, cierra y aprieta sus labios alrededor de mi cintura, no podré volver nunca a Trinidad porque el Caañabé me traga, no nos vamos a ver nunca más, Casiano amigo, allá donde el arroyo hace un recodo y las aguas se acomodan como la carne de una mujer gorda me voy a hundir y voy a dar vueltas y vueltas sobre mí por siempre, o hasta que me meta en el barro y me convierta en raíz, hasta que pueda salir otra vez, convertido en hoja, para sentir el aire, para ver cómo brilla el sol, Feliciano se equivocó, el daño me vino del agua, quién iba a decirlo, no tendrás que hacer retirar otro muerto de tu barraca, don Venancio, te ganó el Caañabé, las hojas de tabaco bien secas son un colchón caliente cuando te acuestas, Salustiana, y hacen cri-cri, me miras sonriendo porque mi pecho sube y baja y las manos me tiemblan de ganas de tocarte, veo que allí no tienes pelos, no, solamente hojas de tabaco que se mueven entre tus piernas abiertas, debajo de tu ombligo, de un lado a otro, alegremente, como las hojas del pindó carái el Domingo de Ramos, cuando el sol las hace brillar como si fueran de oro, el sol está todavía tan bajo que alumbra todo de costado mientras Jesús se pasea subido en su burrito recorriendo la plaza antes de acercarse a la iglesia, mientras nosotros cantamos hosanna, ¡hosanna!, es tan hermoso, Casiano amigo... en toda esa Semana, después, no hierven las ollas de teñido y es la única época del año que las columnitas de humo desaparecen, pero no creas, no desaparecen del todo, cuando de repente miras de reojo sin que se note las ves, subiendo lentamente sin que nadie sepa de dónde salen, de dónde salen, ña Domí, le decíamos a la vieja por las chipas que colgaban de las tacuaras del Calvario que preparaba los Jueves Santos, nadie lo sabe, nos respondía risueña y misteriosa, aparecen aquí de repente y son los adornos de la cruz alabada, ¿podemos comer una?, le pedíamos, una argolla solamente... o ese yacaré con la boca abierta, ¿esa paloma...?, ninguna, ninguna, y ya no sonreía, recién se pueden comer el Sábado de Gloria cuando se adora la cruz, y todos los mitaí nos quedábamos nerviosos y queriendo que el tiempo pasara más rápido, no podíamos ni siquiera correr, para no pisarle a Jesús, ni podíamos gritar, para no hacerle doler, y al atardecer en el Calvario, hacia un costado, la oscuridad se agujereaba con los farolitos de los estacioneros que durante toda la noche visitaban los Calvarios cantando: el vierne oicó iñentierro... Sábado cantar la Gloria... ojheyá la cru al mundo... al hombre para memoria... Y después gritaban más fuerte: Esa cru desalasaáa... y los mitaíles mirábamos cuando se alejaban con sus uniformes todos blancos y un adorno morado, o azul, o del color de la sangre...

-Parece que le hizo bien el hervido, señor Julio; ya no se remueve como un loco... duerme tranquilo.

-Menos mal. Lo único que nos faltaba era cargar con un enfermo.

Qué cosa, pensó Casiano, tiene vergüenza de preocuparse por un indio.

Cuando despertó, Bernardino miró extrañado alrededor sin saber en dónde estaba, tenía el cuerpo empapado de sudor y la boca seca. Cerca de él dormía Casiano, el cielo hacia el oriente comenzaba a ponerse gris y los árboles se iban convirtiendo en enormes montañas infladas.

Vio sus ropas colgadas de un palo y se levantó tambaleando. Se vistió sin lavarse porque no se animó a bajar hasta el agua. Tenía el estómago vacío y la barriga le dolía de hambre.

Vio al boyero que se trajinaba al lado de la fogata con la olla de mate cocido que ya comenzaba a humear. Se acercó caminando inseguro, con la cabeza abombada, como si anduviera pisando nubes.

-Resucitaste, Bernardino.

-Creí que no me iba a despertar más...

-Llovía y llovía y llegaste a asustarnos... Tu amigo estaba preocupado: no sé qué cosas tontas decías de un pájaro negro, dale que dale con el pájaro negro, y no sé qué de los ojos brillantes de una iglesia... -la risa del boyero fue como un estertor nacido en su panza inmensa- los ojos de una iglesia, qué joder... una y otra vez con aquello de los ojos brillantes... ah, y de una boca de fuego que chupa y chupa... Casiano creyó que te estabas volviendo loco, y nosotros también, desde luego... Hasta el señor Julio se acercó muchas veces para ver cómo andabas...

-¿El señor Julio?

-Y el Capitán.

Qué raro, pensó Bernardino pero no habló. El boyero le sirvió un tazón de mate cocido con mucha miel y lo bebió sintiendo la caricia del líquido en la garganta y después la explosión cálida en su estómago.

Cuando el sol estuvo bien alto la columna se puso en marcha. Grandes charcos escondidos bajo la hierba entorpecían el desplazamiento de la pesada carreta y una y otra vez los hombres debieron amontonarse en sus costados para empujarla, cuando los bueyes no conseguían sacarla del atascamiento. El calor húmedo era una cortina pesada que enervaba los ánimos y el Capitán Villate iba y venía desde la cabecera hasta el final de la fila hostigando a los hombres, la lluvia les había atrasado bastante y este andar dificultoso los atrasaría aun más.

Julio cabalgaba pensativo y taciturno en la cabecera sin prestar atención a los avatares de la marcha.

Al llegar el mediodía no habían avanzado más de media legua escasa y los hombres estaban extenuados, el sol era como una maldición, taladrándolo todo con sus rayos abrasadores y tornando irrespirable el aire saturado de humedad. Las hojas de las plantas, de un verde tan intenso que resultaba agresivo, parecían aplastadas bajo el peso del sol y la tierra saturada de agua despedía un vaho de acentuados olores mezclados.

Promediaban el ascenso del cuenco que bordea el Caañabé cuando Gracián decidió que era más prudente hacer un alto para reponer energías, las horas de la siesta serían un verdadero tormento ascendiendo esa cuesta que parecía sin fin.

Acamparon y los hombres buscaron apresuradamente el consuelo de la sombra de los árboles.

Bernardino se acostó en el pasto respirando profundamente, se sentía bien pero la fiebre le había dejado la cabeza abombada, encima de sus ojos la copa del árbol era como un fresco túnel sombreado que iba subiendo y repartiéndose en muchos otros túneles, que se abrían a su vez en muchas puntas hasta perderse por fin en el follaje.

-Llegaste a asustarnos -dijo Julio muy cerca de él.

Bernardino bajó los ojos y se sobresaltó al verlo sentado a su lado, quiso incorporarse pero Julio le detuvo con un gesto. Se sintió incómodo, de reojo vio la mirada curiosa de Casiano que estaba un poco retirado.

-¿Te sientes mejor?

-Sí, señor, ya estoy bien.

-Ah, Bernardino, Bernardino... mi padre no me hubiera perdonado si algo te llegaba a suceder... Él te aprecia mucho, lo sabes.

-Sí, señor; el señor Venancio es muy bueno con todos nosotros.

-Principalmente contigo, Bernardino, no lo olvides... -Julio dio una chupada a su cigarro, con los ojos perdidos en la lejanía-. Tú eres en nuestra casa como uno más de la familia... por cierto, ¿tienes algún pariente en las Reducciones?

-No, señor -mintió sin saber por qué-, mi mamá ya se murió y no tengo a nadie más allí.

-Di, Bernardino -dijo Julio como asaltado repentinamente por una idea-, ¿es cierto que los picaportes de la iglesia de Trinidad son de oro macizo?

Bernardino se sorprendió.

-No, señor.

-Ajá -Julio sonreía-. Quiere decir que nunca estuviste en Trinidad pero conoces su iglesia.

-Yo no conozco esa iglesia, señor, pero no creo que sea como usted dice... en ningún pueblo que yo conozco es así.

-Desde luego, ya me parecía -Julio volvió a lucir amigable-, es otra de las historias que la gente inventa... ¿no quieres un cigarro?

Con mucho gusto Bernardino lo habría aceptado pero no lo hizo, no podía dejar de sentirse asustado.

-¿Tanto daño te hicieron los jesuitas, que los odias de esta manera?

-¿Yo?, yo no les odio...

-No les odias pero vienes como voluntario para echarlos.

-No es por eso -Bernardino no lograba encontrar las palabras- yo tengo que hacer una cosa allí, señor Julio, y por eso vine.

Julio lo miró un momento por encima del humo de su cigarro y el indio notó que sus labios se estiraban en una sonrisa que no le gustó.

-Es lo que yo me imaginaba, pequeño sinvergüenza- con el rabillo del ojo Julio vio que el Capitán se acercaba y no quiso que supiera de qué estaba hablando con el indio-. Algo me dice que tú vienes por un motivo muy parecido al mío... ya volveremos a hablar.

Bernardino miró cómo se alejaba haciéndose el desentendido y vio también cómo Gracián le alcanzaba y le hablaba acaloradamente, como si le estuviera amenazando o tal vez no fuera nada de eso, como le dijo después Casiano, cuando por fin pudieron conversar al reemprender la marcha, no vayas a creer que entre ellos puede haber problemas por nosotros, nunca va a haber problemas entre ellos por ninguno de nosotros, le dijo, nunca.

- 30 -

El Superior de Jesús llegó a Trinidad en compañía del hermano Grimau al caer la tarde. Desmontó apresuradamente y sin esperar al Hermano fue al encuentro de Damián que salió a recibirles.

-Padre Damián, ¿es cierto...?

-Lo es, padre.

-Dios se apiade de nosotros... ¿Cuándo será eso?

-No lo sé exactamente. El mensajero que llegó desde Asunción me informó de que estaban reclutando voluntarios para venir.

-¿Voluntarios?

-Lo hacen todo muy calladamente, pero la verdad es que forman una tropa para sacarnos... Días más, días menos, nuestras horas aquí están contadas.

Para Froilán fue la confirmación de una verdad que, en el fondo de su ánimo, abrigó la esperanza de que no fuera cierta, y el impacto le dejó anonadado.

Ese mismo espíritu de desoladora tristeza es el que observó en sus compañeros durante la cena y fue un acicate para Damián, que trató de levantarles los ánimos, aunque nos sintamos golpeados y desprotegidos es mucho el trabajo que hay por hacer, les dijo, el corto tiempo que nos queda debe ser suficiente para organizar la continuidad de estas poblaciones.

Luego caminó con el padre Froilán por la angosta vereda que bordeaba la casa de los padres dirigiéndose al templo; en el otro extremo de la plaza habían indios conversando, y entre ellos algunos sacerdotes.

-Hay un estado de incertidumbre que flota en el ambiente -comentó Damián cuando subían las gradas del atrio.

Froilán se detuvo frente a la puerta y le encaró.

-Yo también tengo miedo, Damián. No quiero aceptarlo y me recrimino constantemente pero tengo miedo. Veo que todos los caminos están cerrados.

Damián iba a replicar pero se contuvo, no tuvo valor, «...no sea que se vuelvan y os destrocen», recordó y patéticamente comprobó el alcance dolorosamente corto de su fe.

-Entremos a orar, padre...

Al día siguiente, desde temprano trabajaron hasta bien entrada la mañana en el despacho de Damián.

-No sé qué tipo de administración harán los representantes del Gobernador -dijo-, pero yo dejaré a las Autoridades tal y como venían funcionando.

Su amigo le escuchaba pero no parecía prestarle demasiada atención o es solamente, se dijo Damián observándole con disimulo, que todavía no logró sobreponerse.

-Temo a los vecinos de Asunción, Damián... Nos odian.

Damián cerró el Libro de Cuentas que tenía en la mano, algo contrariado, y lo miró.

-No veo la razón de lo que dices.

-Nunca nos quisieron... El hecho de que el Rey nos protegiera de ellos despertó un resentimiento que fue incrementándose al pasar de los años, aquello de que ningún español pisara estas tierras, digo.

-Que los españoles no entren aquí... ¿acaso muchos de nosotros no lo somos?

Froilán le miró sorprendido: lo que menos esperaba en ese momento era un toque de humor.

-Sabes a qué me refiero.

-Desde luego que lo sé -Damián suspiró-. Pero no todo es tan terrible como lo estás temiendo. Entre los vecinos de Asunción hay mucha gente buena, tan buena como lo mejor de nosotros. Y quizás mejores. Pero sí, sé a qué te refieres: los caminos de los hombres son enrevesados, con razón o sin ella nos miran mal. La nuestra es, en esencia, una Provincia dentro de la otra Provincia, Froilán -sin darse cuenta bajó la voz-. Mal que nos pese, es un reino dentro del otro reino... Que la motivación final de nuestros afanes no sea el Poder Absoluto, tal como nos acusan, es algo que nosotros sabemos, porque sabemos que son otros nuestros intereses, pero ellos no lo saben, o hacen ver que no lo saben, que viene a ser lo mismo.

-Es repudiable.

Damián sonrió asintiendo.

-Hay, además, un agravante: son muy poderosas, las ciudades de Dios... y peligrosas.

-¿Peligrosas?

-Así lo creen.

Froilán se removió impaciente.

-Y por si todo fuera poco, la posición que tomó la Compañía de Jesús cuando el levantamiento de los Comuneros no contribuyó precisamente para hacernos más queridos entre los vecinos...

-Esto que hoy nos sucede no es cosa de vecinos... En esta expulsión no tienen nada que ver el pueblo ni las autoridades de acá... esto viene de la península; y quizás ni tan siquiera de allí. Es probable que los hilos sean manejados por intereses más lejanos.

-Lo que quieras, Damián -le cortó impaciente-; todos los razonamientos que quieras exponer pueden ser valederos, pero los vecinos a los que me refiero son el pueblo, el pueblo, gente que no entiende, ni se interesa en dirimir, razones políticas o filosóficas, gente a la que sólo le importa vivir bien o mal, juntar riquezas, etcétera. Y debes estar de acuerdo conmigo en que la vida de las Reducciones con toda seguridad enciende de envidia los ánimos de muchos vecinos... ¿Qué secreta alianza y prebendarismo hicieron posible semejante progreso?, se preguntarán, ¿cómo nuestra esforzada vida, sujeta a tantos impuestos y cargas, se aleja cada vez más de las delicias de esa vida regalada?, y te aseguro que la explicación de esta diferencia jamás pasará por el trabajo, o por la organización...

Damián caminó hasta la ventana y su amigo se acercó también, el día era clarísimo y una brisa tranquila del este rizaba el pasto de la plaza una vez más salpicado de liriecitos

blancos, esta es la mejor época del año, pensó Damián con melancolía, qué difícil me será abandonar este mundo mío.

-En un momento dado llegué a asustar a nuestros hermanos -dijo sonriendo-, porque no entendieron qué hacía yo soliviantando el ánimo de los indios.

-¿Soliviantando?

-Eso dijeron. Cuando me puse a indagar el pensamiento de nuestros indios asusté a mis hermanos...

-Pude saber algo de eso.

-La ausencia de secretos es una de nuestras costumbres.

Froilán sonrió, disculpándose.

-Presentías que esto iba a suceder.

-Responderte, sin más, que sí, podría recortar el alcance de mi cometido, pero sí, en gran parte puede haber sido provocado por el temor de que alguna vez llegara a suceder una cosa así... Pero en realidad lo hice para tranquilizarme, sin anticipar nada de lo que podría llegar a suceder, para sentirme un poco más seguro sabiendo con certeza hasta qué punto había prendido la semilla que sembramos, creo que me entiendes...

-Sí.

Damián cerró los ojos fuertemente tratando de descargar la tensión.

-Es posible también que haya sentido este desenlace. Desde un principio molestamos a demasiada gente, los resentimientos que despertamos al poner cuña en estas tierras hicieron eclosión, así como lo recordaste, con las concesiones reales de 1640. No solamente vinimos a rescatar a los indios de un futuro sin redención, sino que además el Rey nos protegió para hacerlo. Así emprendimos esta marcha paralela, dolorosamente diferente, que fue profundizando la brecha que surgió entre nosotros y el resto de la población de la Provincia... -Damián apoyó la frente contra el marco de la ventana-. Aun así, te confieso, siempre abrigué la esperanza de que ganaríamos.

-Esta debe ser una cuestión meramente administrativa, creo yo -Froilán intentó un entusiasmo que no sentía- algo sin fundamento firme, estoy seguro... Estoy seguro también de que cuando Su Santidad participe activamente y con todas sus influencias en este problema, el desencuentro que ahora nos preocupa no será más que un recuerdo amargo... No va a permitir, el Papa, este injusto juego de intereses...

Damián sonrió entornando los ojos.

-Recuerdo que una siesta, en el jardín de los alhelíes, el padre José me dijo, respondiendo a no sé qué palabras mías: hay cosas que es mejor no decir las. Eso mismo te digo ahora, Froilán, amigo.

Froilán no quiso admitir que fuera cierto lo que su amigo dejaba entender con sus palabras, muchas cosas en las que creyó firmemente se ponían a tambalear y permaneció callado, compartiendo un silencio embarazoso.

- 31 -

La carreta se detuvo por fin donde rompía la pendiente, las sombras se habían hecho bastante espesas y era peligroso caminar en la oscuridad. El cielo celeste diluido se iba volviendo gris y sobre el horizonte todavía radiante comenzó a resaltar gloriosamente el lucero de la tarde.

-Tenemos problemas, señor -dijo el boyero al bajar del pescante, friccionándose las nalgas, patán maleducado, pensó Gracián-, estamos casi sin provisiones.

-La Estancia de la Compañía está todavía cerca -Julio habló seriamente pero a Gracián no le gustó el tono de su voz-. Podemos volver y requisar un animal, o más, en nombre de la Gobernación... ¿Sabes si hay cerca de aquí algún retiro? -preguntó a Bernardino más tarde.

-No, señor; yo nunca llegué hasta aquí.

Julio lo miró con fijeza sintiendo que la sangre comenzaba a hervir en sus venas, más irritado aun por la sonrisa irónica que descubrió en Gracián que un poco retirado escuchaba la conversación.

-Estás comenzando a cansarme, tú -dijo entre dientes-. Nunca sabes nada, nunca respondes las preguntas que te hacemos, nunca entiendes nada de nada... ah, qué maldita clase de gente... ni la vida en las Ciudades mejora a estos salvajes...

Se alejó nervioso y Gracián soltó una carcajada.

Bernardino lo miró alejarse y cuidó de que no se moviera ningún músculo de su cara, ni siquiera vinieron a verle a Feliciano cuando escupió sangre en los fardos de tabaco, pensó.

-¿Qué te traes con el indio, Julio? -le preguntó Gracián de sopetón al día siguiente, cuando encabezaban la caravana que se había movilizó muy tarde, recién después de faenar el animal requisado y comer.

-No sé a qué te refieres.

-Sabes muy bien a qué me refiero. Siempre estás en conversaciones con ese indio escapado de las reducciones, no lo dejas ni a sol ni a sombra, ¿qué buscas?

-Por favor, Gracián, amigo... esta indagación imprudente me resulta casi afrentosa... -rió y el Capitán percibió un dejo burlón que le enervó-. Deben ser sólo coincidencias, ¿qué podría necesitar yo de un indio, encomendado de mi padre?

-No lo sé. Pero si por casualidad se te ocurre planear algo que no sea muy claro, ten presente que no voy a permitirlo, esta tropa está bajo mi mando y no voy a permitir actos de vandalismo.

-Vandalismo, por favor, vandalismo... Me ofendes, Gracián; no olvides que me alisté voluntario por mi alto espíritu de colaboración, como muy bien lo expresara el Gobernador al agradecermelo y al agradecersele a mi padre... ¿cómo puedes herirme de esa forma?

Gracián comprendió el alcance de sus palabras (las relaciones personales eran determinantes en el reducido ambiente de Asunción) y prefirió no seguir hablando sobre el tema porque, además, Julio colaboraba con él en el manejo de la tropa y prefería tenerlo a su favor.

Muy temprano esa mañana Julio y dos hombres, montando los caballos de refuerzo, habían retrocedido hasta la Estancia de Paraguari y volvieron hacia las ocho trayendo una vaquillona enlazada.

El boyero sacrificó el animal y mientras en la olla humeante se hervían las tripas gordas, la regolladura, los chinchulines, el mondongo y otras vísceras más con abundantes verduras, cuatro hombres cortaban la carne en láminas delgadas que iban encimando con sal gruesa entre medio en unas grandes cajas de madera que tenían el fondo y los costados agujereados para que pudiera drenar y ventilarse la carne hasta que estuviera curada.

-El caldo avá es lo mejor que hay para la energía -dijo el boyero, con los brazos ensangrentados hasta el codo, removiendo el caldo con una larga espátula de madera-. Después de tomarlo no te puedes bajar el pito ni siquiera con las dos manos...

Los hombres soltaron una carcajada ruidosa, el ambiente era relajado y festivo, la posibilidad de comer alimentos frescos levantaba el entusiasmo de todos.

-Qué lástima que Salustiana se quedó en Asunción -bromeó después Bernardino mientras tomaba la caliente sopa oscura.

-No te preocupes por eso, muchacho -dijo Julio a sus espaldas- verás que encontramos la forma de solucionar este problema... Muchas mujeres de estos pueblos quedarán maravilladas de los efectos de este caldo portentoso...

Casiano se asustó porque tampoco él se había dado cuenta de que el español estaba tan cerca de ellos y de puro nervioso soltó una carcajada y Bernardino, por no saber qué hacer, también rió.

-Ah, muchacho, vamos a hacer grandes cosas en estos pueblos... -dijo Julio contento, evidentemente estaba venciendo la resistencia del indio y fue precisamente en ese momento que Gracián le vio.

-No deseo herirte de ninguna forma -dijo poniendo su cabalgadura a un costado para que pasara el resto de la formación, invitando a Julio con un gesto para que se le pareara-, sólo quiero prevenirte... No me gusta lo que estoy haciendo, me conoces bien y lo sabes; pero sabes también que trataré de cumplir mi obligación de la mejor manera...

-Gracián, amigo, estás muy ceremonioso... ¿a qué viene esto?

-Me desagrada tu trato camandulero con los indios... es algo que no te cuadra.

-Y me ofendes.

-No quise hacerlo, pero es muy grande la responsabilidad que me dieron y te aseguro que la voy a cumplir bien, cueste lo que cueste. Pueden estar tranquilos mi padre, mi abuelo, y en conjunto todos los puñeteros descendientes que alguna vez ostentarán nuestro orgulloso nombre.

- 32 -

Federico caminó lentamente por la nave principal hacia el crucero y en la iglesia desierta sus pasos sonaron afelpados, mezclándose las resonancias devueltas por los recovecos laterales y por las bóvedas elevadas que el humo y el polvo habían sombreado, haciendo resaltar la exquisita textura de las losetas cerámicas.

Se paró debajo de la cúpula y sus ojos recorrieron la magnífica presencia espacial, es curioso, se dijo, cómo una y otra vez me emociono en la contemplación de esta obra.

-Si escucha eso Juan Antonio una vez más recordará a San Juan Crisóstomo -recordó que una vez había bromeado Damián cuando él lo comentó en la mesa del desayuno.

-La sensación de plenitud y acomodo que experimentas es por la voz vibrante que nos hacen oír las proporciones... Las proporciones son la manifestación del Orden que existe en el universo -había dicho Juan Antonio sin hacerse eco de la broma.

-Deberías aprender a callar a tiempo...

-Este ordenamiento debe manifestarse en el templo porque el templo es Palacio de Dios y Corte de sus Ángeles -miró a Damián-, como dijo San Juan Crisóstomo.

La Corte de sus Ángeles, se repitió ahora Federico paseando sus ojos extasiados por el friso de los Angelitos Músicos, esa ingenua decoración tan simpática que era todo un canto

de alegría, manifestación de la tranquila felicidad del hombre que sirve a Dios con alegría, oh, qué difícil resulta a veces superar la rigidez dogmática y avanzar creciendo hasta la simplicidad, pensó, cuántas veces nos alejamos de la felicidad sencilla que brota de los espíritus puros. Cuánto nos dolerá abandonar este lugar que tanto amamos, cuánto abandonar a estos queridos hijos nuestros...

El relumbre de las velas que ardían ante el Sagrario reflejaba pequeños temblores en las piernas gorditas, en los redondeados cachetes y los angelitos parecían respirar, o era como si décimas de segundo antes de que la mirada se posara en ellos, hubieran cambiado de posición, imperceptiblemente.

Por encima del friso el muro se veía firme, rematado por una gruesa moldura que servía de asiento a la bóveda de losetas cerámicas, sus amadas losetas de barro cocido. En este momento de incertidumbre cruel ante la partida inminente, le reconfortaba la seguridad del templo, ciertamente la Ciudad toda era obra conseguida por ellos, pero era en el templo donde percibía más claramente su impronta y donde se sentía más protegido.

Sus ojos gozaron recorriendo la moldura superior y al llegar a la esquina del fondo, detrás del retablo principal, se elevaron siguiendo la elegante curvatura de la bóveda.

De pronto una punzada de terror atenazó su estómago: en el espacio de muro visible detrás del entablonado vio una rajadura que, iniciándose en la misma moldura que servía de apoyo a la bóveda (si bien la moldura misma estaba todavía muy poco desplazada), se ensanchaba en el paño de mampostería. La profusamente decorada placa del retablo impedía determinar exactamente la extensión y gravedad de la rajadura, que se perdía detrás del entablonado.

¡Los muros no resisten el empuje lateral de la bóveda!, pensó aterrizado, la cubierta es demasiado pesada...

Por su mente en un momento desfilaron las imágenes de la hazaña

que había sido transportar las tejas desde la Olería hasta la plaza a través del ondulante gusano, el gusano que cantaba incansable, renovándose constantemente y cantando, cantando, cantando... el gusano que había trepado por la fachada y se había repartido en crestas movedizas encima de la nave y los cruceros, el padre Roque no quiso escucharme, se dijo desesperado, no quiso escucharme, yo le dije que era arriesgado subir tejas tan pesadas.

Cuando Damián se enteró no pudo dominarse y se dejó ganar por el pánico. Dispuso que esa misma tarde viajara Felipe hasta Jesús para buscar al hermano Grimau, porque sabía que Juan Antonio no estaba.

-No me gusta nada, padre -le dijo al día siguiente Grimau agotado por el esfuerzo de revisar cuantos recovecos le fue posible controlar, sin siquiera haberse dado tiempo para reponer energías luego de la larga cabalgata-. Aunque todo parece indicar que por el

momento la situación no es extremadamente grave, son síntomas que deben ser atendidos a tiempo; un descuido puede resultar catastrófico.

-Hace tres días salió de Asunción la tropa que viene a desalojarnos de aquí -dijo Damián avergonzado-. No debí hacer lo que hice. Humildemente le pido perdón, hermano, por haberle incomodado sin necesidad con este viaje cansador... no debí hacerlo. Ya no nos queda tiempo para nada, hermano, no podemos encarar ningún trabajo; no debí dejarme ganar por la angustia ocasionándole esta molestia innecesaria...

-No se preocupe por mí, padre, que eso es lo menos importante. Me habría agrado tranquilizarle diciéndole que la rajadura no es peligrosa pero no puedo porque no es así, por Dios que no lo es... Esa rajadura es producida por un empuje lateral que origina la cubierta y que no alcanza a ser absorbida por el muro... Me temo que si no se arbitra alguna solución en corto tiempo estos problemas se pueden multiplicar. Una solución encarada ahora puede no resultar muy difícil, pero si no se encara prontamente, los problemas se multiplicarán y la iglesia puede llegar a derrumbarse.

Afuera del despacho de Damián la noche iba ganando todos los espacios, los aromas del monte llegaban hasta ellos acentuados en la brisa y adentro la llamita del candil se agitaba suavemente haciendo mover las sombras sobre los muros de piedra.

Damián se levantó y cerró el cartapacio con papeles de la Administración que había estado estudiando.

-Esa es la razón del pesar que siento por haberle hecho venir... No nos queda tiempo, hermano, no nos queda tiempo para encarar nada... Tal como están las cosas, me temo que no es la iglesia lo único que se derrumbará en nuestros Pueblos, Dios no lo quiera...

Al otro día, apenas despidió a los niños al terminar la Doctrina, fue a sentarse en un banco del fondo, frente al Purgatorio, en el enorme templo silencioso.

Luchando por mantener la tranquilidad dispuso seguir en la Ciudad un comportamiento ordenado: hacerlo todo como si no supieran que desde Asunción se acercaba la tropa que venía a expulsarlos, pensó que sería mejor para todos una tranquila resignación antes que el pánico desordenado.

Pero había momentos terribles como éste, cuando la tristeza era más fuerte que su voluntad y recriminaba a Dios sus inentendibles designios. Era entonces cuando su ánimo desfallecía en la desesperanza.

Cerró los ojos sintiendo un nudo en la garganta. En el fondo de su alma se encendió una llamarada de rebelión, ¿dónde está la misericordia de Dios?, se dijo, ¿dónde están Su poder y Su gloria?, infantiles mentiras inventadas para encontrar consuelo... Recordó cómo cantaban, con el corazón encendido de amor y admiración, con la música gloriosa del padre Zipoli al Dios que debilita a los enemigos y los dispersa, dispersit, decían fortalecidos por la confianza, dispersit, dispersit... no era capaz de encontrar en esta situación injusta a ese Dios bueno y poderoso, el Dios de Isaías, la roca poderosa... sólo alcanzaba a ver a un Dios

poderoso e indiferente que escuchaba sin responder el clamor de los hombres... o no los escuchaba.

Por sus mejillas corrieron lágrimas calientes y vio, entre brillos, la imagen de la Trinidad en el altar, vio la cruz del Hijo agonizante, los abiertos brazos del padre, el Espíritu presente, vio «... esas manos y esos pies abiertos con clavos de doloroso Amor...» y un sollozo le desgarró el pecho, perdón, padre mío, rezó, no es justo que piense lo que estoy pensando, me dejo cubrir por la negra sombra de la Bestia, me arrastran los vientos de tormenta, pienso que mi Señor duerme en la barca sin acordarse de mí... La negra sombra de la Bestia, la negra sombra de la Bestia con sus pequeñas chirriantes patitas de cerdo, ¡Vete, Satanás!, susurró con la respiración anhelante, vete, Satanás...

Recostado contra el respaldo del banco sus ojos se perdieron en el cielo oscuro de la bóveda. Los recuerdos se le agolparon y se vio cuando llegó a la Reducción de Trinidad siendo un jovencito lleno de optimismo, lleno de vida y esperanzas, cuando todavía el dolor del desarraigo no había adquirido verdadera conciencia en su ser y era más un sufrir tumultuoso que esa serena y aceptada melancolía contra la cual después debió luchar y a la cual logró sobreponerse, por fin, reencontrado en el Amor. Su entrega a la causa de Dios era total, lo recuerda, y su voluntad era firme, pero sus ojos se negaban a obedecerlo y ansiosamente, desesperadamente, escapaban una y otra vez deleitándose en esos cuerpos morenos, tan vitales, que inocentemente se ofrecían a su vista sumiéndole en el caos.

-Es posible vencer la tentación -le había dicho el padre Roque después de escuchar su desesperada queja-. Los apetitos carnales son vencidos con oración y sacrificio.

Oraciones y sacrificios, se había repetido mil veces Damián en las largas noches que sufrió enfebrecido, con los sentidos enervados y encendidos con un fuego que no cedía, mientras por delante de sus ojos fuertemente cerrados desfilaban esos hermosos cuerpos jóvenes exhibidos sin pudor ni recato, con la sencilla inocencia de los animalitos, senos suaves rematados por oscuros y apetitosos pezones, muslos de cobre afelpado, vientres redondeados y cálidos, prestos a encenderse... Virgen Santísima, Madre de Dolores.

La negra sombra de la Bestia.

La Bestia con sus chirriantes patitas de cerdo y sus cuencas regurgitando llamaradas... es posible vencer la tentación, desde luego que sí, es posible aunque sea a costa de uno mismo.

En la oscura quietud de la fundición abandonada lo había sorprendido una tarde al padre Roque llorando y fue como si sobre su espíritu cayera una lluvia de fuego.

Detrás del caserío, en la hondonada de la surgente que usaban para regar la huerta, dos indias jóvenes se bañaban desnudas riendo y bromeando sin saber que eran observadas. Damián las vio al pasar por allí al caer la tarde, cuando fue a buscar la placa de bronce que habían rescatado de una vieja campana que volvieron a fundir. Cuando se dio cuenta de lo que estaba pasando, cuando vio al padre Roque llorar golpeándose el pecho mientras sin

poder resistirse volvía a espiar por la ventana, sintió que una tristeza profunda le inundaba el alma.

Una y otra vez el padre Roque, con desesperación, se recriminaba porque la tentación le vencía pero sigilosamente, reptando como un gusano asqueroso, anhelante, miserable, volvía a acercarse al hueco del muro para espiar, con una concupiscencia que se pintaba en su boca entreabierta, con un hilillo de saliva colgando de sus labios y que se movía (¡por Dios, por Dios...!) con su temblor, su respiración desordenada, para nuevamente retirarse, sacudido por sollozos que eran como silenciados bramidos de bestia herida y torturada, pero volviendo otra vez hasta el hueco, impelido por la fuerza poderosa del instinto natural, animal, que no lograba dominar...

Con la boca seca, jadeante, el corazón reventándole en las sienas, Damián se había recostado contra el muro aspirando afanosamente el aire que en el abúlico atardecer se le tornó irrespirable, hubiera hasta ofrecido su vida con tal de no conocer esa bajeza y el dolor de su hermano.

Ciertamente es posible vencer la tentación aunque sea a costa de uno mismo, rezó ahora poniéndose de rodillas en el templo desierto, ciertamente es posible sobreponerse al dolor, a los apetitos, a los deseos más lícitos... pero el hueco que nos queda debemos llenarlo de caridad, para no convertirnos en una caja vacía que resuena sin originar sonido, que juzga con dureza sin considerar que así será juzgada, que hace las cosas de Dios sin recordar que son cosas que se deben hacer con Amor...

Luego de la misa, durante la cual Damián trató empecinadamente (y lo consiguió a duras penas) de apartar sus ojos de la rajadura fatídica, como si así pudiera restarle gravedad, pasaron al comedor.

Alrededor de la mesa del almuerzo los padres conversaban animadamente y, aunque se notaba cierta tirantez, como si cada uno tratara infructuosamente de demostrar un desenfado y un ánimo divertido que estaba muy lejos de sentir, el uno por el otro conseguía hacer la ilusión de una camaradería alegre. Las penas compartidas se dividen, pensó Damián.

-Así que no quieres quedarte unos días con nosotros, Grimau.

-No, padre; me gustaría hacerlo pero prefiero salir ahora mismo hacia Jesús... Son muchas las cosas pendientes que debo atender allá.

-De todas formas, hijo, no sería mucho el tiempo que podrías permanecer en Trinidad - dijo el padre José con doble intención y al instante se hizo entre ellos un silencio embarazoso, que el hombrachón rompió con una carcajada-. ¡Ah...!, ¡lo sabía, lo sabía...! ya sabía yo que esta cáscara risueña y despreocupada que todos estaban luciendo no era nada más que un disfraz.

-Es un humor difícil el suyo en este momento, padre -dijo Federico un tanto descolocado.

-El mundo no termina mañana, Federico... el mundo seguirá andando y andando...

-Lastimosamente nosotros, por lo menos de éste, habremos de apearnos muy pronto - dijo Grimau con pesadumbre.

-¡Epa...! -José dejó sobre la mesa, después de servirse una generosa porción, la fuente de porotos-. ¿Qué es ese pesimismo, Grimau? ¿Le parece apropiado llevar a Jesús ese ánimo decaído? Hasta podrían llegar a pensar que en Trinidad estamos sumidos en la tristeza y la desesperación...

-Este padre José ya no tiene remedio -dijo Federico riendo como los demás.

Damián en tanto los observaba y se maravillaba viendo lo que se conseguía con voluntad. Podía estimar con absoluta certeza lo que estaría sufriendo el padre Federico, que con tanto entusiasmo habría encarado la defensa activa de los pueblos, lo que estaría sufriendo el hermano Grimau, en cuya ordenada inteligencia no había sitio para una sinrazón tal como la que les habían impuesto, lo que sufriría su muy querido amigo, porque sabía muy bien cuánto amaba el padre José lo que tendría que dejar: su taller de carpintería, los indios a quienes amaba como hijos, sus alhelíes, ah, sus hermosos alhelíes, verdaderas fiestas de color y aromas... y sin embargo, reía. Reía con la inocente seguridad del niño que viendo a su lado el precipicio profundo, tomado de la mano de su padre no tiene miedo de caer.

Esto es lo que nos dijo Jesús, pensó, con aquello de hacernos niños... con vueltas y vueltas, después, conseguimos que la Verdad quede, con tantos y tan grandes artificios superfluos, desdibujada.

-¿Qué irá a hacer el padre Jaime con la bocina de latón que usaba en la Obra? -escuchó que decía el padre José continuando la broma y los otros volvieron a reír pero Damián percibió un levísimo cambio en las risas que ahora sonaron algo nerviosas, creo que ya es suficiente, se dijo, estamos comenzando a herirnos.

-Hará lo mismo que con todas las demás cosas -dijo sonriendo pero con firmeza-. La dejará en Santiago como patrimonio del Pueblo, al igual que los trajes, los decorados... las Ciudades de Dios seguirán viviendo aunque nosotros no estemos.

-¿Lo cree así realmente, padre? -la ansiedad de Grimau fue patética.

-Desde luego que sí, hermano. Con esta separación sufriremos más nosotros que nuestros hijos, con toda seguridad... Nosotros tendremos que irnos y sin embargo ellos tienen todos los elementos necesarios para seguir viviendo organizados como lo están ahora...

Pero nadie creyó que lo dijera en serio.

Adentro de la habitación las cosas comenzaron a tener forma. El arcón de madera comenzó a recortarse sobre el fondo del muro, la hamaca de María resaltó contra la claridad de la abertura y más atrás comenzó a verse la puerta de la pieza de Juancito y Esther.

El sol todavía no asomaba y todo era gris.

Jacinto se incorporó en su hamaca y repentinamente todo, el cuadro de la ventana, la pared, la manta que cubría a María, todo, por un instante se puso rojo, como alumbrado por un relámpago y después, enseguida, se puso negro. Fue como si María hubiese puesto sobre la llama del candil el dedal de plomo que le regaló el hermano Francisco cuando se despidió para siempre, al volver a España.

Cuando se volvió a despertar era otra vez de noche y el candil estaba encendido sobre la mesita, María estaba sentada en una banqueta baja a su lado y, parado cerca de la puerta, Juancito le miraba sin animarse a acercarse.

Le molestó el olor a vinagre del trapo que le habían puesto en la frente e intentó sacárselo pero no pudo, no pudo mover el brazo.

Con dificultad movió la cabeza para mirar el brazo que se había negado a obedecerle y vio el torniquete que le pusieron después de sangrarlo, sí, eso creía recordar, lo habían sangrado, no me duele nada ni me molesta nada, pensó, me siento bien.

María vio que abría los ojos y se acercó.

-¿Cómo estás, viejo?, ¿estás bien?- y no habló más porque tuvo muchas ganas de llorar, cuando a alguien le pasa cerca el que sabemos, pensó, el que no hay que nombrar, esa persona ya no vuelve nunca más, se queda entre nosotros pero ya no está... ay, y ni siquiera escuché su silbido para avisarle a Jacinto que venía... nos encontró dormidos y se lo llevó.

Estoy demasiado bien, la vieja, contestó Jacinto pero de sus labios solamente salieron unos ruidos muy feos, como los ruidos que hacía el Cacique Solano la tarde del domingo que se emborrachó con aguardiente.

No había caso, tampoco su lengua se quería mover, estaba como un sapo hinchado adentro de su boca, gorda y pesada su lengua, como un sapo hinchado, no se quería mover.

Cuánto nos hizo reír esa vez el Cacique Solano con su borrachera... muchos ya no recuerdan lo que pasó en esos días. Muchos años pasaron, vieja, en esa época yo era un mitaí y en Trinidad recién se comenzaba a hornear el pan.

La Torre me asustaba con su forma de viejo barbudo, con sus dos ojos y la nariz, con la barba alrededor, con las dos orejas levantadas que lo escuchaban todo... Los padres siempre sabían lo que nosotros hacíamos, todo lo sabían, hasta lo que pensábamos ellos lo sabían,

¿cómo podía ser?, es por el viejo, decíamos, y le teníamos miedo. Pero el Viejo Barbudo también nos gustaba cuando nos llamaba con esa campana que te hacía temblar la barriga si estabas cerca y que a todos les movía para hacer las cosas, no te podías quedar porque no te dejaba en paz su tala lán, hasta que te ibas.

El Cacique Solano llegó de tardecita con su gente sin avisar nada, pero nosotros ya sabíamos que venía: cuando cruzó el Tebicuary supimos que venía porque los centinelas avisaron enseguida, pero lo que no sabíamos era dónde se iba a quedar: si en San Ignacio, en Santa Rosa, en Santiago... Y vino llegando hasta aquí, qué fiesta grande hicieron los Paí. Cuando el Cacique Solano se alegró bailó mucho, bailó y tomó hasta que la lengua se le puso pesada y comenzó a hacer ruidos feos y entonces el Paí Antón dijo: es suficiente, mañana es día de trabajo. Ah, digo yo, Cacique Solano, cuánto teníamos que trabajar, ¿no es cierto?

Cuando comencé a trabajar la piedra creí que nunca iba a aprender. Tuvo mucha paciencia el Hermano Francisco para enseñarme, pero así también, cuando él se fue yo les pude enseñar a los otros, hermano Francisco, Pedrero, así le gustaba que se le llame: hermano Francisco, Pedrero.

Uvas, granadas, palmeras... El Paí Juan Antonio hacía dibujos que daba gusto copiar en la piedra; a mí me gustaban más que los dibujos del Paí Forcada, que parecían más serios, no sé, no eran tan lindos. El dibujo que no hizo tan bien es el del Purgatorio, parecía que no quería hacerlo. Me mostró una vez el Escudo que tenía preparado para hacer en ese lugar, pero tuvo que dejar de lado porque el Paí Roque le ordenó. Eran unas ramas que se enlazaban y que iban formando, con algunas flores y frutas de granada, un círculo que encerraba el Sol de Jesús en el centro, con sus rayos de llamas, era muy hermoso, y debajo del sol estaban todos nuestros nombres, todos, los nombres de todos los que hicimos la iglesia...

Algunos creyeron que el Paí Roque cambió las cosas porque no le gustó lo de los nombres que se iban a poner, todos recordaban los problemas que hizo cuando Celestino Carapá grabó su nombre: Celestino, en la base del pilar del crucero. Eso no le gustó completamente nada al Paí Roque.

-La Iglesia es obra de todos, aunque muchos ni siquiera toquen las piedras -dijo, y nosotros no le creímos mucho porque cómo iba a ser eso, ¿no es cierto?

Para limpiar la culpa del orgullo, dicen que le escucharon decir cuando ordenó colocar el Purgatorio pero yo sé que eso no es cierto, yo sé muy bien que lo hizo para castigarme a mí. Si no, no me hubiera ordenado ponerle a Rosa allí, digo yo, por más que el hermano Grimau una vez me dijo: ¿te crees tan importante para pensar eso? A mí me dio rabia esa forma de preguntarme, pero no le dije nada, o sea sí, le dije: no sé, hermano, digo nomás que me parece, y él no sé lo que pensó porque me miró fijo y no me contestó nada.

Me siento muy bien contigo, Cacique Solano, tanto tiempo hace que no nos vemos que pensé que nunca más te volvería a ver, no entiendo muy bien lo que me pasa porque ni siquiera mi cuerpo puedo manejar, no puedo mover el brazo y la cabeza me da vueltas.

Te costó acostumbrarte a hacer las cosas que hay que hacer cuando se vive en la Reducción. Para mí fue diferente porque cuando yo llegué era muy chiquitito y ya me levanté haciendo esto, pero te comprendí muy bien y te escuché hablar con tu voz de viejo, esa voz tranquila, cuando nos sentábamos cerca del fuego de noche y fumabas tu cigarro mientras tanto yo, con mis oídos bien abiertos, escuchaba todo lo que me contabas aunque parecía que no te escuchaba, porque aprovechaba para trabajar en mi dedo del pie con una espina de coco bien filosa, para sacarme el pique que me había entrado al jugar con los otros mitaí en la barraca del algodón. Cuando por fin conseguí sacar el pique lo acerqué con la espina a una brasa y ¡pic! se reventó y me pareció descubrir una sonrisa en tus labios gruesos y arrugados, aunque yo creía que no mirabas lo que estaba haciendo.

Claro que te costó acostumbrarte, me cuesta acostumbrarme, Jacinto, me decías, porque más te hubiera gustado tu vida libre de antes, ¿no es cierto?, comiendo miel cuando encontrabas miel, comiendo frutas cuando encontrabas maduras, comiendo carne cuando podías matar algo...

Pero no eras ningún sonso, Cacique, desde luego. Enseguida te diste cuenta de que vivir así era cada vez más imposible: de repente comenzó a haber demasiada gente en todas partes, ¿quién lo hubiera esperado?, y cada vez las cosas se ponían más difíciles porque toda esa gente tenían sus ideas que querían hacer con nosotros, sí señor, comprendiste muy pronto todo eso.

Y digo también que no eras ningún sonso porque enseguida te diste cuenta de que tu gente comenzó a hallarse entre nosotros y comenzaron a hacer con gusto las cosas que teníamos que hacer aquí. Eso es seguramente porque son más jóvenes, solías decir cuando estábamos hablando cerca del fuego, y todavía no se les metió adentro la clase de vida que da gusto vivir. Y parecías, no sé cómo decirlo, parecías extrañado porque tu gente ya no gustaba de las mismas cosas que siempre apreciaste, que tus padres y los padres de tus padres siempre gustaron. Yo era un mitaí que no entendía muy bien las cosas pero me parecía comprender lo que sentías: era pena porque tu gente ya no pensaba como tú, ya no buscaba las mismas cosas, poco a poco se te iba yendo...

Pero me acuerdo también, Cacique Solano, la alegría que tuviste al vender al padre Superior tu primera cosecha de yerba mate, ¿para qué sirve esto?, me preguntaste sonriendo como un señor mostrándome las monedas que brillaban en tu mano, parecía que tenías tres o cuatro llamas bailando en tu mano.

-Para que sean tuyas, Cacique -te dije y primero me miraste como si no entendieras la salida de este mitaí tavyrón pero después te reíste, tu risa me gustó mucho, Cacique Solano, tan feliz que me puso a mí también contento.

-Eso mismo -dijiste- para que sean mías.

Creo que fue la primera vez en tu vida que tuviste algo así, antes nunca pudiste comprar nada, ¿verdad?, nunca.

Cuando yo tenía problemas con el hermano Francisco, Pedrero, me acordaba siempre de esa noche porque muchas veces quise saber: ¿para qué hago esto?, ¿por qué tengo que sufrir tanto?, para tener algo, me decía, pero muchas veces casi no aguanté.

-No es fácil, hermano... Yo no puedo hacer más de lo que hago.

-Desde luego que puedes, Jacinto; si procuras, lo harás.

-Yo procuro.

-Entonces lo harás.

Era muy difícil trabajar contigo, hermano, porque no escuchabas a la gente. Muchas veces me fui a dormir con el brazo dolorido de tanto alzar el martillo todo el día, golpeando con cuidado, despacio, Jacinto, no te apures, tienes que amar la piedra antes de trabajarla, la tienes que entender bien primero para trabajar después suavemente, con cariño, y verás que la piedra poco a poco va a responder a tus deseos... ay, hermano Francisco, cómo te quise después, pero al principio no te quería ni ver, lo único que esperaba todo el día era que el sol comenzara a ponerse dorado para bajar porque así me libraría de ti y de madrugada, cuando metido debajo de mi poncho tenía la punta de la nariz fría como la tetita de una perra y veía a través de la ventana que la neblina se ponía cada vez más blanca en el amanecer de invierno, lo único que pensaba era que iba a estar contigo otra vez y que tendría que martillar y martillar hasta que me doliera el brazo mientras que la otra mano se me quedaba dura y llena de ampollas sujetando el punzón...

Cuando comencé a sacar las figuras de las piedras ya todo fue diferente. Había sido que tenías razón cuando decías que yo podía hacerlo y yo no te creía... pero me dolía tanto el brazo, y también la mano, que no quería saber nada. Recuerdo que mi mamá me ponía aceite con almidón en el músculo, y llantén machacado con un poco de miel en las ampollas reventadas...

Tenías razón cuando me decías que debía quererle a la piedra, no hay que maltratarla, decías, la tienes que trabajar despacito, despacito, porque ella te va a mostrar lo que te puede dar, los dos juntos haréis las figuras más hermosas, decías, ella te dirá lo que quiere mostrar.

¿Recuerdas cuando hice la figura de San Francisco Javier? Estoy seguro de que sí.

Ya eras viejo cuando eso, ya casi no trabajabas, estabas por irte, y ahora que lo digo, no sé por qué te fuiste, y qué vas a hacer allá, te dije, ¿acaso no quieres vivir con nosotros?, y solamente sonreíste.

San Francisco Javier fue la primera estatua que hice solo-solo, en las otras siempre me ayudaste un poco. Recuerdo que tenías miedo de lo que iba a hacer y te sentabas cerca de mí frente a la piedra grande (era dos cuartas más alta que yo), dando la espalda al sol que hacía brillar tu cabello como si fuera de plata bien limpia.

Hiciste ver, Hermano Francisco, que no te dabas cuenta de lo que yo estaba haciendo; te hacías el ñembotavy y tratabas de distraerme: mira que no te cabrán las manos, cuida el cuello, no quites el vuelo del sobrepelliz... Pero sé muy bien que te diste cuenta de que a mi San Francisco le estaba poniendo tu cara, hermano, y por eso tuviste vergüenza de venir a verla antes de irte. Cuando los ayudantes ya habían cargado la carreta y te estabas despidiendo de los padres, te esperé en la puerta de la Rectoría y cuando saliste te atajé y te dije: te quiero mostrar algo.

-Jacinto, por favor... Ya no tengo tiempo; me esperan.

Pero viniste conmigo hasta el patio de la huerta, al otro lado de la plaza, o sea donde después se construyó la iglesia.

Yo estaba todo sucio de polvillo colorado y muy cansado porque había trabajado toda la noche sin parar, alumbrado por cuatro lámparas de aceite, si no lo hacía no hubiera terminado mi figura, o sea no hubiera terminado de pulirla muy bien para que la vieras antes de irte.

Era muy temprano y el sol daba todavía de costado y hacia el fondo, cerca de los árboles, quedaba un poco de neblina que detrás de San Francisco Javier parecía una nube del cielo que se había recostado sobre el pasto.

Miraste la imagen bañada por el sol tempranero, que hacía lucir el mismo brillo de tu cabeza cuando te sentabas frente a mí para controlarme, y noté muy bien cómo te emocionabas porque la pelotita de tu cuello comenzó a subir y bajar y entonces me tomaste el brazo, sí, allí mismo donde tanto me hiciste doler y me apretaste fuerte. No estoy muy seguro, porque yo también estaba demasiado emocionado en ese momento, pero me pareció que temblabas un poco.

-¿Soy así, acaso? -me preguntaste cómo me criticabas mis granadas, mis uvas, mis pasionarias, cuando recién estaba aprendiendo y extrañado te miré y descubrí tus ojos, que se habían llenado de agua. Entonces comprendí y me sentí feliz.

Con mis estatuas me pasó lo mismo que te pasó, Cacique Solano, que cuando te acostumbraste a las cosas de aquí ya te gustaron.

-Nadie como Solano y sus hijos -solía decir el padre Antón-. Sus manos saben recolectar sin estropear las plantas.

Tus hijos, decía el Paí Antón y eran ellos, y tus yernos, y los hijos de tu hermana, y su marido, todos los que vinieron contigo, tu gente. Después ya no solamente hacían la cosecha sino también armaban la canchada, y manejaron todo lo de la yerba. En esa época nació Rosa.

Una cosa que siento es lo que le pasó a ella, Cacique Solano; yo no le quería hacer ningún mal a tu hija. No entiendo lo que quieres decirme, siento que está otra vez María a

mi lado y me pone en la frente un trapo frío con olor agrio y deajo de verte, te busco en la habitación y no estás, está solamente María con su cara preocupada, y Juancito, atrás.

- 34 -

Haciéndose a un costado con su caballo Gracián dejó avanzar la columna para cerrar durante un trecho la marcha tratando de ajustar, con su presencia en la retaguardia, el desplazamiento de los más rezagados. Los hombres comenzaban a dar señales de cansancio luego de tantos días de caminata, y la impaciencia aumentaba el mal humor del Capitán.

Era la media tarde y el abúlico sol amarillento parecía aumentar el cansancio de los hombres que, paso a paso, desfilaban delante de él envueltos en una dorada nube de polvo. Cerrando la marcha venía la pesada carreta bamboleándose en el terreno irregular haciendo entrechocar las ollas que colgaban del entoldado. La estructura de ysyó trenzado crujió bajo el cuero crudo bien estirado que hacía de techo.

Gracián la dejó pasar antes de adelantarse nuevamente para reunirse con Julio que encabezaba la marcha y en ese momento vio al soldado Carballo que, con el arma apoyada en el pecho y el sombrero sobre los ojos dormitaba tendido en el pequeño espacio libre que quedaba en el plan trasero de la carreta, apretado contra las bolsas de provisiones.

Como un fogonazo su pecho se encendió de ira, sus órdenes habían sido muy claras y ver al soldado holgazaneando, precisamente un soldado y no un civil voluntario, le hizo perder el control.

Taloneó violentamente al caballo que saltó hacia adelante enloquecido, y llegó hasta la carreta con la rapidez de un rayo. De un manotazo estiró por las ropas al soldado y le hizo rodar, aterrorizado, por el suelo.

-¡Detén la marcha, boyero! -gritó- ¡Alto, la columna!

La confusión fue tremenda. Totalmente desconcertado el soldado Carballo trataba de incorporarse entre nubes de polvo y ante las peligrosas patas del caballo encabritado de Gracián.

-¡Te voy a enseñar a respetar mis órdenes, maldito haragán! -gritaba Villate fuera de sí cuando Julio se acercaba galopando desde la cabecera-. ¡Espalda desnuda y manos en la carreta! -bramó con voz ronca y los ojos chisporroteándole reflejos de sol.

Los hombres comenzaron a rodearlos formando un corro silencioso y expectante, si hubiera estado un poco más conciente de sus actos Gracián se habría dado cuenta del peligro que representaba lo que estaba haciendo.

-¿Qué pasó? -preguntó Julio a su lado.

Gracián no contestó sino que miró al soldado que, habiéndose despojado de su chaqueta y de la camisa se acercaba a la carreta con la cara totalmente roja y las venas del cuello a punto de reventar.

-¡Soldado Carballo!

-¡Ordene, señor!

-¡Has faltado gravemente! Te has burlado de todos nosotros, ignominiosamente, subiendo a dormir en la carreta... -los hombres miraban en silencio y Carballo se mordía los labios, no era temor lo que sentía, cualquiera podía darse cuenta, pero la humillación que estaba viviendo no la olvidaría jamás-. ¡No permitiré, bajo ninguna circunstancia, un solo acto que se aparte de la corrección, el respeto y la disciplina...! ¡Boyero! -estaba parado al lado del pescante y se sorprendió, no pensaba que el Capitán llegara a hacerlo, no creyó que se arriesgara a hacerlo delante de los otros.

-Ordene, señor.

-¡Diez al castigado!

Un murmullo se extendió por el corro que Gracián controló con mirada furibunda desde lo alto de su cabalgadura. Caracoleando sobre su caballo miró los rostros demacrados y ceñudos de sus hombres, sabía que estaban controlando cada uno de sus gestos, sabía que de su actuación acertada o no dependía mucho lo que vendría después.

Julio se acercó a él por detrás.

-No delante de los indios, Gracián -le dijo con voz apagada y Gracián en un destello captó la gravedad de lo que estaba haciendo, pero ya no podía echarse atrás.

Castigar a un soldado delante de los indios significaba una peligrosa resta de autoridad que sus hombres no le perdonarían. Se sintió descolocado al comprender la gravedad de su equivocación y ansiosamente trató de paliar la fiereza del castigo. Los hombres se darán cuenta de su intención, pensó Julio al verlo, aunque aquí el asunto no está verdaderamente en el dolor sino en la vergüenza.

Con un gesto Gracián indicó al boyero que dejara la vara de guayaiví y que azotara al soldado con la rienda de cuero, el guayaiví habría sido demasiado, pensó, es el sable del indio, solía comentar su padre.

-Cortan una rama delgada y la cuelgan al sol durante tres días, cubriéndola por la noche para protegerla del relente, y recién después, al cabo de los tres días de sol, la dejan orear dos noches y la vara se hace flexible, se diría que irrompible, ardiente, dolorosísima, que lacera la carne por debajo de la piel que ni siquiera se raja.

Cuando acamparon esa noche fue como si se hubiera agrandado la brecha entre los españoles, los vecinos y los indios, qué cosa, pensó Bernardino, a Carballo lo que más le molestó es que nosotros estuviéramos allí...

Mientras se aseaban en la aguada un poco antes del anochecer, Casiano se internó en el charco para recoger cuatro o cinco plantitas de llantén que flotaban en la superficie del agua. Después en el campamento les sacó las raíces oscuras y machacó las hojitas afelpadas hasta que desprendieron un jugo espeso, verdoso y cristalino, que juntó en el porongo.

Después de cenar y cuando ya los hombres dormían, porque no se animó a hacerlo antes, gateando sigilosamente se acercó al soldado Carballo que parecía dormir tendido boca abajo, con los surcos de los cintarazos en su espalda casi negros a la luz de la luna.

-Soldado Carballo... -susurró tocándole el brazo.

-Qué quieres -le miró sin moverse y Casiano tuvo miedo al sentir esa mirada dura que se fijó en él desde la profunda oquedad sombreada debajo de las cejas tupidas, como un yaguareté desde su cueva, pensó, como un curé caaty asechando.

-Te voy a poner este remedio... Le va al nacer bien a tu espalda.

El soldado resopló por lo bajo y sus ojos afiebrados parecieron brillar.

-¡Ponlo de una vez, joder! -su violencia que ya no era tal y Casiano, que ya sabía muy bien cómo eran estos blancos de carne blanda, comprendió y se tranquilizó.

Se arrodilló al lado del herido y con la punta de los dedos, suavemente, repartió el fresco líquido gomoso sobre los surcos sanguinolentos. La piel de Carballo se erizó

-¿Qué es...? ¿Qué haces allí, sabandija...? -el soldado que dormía al lado se incorporó violentamente y a Casiano la sangre se le heló en las venas.

-Déjalo en paz, Rafael; es un amigo -dijo entre dientes Carballo, que ya comenzaba a sentir el efecto calmante del líquido gomoso en sus heridas-. Así como lo ves, este indio es mucho mejor que nuestro puñetero Capitán...

- 35 -

-Esta mañana a Jacinto le dio un ataque -dijo el padre José entrando al despacho.

-Dios nos asista, justamente ahora...

José descargó su corpachón en la butaca de madera tallada y se puso a mordisquear su cigarro, está nervioso, pensó Damián, está dejándose ganar por la frustración y la impotencia.

-Lo hicimos sangrar y parece que está mejor... ¿quién puede saberlo? -se refregó los ojos suspirando ansiosamente- Damián, oh Dios, Damián... creo que tiene todo el cuerpo paralizado... no siente nada.

-Dios mío...

-¿Qué será de él si queda inválido?

¿Qué será de todos ellos?, pensó Damián.

-Pienso que tiene lo necesario para vivir...

-No lo sé, Damián, y creo que tú tampoco... No sé si lo que tiene le será suficiente, ahora que ya no tendrá nuestro apoyo... todas estas cosas que aquí les facilitamos, digo.

Ah, qué triste victoria la mía, se dijo Damián, cómo vienes ahora, querido amigo, a darme la razón: esa dependencia adormecida que siempre manejamos vino a adormecernos a nosotros también, nos nubló el razonamiento hasta hacernos creer pequeños dioses intocables, inamovibles, presencia múltiple siempre renovada que nunca, nunca, nunca faltaría...

¿Cuánto le costaría comer al indio, comprando en las proveedurías de los Vecinos?

Los indios en las Reducciones eran ricos porque tenían todo lo que necesitaban, pero esto no significaba precisamente que tuvieran mucho dinero. De alguna forma el indio en las Reducciones se compraba los productos a sí mismo, porque dentro de la comunidad el Carpintero tenía participación en las Huertas, o el Herrador en la Imprenta, o el Pedrero en los Coros...

Tenían también el fruto de sus parcelas propias, o de sus actividades propias los que tenían alguna profesión, explotación que desarrollaban en los días del Avá mbaé, pero ¿qué valor efectivo representaba el fruto de esta explotación, se preguntaba Damián, si se despojaba a esta endeble, o poderosa, propiedad privada del amparo de la estructura social, de la provisión de bienes, de los servicios y las previsiones que la Comunidad aseguraba a sus miembros con la explotación en los días del Tupá mbaé?

En la Reducción, aún quedando paralítico e inútil, Jacinto no habría estado desamparado porque la Comunidad se cuidaría de él, se dijo Damián mientras caminaba hacia la casa del viejo enfermo, en tanto ahora la única alternativa es ver si lo que tiene será suficiente cuando toda nuestra estructura desaparezca.

-Vamos a pedirle a Dios que nos ayude, María -dijo a la mujer que estaba sentada en una banqueta baja al lado del enfermo.

-Sí, vamos a tener que pedirle ayuda, Paí, nos va a tener que ayudar porque aquí tenemos demasiados problemas... -la vieja estrujó con sus manos el trapo embebido en vinagre que remojaba cada tanto para ponerlo en la frente de su esposo.

Damián le miró hacer preguntándose en silencio si esa confianza natural que se manifestaba en el trato coloquial de la india con Dios era por lo que ellos le habían enseñado del padre Bueno y Misericordioso, o si era algo espontáneo en estos seres sencillos, no contaminados aún por los enrevesados pensamientos y los estudios, seres casi infantiles, «que no esconden malicia...».

La vieja se recostó contra la pared y juntó las manos sobre su regazo.

-La gente dice que los padres se van a ir de acá, Paí, eso es lo que dicen... -le miró con sus desenfocados ojos negros, engañosamente mansos-. Si Jacinto también se va, y parece que se va a ir, no sé qué va a ser de nuestra familia.

-Dios es nuestro padre y no nos va a abandonar, mujer -dijo Damián y hubiera preferido no estar allí en ese momento, o callar.

Con los ojos fijos en el impasible rostro del anciano dormido trató con empeño pero no logró conciliar una oración. Sintió que su alma naufragaba en una tristeza profunda, la tristeza es el peor de los pecados, muchacho, recordó al padre José, porque es olvidar los dones que día a día nos brinda el Creador, es alejarse de las manos de Dios.

Contemplar ese sufrido y ajado rostro le transportó, y revivió los años hermosos de la construcción del templo, aquellos años lejanos del movimiento constante de las obras construyendo, construyendo, construyendo... el Taller de Carpintería, al lado de la Fundación casi en desuso, las casas de los indios, que no pudieron completarse y que quizás nunca más se completarían, la construcción del Colegio, la casa de los padres y oh, ese hermoso y recoleto jardincito interior... él era en ese entonces un jovencito optimista pletórico de ideales, no este escéptico cascarón, orgullosamente infatuado por una artificiosa erudición pero anegado por la tristeza.

Recordó también la cara de Jacinto encendida de entusiasmo y sorpresa casi infantil ante el milagro de la Obra que habían presenciado en la Plaza de Santiago, o su orgullosa satisfacción al ver a su hijo Juancito ganando la carrera de caballos el día de la inauguración de la iglesia, aquella hermosa joya que Juan Antonio tan bien había labrado, o mirando a Felipe el de la Olería, su hijo mayor, jugando tan bien a la pelota... Esa es la realidad que debo recordar, se dijo.

Esa es la realidad que debo recordar, se repitió acongojado alejándose de la casa del indio enfermo, esa y no la triste desesperanza que ahora estamos viviendo...

A media mañana llegaron a la ribera del río Tebicuary.

La arena blanquísima reverberaba bajo el sol y Gracián decidió hacer un alto, nada había más lejos de sus deseos que prolongar esa marcha trabajosa pero de todas formas no podrían adelantar mucho más hasta no recibir noticias del avance de Bucarelli. Y el agua fresca era una tentación.

Además, aunque al principio se negó a reconocerlo, estaba intranquilo por el comportamiento de sus hombres, que no habían aprobado el castigo a Carvallo delante de los indios y vecinos. No era prudente entrar así a las tierras misioneras.

-¡Doble ración para la tropa! -gritó desde su caballo mientras la carreta describía un círculo para colocarse de lado al viento-, ¡y que salga el aguardiente...!

Los hombres comprendieron de inmediato, era evidente que el Capitán quería hacer las cosas más llevaderas, y la perspectiva era agradable. Se escucharon algunas hurras.

-Debemos reconocer que el hijo de puta hace bien algunas cosas -masculló Carballo con las mandíbulas apretadas.

-Sigue hablando así y podremos ver cómo luce el cuadriculado en tu espalda- Rafael saltó de costado para esquivar el manotazo.

En un santiamén las armas fueron calzadas en pabellones y los hombres corrieron como niños por la arena blanca hacia el agua, desnudándose y abandonando sus ropas desperdigadas por la playa.

Gracián fue a tranquilizar al boyero que, habiéndose quedado sin ayudantes, no sabía por dónde comenzar para organizar el rancho.

-Después lo haremos -dijo con repentino buen humor al notar que la rigidez de los hombres había aflojado-, antes vayamos a sacarnos esta roña que nos cubre...

-Jamás he encontrado un río bautizado más propiamente -comentó Carballo con el agua hasta la cintura- Tebicuary... ciertamente esta agua lo está lavando.

-Qué despierto eres, carajo... yo no me había percatado -Rafael soltó una carcajada y se refregó la entrepierna-. ¿No crees tú que con tanta cosa hambrienta como aquí estamos lavando, esta agua quedará más poderosa que el caldo avá?

-Cosa hambrienta, por cierto... y más razón tienes con lo del poder del caldo -Felipe se roció formando un cuenco con sus manos-. La mía parece una serpiente encantada: ni siquiera la llamo y sube, sube, sube...

-Joder, Felipe, que no es tanta cosa como para subir y subir... con que digas subir es suficiente; no da para más.

-Tú te callas, petiso -Carballo se hizo oír sobre las risotadas-. No hables, pequeñajo, que no llegas ni al ombligo de Felipe.

-Fíjate que si ha quedado tan corto es seguramente por ese enorme lastre que lo mantiene cerca del suelo...

-Esta paloma gorda no puede volar... no puede volar...

Son groseros, pensó Gracián escuchando las carcajadas que cubrieron el canturreo del petiso, son groseros y están contentos.

El petiso se escabulló y corrió desnudo por la playa hasta la carreta para volver, fingiendo un disimulo que no era tal, con una limeta de aguardiente, la fiesta va para rato, pensó Gracián.

-¡Casiano...!, ¡ven aquí, sabandija! -Carballo tenía la limeta en la mano.

Casiano estaba con los demás indios hacia un costado y se acercó al español con timidez y un tanto atemorizado. Carballo le palmoteó la espalda mojada y le ofreció la limeta.

-Eres mi mano santa, malnacido... -le dijo-, de no ser por ti estaría hasta ahora con fiebre y con los cojones sudados... bebe, amigo.

Desde donde estaba Bernardino miró los surcos rosados en la espalda del español, cubiertos por una piel muy finita pero ya cicatrizados completamente, el llantén no tiene igual, pensó.

-¿Quieres beber?- Julio estaba detrás de él ofreciéndole la limeta y Bernardino se sobresaltó.

-¿Será por el señor Julio que me va a venir el daño? -le preguntó a Casiano esa noche-, siempre me está sorprendiendo, siempre está cerca de mí y no le siento llegar...

Los hombres estaban tendidos en desperdigado desorden durmiendo su borrachera en la arena, la luna era una inmensa pelota brillante que teñía el cielo de gris y que hacía que la playa pareciera un enorme queso fresco.

Más arriba, cerca de la mole oscura de la carreta, las llamas de la pequeña fogata formaban un globito de luz.

Los hombres habían comido y habían bebido mucho, se emborracharon y el cansancio de tantos días de marcha hizo el resto, ahora dormían y la noche se prestaba con un silencio espeso que era interrumpido, sólo de cuando en cuando, por el chasquido de algún dorado saltando en las aguas del Tebicuary cercano.

-A lo mejor no es que te persigue sino que solamente quiere conversar contigo, ser tu amigo...

-¿Lo crees así?

-No.

-Eso es lo que digo -Bernardino acomodó el bolso bajo su cabeza- él siempre me pregunta cosas de Trinidad y se enoja cuando le digo que de eso no sé nada...

-Parece que al Capitán no le gusta que venga tanto a hablar con nosotros... ¿viste cómo discutieron el otro día?

-Vi.

En el matorral que había más allá de la arena se escuchó un silbido. Fue un silbido largo y profundo, muy agudo, aparentemente lejano, o que sonó aquí mismo, nadie podía saberlo, ¡el Señor de la Noche!, se sobresaltó Bernardino sintiendo que el corazón le saltaba adentro del pecho, el Carai Pyjharé con su cuerpo cubierto de pelos y sus ojos brillantes como brasas.

-¿Lo oíste, Casiano?, ¿lo oíste?, es...

-¡Cállate! -en los ojos de Casiano brilló un reflejo de luna-. No hay que nombrarlo-.

Él también tiene miedo, pensó Bernardino, al Señor de la Noche no hay que nombrarlo porque se acerca, aunque no quieras se acerca, ni siquiera hay que pensar en él... Un frío profundo le recorrió la columna vertebral y sintió que se le erizaba la piel, tengo miedo, pensó.

Se puso nuevamente boca arriba y la sangre se le endureció en el cuerpo cuando vio que en vez de la luna en el cielo estaba la boca de un horno colorado, enorme, el fuego de adentro hacía ruido de tormenta y soltaba oleadas de calor que comenzaron primero a rodearle y después, lentamente, comenzaron a estirarle.

Las llamas escapaban lamiendo los bordes ennegrecidos, adentro estaba Rosa, de cera y ceniza, y no se quemaba, tampoco se quemaban las cuatro mujeres que rezaban silenciosas y lloraban sin sonido sobre el cuerpo de cera y ceniza, ya no estaban, no las vio más, ya no estaban las viejas ni tampoco su madre y sintió que se estaba moviendo, el fragor de las llamas lo llenaba todo, sintió que su cuerpo era lentamente arrastrado hacia el horno que ahora estaba abajo, en el final de la pendiente que él bajaba resbalando y sin poderse atajar.

Desesperado intentó sostenerse y metió sus manos en la arena pero ya no había arena, era el barro negro y resbaloso del Caañabé, chirle y con huequitos ribeteados de reflejos rojizos, no podía mirar hacia arriba de la cuesta porque allí estaba el silbido, el silbido allí, en cualquier parte, del Carai Pyjharé. Hacia un costado y con las nalgas desnudas sumergidas en el barro gomoso el Curupí se enroscaba por la cintura la verga larguísima riendo a carcajadas, se estaba burlando, le divertía verle sufrir, y sus risotadas aumentaban el ruido de las llamas del horno de abajo.

Un tronco enterrado sobresalía del lodo y al bajar resbalando sintió que le rascaba el muslo, la nalga, la espalda, desesperado se volvió para prenderse de la rugosa corteza totalmente aterrorizado, ya sentía en la planta de los pies el calor de las llamas y sus dedos se engarfiaron como garras, aquí me voy a quedar hasta que se apague el fuego, trató de tranquilizarse, pero vio con el rabillo del ojo que desde muy arriba, allá, en el cielo, el anó se desprendía en una caída en picada directamente hacia él, su pico brillante como una espada, un pico enorme, afilado, reflejando la luz de sus ojillos encendidos, y quiso protegerse cubriéndose la cabeza con las manos y al soltarse del tronco resbaló hacia el fuego, inexorablemente.

Se encontró sentado en la arena con el cuerpo cubierto de sudor, la respiración entrecortada y el corazón retumbando en su pecho como un tambor. A su lado Casiano dormía plácidamente y los hombres roncaban su borrachera repantigados al azar; Bernardino se extrañó de no haberlos despertado con sus alaridos.

Aterrado miró a su alrededor y vio que todo seguía igual que antes de dormirse, solamente la luna había variado suposición y había perdido un poco de brillo al irse metiendo entre las brumas del horizonte que la hicieron más fofa y amarillenta. Hacia el oriente comenzaba a insinuarse una claridad diferente, el boyero debe estar ya levantado porque comienza a clarear, pensó y se volvió para mirar.

Al lado de la fogata estaba sentado Julio fumando un cigarro y al ver que se incorporaba le invitó a acercarse.

-Debemos trabajar juntos, Bernardino -le dijo después-, trabajando juntos nos ahorraremos mucho esfuerzo... Tú y yo podremos hacer muchas cosas en el pueblo, ni siquiera imaginas las buenas cosas que haremos... Con lo que tú conoces y con mi protección, con mi apoyo, podremos conseguir fácilmente...

Julio siguió hablando con voz tranquila y manteniendo los ojos fijos en Bernardino que, en medio del miedo que le carcomía el alma, sentía una tranquila resignación porque ya alcanzó a saberlo, el daño que me viene me viene por el señor Julio, se decía, no puede ser de otra manera...

- 37 -

Todo alrededor parece saturarse de la gloria de Dios.

Los sonidos rodean los recovecos de piedra, se filtran entre abanicos y palmeras, volutas, granadas, frutos de la tierra y flores que brillan en una orgía de formas, traemos la destrucción de estas Ciudades y nos reciben con música, por Dios, cuál es el alcance de la culpa que cargamos sobre nuestros hombros al hacerlo, pensaba el Capitán Villate sintiendo su ánimo oscurecido.

Observaba absorto, embargado de emoción, el templo lleno de gente, multitud silenciosa, expectante.

-La música que escucharemos es un Solo Instrumental que compuso el padre Schmidt, de las Reducciones del Norte -le había dicho el padre Damián-. Ojalá le agrade.

Son indios, pensaba Gracián escuchando, todos los integrantes de la orquesta, todos, son indios.

En las primeras filas estaban las Autoridades Civiles, detrás los Caciques y por último la población entera, hombres, mujeres y niños que rebasaban la capacidad de los bancos y se introducían en las capillas laterales inundándolo todo en medio de un silencio rumoroso, silencio de multitud, que ponía a Gracián los nervios a flor de piel.

Un poco después de las cinco de la tarde Juancito, que estaba sentado con Emiliano a la sombra de un ybyrapytá, al lado del monolito de piedra con el Sol de Jesús tallado, les había visto llegar desde el noroeste. La tropa arrastraba un halo de polvo dorado y parecía un monstruo enorme emergiendo de la bajante del Mbataví, un monstruo de mil cabezas, ondulante, rumoroso.

Al verlos el Capitán Villate tuvo su primer sobresalto: ciertamente no había atinado a imaginar el recibimiento que les brindarían, pero suponía que su arribo sería una sorpresa.

-Mi compañero y yo vinimos a esperarte, señor -dijo Juancito Nuestro padre Superior nos envió para guiarte hasta la Ciudad.

Bernardino vio a su hermano y creyó que el corazón le iba a salir por la boca, el orgullo le desbordó el pecho cuando lo vio tan fuerte, bien alimentado, limpio, hermoso, ah, si lo viera el pobre Feliciano, pensó, Juancito nunca va a vomitar sangre. Se escondió entre los soldados cuidando que el señor Julio, que lo controlaba todo con sus ojos de piedra, no se diera cuenta de nada.

-Me escondí porque tuve vergüenza -le dijo a Casiano cuando estaban acampados-. No quise todavía que sepa que vine con la tropa.

-Hiciste bien; al señor Julio no le va a gustar nada saber que le mentiste.

-Cuando haga lo que tengo que hacer ya no me va a importar.

Gracián decidió dejar la tropa acampada en las afueras de la Reducción. Podía ser una locura, pero pasara lo que pasara decidió entrar solo a la Ciudad y que los soldados entraran de día y no al atardecer, de cara a la noche, Julio no escondió su desaprobación pero se mantuvo callado. Casi dos días después de cruzar el Tebicuary los había alcanzado un emisario del Gobernador Bucarelli y Gracián se preguntó qué mecanismos desconocidos regirían las cuestiones oficiales, qué acuerdos, qué obligaciones, qué compromisos. Bucarelli le aseguraba que la entrega de las Ciudades se haría sin resistencia pero no debía

descuidar la vigilancia, desde luego, con los salvajes nunca se sabe (Gracián no pudo determinar hasta dónde llegaba la apreciación personal del emisario).

Y ahora estaba allí, sentado silencioso en el templo enorme vibrante de música, en medio de la multitud que le observaba sin resentimiento, sin odio, ¡por Dios!, en realidad sin pensamiento alguno que pudiera definir...

Era casi noche cerrada cuando Gracián entró en la Plaza central rodeada de arcadas de piedra en cuyas esquinas ardían ya las lámparas de aceite.

En el atrio de la iglesia, que tenía las puertas abiertas de par en par y por las que escapaban torrentes de la luz que encendía su interior, estaban parados esperándole los padres y los Cabildantes.

Gracián desmontó nervioso, desubicado al entrar en este mundo de fastuosidad inesperada y se acercó al padre Damián, que se había adelantado para recibirle.

-Capitán Gracián Villate y Castillo; a sus órdenes padre -le tendió la mano sin saber con certeza si era eso lo que correspondía hacer y decir.

Damián había sonreído con un toque (¿será posible?) de humor.

-Al contrario, Capitán... somos nosotros quienes estamos a sus órdenes. Permítame presentarle a mis hermanos.

-Agradezco su gentileza de disponer que la tropa permanezca acampada en las afueras de la ciudad -le dijo el padre José cuando estrechaba su mano-, nuestros hijos están temerosos y de día las cosas serán menos difíciles, usted me entiende.

-Haré lo posible para que todo esto sea lo menos violento posible -dijo más tarde Gracián mientras caminaban hacia el despacho del Superior-. Sé que es un momento muy difícil, pero tenga la seguridad de que pondré todo mi empeño para hacer las cosas de la mejor manera...

-Así lo espero, Capitán. Y se lo agradezco.

Muchas veces después Gracián se recriminó al recordarlo, por no haber sido capaz de dominar el impulso que le brotó espontáneamente, por la emoción que le embargaba, quizás, o por el tremendo impacto que experimentó al conocer esa realidad que le impresionó imponiéndosele, esa muestra de magnificencia ordenada, ese orgullo señorial que se observaba incluso en los más humildes, esa muestra de tanta obra y tanta belleza. O tal vez, y en gran medida, por el latente sentimiento de adhesión a la obra de los padres que abrigaba en su pecho, tan contrario a la acción que le obligaron a ejecutar. Pero lo cierto es que habló, se recriminó mil veces después, con una ingenuidad deplorable, y quedó como un tonto.

-Padre Damián -dijo cuando ya casi llegaban a la puerta del despacho-, le agradecería que me obsequie una muestra de comprensión, que será por mí muy apreciada: le ruego que evite conmigo los formulismos que el trato «oficial» requiere... ¿sería posible, padre, que usted me llame solamente por mi nombre...?

-Se lo agradezco también, Capitán, pero no lo considero procedente. Perdóneme.

Antes de sus labios hablaron sus ojos, pensó el joven con pena, entre nosotros se yergue un muro que no levantaron nuestras manos.

Y ahora Gracián escuchaba el concierto de cuerdas en la iglesia llena de gente silenciosa y le pareció sentir sobre sí el peso de la hermosa cúpula gloriosa, de los arcos tallados con maestría y gracia, de ese suave color naranja de la arcilla cocinada que parecía latir en las largas y profundas bóvedas temblando entre la luz y la sombra. Deben ser motivos muy poderosos los que nos hacen torcer este destino, se dijo, debe haber algo tenebroso que no conozco en todo esto: la realidad que me muestran los padres debe ser una fantasía engañosa, una malintencionada manera de esconder cosas oscuras que estoy muy lejos de poder determinar... Eso es lo que yo debo pensar: me enviaron para enderezar una situación errada, eso debo pensar, ¡por Dios!, eso debo pensar... o el peso de la culpa sobre mis hombros será difícil de soportar.

Terminado el concierto Damián alojó al Capitán en una habitación de la Casa de los Padres y se retiró. Parado en la galería con el padre José miraban la plaza silenciosa.

-Y llegó nomás la hora, Damián.

-Así es, padre; mañana la tropa estará aquí.

-Pensé que nunca sucedería, por Dios, creí que nunca llegaría este momento... Aun cuando me lo decías, aun cuando recibíamos los correos que nos informaban paso a paso del deterioro de las cosas, no podía hacerme a la idea de que alguna vez sucedería... No quiero reconocerlo, hijo, pero la verdad es que estoy asustado.

Damián le miró apenado: mucha debía ser la presión en el ánimo de este viejo toro, mucho debía ser su temor para que lo reconociera.

-El Capitán parece ser un buen hombre, padre, tranquilícese, podremos retirarnos en paz, él asume la responsabilidad. No digo que sea solamente por esto, pero mi idea de recibirlo con un Concierto inicialmente pareció una tontería, ¿no es cierto?, sin embargo sirvió para ubicarlo en nuestra realidad que él, me lo dio a entender, no imaginaba...

-¿Te das cuenta de lo que dices? Podremos retirarnos en paz, dices, como si fuera un premio... ¡Nos sacan de casa...! ¿Cómo pueden hacernos esto, Damián...? -José se mordió los nudillos tratando de disimular el sollozo que en su pecho formidable fue un bramido.

A Damián se le hizo un nudo en la garganta.

-Usted no, padre, por favor, usted no decaiga... No podría resistirlo.

Sin animarse levantar la cabeza José asintió en silencio y palmoteó la mano que su amigo le apoyó en el hombro. Permanecieron un momento silenciosos en la penumbra que las lejanas lámparas de las galerías no alcanzaban a disipar, sintiendo las infinitas cosas que comparten los espíritus en silenciosa compañía.

-Creo que al hacerme viejo me vuelvo niño -dijo por fin-. Hice lo posible por no desmoronarme pero en el momento menos pensado el estúpido gusano que hace tontos me mordió... Perdóname.

-A veces es bueno ser sinceros...

-En estos asuntos, pocas veces -dijo con un guiño siguiendo la broma y, vuelve a ser el mismo, pensó Damián-. Lo que no logro comprender, lo que por más que procuro no entiendo, es cómo nadie sale a defendernos, Damián, a nosotros que hicimos... ¿cómo pueden no darse cuenta?, ¿cómo pueden dejar de valorar lo que conseguimos...? En este rincón del mundo forjamos un mundo diferente, hijo, realizamos un mundo, hicimos realidad la doctrina de Jesús... ¿qué oscuros intereses pretenden matar esta vida nuestra?

-Lo que sucede es que no podemos separarnos del resto de la gente, padre, no somos una isla aislada, si me permite el juego de palabras, sino que estamos inmersos en la política, en los intereses económicos, en las ambiciones sociales... Las Ciudades de Dios son para nosotros, en sí mismas, la única realidad que nos interesa, pero este pensamiento no comparten los demás. Los ecos de nuestras acciones les alertan: no creen que sea cierto lo que de aquí se cuenta, muchos ni siquiera aceptan que los indios sean seres humanos iguales que nosotros, y entonces dudan, tergiversan, tejen una estructura de suposiciones que, generalmente, no nos son favorables. Y por otra parte, no lo olvidemos, están los que arrastran las aguas que nosotros movemos hacia sus propios molinos.

-Pero, ¿qué culpa tenemos nosotros...?, ¿qué tenemos que ver nosotros, en este lado del mundo, con el movimiento de los trebejos de ese inmenso tablero de ajedrez?

-A mí también me gustaría que nos dejaran en paz... Sería magnífico que no se acordaran de nosotros y que pudiéramos, en este rincón olvidado, comportarnos con esa simpleza... Pero no nos dejan.

José desoyó su ironía.

-Tampoco puedo explicarme que Su Santidad no haga nada para protegernos.

Lo dijo, pensó Damián, creí que sería considerado y no lo diría pero lo dijo.

-Es algo difícil de explicar y por cierto bastante molesto, pero en resumidas cuentas, tanto la Corona como nuestra Compañía son partes del mismo rebaño... y el Pastor se debe a todos. El acomodamiento de los intereses de los hijos es una labor que es dable esperar en un padre, ¿no es cierto?, aunque en caso de conflicto sea a costa de unos por los otros...

José miró a su amigo preguntándose si era sincero en su explicación y no pudo definirlo cabalmente.

-Siempre nos cuidamos de dar pasos firmes y seguros, cuidando, hasta donde no comprometiera nuestra honestidad, que nuestras acciones no se volvieran después contra nosotros... ¿por qué, entonces, digo yo, si es tan rebaño la Compañía como la Corona, Su Santidad no nos defiende?, ¿por qué sin motivos valederos prefiere al Reino?

-«En batallas tales, los que vencen son leales; los vencidos los traidores...» -recitó Damián y José le miró absolutamente sorprendido.

-Damián, por Dios, ¿piensas...?

-No lo sé, padre, pero no encuentro otra explicación para lo que nos está sucediendo.

- 38 -

Bien entrada la mañana la tropa se puso en marcha hacia la ciudad. Rubricaba el desplazamiento desordenado la mastodóntica carreta con su movimiento chirriante, acompañado por el entrechocar de las ollas y sartenes que colgaban sobre el plan trasero. Es como para reírse, pensó Julio malhumorado observando desde un costado, montado en su cabalgadura, si no diera pena sería para reírse el ridículo accionar de esta tropa miserable... Los hombres trataban de mantener una postura digna, pero cuando arribaron a la cresta de la loma, desde donde observaron la ciudad, todo intento por seguir aparentando un comportamiento ordenado resultó infructuoso.

En la planicie verde que se extendía a sus pies, de un verde casi dorado bajo los rayos del sol, se levantaban las moles de piedra rosada rodeando la plaza, en cuya cabecera se erguía majestuosa la iglesia con sus paredes talladas, su frontón esbelto apuntando el cielo entre dos torrecillas y un poco más atrás, perfilada contra el azul cobalto de la mañana, la maravillosa cúpula, cuya vista sofocaba la respiración.

Hubo como un remanso en la fila y Julio no supo definir si fue por seguir mirando tanta hermosura o si fue, y esto no le agradó, que los hombres se sobrecogieron por lo majestuoso del ambiente, disminuidos por la grandiosidad que observaban, y eso podía ser peligroso.

Bernardino caminaba entre los soldados sin apartar los ojos de las construcciones, sus oídos zumbaban y el corazón le latía enloquecido en la garganta. Cuando entraron a la plaza recorrió con la mirada los umbríos corredores buscando a su hermano entre los que observaban con curiosidad la entrada de los extraños.

Por fin lo vio, parado al lado de una anciana, es la casa de papá, pensó, y la sangre se le amontonó en el pecho.

Tuvo miedo de que Juancito le reconociera y descubriera que le había mentado al señor Julio su mentira, pero entre tantos soldados no me va a reconocer, o quizás me vio ya, se dijo apesadumbrado, y no dijo nada porque tuvo vergüenza de mí.

El capitán Villate recibió a la tropa parado al lado del padre Superior en el atrio de la iglesia.

-¿Es imprescindible que yo asista? -había preguntado Damián un rato antes.

-Lo es, padre; en su presencia dispondré que los hombres acampen en la plaza, y que se comporten con corrección.

-Gracias -Damián se sintió más que nunca disminuido, por primera vez realmente desplazado, y su mente fue hacia Dios pero se obligó a no rezar porque la recriminación se encendió en su pecho.

Cuando acamparon, los hombres se tendieron en la sombra aburridos, y Bernardino no aguantó más la incertidumbre, quiso saber, ver él mismo como eran las cosas, y fue hacia la iglesia.

Se detuvo un momento en el umbral tratando de dominar el temblor que le recorría todo el cuerpo.

Caminó unos pasos en la fresca penumbra silenciosa, con los ojos imantados por la titilante estela de luces que bordeaba el Sagrario y marcaba el lugar de la cripta. Sus ojos fueron subiendo y llegaron por fin a la bóveda y la recorrieron hasta remansarse extasiados en la lechosa claridad que se filtraba por la linterna de la cúpula. Pasaron luego por el friso adornado con esos angelitos tan simpáticos, el gordito que soplaba su corneta, el que tocaba el clave, que parecían caminar sobre los arcos grandes que se apoyaban en las columnas... y sus ojos, acostumbrados ya a la oscuridad, se posaron al fin en el llameante Purgatorio que tenía a su derecha.

-¡Mamita querida...! -un sollozo escapó de su garganta y fue un gemido doloroso que le brotó del pecho cuando vio a Rosa con su larga cabellera metida entre las llamas. Se volvió para huir corriendo y se topó con Casiano, que estaba detrás de él.

-¿Qué es lo que te pasa, Bernardino?, ¿qué cosa hay aquí adentro que tanto te desespera?

Julio estaba tomando un mate cocido al lado de la carreta y los vio salir apresuradamente de la iglesia, casi corriendo, muy alterados, y no es necesario que este maldito salvaje me diga nada más, pensó, ya lo he visto y comprendido todo... evidentemente es en la iglesia donde debo buscar con Carballo, apenas Gracián se descuide.

El sol poniente doró las minúsculas crestas que erizaban los surcos sanguinolentos de la espalda de Carballo cuando el soldado, después del castigo, resollando se agachó para recoger sus ropas abandonadas al costado de la carreta.

Los hombres se habían retirado dejándole solo, como si su humillación pudiera ser menor al no sentir sobre sí las miradas de lástima, el quisquilloso gozo de los resentidos, la acusadora venganza ladinamente disimulada en la torva mirada de los indios...

De reojo miró al boyero que, con el torso desnudo, iba hacia la aguada para refrescarse. No pudo sentir odio por él, ni le importó, ni siquiera logró aclarar su pensamiento, garras ardientes atenazaban su espalda y el sudor que se filtraba en los surcos rojizos clavaba en su carne profundas espinas, miles de ardientes espinas que repercutían en la base de su cabeza y erizaban su piel.

-Yo no lo hubiera hecho -Julio estaba parado detrás de él-. Yo jamás hubiera hecho una cosa como ésta.

Se incorporó trabajosamente y le vio desdibujado a través de la gota de sudor que colgaba de su pestaña, pero no se animó a hablar porque el miedo había anidado en su pecho, no soportaría otra paliza, vive Dios, no, no era eso, no soportaría otra humillación semejante.

El susto aceleró los latidos de su corazón y la sangre agitada recrudeció el ardor de las espinas, convertido ya en puntadas en sus sienes, no sabía que el señor Julio estuviera cerca, ¿no le estaría probando?, muy bien conocía la amistad que unía a los dos caballeros.

-Entre nosotros hay procedimientos que respetamos por sobre todas las cosas -Julio pareció entretenerse colgando del pescante el pellejo cargado de agua-. O que deberíamos respetar, digo, por sobre todas las cosas... Uno de ellos, y principalísimo, es no rebajarnos delante de los indios. La equivocación que se cometió hoy contigo es inadmisibile.

-Gracias, señor -aventuró Carballo sin comprometerse pero comprendió perfectamente lo que Julio quiso darle a entender y también se dio cuenta de por qué no sintió nada por el boyero, su verdugo, miserable ejecutor de una malhadada orden y su odio se centró en el Capitán.

Julio se sintió satisfecho, una palabra apropiada, pensó con malicia, vale más que muchas argumentaciones con estos imbéciles. En adelante se manejaría con cautela: su acercamiento al indio despertó las sospechas de Gracián, que lo persiguió pertinazmente, no cometería otra vez la misma equivocación.

Esa noche, después de la cena, llamó aparte a Rafael y le entregó una camisa limpia que extrajo de su equipaje.

-Dásela a Carballo -le dijo-, que no use su camisa sucia sobre las heridas abiertas... Y que nadie lo sepa.

Eso quiere decir: que no lo sepa el Capitán, pensó Carballo al recibirla.

Pero fue recién durante la borrachera en las orillas del río Tebicuary cuando la alianza entre los dos quedó confirmada.

-Algo me dice que es en la iglesia donde debemos buscar -estaban tendidos sobre la arena y la luna comenzaba a subir como una enorme pelota de crema en el cielo abombado-. Ese salvaje en sus alucinaciones habló siempre de lo mismo: que los ojos de la iglesia, que las cosas cambiarán en la iglesia, que él debe llegar a la iglesia...

Fue fácil convencer a Carballo porque muy pronto en sus ojos comenzó a brillar el oro que pensaban encontrar y Julio se tranquilizó pero se cuidó muy bien de seguir aparentando interés por el indio para confundir a Gracián.

Y ahora, acampada la tropa en la plaza de Trinidad, cerca de los cocoteros, en tanto el silencio espeso de la noche se rompía solamente de cuando en cuando por algún sonido lejano, o cercano pero indefinido en la inmensidad del espacio abierto, mientras fumaba su cigarro y miraba distraídamente las bocanadas de humo que opacaban momentáneamente el brillo de las estrellas antes de diluirse en el aire clarísimo, está confirmado que es en la iglesia donde debemos buscar, pensó, los dos indios no perdieron tiempo y estuvieron allí apenas les fue posible...

De mañana muy temprano (el sol apenas comenzaba a insinuarse recortando nítidamente el patético torreón del campanario contra el cielo rosado), Julio se despertó sobresaltado al escuchar sordos ruidos de caballería hacia el lado de la casa de los padres y vio con sorpresa y desbordante agrado que Gracián se estaba yendo, ¡Gracián se estaba yendo!, y el corazón le saltó enloquecido en el pecho. Ni siquiera le molestó que no le hubiera contado que saldría de inspección, se estaba yendo, y eso era lo importante, por fin le dejaba solo.

Entró en la iglesia cuando la misa de seis había comenzado y se sentó en uno de los bancos del fondo. El murmullo adormilado de los rezos era como una ondulación que iba y venía rodeándolo, no podía concentrarse, en medio de su agitación trataba de dominar sus gestos escondiendo el nerviosismo pero los ojos le traicionaban y una y otra vez se le escapaban impacientes, ansiosos, buscando nerviosamente los lugares donde buscar el tesoro.

Los indios se retiraron después de finalizar la misa y él permaneció en su banco pasando desapercibido.

Cuando la iglesia quedó vacía y el Sacristán comenzó a apagar las velas del altar, sigilosamente se introdujo en un confesionario, es como un ataúd, pensó, la lujosa caja mortuoria de los Papas y los Reyes, la rica caja de los muertos ricos.

Entre el continuo retumbar de su corazón escuchó cómo el Sacristán cerraba las enormes puertas macizas y cómo al correrse los cerrojos chirriaban, el miedo le apretó el pecho, estoy cometiendo sacrilegio, pensó, estoy causando mi condenación eterna, me están

enterrando vivo, sus sentidos clamaban desesperadamente por la liberación que todavía era posible pero permaneció quieto, quieto, silencioso, porque en el fondo de sus ojos, una vez más, el oro comenzó a brillar.

Todos los sonidos del exterior de la caja se fueron acallando, sólo permaneció el redoble profundo del corazón en sus sienes, y el sudor le empapó la espalda.

Luego de cerrarse la última puerta del costado (mientras se iban cerrando las fue contando mentalmente con sumo cuidado), los pasos del Sacristán fueron hacia el centro de la nave, se detuvieron un instante (hace la genuflexión delante del Santísimo, pensó Julio), subieron las gradas del altar (una, dos, tres), se alejaron un poco más y la puerta de la sacristía se cerró con una explosión tremenda. Al cabo de unos segundos interminables se escuchó el lejano golpe de la puerta exterior de la Sacristía al cerrarse.

Julio se recriminó por idiota pero tenía las manos temblorosas, pegajosas de sudor, cuando decidió salir del confesionario para ir a abrir la puerta del costado, la del lado de la huerta, donde esperaba Carballo, agazapado detrás del contrafuerte, con un pico y un mazo cubiertos con una manta.

-Tardó demasiado, señor... ya llegué a pensar que usted no estaba adentro.

-¡Cállate! -pero su agresividad fue solamente para disimular el miedo.

Gracián los sorprendió recién al caer la tarde.

Ningún ruido que los delatara se había filtrado al exterior, cuidadosamente se habían escondido cuando los padres entraron al templo antes del almuerzo, y todo hubiera pasado desapercibido (las roturas serían descubiertas recién mucho más tarde), pero cuando al regresar Gracián notó la ausencia Julio y del soldado, tuvo un mal presentimiento y los hizo buscar.

Cuando con violencia irrumpieron en la iglesia, vieron cómo Julio y Carballo trataban de levantar, palanqueando trabajosamente con el pico para no hacer ruido, la losa que cubría la tumba de un Cacique Cabildante.

- 40 -

El momento temido había llegado, ya no había lugar para la ilusión. El equipaje estaba preparado y todo dispuesto para emprender, el día siguiente, el camino del destierro.

De noche los padres se reunieron para orar en la Capilla Antigua, al lado del cementerio. Prefirieron hacerlo en ese lugar más recoleto y no en el templo, cerca de donde acampaba la tropa.

La noche era cálida, muy clara, y por las ventanas de la Capilla se veían infinidad de estrellas. La campana de reposo había sonado un buen rato antes y el silencio, cercado por la lejana cortina del bisbiseo del monte, era solamente roto, de cuando en cuando, por alguna risotada de los soldados que estaban acampados en la plaza, cerca de los cocoteros.

Damián se paró al lado del altar y miró a sus hermanos reunidos en los bancos delanteros: el padre Federico con su cabello de fuego que comenzaba a cubrirse de ceniza, como la barba que cubría su mentón, cuyo temblor trataba infructuosamente de disimular; el padrecito Javier, llegado hacía tan poco y que todavía no había logrado despertar de la ensoñación en que le había sumido el descubrimiento de lo que es verdaderamente una vida de servicio y se mantenía entre entusiasmado y temeroso, agobiado todavía por la tenebrosa sombra del desarraigo; el hermano Jonás, encargado de las huertas... y más al fondo, detrás de todos los demás, el padre José, viejo amigo, Damián no pudo evitar una puntada de pena, qué raro sentimiento disfraza su rostro enigmático, no reconozco esa mirada huidiza, ese rostro impasible no alcanza a engañarme, no dejé de observar el movimiento nervioso de sus manazas, que con gusto habrían triturado un cigarro entre esos dedos que parecen lianas...

Acercó el candil a la Biblia que tenía abierta sobre el altar.

-Hermanos míos muy queridos -intentó una firmeza que no se le dio-, esta es nuestra última noche aquí. Hemos recorrido juntos un largo camino; vivimos días felices, damos gracias a Dios, pero también tenemos recuerdos de sacrificios, de dolorosos renunciamientos y de sufrimientos compartidos como hermanos, que con misericordiosa fuerza son consolados por la sombra benefactora del Amor. Pero aún así, renacen en nuestro ánimo con amarga reciedumbre... La sangre vertida generosamente por los hermanos mártires que nos precedieron, y el amoroso esfuerzo de tantos buenos hombres, cimentaron las bases robustas de las Ciudades de Dios que vamos a dejar... ¡Grande es la obra que construimos por el amor de Dios! Y lo digo sin presunción ni orgullo; reconozco en nuestras obras la bondad misericordiosa de nuestro padre. Hoy vivimos la hora amarga del adiós. Hagamos un alto para meditar sobre el dolor que a todos nos embarga.

Tenía el pecho apretado de angustia sintiendo sobre sí la mirada desolada de los hombres silenciosos, pero el padre José no le miraba, no le miraba, empecinadamente huía de sus ojos.

-Mañana dejaremos esta vida que forjamos aquí, abandonaremos todo lo que con tanto esfuerzo hicimos posible; nos alejaremos de nuestros hijos queridos, que todavía nos necesitan... Pero por encima de tantas y tan negras y tenebrosas sombras que acongojan nuestro ánimo, brilla una luz de consuelo: hemos venido y hemos enseñado, hemos proclamado las Buenas Noticias de nuestro Señor Jesucristo, hemos sembrado...

Sus palabras resonaron entre las lisas paredes desprovistas de ornamentación llenándolo todo, Espíritu Santo, rogó sintiendo que el corazón le latía desordenadamente, haz que mi dolor no me traicione y que mis palabras logren encender Tu Amor en el corazón de mis hermanos.

-Comparto con vosotros el dolor en este momento de separación, y deseo compartir también el consuelo de la Palabra. Ruego a Jesús, nuestro Señor, que se apiade de nosotros.

-Amén -dijeron los padres con un murmullo sordo.

Se aclaró la garganta insegura y recorrió con la mirada el grupo de hombres, los notó frágiles, vulnerables, tan sobrepasados por las circunstancias, que se le encogió el corazón.

-Lectura del santo Evangelio según San Lucas -repitió en su frente la cruz que había trazado sobre el libro-, Capítulo Doce. «En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía. Porque nada hay encubierto que no vaya a descubrirse, ni oculto, que no haya de saberse. Por tanto, todo lo que habéis dicho en tinieblas, a la luz se oirá; y lo que habéis hablado al oído en los aposentos, se proclamará en las azoteas.»

Los hombres escuchaban con la cabeza gacha, sólo el padre José, por primera vez, cruzó sus ojos con los de él.

-«No temáis a los que matan el cuerpo, y después nada más pueden hacer, pues aun los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. Mirad y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee. No os afanéis por vuestra vida, qué comeréis; ni por el cuerpo, qué vestiréis. La vida es más que la comida, y el cuerpo más que el vestido. Vosotros, pues, no os preocupéis por lo que habéis de comer, ni por lo que habéis de beber, ni estéis en ansiosa inquietud, porque estas son las cosas que buscan las gentes del mundo. Buscad el reino de Dios. Buscad el reino de Dios y todas estas cosas os serán añadidas. No temáis, manada pequeña... ¡no temáis, manada pequeña...!»

No pudo dominarse y abochornado sintió que la voz se le quebraba en la garganta, sin atreverse a mirar a los hombres que estaban sumidos como él, lo sabía con certeza, en la incertidumbre, sin alcanzar a explicarse lo que estaban viviendo. Entrecerró los ojos y habló casi sólo para sí mismo.

-«...No temáis, manada pequeña, porque a vuestro padre le ha placido daros el Reino...»

De sus ojos corrieron lágrimas calientes y con la vista desdibujada ya no le fue posible leer las palabras que estaban grabadas en su memoria, tantas veces las había leído en los últimos días buscando fortaleza, tratando de vencer la desesperanza.

-«Haceos bolsas que no se envejezcan, haceos tesoro en los Cielos, tesoro que no se agote, en el Cielo, donde ladrón no llega... donde ladrón no llega -repitió entrecerrando los ojos- ni polilla destruye...»

Un pesado silencio se tendió sobre la asamblea. La semilla estaba hendiendo las capas oscuras de la tierra ávida buscando algún asidero, en espera de la voluntad. Presintió esa rara forma de consuelo que se recibe con la desesperanza, que no era exactamente desesperanza, sino la seguridad de que eran cosas que no debían pedírsele a Dios (no

tentarás al Señor, tu Dios), cosas de Su voluntad, cosas que diariamente se aceptan con el rezo de la oración de Jesús y que no significaban disminución de su infinito amor ni de su misericordia eterna.

Un poco más allá de la mitad de la Capilla la luz se diluía en la penumbra y los hombres permanecieron silenciosos, bañados por la claridad amarillenta que venía del altar, en muda oración, unidos en momentos de dolor, mañana lo abandonarían todo, todo se habría consumado.

Uno a uno los hombres fueron saliendo de la Capilla y Damián notó que el padre José se retrasaba intencionalmente, era evidente que quería hablarle.

-Vayámonos a dormir, padre -le dijo al pasar-. Mañana será un día largo.

El Sacristán apagó las luces del altar y ellos dos caminaron guiándose por el resplandor de afuera que se filtraba por la puerta abierta.

En el umbral José se detuvo y le encaró.

-Hijo, he de hablarte... Quiero que sepas lo que voy a hacer.

Damián tuvo un mal presentimiento.

-Le pido perdón a Dios, amigo mío, por lo que voy a hacer, pero no logro dominarme; lo he intentado mucho pero no lo consigo... No me puedo entregar sin luchar -exhaló profundamente. Damián, totalmente desconcertado, escudriñaba su rostro en la penumbra tratando de adivinar signos de la violencia que le estironeaba-. Siempre me pareció una gran verdad lo que solía decir nuestro buen amigo, el padre Jaime: toda una vida de obediencia no nos enseña a ser obedientes... ¿lo recuerdas?

-Desde luego.

-Pues bien, en esta oportunidad voy a desobedecer.

-Padre, por el amor de Dios... ¿qué es lo que está diciendo?

-Quise contarte que lo haríamos, hijo, no me pareció bien escondértelo, pero no quiero decirte nada más... Creo que es mejor que no sepas lo que voy a hacer... No quiero comprometerte en lo absoluto, amigo mío, y para no comprometerte, no debes saber nada. Que Dios nos proteja a todos, hijo querido -dijo y estrechó a Damián en un abrazo.

Luego lo apartó un poco para mirarlo teniéndolo tomado por los brazos, como si quisiera grabar en sus retinas ese rostro amigo y Damián notó en sus ojos y en su rostro (por Dios, ¿cómo es posible?) un entusiasmo y una alegría casi infantiles, pudo notar el gesto satisfecho del que ha encontrado su camino, del que está más allá de los miedos que acosan antes de tomar una decisión.

-Reza por mí, querido amigo. Reza mucho por mí porque lo voy a necesitar.

Damián lo miró alejarse hacia la casa de los padres y permaneció un momento meditando, absolutamente desconcertado, sumido en oscura incertidumbre. Y tuvo miedo por él.

-Padre José, ¡escúcheme...! -le llamó ansiosamente-. No puede dejarme así... ¿Qué es lo que está planeando?, que no sea una locura, por Dios.

José se volvió y le encaró con un encogimiento de hombros, rendido.

-No puedo entregarme sin luchar, Damián, es solamente eso: no puedo aceptar esta condena inmerecida y me voy, amigo.

Damián quedó estupefacto. ¿Adónde iría? Era una verdadera locura: se pondría fuera de la ley, desobedecería a sus Superiores y se enfrentaría al Rey, ¿lo había pensado?

El padre José suspiró profundamente y se resignó: en este estado de cosas no consideró honesto seguir engañando a su amigo; de todas formas, había hecho todo lo posible por evitarlo.

-Me empujan a hacerlo, Damián; están jugando con nosotros y no puedo soportarlo. Hacen y deshacen nuestras vidas y nosotros obedecemos, obedecemos, obedecemos por la mayor Gloria de Dios...

-Damián sintió una puntada en el pecho-. Nos sacan de aquí y destrozan este mundo amado por razones que seguramente son muy valederas, sí señor, pero que no nos competen... Lo pueden hacer y lo hacen, así lo dijiste, ¿no? Bien, lo hacen, pero yo no lo acepto, y no busco un nuevo Caibaté, no te preocupes. Ellos pueden jugar impunemente con nosotros, los sacerdotes, porque así entendimos la vida: la entrega al Señor, el apostolado, la obediencia y todas esas cosas... Pero ante Dios te digo, Damián, que no hay sobre la tierra ni Rey ni Soberano Pontífice que pueda conseguir que yo traicione a nuestros hijos...

-Padre José, por favor, no diga eso...

-Ellos confían en nosotros, hijo, los indios confían en nosotros, y nos aman... Yo no los voy a abandonar.

-¿Es que acaso tenemos alternativas...?

José sintió pena.

-No te estoy recriminando nada, amigo mío, absolutamente nada, lo sabe Dios...

-Pero es una locura, padre, una estúpida locura... Es una inconciencia...

-No, no lo es -sonreía-. Los indios que vienen conmigo lo hacen libremente, yo no los obligué a nada y saben muy bien a cuántas incomodidades y riesgos nos estamos sometiendo... Es simple: sencillamente se niegan a cambiar de vida. Las Reducciones de los Jesuitas no serán solamente un recuerdo: en algún lugar de esta tierra, a cubierto de los intereses que quieren manejarnos, reviviremos esta realidad... y la Reducción Escondida será por siempre una presencia que hable de nuestro paso por estas regiones del mundo...

-Por Dios, por Dios... ¿Reducción Escondida?

-Nadie sabe nada del Lago Ypoá, todos temen ese lugar misterioso...

-Es una locura, padre.

-No es la primera vez que nos vemos obligados a migrar.

-Esto es diferente.

-¿Lo es? Si en esa misteriosa tierra desierta no encontramos sitio iremos a las islas viajeras... Las islas viajeras, Damián, en realidad no son tales. Por lo que pude saber son enormes extensiones de embalsado formadas por capas y capas de camalote encimadas durante siglos, arrastradas por el capricho de los vientos en esa vastísima área inexplorada... Desde alguna de ellas, alguna vez, se escuchará nuestra campana tañendo en la profundidad del misterio y se sabrá que allí, en alguna parte, los padres estamos... Ya tengo mi campana, Damián.

-No puedo creerlo, padre, es una inconciencia... ¿isla viajera?

-Es un decir. Vamos a protegernos con el miedo: la gente teme a los seres desconocidos que habitan el Ypoá... El misterio nos protegerá del poder de los Reyes... y del poder de los que abusan de él en nombre de Dios.

-Padre José, no es posible...

-Lo intentaremos, hijo. No puedo resignarme a morir sin luchar. Quizás la voluntad de Dios sea que lo consigamos.

-Que no sea otro Caibaté, padre.

-No será igual, hijo.

Aunque sí igualmente triste, pensó Damián sintiéndose anonadado, pero no tuvo fuerza para detenerlo y la pena le abrumó, insoportable debe ser el dolor de mi buen amigo, se dijo, para que lo lleve a destruir en un momento las verdades que sustentó a lo largo de su vida. Y luego se miró a sí mismo: vacío, entristecido, luchando estérilmente por encontrar consuelo y no supo qué pensar. Miró a su amigo alejarse, y atinó solamente a recurrir a lo que su costumbre le había condicionado, pidiendo que sobre su buen amigo descendiera la misericordia y el perdón de Dios.

- 41 -

Damián sujetaba las riendas de su caballo con las manos crispadas y todo su ser era sacudido por el deseo a duras penas reprimido de volverse para mirar una vez más, la última, aquellos muros amados, la amada plaza, las tantas veces admiradas viñetas decorativas, los tejados, los arcos, y los rostros entristecidos y abotagados, como si todavía no se percataran de lo que estaba sucediendo, de sus amados hijos, los indios, entre quienes dejaba un pedazo irrecuperable de su alma. Sus hijos amados que ya habían recibido esa misma mañana, oh Dios mío, el golpe abrumador de la desgracia: lo que sucedió, en los umbrales de la separación, fue una muestra de lo que ineludiblemente sucedería, estaba seguro, nunca nada volvería a ser igual después de aquello, los indios estaban comenzando a darse cuenta de ello con ese golpe abrumador de la desgracia.

Los sacerdotes cabalgaban reunidos en un pequeño grupo, habían tenido el pudor de no recordar al padre José, pero sabía muy bien que lo tenían presente, paso a paso, y que su ausencia era un hueco difícil de llenar.

Detrás venía la carreta que transportaba sus escasas pertenencias.

Recordó con un dejo de humor amargo cuando llenaba su baúl la noche anterior, después de la oración que compartió con sus hermanos en la Capilla Vieja: en medio de tantos bienes como habían en la hermosa Ciudad que abandonaban, cuán pocos eran los suyos realmente.

Antes de guardar el libro en su baúl había hojeado la Conquista Espiritual, que escribiera el padre Antonio Ruiz de Montoya, buscando en las Memorias la parte donde habla de su encuentro con los padres Cataldino y Maceta: «...Hallellos pobrísimos en todo lo temporal, pero muy ricos en celestial alegría. Los remiendos de sus vestidos eran tantos que no dejaban conocer la primera materia de que se hicieron. Téveme por dichosísimo de verme en su compañía, como si me viera con la de los ángeles de carne humana...».

Esta es, probablemente, la razón más importante del éxito de nuestros trabajos, que no alcanzan a explicarse los que nos persiguen, se dijo ahora, porque en las cosas de la tierra un pensamiento así no cabe, y estando cerca de la riqueza es muy difícil separarse de las cosas de la tierra.

Muy ricos de celestial alegría, se repitió, y con tesoro en los Cielos, que no se agote... En un carro cabían todos los bienes personales de los hombres que formaron y mantuvieron las más ricas fuentes de producción de la Provincia Gigante de las Indias.

Cabalgaba sintiendo el corazón sangrando de tristeza y no quiso volverse para mirar atrás porque presintió que ineluctablemente sus dedos resbalaban de las manos de Dios para caer en el abismo negro, espeluznante, de la desesperanza.

Julio cabalgaba a un costado del grupo, alejado de los padres, silencioso, sumido en un mutismo agresivo y cargado de vergüenza.

Al llegar al recodo del camino, justo donde se inicia la pendiente que baja hasta el Mbataví, los ojos de Damián se cruzaron por un instante con los del español y el sacerdote pudo leer en ellos tanta culpa y tanta vergüenza, tanta entristecedora miseria, que sintió encenderse en su pecho una tímida llama de compasión, y con amargura comprendió que este ruego suyo sí que había escuchado Dios, haciendo que la caridad rellenara el hueco profundo que se hizo en su alma con la separación...

-Soy tu amigo, Gracián -había dicho con vehemencia Julio la noche anterior-, no puedes cerrar los ojos a esta situación que nos une... si algún día llego a casarme con tu hermana seré de tu familia... ¡no puedes hacerme esto...!

Gracián sin contestar se había alejado dejando a Julio y al soldado Carballo arrestados en el campamento, sumidos en la humillación.

-No tenemos calabozos en Trinidad, Capitán, no usamos cárceles -le informó el padre Damián poco después, en su despacho-. Nuestro sistema penitenciario no las contempla.

Por lo que tuvieron que encerrar a Carballo en la trastienda del taller de Carpintería, que antes se utilizaba para estacionar la madera que iba a tallarse.

Las altas ventanas del cuarto, que permitían la renovación del aire sin las corrientes que rajarían la madera con grietas imposibles de salvar, evitaban toda vista al exterior, lo que producía una molesta sensación de ahogo.

-Tengo que hacerlo, padre, lo tengo que encerrar -trató de explicar Gracián viendo la mirada de desaprobación del sacerdote-. No puedo permitir actos de vandalismo, y la única manera de evitarlos es cortando los primeros brotos con la violencia que sirva de ejemplo a los demás...

Sin embargo, a su amigo no castiga así, pensó Damián.

-Alejaré a Julio de aquí, padre -Damián se preguntó si alguna expresión de su rostro le había delatado-. Le encomendaré la misión de acompañarles hasta Itapúa y...

-¿Nos enviará custodiados? -le interrumpió- ¿Quiere eso significar que somos prisioneros?

-Desde luego que no lo son; es una excusa para salvar esta situación preocupante... Los padres de las demás Reducciones viajarán sin acompañamiento de ninguna laya, y he dispuesto la salida de los sacerdotes sin controles molestos ni humillantes... -Gracián se

secó la frente mojada de sudor-. Lo hice porque confío en... padre, admiro profundamente la obra maravillosa que ustedes realizaron, y...

-Hermosas palabras, Capitán.

Gracián se sorprendió ante tanta descortesía. Miró al sacerdote y lo notó sereno, sin sombra en el rostro de la ironía que percibió claramente en sus palabras.

-Comprendo su resentimiento; le aseguro que esta es la más desventurada misión que podrán encomendarme...

-Lo siento; no fue mi intención incomodarle, se lo aseguro.

Maldita sea mi estupidez, se dijo Gracián alejándose, traigo el mal contra estas personas que admiro, y siento pesar porque mis víctimas no me brindan su respuesta afectuosa.

-Irás hasta Itapúa acompañando a los padres -le dijo a Julio muy temprano en la mañana-. Apronta tus cosas. Desde Itapúa viajarás directamente a Asunción; no quiero verte más por aquí.

-Gracián, por favor, amigo... -Julio no se cuidó de hablar en voz baja como lo hiciera el Capitán, desesperado como estaba poco le importaba que los hombres de la tropa le escucharan-. Déjame quedar a tu lado, te ayudaré, Gracián, siempre encontrarás en mí una mano amiga...

-La misma mano que fue capaz de profanar una tumba -dijo Gracián entre dientes y Julio sintió que la sangre se le encendía en el pecho.

-¡No creí que lo fuera, por Dios...! ¿Crees que sería capaz de hacerlo?

Gracián caminó unos pasos hacia la carreta y tomó la barra de hierro que usaban para suspender la olla del rancho sobre la fogata y que tenía una de las orejas rotas, debería solicitar luego en la Carrería que la repararan, y se volvió hacia Julio.

-Tampoco te creía capaz de robar y sin embargo aprovechaste mi ausencia para revisar la iglesia de arriba a abajo para robar, ¿no es cierto que era para robar?

Julio sintió que el odio iba ganado su espíritu pero lo intentó una vez más.

-Piénsalo, Gracián... piensa que puedo serte útil ayudándote en el manejo de la tropa, en la administración de la población hasta que lleguen...

-Está decidido, Julio.

-Piensa en mi familia, amigo mío; la humillación y la mancha que arrojes sobre mi nombre...

-Está decidido, Julio; lo siento. No puedo volverme atrás.

-No puedes, ¿eh? -gritó totalmente fuera de sí cuando vio que Gracián comenzaba a alejarse rumbo a la carrera con la barra de hierro en las manos-. No puedes... o no quieres. Mientras alejas de tu lado, y de la peor manera, al amigo que promete serte fiel, permites que ese indio maldito provoque en la iglesia los daños más execrables...

Gracián se detuvo como tocado por un rayo.

-¿Qué dices, maldito...?

-Ve y mira con tus propios ojos, orgulloso capitán... -el odio encendido en sus ojos se disfrazaba con la burla mordaz-. Mientras tú te dedicas a joder a tu gente, el indio es dueño de la iglesia que dices defender...

Gracián corrió hacia la iglesia totalmente enloquecido, lleno de odio, resonando en sus oídos las carcajadas rabiosas de Julio.

Me dejó un poco triste lo que pasó anoche, Cacique Solano, me dio mucha rabia porque no pude hacer nada, cada vez me cuesta más manejar mi cuerpo, parecía que iba a ser más fácil cada vez, pero no es así.

Anoche de repente sentí que Juancito me sacudía procurando despertarme, despierta, papa, oí que me decía, despierta que aquí está Bernardino que vino para verte, y eso es lo que me dio rabia, Cacique Solano: no pude verle, tanto que esperé ese momento...

Me costó llegar hasta aquí porque lo tenemos prohibido, escuché que decía Bernardino, me escondí y vine pero le dejé a Casiano afuera para avisarme si alguien viene, ¿quién será Casiano?, me pregunto, y no sé bien si dijo Casiano o qué otro nombre dijo.

Ahora es de día pero Bernardino ya no podrá venir, justo ahora, Cacique Solano, que me parece que podría abrir bien mis ojos para conocerle, pero no va a poder venir, escuché bien cuando le decía eso a Juancito anoche. Dijo que el Capitán siempre fue muy exigente pero que ahora parecía un yaguareté enojado, un perro rabioso, después de descubrirle a su amigo haciendo desastres en la iglesia...

Dice que hoy los padres se van... Yo creí que el padre Damián iba a venir a despedirse de mí pero no vino, no habrá tenido tiempo, digo yo. Solamente el Paí José vino, era todavía de noche, y sentí que ponía la mano sobre mi pecho, no sé si me habrá tocado también el brazo, porque el brazo no siento, puso su mano un ratito en mi pecho y después salió.

Felipe se fue con él. Unos cuantos se fueron con él. Yo parezco un tonto así como estoy, Cacique Solano, porque no puedo hacer nada y me da mucha pena lo que está pasando, si

hubiera caminado, seguro que aquí no me iba a quedar. Yo pienso que nosotros aquí... pero, ¿qué es esto?, Rosa, ¿qué significa lo que estoy viendo...? ¿Quién es este muchachón que viene caminando hacia nosotros tan contento? No puedo creerlo... ¿es cierto? Me pone muy contento, Rosa, Cacique Solano, qué contento me pone... ¿Bernardino?, ¿sí?, ¿tú eres Bernardino...?

Con mucho sigilo Bernardino sacó de la caja de la carreta la palanca de hierro de calzar la masa de las ruedas y se la metió adentro del blusón del uniforme. El contacto del metal frío con la piel de su pecho le produjo un escalofrío y apretó fuertemente el hierro tratando de infundirse valor.

-Estás loco... ¿qué es lo que estás haciendo?, el Capitán se puso como un loco cuando le descubrió al señor Julio en la iglesia con Carballo y ahora tú robas esa palanca de la carreta...

Bernardino no dijo nada y con disimulo pasó la palanca de hierro a su bolso para poder moverse libremente, los soldados se preparaban para la cena y nadie se fijó en ellos.

-Tengo que hacerlo, Casiano, pero después... Ahora necesito que me acompañes: tengo que ir a la casa.

-¿De los indios?

-Claro.

-Estás loco...

-No es tan peligroso. Vas a quedar de guardia para avisarme si alguien viene.

-¿Y ni siquiera no podemos cenar un poquitito antes de irnos?

Bernardino se emocionó; esperaba eso de él.

Cuando después volvían de la casa de Jacinto, escondidos entre las sombras de la noche, casi no hablaron. En el camino se cruzaron con algunos indios y Bernardino apreció con toda crudeza el rechazo hacia ellos dos, indios disfrazados de españoles.

-¿Pudiste ver a tu papá?

-Le vi. Está enfermo, el pobre; no habla ni mira.

Los ojos de Bernardino brillan, pensó Casiano, brillan como brillaban cuando tenía fiebre... tengo miedo de que haga algo malo.

-Mañana le voy a sacar a mamá y después me voy a ir.

-Tu mamá... pero, ¿qué es lo que estás diciendo? Nunca me dijiste nada de eso, no sé lo que te pasa, Bernardino... ¿y dónde está tu mamá?

-Adentro de la iglesia.

-Bernardino, no entiendo nada de lo que estás diciendo... ¿estás bien?

-Claro -la fogata lejana metía de vez en cuando reflejos en sus ojos-. No vayas conmigo mañana; no quiero que vayas.

-Yo no tengo miedo.

-Ya sé; pero no vayas. No nos vamos a ver nunca más, Casiano. Cuando la saque a mamá voy a alcanzar al Paí José, mi hermano me contó que se van a escapar esta madrugada.

-No entiendo nada, en serio te digo que no entiendo.

-No has de entender, desde luego. El señor Julio siempre creyó que yo venía para buscar el tesoro de la Ciudad... qué tonto es. Yo vine para sacarla a mamá del Purgatorio.

-Voy a acompañarte, Bernardino, voy a acompañarte; cualquier cosa que hagas en la iglesia es peligrosa, el Capitán está demasiado nervioso y enojado... No quiero que vayas solo, amigo... Acuérdate de Feliciano.

Feliciano me anunció un daño por la cruz que me hizo el año, recordó Bernardino cuando el día siguiente caminaba agazapado hacia la iglesia, y dijo que el mal me va a venir desde atrás.

Entró en la iglesia solitaria y caminó directamente hacia el gran cuadro tallado.

No supo exactamente cuánto tiempo estuvo parado contemplando las formas alucinantes que había tallado su padre, esos multiplicados gusanos ardientes que envolvían a las almas atormentadas, sus ojos se inundaron de lágrimas y las formas comenzaron a moverse entre reflejos.

Subió a la mesa de piedra del altar.

-Yo te voy a sacar, mamá... -murmuró entre dientes y juntó toda su fuerza, la fuerza de la rabia y la tristeza de tantos y tantos años, una fuerza poderosa que hizo caer como un rayo la palanca de hierro sobre la frente de Rosa.

Como en un destello pudo ver que la piedra del hermoso rostro amado se desprendía entera cayendo a sus pies, justo en el momento que las negras cortinas que se tendieron

silenciosamente, sin dolor, subiendo desde su nuca, lo cubrieron completamente hundiéndole en la oscuridad.

Recién unos segundos después Gracián pudo reaccionar saliendo del torbellino de locura. Con la respiración entrecortada y la barra de hierro manchada de sangre en las manos, se preguntó una vez más hasta qué repugnante miseria podía descender el alma humana, hasta qué misteriosas bajezas llegaba el comportamiento de los hombres empujados por la codicia, por el odio, por la incomprensión... ah, qué alejados del amor nos mantiene nuestra ignorancia, se dijo haciéndose la señal de la cruz ante el cuerpo ensangrentado del indio que mató porque estaba profanando el templo.

Atravesar el cristalino Mbataví fue para Damián la salida de un mundo que nunca más sería suyo, nunca nada volvería a ser igual, nunca más se repetiría esta divina locura, posible a costa de tantos renunciamientos, de tanta fuerza, dolor y alegrías. La muerte del indio, la desazón del joven Capitán al no alcanzar a comprender el porqué de lo que estaba sucediendo, la absurda marca de la desgracia es una premonición, se desesperó Damián, oh Dios, Dios, no haces que escuchen la voz que no escuchan.

Es cierto que todavía por varios días transitaría por tierras misioneras pero para él, en lo más profundo de su espíritu, el cruce del arroyo fue verdaderamente el inicio del destierro.

Sentía el corazón como un ariete haciendo retumbar la sangre en sus sienas y muy adentro de su pecho, y sus manos temblaban sobre las riendas.

Inseguro, deslizándose hacia la desesperación, intentó refugiarse en la oración pero no pudo hacerlo porque la tristeza fue superior a sus fuerzas. Sabía que había sembrado, pero no alcanzó a consolarse, sabía que había juntado Tesoro pero no logró sentirse reconfortado, ni siquiera sabiéndolo Tesoro que no se agota, y guardado allá donde ladrón no llega.

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)**, para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.

